

Por eso me hice docente. Historias y narrativas del magisterio

Jaime Navarro Saras (coordinador)



Por eso me hice docente.
Historias y narrativas del magisterio

Jaime Navarro Saras (coordinador)

Por eso me hice docente. Historias y narrativas del magisterio

Jaime Navarro Saras (coordinador)

1ª Edición, mayo de 2026.

Se autoriza la reproducción parcial y total de los contenidos del libro, siempre y cuando se otorguen los créditos de autoría a los editores de la Revista Educ@rnos y sus autores.

©Revista Educ@rnos

Página web: www.revistaeducarnos.com

Correo electrónico: revistaeducarnos@hotmail.com

ISBN 978-607-7999-52-2

Carta de Albert Camus dirigida a su maestro de primaria tras ganar el Premio Nobel de Literatura

París, 19 de noviembre de 1957

Querido señor Germain:

Esperé a que se apagara un poco el ruido de todos estos días antes de hablarle de todo corazón. He recibido un honor demasiado grande, que no he buscado ni pedido. Pero cuando supe la noticia, pensé primero en mi madre y después en usted. Sin usted, sin la mano afectuosa que tendió al niño pobre que era yo, sin su enseñanza no hubiese sucedido nada de esto. No es que dé demasiada importancia a un honor de este tipo. Pero ofrece por lo menos la oportunidad de decirle lo que usted ha sido y sigue siendo para mí, y de corroborarle que sus esfuerzos, su trabajo y el corazón generoso que usted puso en ello continúan siempre vivos en uno de sus pequeños escolares, que, pese a los años, no ha dejado de ser un alumno agradecido. Un abrazo con todas mis fuerzas,

Albert Camus

Sumario	n
¿Por qué decidí ser maestro? Una pregunta con infinitud de respuestas Miguel Ángel Pérez Reynoso	17
Ser profesor rural Rubén Zatarain Mendoza	21
Me hice docente por la influencia de los practicantes, hoy llamados “docentes en formación” Adriana Piedad García Herrera	29
Sí, a su escuela... Abelardo Carro Nava	33
Una historia familiar común Marco Antonio González Villa	37
De artistas a docentes Jaime Navarro Saras	41
Estampas de mis maestros Alfonso Durán Hernández	45
Llegar a la docencia sin antecedentes Luis Christian Velázquez Magallanes	49
Desde la utopía se vislumbra el inédito viable, la significación docente a través de las Fogatas Freireanas Griselda Gómez de la Torre	53
¿Por qué me convertí en docente? Silvia Ruvalcaba Barrera	59

Razones y circunstancias por la que elegí ser maestro Isaac Reyes Mendoza	65
Cuando la sangre llama y el corazón galopa José Edgar Correa Terán	71
Por eso me hice maestra María del Rocío Ofelia Ruiz	79
Docente son tus huellas el camino y nada más Blanca Estela Galicia Rosales	83
Mi elección, mi vida, mi profesión Gloria Angélica Barba Castañeda	89
¿La docencia una profesión? Más bien un llamado Juan Fernando Abarca Reyes	93
De cómo, por qué y para qué el magisterio me eligió María Catalina Josefina González Pérez	97
De la memoria al aula: mi vocación de maestra Lucia Xochitl Herrera Álvarez	101
De la resistencia a la convicción. Así me hice docente Martha Leticia Rangel Zamora	107
El gen inesperado: una herencia silenciosa hacia la docencia Lourdes Contreras Arreola	113
¿Valió la pena? Ruth Araceli Íñiguez García	113
Raíces de una maestra Yeimi Esmeralda Mejía Curiel	121

Maestro del campo a la ciudad 2016–2026 Francisco Palacios Gómez	125
Cambio de ruta: de federal de caminos a maestro de escuela Eric Lepe Amador	129
Por eso me hice docente: enseñar entre la costa y la sierra Guadalupe Zoveyda Sandoval Pérez	133
Lo que aprendí antes de enseñar Guadalupe de Jesús González Zul	135
Soy maestra desde que ingresé a la escuela Aida Sánchez Sención	139
El camino que me llevó a ser docente Frida Guadalupe Sotomayor Brambila	145
Por eso quise ser docente Mónica Vanessa Fernández García	149
¿Para qué ser docente? Eva Guzmán Guzmán	153
Enseñar como una forma de vida: narrativas de una trayectoria docente Clemencia Gutiérrez Camacho	159
Al andar se hace camino o las vueltas que da la vida Alida Genoveva Moreno	163
Excelente pregunta, esa Alicia González Romero	167
No me hice docente, me fui haciendo Reyna Janette Barba Pérez	171

Un legado que me encontró Alma Teresa Balderas Alatorre	175
Piensa en grande, haz en pequeño: El dulce sabor de una vocación inquebrantable Silvia Leticia Romo Jiménez	179
Mi hija es Maestra de Maestros María Guadalupe Guerrero Domínguez	185
Cartografía de una vocación: entre el universo y la enseñanza Gerardo Guzmán Silva	191
La magia de ser docente Anabel Godoy Padilla	195
Ser docente, la mejor decisión María Elodia Díaz Quezada	199
Un camino que elegí y me eligió Zuleyma Estefanía González Lozoya	203
Mi camino hacia la docencia. Una vocación que se construye desde lo humano Gresia Yrazú Torres Chagolla	207
¿Mi sueño logrado Alejandra Espino Sanjuán	211
De aprendiz a docente: mi historia Mayra Alejandra Casillas Hernández	215
Mi sueño logrado Alondra Monserrat Vazquez Orduña	221

La herencia del gis y el camino rural Marina Bravo Núñez	225
La formación de un docente Carlos Alfredo Gutiérrez Meléndez	229
El aula: mi lugar en el mundo Montserrat del Carmen Medrano Ruiz	233
Cartografía de una mente en formación Christofer Esaú Díaz Morales	237
Ser maestra: una historia que se construye día a día Fernanda Juárez Domínguez	243
El sueño que me llevó a la docencia Juana Paola González Zavala	247
Pequeños gestos, grandes huellas Ana Cinthya Rodríguez Delgado	251
¿En qué momento una simple intuición se convierte en destino? Karen Rubí Valdez Vázquez	255
Vivir para enseñar: una historia desde el aula Cinthia Yasmin Vallejo Cortés	259
Cuando enseñar se volvió mi sentido Jorge Armando Buendía Juárez	263
La voz que me enseñó a enseñar: historia de una vocación construida Laura Francisca Mata Reyes	267
La semilla que dejó la conciencia Diego de Jesús Juárez Esquivel	273

Entre la práctica y el sentido: Construir la docencia desde mi perspectiva docente Ricardo Alberto Valdez Vázquez	277
¿Quieres ser maestra? Piénsalo bien Jacqueline Medina Flores	281
Por eso me hice docente Amelia Flores Urbano	285
La docencia: entre la vocación y la realidad María Sariela Rodríguez López	289
De juegos a vocación: la historia que me llevó al aula Arlen Ramírez Freyre	293
Narrativa: Andanzas hacia la docencia Karina de la Luz Ramírez Lira	295
Historia de Vida Cristian Omar Garcia Vidal	297
Mi motivo para ser docente Berenice Campos Ascencio	301
Enseñar es aprender Rodolfo Fernández Báez	305
Mi motivación para ser docente Fabiola Susana Beltrán Olivares	307
Crédito de fotografías	311

Presentación

Esta vez, y tal como lo hemos hecho desde 2019, el Día del Maestr@ es y ha sido la excusa ideal para convocar al magisterio y reflexiones acerca de todo lo que rodea a la figura de quienes nos dedicamos al magisterio. Los textos llevan como propósito presentar la parte humana del docente, desde dar referencias de su origen, hacer homenajes y reconocimientos a quienes se dedicaron en cuerpo y alma para traer felicidad y aprendizajes a niños, niñas, adolescentes y adultos que han pasado alguna vez por un aula, lo mismo debajo de un árbol, a la orilla de un río, cerca de una laguna, a unos pasos de la playa del mar, en medio de un bosque, dentro de la selva, en el sufrible desierto, en las maravillas de la montaña, en los pueblos chicos, medianos y grandes del México profundo, en las ciudades populosas, en las zonas marginadas y privilegiadas.

Son historias que surgen de lo más sensible del magisterio y siempre hay hilos que se entrelazan porque lo que se narra es lo cercano, lo que nos mueve a ser mejores cada día y no importa que llueva, haga calor, frío, incluso que estemos en medio de zonas de inseguridad; lo cierto es que los niños, niñas y adolescentes que están con nosotros todos los días son la excusa para nunca claudicar.

En esta ocasión, el tema del libro tiene que ver con el génesis y origen de todo lo que provocó dedicarnos al magisterio. Reunimos 67 textos de docentes, hombres y mujeres de todas las edades y experiencias a cuestas; son narrativas contadas desde los contextos de estados como Jalisco, Guanajuato, Guerrero, el Estado de México y Tlaxcala, principalmente.

2026 es un año que ha estado rodeado de guerras dentro y fuera de México; el magisterio está en una etapa de reconfiguración, con promesas no resueltas y con discursos vacíos por todo tipo de autoridades. Parece que todo va a mejorar, pero la realidad nunca logra ser transformada. Con lo único que cuenta la escuela es con los maestros que hacen hasta lo que no para que las cosas funcionen. Este año, como años anteriores, justo en este día, dedicado al maestro, veremos

de nuevo ceremonias y que habrá loas, agradecimientos, medallas a quienes cumplieron los años para recibirlas; todo será maravilloso y al siguiente día de clases la realidad será la misma: un incremento salarial que ajusta para lo poco y la promesa de que todo va a cambiar.

Felicidades a todos y todas las personas que han tomado la docencia como profesión y forma de vida; de seguro han encontrado en ello un empleo que no da riquezas o construye fortunas, pero sí, y eso es seguro, que va generando experiencias donde el esfuerzo del día a día logra que muchos niños, niñas y adolescentes logren abrirse puertas y ventanas en este mundo y hacen con sus vidas realidades maravillosas.

Felicidades por nuestro día y que el festejo alcance para más...
Jaime Navarro Saras, a 15 de mayo de 2026.

“Hay una comunicación permanente con la Coordinadora, con todo el magisterio nacional, hay muchos logros en favor del magisterio. No vemos la necesidad de que haya algún tipo de manifestación que tenga como objeto obstaculizar un evento internacional, pues vamos a hacer nuestra tarea de diálogo permanente, diálogo constructivo” (reunión con la CNTE, 28 de abril 2026).

Mario Delgado Carrillo
secretario de Educación Pública

¿Por qué decidí ser maestro? **Una pregunta con infinitud de respuestas**

Miguel Ángel Pérez Reynoso*

Cuando se me planteó la pregunta de: “¿Por qué decidí ser maestro?”, para generar un texto en el marco de la celebración del Día del Maestro en la versión 2026, me puse a pensar sobre la decisión. Considero que uno no decide aislado o desligado de las decisiones que flotan en el entorno y que la decisión de uno también involucra a otros. Dicha pregunta me remite a reconstruir a través del recuerdo, la memoria y a plantearme algunas preguntas complementarias.

Soy maestro por vocación y porque egresé de dos centros de formación docente: la Escuela Normal Básica en aquel tiempo (ENJ, hoy la BCENJ) y la Escuela Normal Superior de Jalisco (ENSJ), y porque llevo en el ejercicio de la docencia una experiencia acumulada que va más allá de los 45 años en el servicio. También soy maestro por convicción, porque aquí he logrado desplegar todo el potencial de educar al lado de los demás; pero, aun así, la idea de origen no surgió de manera plena y totalmente convincente. Ser maestra o maestro se va dando en el camino y se va decidiendo sobre la marcha. La decisión de ser docente no es una decisión plena del sujeto que surja desde el primer día y de una vez y para siempre, sino de las circunstancias y del contexto en el que se vive.

Desde el origen, el arribo a la docencia está asociado con tres aspectos básicos:

1. El desplegar un estilo particular (personal) de ser profesional de la educación.
2. El ganar un lugar en el gran ejército de la profesión educativa.
3. El esperar el acierto y el reconocimiento por parte de los alumnos a mi cargo.

En este sentido, el trayecto y el recuento nos obligan a regresar a los orígenes.

Cabe la pregunta. ¿Qué soy ahora a partir del docente que quise ser después de que han pasado cuarenta años o un poco más?

En este sentido, soy de la idea de que uno no nace maestro, se hace en el camino de la docencia. Con lo que se nace es con la ilusión, con el deseo o con la inventiva de saber enseñar algo y estar al lado de los demás que lo aprenderán. En dicho trayecto, uno se va moldeando poco a poco, en el camino, porque la docencia es eso, un constante caminar por el mundo de las aulas y las escuelas, a partir de estar ahí todos los días.

Tengo el privilegio de haber trabajado en todos los niveles educativos (con excepción del preescolar, que es exclusivo de educadoras); de ahí en más he estado en todo. Desde los seis grados de primaria, tres de secundaria, dos años en el bachillerato, más de 35 años en educación superior (licenciatura, maestría y doctorado). Reconozco entonces que uno va moldeando la idea de ser docente a partir de saber estar ahí, al lado de los demás; aquí influye el contexto, los sujetos con los que uno interactúa y las exigencias sociales.

En el trayecto, trabajé en algunas escuelas rurales, apartadas de los polos metropolitanos (incluso en la formación de docentes), y esto también moldea, y va contribuyendo a configurar una forma particular de ser docente y de aprender a mirar el mundo de la educación. También en esta tarea de ser docente está la herencia de las imágenes y de las huellas de los que estuvieron antes, y de los cuales ya he hecho mención en trabajos anteriores:

- La maestra Sara de sexto de primaria, en la Escuela Urbana N° 106 “Encarnación Rosas” de la Colonia del Sur.
- El maestro Guillermo Zabalza de matemáticas, en segundo grado de secundaria en la Escuela Secundaria N° 3 P/V en la Colonia Morelos y del que aprendí lo poco que sé de álgebra.
- Las maestras tutoras y orientadoras educativas de la Prepa 5, de la UdeG (no recuerdo sus nombres).
- Y paradójicamente tengo pocos recuerdos de los docentes de las escuelas Normales: Marco Antonio Carrizales de Español, en primer año de la formación Normal.

Considero que lo que recuerdo de los otros es algo que puede estar en mí; me identifico con docentes que impactaban en clase, que tenían control grupal relacionado con la tarea, las charlas amenas y los docentes que eran contadores de historias. Siempre fui auditivo por mis dificultades visuales.

Hoy, a la distancia, regreso la mirada no a la que fui o a lo que quise ser como docente, sino al conjunto de circunstancias que se fueron conjugando para poder arribar y estar en la docencia de manera definitiva y como un proyecto de vida que no se tejió adecuadamente, pero hoy no es posible renunciar a él. Aquí está mi vida y mi vida está permeada por trabajar en educación, desde acompañar a niñas y niños pequeños hasta acompañar a adultos en el ámbito de la universidad.

El ser maestro también te transversaliza de manera obligada, es decir, hay que aprender a jugar ante nuevas circunstancias y en escenarios inéditos, incluso que no fueron imaginados en el origen. Hoy estamos ante un desencuentro generacional o el reencuentro y la fusión de distintas formas de construir y de mirar el mundo. La llegada de nuevos formatos de trabajo, la sobreburocratización de la tarea de ser docente, la amenaza de los protocolos y el asedio tramitológico, junto al hecho de que las niñas y los niños de hoy son muy distintos a la niñez que tuvimos en otra época.

Hemos pasado –como decía Castells– de una época de cambios a un cambio de época. Entonces, ante la pregunta de ¿qué circunstancias sirvieron para hacer-se y ser maestro?, no existe una sola respuesta; las circunstancias han ido cambiando, los tiempos se han hecho revoltosos y confusos, los sujetos de ahora ya no son lo que eran antes y no digo con esto que antes eran mejores.

El problema de formarte y decidir ser maestra o maestro es que no sabes cuál es la época en la que te tocará trabajar y cuáles serían las características de las niñas y los niños que estarán a tu cargo. La época de hoy es la mejor, porque es la más difícil para ser docente. O porque es ahora cuando estamos aquí pensándonos en la docencia.

Lo que quedó atrás es pasado o es memoria; el futuro que está por llegar aún no existe. Entonces estamos aquí parados, para reinventar cada día en este presente dinámico y confuso la idea de ser maestra o maestro, para vincularnos con la realidad, para apropiarnos de ella y pretender transformarla, para reinventarnos todos los días en la docencia.

No sé ni cuándo, ni cómo decidí ser maestro; lo que sí sé es que es una tarea que disfruto todos los días, que duele y gratifica a la vez, que es –como decía Joaquín Sabina cuando hablaba de su ciudad– sufrible, pero insustituible.

El ser docente es la única profesión que sirve para que uno se haga como persona, a la vez que estás contribuyendo a que los otros también se hagan a la manera que cada quien quiera o pueda.

En la fase final de mi carrera, de mi trabajo y mi incursión a la docencia, de ser formador a convertirme en formador de formadores. Éste es un espacio con nuevas gratificaciones, ya que la formación se hace de tercer nivel, cuando tú contribuyes a formar a los sujetos que a su vez se encargarán de formar a otros y otras.

En esta tarea –como decía al inicio– uno no se forma solo; aquí quiero hacer dos reconocimientos a acompañantes, colaboradores y cómplices en ciertos momentos.

A Francisco Rafael Millán Vega, el Pancholín, destacado docente, de mirada crítica, pero sencillo y callado. De él aprendí la importancia de generar y de hacer circular la palabra como recurso y como compromiso al educar-nos. Él también deja pendiente el escribir y compartir las líneas de su historia y su legado psicopedagógico.

Y otro gran personaje, Juan Campechano Covarrubias, el Campe. En la década de los noventa, con el auge de los posgrados en educación, Campechano trabajó en prácticamente todos los programas de posgrado. Aún tengo fresca en la memoria sus brillantes clases en el ISIDM, del pensar profundo y del uso del pensamiento crítico en la acción. Campechano ha sido un excelente formador de formadores.

Hay más imágenes, más recuerdos, más ideas que fluyen en este profundo pasado, pero dejo hasta aquí para seguir pensando en primera o en segunda persona. ¿Qué circunstancias sirvieron para que todas y todos nos hubiéramos convertido en docentes? Y que en este 15 de mayo vale la pena pensarnos y reconstruir nuestras historias en la docencia.

*Doctor en Educación. Profesor-investigador de la UPN Guadalajara, Unidad 141. safimel04@gmail.com

Ser profesor rural

Rubén Zatarain Mendoza*

En el gremio magisterial hay docentes formados en distintas Normales y universidades.

En el país y en el estado de Jalisco participan en el oficio maestros y maestras cuya formación inicial se materializó en las aulas de las Escuelas Normales Rurales.

En ellos y ellas hay una identidad, un ethos profesional que les identifica y hermana; hay, por supuesto, una posición ideológica informada y, en los menos, una posición acomodaticia y oportunista.

Ser egresado de una Escuela Normal Rural es una marca que se construye de componentes como la militancia política y el pensamiento divergente cargado hacia las ideas de izquierda, con algunas excepciones; se constituye también por el sentido de liderazgo comunitario y por la militancia en la problemática social.

Este año, celebrar el centenario de la Escuela Normal Rural “Raúl Isidro Burgos”, fundada el 2 de marzo de 1926, con la herida abierta de los 43 normalistas desaparecidos, y otras instituciones representativas como la Escuela Normal Rural “Carmen Serdán” de Teteles, Puebla, es motivo de alegría para la comunidad de profesores rurales de las distintas generaciones que hemos egresado de esas beneméritas instituciones, materialización posrevolucionaria de la pedagogía popular, de la solidaridad y del pensamiento crítico.

Hay una comunidad de Escuelas Normales Rurales de proyectos institucionales diseminados en la geografía nacional que han sido semillero de buenos profesores y profesoras; hay un ideario pedagógico y visión de desarrollo nacional que marca la identidad profesional de sus egresados.

Estas instituciones integran una parte de la cultura normalista. Como parte del sistema educativo nacional, en los estados donde se encuentran, han formado parte de la trama política y social por su cíclica demanda de mejora de condiciones.

Una breve digresión a título personal

A fines de la década de los setentas, quienes concluimos la educación secundaria escribimos una carta a la Escuela Normal Rural “Miguel Hidalgo” de Atequiza, Jalisco, en solicitud de información sobre los procesos para el ingreso.

Las autoridades educativas de entonces fueron muy comedidas en la respuesta sobre la calendarización de los procesos. El primer viaje a la institución alejada del pueblo de origen fue justamente para obtener una ficha para el examen de ingreso.

El examen se realizó en una escuela primaria de nombre “La Corregidora”, muy cercana a Ciencias Químicas, en lo que para muchos entonces era la enorme ciudad de Guadalajara.

Semanas después, enfrente de esa misma escuela primaria se publicó la lista de aceptados. Fueron gritos o sonrisas de satisfacción de quienes tuvimos el honor de aparecer, de salvar el proceso selectivo de ingreso.

El siguiente paso fue el examen médico y la formalización de la inscripción.

Qué alegría llegar a la Escuela Normal e instalarte con tus humildes pertenencias en la planta y cubículo correspondiente. La primera lucha de clases por fuerza física y grado fue por obtener un closet o locker; la segunda, por obtener cama o litera y colchón.

Para los de nuevo ingreso, sin tutoría de nadie, el derecho reducido a su mínima expresión (literas de segunda y lockers y colchones deformados) fue la primera lectura de realidad.

Entonces la autoridad administrativa de la escuela no participaba en la asignación de los dormitorios correspondientes y el acomodo era una primera lección de anarquismo y marginalidad-sadismo entre compañeros.

Después vendría nuestra chamarra distintiva, regalada para un poco de calor y resignación.

El comedor comunitario y las tías cocineras de mirada comprensiva, los lavaderos comunes, lavandería, los servicios de costura, enfermería y atención médica eran parte de los servicios del formato de internado de aquellos tiempos.

Las canchas deportivas de básquet, voleibol, fútbol, pista para correr y alberca, espacios y anexos para la práctica del deporte y las competencias intrainstitucionales ordinarias. Casi todos con tenis de manufactura nacional y ocasionalmente descalzos.

Los entrenamientos a hora temprana de los integrantes de las selecciones.

La diversidad de talentos y condiciones físicas hacían destacar algunos liderazgos.

Los dos viejos camiones para las excursiones que orgullosamente portan el nombre de la institución. Las alas primeras para los sueños viajeros de aquellos inquietos adolescentes jóvenes de escasez de dinero crónica, atenuado un poco por el PRE (simbólica aportación mensual monetaria).

La infraestructura, la arquitectura del alma máter, los edificios y áreas de los salones de clase, de la sala de usos múltiples, el laboratorio, el área de danza y la biblioteca y sus acervos ricos en fuentes de Psicología, Filosofía, Pedagogía y Literatura, entre otras.

Las aulas, el punto de encuentro para la tarea de aprendizaje, los maestros y maestras formadores de docentes y su singularidad discursiva de paternidades académicas cargadas más a la afectividad que a la ciencia, prácticas de los formadores muchas veces ajenas a la cultura de la planeación y sistematización.

El programa y el plan de estudios para formar un profesor rural para la educación primaria. Lo deseable de los saberes y habilidades verbalizadas, el lento proceso de alumbramiento personal a partir de las cátedras predominantemente expositivas, la riqueza de las observaciones y las prácticas semestrales, en el horizonte el par de meses del servicio social y la redacción del “informe recepcional” como primera ofrenda de papel de reproducción entre iguales, de asesoría en aquellos seminarios de “ponle aquí y quítale allá”.

Las tecnologías básicas aprendidas muy lejos aún del acetato y la diapositiva: “el franelógrafo personal con el que armaron sus competencias y se acercaron a los clásicos en búsqueda de respuestas. Sus aparatos críticos y sus primeros e incipientes saberes teóricos.

Los tiempos aquellos de los ficheros y las grabadoras de audio-cassettes, entre las primeras tecnologías que llegaron al aula unitaria.

Tiempos aquellos del mimeógrafo para producir los propios exámenes, los propios ejercicios para repasar modelos y gráficos en Ciencias Naturales; mapas, banderas y personajes históricos en Ciencias Sociales” (Zatarain, R. 2019, Revista Educ@rnos).

Las libretas de aquellos estudiantes normalistas y sus ejercicios autónomos de dibujos libres, los conflictos cognitivos de los temas matemáticos y estadísticos y el inglés que, para fortuna de los ajenos a la inteligencia lingüística, sólo se llevó en primer grado.

El inglés en las asambleas estudiantiles como lenguaje de los imperialistas, los inaccesibles dólares de la economía mundial para aquellos vaciados de pesos mexicanos en sus rotos bolsillos.

La formación informal en las asambleas estudiantiles donde se aprendió el valor de la solidaridad con las escuelas Normales hermanas en sus procesos de huelga, donde aprendimos a odiar a Gustavo Díaz Ordaz “La Changa” por ser represor el 2 de octubre de 1968 y porque tal evento representó cercenar el número de Escuelas Normales Rurales en el país, por la etiqueta endilgada de ser “flagelo comunista” y semillero de rebeldes.

En esas asambleas, la admiración a los mejores oradores y la ampliación de la conciencia política y social, los significados de las banderas roja y negra de huelga y la hermandad de clase con los campesinos y obreros, con las escuelas hermanas aglutinadas en la FECSM (Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México).

Nuestros padres, nuestras familias como muestras vivenciales de la injusta distribución de la riqueza nacional, los alumnos en los salones de práctica con sus ropas humildes y su cara de tristeza imborrable donde se había anidado la desesperanza.

Las consabidas Matemáticas, lectura y redacción, Ciencias Naturales, Ciencias Sociales, Psicología, Pedagogía, Didácticas, Inglés, teatro, danza, música, entre otras. Los espacios curriculares y las calificaciones en las boletas semestrales. La gradación de los procesos formativos de los futuros maestros.

Por las tardes, las actividades de industrias rurales y de visitas a la parcela escolar para sembrar hortalizas y aprender sobre crianza de pollos y cerdos, entre otras.

Tardes de interacción entre iguales y de práctica de deportes, de lectura libre y de juego libre de baraja, ajedrez, dominó y damas, de la rondalla y el club de música y danza, tarde de desarrollar condición para las carreras y caminatas en la pista.

Las tardes y noches bucólicas de poetas y cantantes, las voces alegres, las emociones al viento entre pinos, nogales y árboles de guayaba y membrillos.

Los concursos de lectura oral, declamación y oratoria. Los juegos socioculturales y la práctica de habilidades aprendidas como el teatro, por ejemplo, y casi siempre la música, las guitarras y los intérpretes siempre presentes en los corazones hablantes de aquellos jóvenes en formación.

Las cartas como medio de comunicación necesario. Los telegramas y los escasos apoyos económicos de la familia.

Las cartas y la familia, las cartas y las novias para la práctica de las bellas palabras como la poesía, las prácticas para tomar la voz y construir ese bastón emocional necesario cuando se es menor de edad. En el internado (sistema de convivencia y espacio de maduración y crecimiento físico e intelectual, la construcción de la otredad y el mundo simbólico de los miedos compartidos y la valentía con chapa de testosterona).

Los compañeros y amigos, viajeros del mismo barco en un futuro prometedor de movilidad social con respecto al destino ligado al campo de las madres y de los padres. La Escuela Normal y su pasaporte a un mañana propio diferente, a un mañana para los demás, donde corazones y voluntades se ofrecen como elementos de receta del ego educador futurible, como el tren que algunas veces vimos partir en la estación.

La lectura en la biblioteca, la bibliotecaria como elemento importante para convocar a los prófugos de los libros. El acercamiento a las fuentes filosóficas y de legislación educativa. El menú de autores y referencias, los métodos de lectoescritura. Rafael Ramírez y Enrique

Conrado Rébsamen, Enrique Laubscher, Comenio, Pestalozzi, Freinet, Rousseau, Piaget, etcétera.

La investigación documental y elaboración de las tareas; en aquel momento las tareas realizadas por los más en manuscritos, por los menos en las escasas máquinas de escribir, instrumento de trabajo que sólo algunos poseían.

La lectura informal en los cubículos y en las bancas de cemento de las plantas de los dormitorios. “La heurística del sentido existencial, la soledad, tristeza, precariedad de recursos, el reto de fortalecer carácter y temperamento”.

Los antiejemplos, los iguales como maestros informales de las buenas cosas” (Zatarain, R. 2022, Revista Educa@rnos).

Los lectores de las novelas de vaqueros y la pedagogía del gusto por las balas, los matones, los caballos y las vaqueras acuerpadas de las tramas de escritores como Marcial La Fuente, Estefanía o Silver Kane, por poner un par de ejemplos.

El mundo informal estudiantil y la intimidad de los cubículos donde se comparten baños y regaderas comunes, donde se transmiten valores positivos y donde hay escuela también de antivalores, para algunos la iniciación en el consumo de tabaco y alcohol, como círculo vicioso generacional de una cultura reproductora en la antipedagogía cotidiana.

Los cubículos donde se comparten tareas escolares y ocasionalmente se comentan asuntos relativos a clases y exámenes, donde se elaboran materiales didácticos en cartoncillo para las prácticas profesionales; donde también circulan de mano en mano los cassettes de la música representativa y esporádicamente revistas de historietas y también de adultos, donde se hacen prácticas de boxeo y pateo ante costales o en el aire, ante enemigos imaginarios.

Cierre de la digresión personal y conclusión preliminar

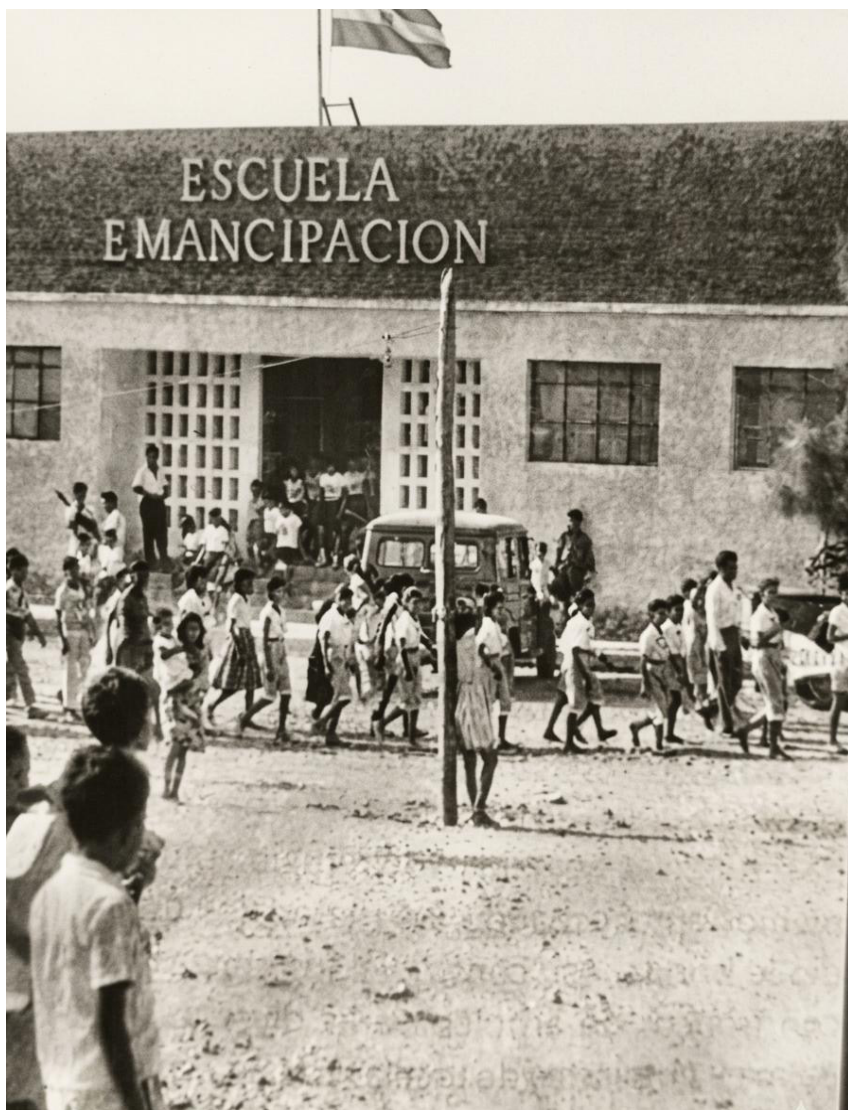
Como golpe simbólico gubernamental al normalismo rural so pretexto del movimiento estudiantil de 1968, la Escuela Normal Rural de Atequiza pasó de ser un internado de mujeres a constituirse en internado de hombres (1969).

En aquel tránsito de la década de los setentas a los ochenta concentraba alumnos de Jalisco, Nayarit, Colima y, en menor proporción, de Sonora, Sinaloa, Michoacán, Campeche, Morelos y Tamaulipas.

En este año en el que la comunidad de profesores egresados de las Escuelas Normales Rurales celebramos el centenario del normalismo rural con memoria crítica y militante, es una buena ocasión para que, con estas biografías vivas que somos y que recuerdan, valoremos el esfuerzo fundacional de su creación y demos cuenta y regresemos con obra de bien a la sociedad que construyó el espacio institucional que fue nuestra casa por 3, 4 o más años.

Después de un proceso formativo como profesores normalistas y después de un camino andado por los caminos del Sur y el Norte, concluimos que la Escuela Normal es una estación de primavera que moldea la inteligencia colectiva del profesor, un punto de partida que se constituyó en el centro del ser docente de muchos y que, a fin de cuentas, el profesor es él y sus circunstancias y luego es él y su vocación, sus ideas fuerza, su espíritu científico y artístico y su ciencia educadora inacabable y retadora.

*Doctor en Educación. Profesor normalista de educación básica. zata-rainr@hotmail.com



Me hice docente por la influencia de los practicantes, hoy llamados “docentes en formación”

Adriana Piedad García Herrera*

Estoy convencida que me hice docente porque estudié la educación primaria en la Urbana 108 “Práctica Anexa a la Normal de Jalisco”. En aquellos tiempos “La anexa” como le llamamos coloquialmente, era una escuela primaria, como muchas otras en el país, que respondía al modelo educativo de formación docente, previo al nivel de Licenciatura que se otorga a partir de los planes y programas de 1984. Este modelo unificado de escuela Normal-escuelas anexas garantizaba el aprendizaje en la práctica de los normalistas, incorporando una extensión de la institución normalista, convertida en una escuela anexa del nivel de educación básica acorde con la formación que se ofrecía en la Normal. Hoy en día las actividades de práctica en las escuelas de educación básica siguen siendo parte importante del modelo de formación a nivel de licenciatura, pero las escuelas anexas tomaron distintos rumbos en la escala estatal y nacional.

Fui una niña que hizo su educación primaria siempre acompañada de practicantes, hoy llamados “docentes en formación”. Llegaban en grupo y se colocaban alrededor del aula. Siempre me llamaron la atención, su uniforme, la solemnidad con la que se mantenían en el salón de clases y lo importantes que nos hacían sentir porque éramos protagonistas de un gran evento. Yo no tenía claridad de qué se trataba, pero sabía, me sentía muy emocionada con tantas personas a nuestro alrededor, modificando la rutina diaria en el aula y en la escuela.

Llegaban los practicantes y era una fiesta, las clases se llenaban de materiales, de juegos, de refuerzos positivos en forma de estrellitas en la frente o en gráficas de conducta y aprovechamiento que se colocaban en las paredes del salón. No estoy segura de los periodos ni de la temporalidad de las prácticas, pero en mi vivencia los normalistas nos llevaban a un mundo alterno que nos hacía soñar y aprender, eran esos días que siempre esperaba que se repitieran a lo largo del ciclo escolar y al paso de los años durante mi educación primaria. Todos

participábamos en las actividades que proponían, pero particularmente mi mente se echaba a volar, me imaginaba al frente como ellos, poniéndome en su lugar y me decía: yo quiero hacer materiales para los niños y trabajar con ellos, ¡quiero ser maestra!

Esta experiencia de trabajo con los normalistas se amplificaba con las visitas frecuentes a la escuela Normal: al edificio que desde 1958 alberga la hoy Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco. Salir de la primaria en grupo y todos formados era ya un evento extraordinario y de gran emoción que se incrementaba al ingresar a ese conjunto de construcciones. Desde el trayecto a pie se podía ver el Mural “La cultura en Jalisco” de José Chávez Morado, y a la entrada al gran patio cívico sobresalía el “Monumento a la educación”, escultura creada por el jalisciense Miguel Miramontes Carmona; ambas expresiones artísticas que desde su fundación son parte estructural de la escuela.

No recuerdo cuándo fue la primera vez que fui a la Normal, pero segura estoy de que fueron varias en los años en que cursé la educación primaria. Como suele pasar con los niños, yo veía ese edificio mucho más grande de lo que aún lo sigo viendo. El recorrido por los pasillos, y después bajar por las escaleras para enfrentarme al espectacular Teatro Griego, siempre ha sido para mí una experiencia impactante. Bajábamos los escalones del gran teatro y nos colocábamos como espectadores de las actividades artísticas y culturales que los normalistas ofrecían al público cautivo: los niños y los maestros de la escuela anexa. Tuve la fortuna de ser parte de ese público y de experimentar la emoción de estar en ese lugar físico, pero, sobre todo, de verme nuevamente como parte viva de la docencia, y en ese escenario me decía: yo quiero estudiar en esta escuela, ¡quiero ser maestra!

Es imposible saber el momento exacto en que tomé la decisión de ser docente, pero segura estoy que me hice docente por la influencia de los normalistas y de la escuela Normal, y que esa decisión se fue gestando entre los 6 y los 12 años de edad en que parte de mi vida se desarrollaba tanto en la escuela anexa como en la escuela Normal. Tampoco se puede saber cuándo fue la primera vez que contesté “maestra” a la pregunta de ¿qué quieres ser cuando seas grande?,

pero esa certeza, meta, expectativa, deseo y quizá ilusión ya era parte de mi futuro cuando egresé de la primaria.

¿Por qué no hablo de vocación? Narrar cómo es que me hice docente, me coloca nuevamente en un sitio distinto a la vocación. Nunca he creído en ese “llamado” o mística casi religiosa de la inclinación a la profesión docente, como el origen indisociable de una decisión de vida. En mi propia historia se pueden rastrear las influencias que motivaron mi toma de decisiones. Algunas de las niñas que cursaron conmigo la educación primaria las volví a encontrar ya en las aulas de la escuela Normal, no sé, ni se me ocurrió preguntar, por qué tomaron esa decisión profesional.

El recuerdo de los años de infancia y la reconstrucción de ciertos eventos significativos, tienen el potencial de identificar el cauce que siguen las motivaciones y las decisiones para elegir la docencia como profesión. Sabemos hoy que este recuento, no sólo el mío, sino como una herramienta de formación docente, sustenta y da sentido a la profesión, y consecuentemente fortalece nuestra identidad docente, al identificar sus orígenes y darles su justo valor.

Mis años de infancia y el recuento de los orígenes de mi decisión por dedicarme a la docencia, estarían incompletos si dejo fuera a mis hermanos. Ya de adultos hemos comentado en distintas ocasiones la influencia que tuvo en mí la primaria anexa a la Normal. Ellos cuentan sus anécdotas, pero ninguno recuerda espontáneamente a los practicantes, ni las salidas a la Normal. Los cuatro asistimos a la misma primaria, en el mismo periodo temporal, cada uno inscrito en su grado correspondiente, es imposible que sólo yo hubiera estado en los grupos con practicantes o que sólo a mi salón lo hubieran llevado a los eventos de la Normal.

Pero, como sucede con todos los hermanos, cada uno vive los eventos compartidos de una manera particular. Cada uno recuerda sus propias experiencias significativas, que, aunque se realizaron en familia, tuvieron un impacto distinto. Podríamos decir que es un recuerdo distribuido, ninguno tiene el recuerdo completo, cada uno aporta su parte y entre todos armamos nuestra infancia en familia. Yo aportó los recuerdos de los normalistas que prácticamente mis hermanos tienen

en el olvido, sin embargo, las salidas a la Normal vienen a su mente como eventos aislados que no les dejaron la misma huella que a mí. Esos recuerdos me son significativos y marcaron en mucho mi decisión por ser maestra.

Y sí, como la mayoría de los docentes, también hay maestras en la familia: mis tías hermanas de mi papá que venían en camión desde Chihuahua, de tanto en tanto, para visitar a la familia y hacernos tortillas de harina. Recuerdo muy bien la sobremesa en que se platicaba de todo y mis papás comentaban con ellas mi decisión de ser maestra, asunto que por supuesto era bien recibido y reforzado. Esos diálogos en familia fueron la probación pública de mi decisión de vida. En el imaginario familiar alguien tenía que seguir la tradición y desde niña asumí esa responsabilidad con gusto y con orgullo.

También tengo una prima educadora, fuimos formadas en la misma generación temporal, aunque hicimos la Normal en distintos lugares geográficos. En esos años de juventud compartir experiencias de formación fue fortaleciendo en mí esa identidad docente en ciernes. Hoy en día tengo una sobrina educadora egresada de una escuela Normal. Pero también la docencia ha tomado distintas formas en la familia: se ejerce en el arte, en la música y en el nivel de bachillerato, que no requieren necesariamente el paso por una escuela Normal. En el seno familiar se comparte el valor de formar a otros y ha sido una carrera de vida que se ha ejercido de generación en generación.

Este 15 de mayo de 2026 comparto mis recuerdos del origen en mi decisión de ser maestra. Sin embargo, mi historia y trayectoria docente a lo largo de mis años de servicio tomó un rumbo que jamás me hubiera imaginado en mis inicios, pero esa es otra historia que ya tendrá su tiempo y su espacio para ser contada.

*Doctora en Educación. Catedrática de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco. adrianapiedad.garcia@bycenj.edu.mx

Sí, a su escuela...

Abelardo Carro Nava

Decía atinadamente Alberto Arnaut que el normalismo rural mexicano se lleva en la sangre y no se equivocaba.

Los primeros recuerdos que tengo sobre eso que años más tarde conocí como docencia datan de mi infancia. Mi padre, docente en una escuela primaria, todas las mañanas se alistaba para irse a su escuela, con sus muchachos, como él les llamaba. Cómo me encantaba verlo acomodarse la camisa, corbata y el saco del traje; era como un pequeño ritual que todas las mañanas realizaba frente a un pequeño espejo de un ropero cuyos estragos por el tiempo ya se notaban. Acto seguido, tomar su portafolio y despedirse de mi santa madre marcaba el inicio de su jornada.

Ahora que lo pienso, no sé por qué fueron pocas veces las que lo acompañé a alguna de sus escuelas, pero lo que sí sé es que me fascinaba observar la forma en que enseñaba algún tema con sus pequeñas y pequeños. Curiosamente, de presencia y semblante fuerte, su carácter sensible salía a brote cuando de cantar una pequeña canción se trataba: el 1 es un palito, el 2 es un patito, el 3 la viborita y el 4 es un sillón... Era un espectáculo sin igual.

Por esas cosas raras de la vida, de pequeño pensaba que trabajar con niñas y niños no era tan cansado como para que, en algún momento del día, alguien tuviera que tomarse un respiro. ¡Caray, si dar clases es lo más divertido! –una y otra vez en mi mente retumbaba–. Años más tarde entendí por qué algunos días mi padre no jugaba con nosotros después de su hora de salida o por qué, ocasionalmente, no tenía el tiempo suficiente para dialogar algunos temas que a nosotros nos interesaban. Las evaluaciones, los materiales, las planeaciones, entre tantas cosas más, siempre apremiaban. Desde luego, nunca hubo un reproche, al menos de mi parte.

Cómo olvidar esas reuniones familiares donde en la charla siempre aparecían temas de las escuelas, el comportamiento de las y los estudiantes, la interacción con los padres de familia, el manejo de los

libros de texto, las tareas y su falta de entrega, el conflicto con el supervisor o director del centro educativo, entre quién sabe cuántas cosas más fueron parte de mi vida y, hasta podría decir, que de mi formación como maestro.

¿En qué momento decidí ser docente? Con certeza puedo decir que nunca existió una fecha precisa; nací docente y con mucha seguridad moriré docente.

Es que la docencia se lleva en la sangre. Es un mundo donde la vorágine de acontecimientos o fenómenos no se detiene. Mil cosas ocurren en un instante y es, precisamente por esos instantes, que la docencia se lleva en el alma. ¿Cómo no maravillarte con el rostro de un niño cuando ha comprendido el ejercicio? ¿Cómo no enternecerte con esos detalles que sueles recibir a la mitad de tu jornada por parte de tus pequeñas y pequeños? ¿Cómo no preocuparte o hasta sufrir porque alguna de tus niñas o niños está atravesando por alguna situación difícil en casa? ¿Cómo no pensarte y repensarte para significar y resignificar tu docencia con la finalidad de que tus muchachos aprendan?

Voy a intentar averiguar si la docencia es una profesión a la que se elige e ingresa con vocación o sin vocación; lo que sí sé es que si alguien no ha sentido ese maravilloso golpe de eventos que enmarcan el aprendizaje y la formación de un ser humano, no debería dedicarse a ello.

Pasión, talento, capacidad, inteligencia, paciencia, tolerancia, diálogo, entre otras tantas cualidades, son indispensables; sin embargo, hay una que supera, pero que engloba a las demás: me refiero al amor. Sí, amor por lo que se hace, porque justamente la docencia es acción, es praxis que demanda algo más allá de conocimientos, porque, si bien es cierto que estos son fundamentales, también es cierto que se requiere de una entrega sin miramientos.

A lo largo de mi vida he tenido a las y los mejores maestros porque de todas y de todos aprendí un poco. Obviamente, hubo quienes me generaron valiosos aprendizajes y otros muy poco o nada; no obstante, con certeza podría decir que de ellas y ellos aprendí muchísimo. Creo que el principal aprendizaje que me pude llevar y que aún mantengo vivo en mi presente es que todas y todos fueron y son seres

humanos, con errores y virtudes, con éxitos y fracasos, con aciertos y desaciertos. En fin, con todo aquello que nos caracteriza como seres humanos.

¿En qué momento la docencia comenzó a deshumanizarse?, ¿en qué momento la calidad, las estadísticas, las evaluaciones o las calificaciones se antepusieron al propio proceso de enseñanza y de aprendizaje, pero, específicamente, al ser humano en formación?, ¿en qué momento el traje, la corbata y el portafolio se desvalorizaron y comenzaron a ser objeto de ofensas, denostaciones y vejaciones?, ¿por qué los cantos y juegos dejaron de ser un medio de aprendizaje donde el profesor o profesora, al unísono con sus pequeños, jugaban y aprendían hasta el cansancio?, ¿en qué momento el docente dejó de pensarse como docente?

Es cierto, añoro aquellos tiempos en los que ser maestra y maestro representaba un enorme respeto para la sociedad en su conjunto. Es cierto, también añoro el que tus niñas y niños corran a abrazarte a la puerta de la escuela. Es cierto, añoro esa docencia donde el alma, el sudor y la sangre se anteponían a un estímulo económico que cada día precariza este maravilloso ejercicio.

Sí, es cierto, añoro ver a mi padre alistarse para irse a su escuela y no a su trabajo, como él le decía. Sí, a su escuela...

*Maestría. Docente en la Escuela Normal "Profesora Leonarda Gómez Blanco". lalitonan9@gmail.com



Una historia familiar común

Marco Antonio González Villa*

De niño me gustaban las historias y la televisión era un gran escape: las películas en español eran, relativamente, fáciles de asimilar y entender, pero las películas en inglés, en un tiempo en el que muchas de ellas disponían de subtítulos en la televisión abierta, eran complicadas para mí, de las que rescataba sólo lo visual, como en Jason y los argonautas, por ejemplo. Así que aprender a leer se volvió una necesidad imperante para mí y la escuela sería la vía.

Mis primeras letras, el libro y una joven maestra de nombre Engracia fueron los responsables de que aprendiera a leer rápidamente y así pude lograr mi objetivo como incipiente cinéfilo. Pero, además de las películas, hubo dos en las que inicialmente no reparaba, pero una vez habiendo aprendido a leer, captó mi atención: mi padre gustaba de leer novelas del viejo oeste de una colección en cuya portada se leía con claridad ESTEFANÍA, que ahora sé eran publicadas por Editorial Bruguera y escritas por un escritor español de nombre Marcial Antonio Lafuente Estefanía, así como también continuamente traía consigo revistas sobre juegos mentales como sopa de letras y crucigramas, en donde había uno en particular que jalaba más mi atención por el nombre y el dibujo que lo acompañaba; “Sólo para tigres” era la sección. Era un crucigrama que contenía preguntas difíciles que para mí eran imposibles en ese momento, pero mi padre enfrentaba con seguridad cada que podía.

Y así fue surgiendo en mí un interés por la lectura y por tener muchos conocimientos, para que un día pudiera considerarme a mí mismo un tigre. La escuela era nuevamente un espacio que sería de ayuda, pero, sin tenerlo aún claro, el papel de mi padre iba a estar ahí, acompañando momentos y decisiones importantes para mi carrera y para mi vida. Su vida fue complicada siempre, con padres separados, cambiando de casa en diferentes ocasiones, con temporadas con su madre o con su padre, con su abuela paterna, con alguna tía, dejando los estudios en la secundaria y trabajando desde su adolescencia.

Nunca ganó mucho dinero, un dato que será importante en mis decisiones; sin embargo, pese a nunca haber contado con una familia en sus primeros años, se esforzó mucho por tener una con mi madre, mi hermano y conmigo cuando fue el momento.

Mi infancia fue feliz; honestamente, no puedo decir otra cosa. Con carencias económicas, sí, pero entre la escuela, mis juguetes, la tele, el cine, los juegos con mi hermano y con amigos en la calle, los días eran sumamente alegres y estimulantes.

Un día, que marcó mi vida para siempre siendo aún un niño, mi padre hablaba con mi madre sobre un tema que había surgido en una conversación con mis tíos, hermanos y un cuñado de mi mamá, durante una de las reuniones dominicales que acostumbábamos en casa de mi abuela materna. Yo me encontraba jugando en el piso con unos juguetes, pero no pude evitar escuchar la conversación entre mi padre y mi madre: mi padre le comentaba que en un momento los hombres de familia empezaron a hablar de cuánto ganaban en sus respectivos empleos y él pudo darse cuenta de que era quien menos ganaba de ellos con su empleo en Ferrocarriles Nacionales y se lo habían hecho ver y sentir. No se dieron cuenta, pero algo en el tono de mi padre me había hecho dejar de jugar, pero sin levantarme del piso y sin levantar la cara, sentí “feo”, como diría un niño; hoy sé que era una mezcla de tristeza y de coraje porque lo habían hecho sentir vergüenza. Algunos entenderán, otros no, pero, sin decirle a mi papá, y nunca se lo dije para que no recordara ese momento, me juré en ese instante que haría lo necesario para un día ponerlo en alto y que todos se dieran cuenta de que, pese a lo que muchos pensarán, él era un motor y una inspiración para sus hijos.

La escuela era otra vez la vía para este nuevo e importante objetivo: terminaría una carrera, sería maestro y así un día diría que mucho de ese logro habría sido gracias a él. Durante la primaria no tuve problemas para desempeñarme bien y seguir adelante con mi promesa, pero entonces me llegó esa pequeña dificultad llamada adolescencia y estuve a punto de dejar todo de lado. Cometí muchos errores y aun así no tuve un reclamo de su parte, sólo veía su fe en mí: suspensiones escolares, irresponsabilidades, perder un año en el CCH, malas

decisiones, incluyendo la idea de dejar de estudiar para dedicarme a trabajar solamente y a casarme, culparlo incluso de mis fracasos; todo esto y nunca dejó de apoyarme.

Diferentes circunstancias de la vida, que darían para otra historia, me habían hecho elegir a la Psicología como la carrera que quería estudiar, así que al terminar el CCH solamente tenía que recibir mi carta de asignación por correo; aún no había internet, para inscribirme y continuar mis estudios. Mi carta no llegaba y yo lo veía como la excusa perfecta para no seguir estudiando; trabajaba, eso sí, pero no me veía ya como universitario. Un día que regresé de trabajar, mi padre me entregó mi carta; le pregunté si había llegado el correo y me dijo que no, que había ido por ella a Ciudad Universitaria. No sé describir lo que sentí; era incredulidad, sorpresa, pero también vergüenza: no vivíamos cerca de CU y no teníamos auto, así que mi padre invirtió horas en transporte y lo imagino también caminando mucho, preguntando a diferentes personas en dónde se entregaban las cartas de asignación, hasta que llegó a una oficina en donde le informaron que algo había pasado y por un error no la habían enviado, pero se la entregaron en mano y él a mí. Sentí sus deseos de que continuara mis estudios, así que abrí el sobre y leí entonces, con decepción para mí, que la UNAM no había perdonado como él mi error de terminar en cuatro años y me habían enviado a una ENEP que estaba lejos de mi casa y no a la que se encontraba a sólo 10 minutos. Me fui a inscribir, era lo menos que podía hacer, pero no fui a clases y volví a perder otro año, en el que me dediqué a trabajar, por independencia, pero también por pena y culpa.

Meses después, un amigo me avisó que podía realizar un trámite para cambiarme de plantel; hice entonces mi solicitud y logré que me cambiaran. Se alinearon los astros entonces, porque pude entrar a trabajar a Ferrocarriles Nacionales, gracias a él, y se compaginó con mis horarios de escuela. Me inscribí en la otrora Escuela Nacional de Estudios Profesionales Iztacala, hoy Facultad, y así empezaría, totalmente enfocado, a realizar mis estudios profesionales. Mi padre entonces, junto con mi madre, me pidieron que los dejara apoyarme económicamente con mis estudios, pero ya no les correspondía después de tantas fallas de mi parte y les dije que ahora yo sería responsable de mi

preparación. Insistieron en que les permitiera ayudarme y acordamos que me compraran dos libros que ocuparía en el primer semestre y el pago de unos lentes que ocupé durante la carrera.

Recordé la promesa que había hecho de niño y entonces recuperé el deseo de ser maestro, con el matiz ahora de que sería maestro de Psicología y, de ser posible, en la UNAM. La carrera pasó rápido y con buenos resultados: terminé, hice mi tesis y me titulé. Empecé a trabajar como maestro en escuelas particulares y posteriormente ingresé a una maestría en la UAM, en la que nuevamente me alentó a seguir. Me casé también y tuve hijos, pero, aun en sus silencios y pocas palabras, sentí siempre su apoyo.

Después de varias experiencias como docente, que incluyen varios fracasos, obviamente, pude ingresar a ser maestro en la UNAM en el año 2007, en CCH Naucalpan, y en el año 2008 papá murió. Ya no pudo ver cómo me seguí preparando académicamente o que logré entrar a trabajar también a la FES Iztacala; ya no pudo ver tampoco cómo, cuando se alcanza la madurez regularmente, empecé a cosechar ciertos logros de mi labor.

Ya no estaba conmigo físicamente para mí, pero he procurado siempre hacerlo parte de esta historia. ¿Por qué me hice maestro?

Siempre habrá muchas causas y situaciones que se juntan y entrelazan para que algo suceda, pero en mi caso, RAÚL GONZÁLEZ RAMÍREZ, mi padre, fue una de las razones y motivos principales. Es una historia común, tal vez, pero importante para mí: un padre que inspiró a un niño a ser maestro un día. ¡Lo logramos!

*Doctor en Educación. Profesor de la Facultad de Estudios Superiores Iztacala. antonio.gonzalez@ired.unam.mx

De artistas a docentes

Jaime Navarro Saras*

A tod@s mis compañer@s del CEDART Guadalajara,
que juntos nos iniciamos en el mundo del arte integral.

Han pasado casi 50 años (1976, creación
de los 12 Centros de Educación Artística en México).

Vengo de una generación de adolescentes que en 1976 buscábamos darle sentido a nuestra vida después de terminar la educación secundaria. Era una época donde las oportunidades de estudio se reducían al bachillerato en la universidad, algunas escuelas técnicas y las escuelas Normales. Algunos de mis compañeros intentaron ingresar a la Escuela Normal de Jalisco (hoy Benemérita y Centenaria) y no lo lograron; allí mismo les entregaron folletos donde se informaba del Cedart Guadalajara, que iniciaba a dar servicios educativos en esa época. Como atractivo, para que se animaran, les decían que era para formar maestros de educación artística. En mi caso y el de por lo menos cuatro más, entre ellos Mario Ramos Carmona, nos enteramos del tema en un programa de televisión que pasaba a mediodía por el Canal 4 (hoy Televisa Guadalajara). El asunto es que esa misma tarde acudí, junto con Jorge Mora, a las instalaciones que estaban relativamente cerca de mi casa; era un edificio de la planta alta, abajo era una bodega, por la Calzada del Águila núm. 78, a dos calles de la sede de los Bomberos y muy cerca del Parque Agua Azul.

La entrevista fue muy simple, nos preguntaron cuestiones muy generales de nuestros gustos artísticos y cómo una especie de examen, nos aplicaron unos ejercicios prácticos para ubicarnos según nuestras habilidades artísticas; eran 4 especialidades: Música, Danza, Teatro y Artes Plásticas. En mi caso, resulté hábil para dibujar y fui ubicado en la especialidad de Artes Plásticas junto a otros 4 compañeros (Candy, Yolanda, Luis Quintero y Ángel); en Danza (Alicia S., Alicia R., María Luisa, Anita, Bety Mercado, Aracely, Mary, Tere, Eva y Carmen); Música (José de Jesús “El Bato”, Martha “La gruesa”, Jorge, Sara, Luis Marcelo “El Guacho”, Evangelina, Paco, Cristóbal, Chanón y Édgar); y Teatro (Bety Islas, Coralia, Mario, Luis Cruz,

Carlos Arizaga). También se impartía educación secundaria; era un grupo de por lo menos 30 estudiantes (entre otros Marcela, Maricela Rodríguez, Yolanda Placencia, las hermanas Marta (Tita) y Luz, Mónica Montaña, Yolanda Castañeda Sevilla, Odila Montaña, los hermanos Carmen y Fernando, Adriana, Gildardo Álvarez, Gildardo, Orquídea y Ricardo, entre otros, al siguiente año se incorporaron mi hermano Edmundo y Cuauhtémoc).

En esa época asistíamos por la mañana (de 8:00 a 13:00 hrs.) a cursar las actividades artísticas (además de nuestra especialidad, también llevábamos contenidos de las otras tres especialidades) y por la tarde (de 16:00 a 20:00 hrs.) cursábamos la currícula académica (Matemáticas, Español, Ciencias Naturales y Sociales).

El primer año del bachillerato fue una especie de propedéutico; algunos no continuaron porque no era lo que buscaban y, en cambio, otros se incorporaron al grupo de bachillerato, como el caso de Abraham, además del nuevo grupo (entre otros Carlos Esparza, Jaime Orta, Horacio, José Manuel Murillo, Óscar y René Trujillo).

El segundo año de existencia del Cedart (1977-1978) fue el que para mí ha sido el mejor que tuvimos en los 3 años del bachillerato, porque nos cambiamos de la bodega de Calzada del Águila a un edificio ubicado en la esquina de las calles Pedro Moreno y 8 de Julio, en pleno centro de la ciudad, a menos de 100 metros del Exconvento del Carmen, en el cual nos impartían clases de música con la maestra Tere Hermosillo de Zambrano (QEPD) y la Sala Higinio Ruvalcaba que era el escenario para hacer presentaciones, principalmente las pastorelas y algunas obras de teatro. Además, tuvimos la suerte de ser parte del boom de la promoción y difusión del arte en Guadalajara; en aquella época había basta actividad artística en toda la ciudad y el estado (exposiciones, obras de teatro, conciertos, presentaciones de danza, en fin). Los artistas plásticos de moda y directores de teatro, danza y música eran nuestros maestros en el día a día; vivíamos extasiados porque todo era en vivo y en directo. Imposible olvidar maestros como Luis Valsoto, Claudia Cecilia Alatorre, Daniel Salazar, Consuelo Pruneda, Miguel Ángel López Medina, José de Jesús Navarro Tadeo, Cornelio García, Pepe Ruiz Mercado, Jorge Gastélum, Teresa Hermosillo de Zambrano, Federico Navarra, Onésimo González, Enrique Cala-

tayud, Ramiro Torreblanca, en las áreas académicas profesores como Silvia Ayala, Enrique Barragán, Zoila Romero, Rodolfo Quintero y nuestros directores César Delgado Martínez y Fernanda Matos Moctezuma.

Durante los tres años del bachillerato tuvimos nuestro primer acercamiento a la docencia; asistimos unos días a la Escuela Primaria Benito Juárez, por la avenida Niños Héroes, donde les dábamos clases de arte a los niños en unos talleres improvisados. Sólo fue una probadita y eso nos dejó como aprendizaje que esa era una de las posibilidades laborales una vez terminado el bachillerato. También se vino lo de la preparatoria de Ciudad Guzmán, en que algunos de nosotros participamos los fines de semana impartiendo clases allá por 1979 (estaba viva la guerra en Nicaragua entre los sandinistas y el gobierno de Somoza; esa guerra era la plática recurrente con nuestros maestros que nos invitaron y la comunidad de docentes de la prepa). También sucedió lo de los talleres de un peso por alumno en la Escuela Primaria Federal República Mexicana en Zapopan (reseñado en el libro del Día del Maestro 2021).

Una vez egresados del bachillerato nos ofertaron lo de la extensión pedagógica, con la cual nos darían el título (realmente fue un diploma), como instructores de arte. Este curso duró un año y la atención académica corrió a cargo del Instituto Federal de Capacitación de Magisterio núm. 13 (hoy CAM Guadalajara), ubicado entonces en la avenida del Sur (hoy Efraín González Luna), a espaldas de Casa Clavijero del ITESO, por la zona de Chapultepec.

En ese espacio tuvimos la suerte de encontrarnos al maestro Óscar Martínez, quien nos orientó hacia el mundo de la docencia, primero como practicantes en escuelas primarias de la zona metropolitana y después nos llevó con el maestro Carlos Garcés, quien entonces era director de Educación Primaria Federal de la extinta Delegación de la SEJ. Años después se convirtió en delegado o responsable de los servicios educativos de las escuelas federales en Jalisco (equiparable a lo que hoy es el secretario de Educación Jalisco). Con el maestro Garcés participamos en la elaboración de un carro alegórico que fue parte de una caravana con otros carros alegóricos por toda la ciudad de Guadalajara; a los años (1986) facilitó las cosas para que Candy y yo accediéramos a plazas en educación secundaria.

Muchos de nosotros anduvimos picando piedra en escuelas particulares (primarias, secundarias, escuelas Normales, preparatorias) hasta que se apareció (en mi caso, la maestra María Trinidad Martínez), que era mi compañera en la Escuela Normal Superior de Jalisco, donde estudiábamos juntos la especialidad de Pedagogía y que, por azares del destino, era quien me daba aventón a mi casa, ya que salíamos de la escuela a las 22:00 y los camiones eran escasos a esa hora. En una de tantas pláticas me preguntó en dónde trabajaba; le comenté que lo hacía en la Escuela Normal La Esperanza dando Teatro, en una escuela secundaria abierta ubicada en el centro de la ciudad y los fines de semana en el Departamento de Bellas Artes en la Delegación de Jalostotitlán (en los Altos de Jalisco) organizando talleres y coordinando las actividades artísticas de la región y las que enviaba el propio Departamento. Entonces me propuso una plaza como maestro de música en preescolar; sólo por no dejarlo, le dije que sí. Me dijo que me esperaba al siguiente día en la Delegación Jalisco; asistí y la busqué y, para mi sorpresa, supe que era la directora de Educación Preescolar. Entregué papeles y me dieron el nombramiento para trabajar en jardines de niños de la Zona 25, que entonces abarcaba Tonalá, El Salto y Juanacatlán. La supervisora me envió a las escuelas más lejanas, pero acepté con gusto porque ya tenía una plaza federal (lo mismo le sucedió a Candy, Mario y Paco; ellos apoyados por la supervisora de la Zona 08, Ana Rosa Arzate, colaboradora cercana de la maestra Trini, como la llamaban de cariño), esos hechos sucedieron en 1982.

Después vinieron otras historias, pero de ello hablaremos en otra ocasión; lo cierto es que, en mi caso y el de muchos de mis compañeros del Cedart, la docencia llegó a nuestras vidas de manera fortuita. La mayoría, creo, alguna vez soñamos con dedicarnos al arte como una forma de vida, pero eso no fue posible; sin embargo, haber llegado a la docencia nos formó y fortaleció, a tal grado que todos, excepto yo, actualmente gozan de la jubilación después de haber servido a la SEP o la SEJ durante 28 o 30 años, y estoy seguro que ninguno de ellos se arrepiente de haber llegado a la docencia y haberse hecho de un nombre en este mundo maravilloso de la educación.

*Pedagogo. Editor de la Revista Educ@rnos. jaimenavs@hotmail.com

Estampas de mis maestros

Alfonso Durán Hernández*

La maestra Chuy y el profe Esteban

La escuela de mi pueblo estaba ubicada en medio de una plaza flanqueada de palmeras y tabachines, la cual consistía en tres cuartos enormes con techo de tejas sostenido por gigantescas vigas de cedro, con un portal al frente cerrado por una reja también de cedro. A ella asistíamos una multitud de niños que cursábamos, en una inexplicable confusión pedagógica y administrativa, del primero al cuarto de primaria. En el grupo de primero, aunque hoy me parece increíble, coexistíamos alumnos que íbamos de los seis a los quince años. Entre los primeros nos encontrábamos Alejandro, Ernesto, María Esther y yo; entre los segundos estaban tres adolescentes mal hablados que nunca terminaron su educación primaria. El resto se conformaba por todas las demás edades hasta llegar a sumar ¡sesenta alumnos!

Durante el año que inicié la educación primaria, la institución era atendida por un matrimonio mal conformado por una señora de aproximadamente 45 mal llevadas primaveras, “La Maestra Chuy”, y un joven maestro de, cuando mucho, 25 años: “El profe Esteban”.

Esteban era mi maestro y, aunque no tenía muchos recursos pedagógicos, lo compensaba con su paciencia y sus estrategias de disciplina, las cuales consistían en que aquel que, desde su punto de vista, se portara “mal” no participaba durante el recreo en los juegos por él organizados. En ninguna circunstancia utilizaba los castigos físicos para reprimarnos de nuestra poca o nula atención a sus indicaciones y a las tareas; sin embargo, hasta Roberto, Germán y Mario –los incorregibles y vulgares quinceañeros– suprimían sus obscenidades y desórdenes en su presencia.

Otra cosa era “La Maestra Chuy”. Cuando nuestro maestro tenía sus crisis éticas –cosa que debió haber sido 4 o 5 veces en el año– ella “cuidaba” nuestro grupo.

Olvidaba decir que en el portal de la escuela la maestra Chuy había conformado, por no sé qué acuerdo con las autoridades de la comunidad, un enorme grupo de párvulos de 5 años a los cuales les ponía planas de “palitos y bolitas” y actividades similares para que “se les aflojara la mano”. Ellos eran el “grupo de choque” de “La Maestra Chuy”.

Cuando alguno de nosotros cometía alguna “falta” de disciplina o no cumplía algún trabajo, antes de ser encerrados en un lóbrego cuarto que cumplía la función de bodega, la maestra ordenaba a su “pandilla” –que así llamaba a su horda infantil– que nos golpeará y nos arrojara fuera del salón. Más de alguno de nosotros fue desnudado y arrojado a una enorme charca que se formaba en un rincón del patio escolar.

También fue más de una vez que fue el mismo Esteban el que interrumpió el linchamiento al salir de la “Casa del Maestro”, en la cual estaba refugiado en otro extremo del patio.

Lo notable de este asunto es que nunca ningún padre de familia o autoridad educativa tomó a mal estas medidas “disciplinarias” que se adoptaban con nosotros y que nos tenían aterrorizados.

Gracias a Dios o al inspector de la zona, un buen día esta singular pareja desapareció de la comunidad y nunca más los volví a ver.

El maestro Felipe

El recuerdo más remoto que tengo acerca de mi deseo de ser profesor es de cuando tenía, creo, 7 u 8 años. Resulta que el director de la escuela primaria de mi pueblo, el maestro Felipe, pariente lejano de mi madre, en sus frecuentes visitas a cenar en nuestra casa, relataba sus vivencias de estudiante en una Escuela Normal Rural y en sus primeros años de vida profesional en diversas rancherías de la Mesa del Nayar y la costa nayarita. La manera en que las narraba o tal vez mi desaforada imaginación infantil me hacía entrever en sus relatos un mundo lleno de cosas nuevas y pleno de aventuras.

Describía los encuentros deportivos y culturales en escuelas y lugares que años después sus nombres serían muy familiares para mí:

El Quinto, Atequiza, Cañada Honda, El Mexe, Tamatán, Aguilera, Tene-
ría y así todas la Normales Rurales que había visitado. De manera muy
expresiva y con gran emoción describía la hacienda que albergaba la
Normal de Cañada Honda, el inclemente clima de El Quinto, las pal-
meras de Tamatán, la belleza de Palmira, las costumbres de San Diego
Tekax y así cada una de las escuelas que conocía.

Igualmente, contaba las vivencias de sus primeros años de ser-
vicio en las comunidades más apartadas y marginadas donde se había
desempeñado: De cómo había introducido nuevos cultivos agrícolas;
de las dificultades para enseñar a leer y escribir a sus alumnos antes
de que se difundieran los libros de texto gratuitos; de cómo había al-
fabetizado a los adultos de una comunidad; de cómo había intentado,
inútilmente, erradicar el consumo de alcohol entre los habitantes de
una población indígena. Y así, multitud de relatos interminables en las
sobremesas en la tibia noche tropical del pueblo de mi infancia. Al
escucharlo hablar acerca de sus experiencias, siempre pensé que eso
me gustaría vivirlo y no perdía oportunidad; por las tardes, al concluir
las clases y mientras el maestro jugaba basketball, acercarme a pre-
guntarle algo de sus experiencias como maestro.

Mis maestros de Educación Normal

Uno de los principales recuerdos que conservo de mis estudios para
profesor de educación primaria en el Centro Regional de Educación
Normal de Ciudad Guzmán es la interacción con nuestros maestros,
de los cuales hoy solo me quedo con la faceta luminosa de su persona
y quehacer profesional:

Ernesto Neaves Uribe: El talento para transmitirnos su espíritu
artístico y su amor por la literatura dramática; Carlota Larios Palencia:
su enfoque suave y maternal más allá de la aridez de la psicología;
Magdalenas Flores Ramírez: Su Eros pedagógico que la llevaba a com-
partir sus días de asueto con sus alumnos; Jorge del Socorro Perea
Ruiz: Su espíritu bohemio y existencialista que perneaba sus ense-
ñanzas musicales; Óscar Vicente Núñez Gutiérrez: La sistematicidad
de sus exposiciones y la apertura para relacionarse con sus alumnos;

Solio Rosas, María del Refugio Catalán y Belén Suárez: Su dinamismo para mantenernos en constante actividad y participando en diferentes eventos deportivos; Librado Guadalupe Arreola Zúñiga: Tras su apariencia excéntrica, generoso como pocos para con sus alumnos: Antonio Montelongo Aguirre. El compromiso sindical y social, y ventana abierta hacia las vicisitudes de nuestra futura vida laboral.

Estoy seguro de que la presencia de todos y cada uno de ellos me ha acompañado durante todos estos años, de manera consciente o inconsciente, en mi ya largo caminar por los senderos de mi vida de educador.

*Maestro en Educación. Director del Centro de Actualización del Magisterio en Lagos de Moreno, Jalisco. alfonso.duran.hdez@gmail.com

Llegar a la docencia sin antecedentes

Luis Christian Velázquez Magallanes*

*No me voy, me alejo para ver mejor.
Es hora de enfrentarlo.
Ya no hay vuelta atrás...*

El 18 de marzo del presente año, de manera inesperada, se publicaron los requisitos para participar en el libro conmemorativo de Educ@rnos y el tema me incomodó en demasía. Ahora tocaba el turno de explicar a las figuras que influyeron en la decisión de ser maestro.

Vaya galimatías, el proceso de escribir a veces llega a un callejón sin salida, donde las ideas sobre los temas se esconden o dejan de aparecer de manera clara y precisa. En una conversación sobre temas para escribir, un buen amigo sugirió el abordaje de la vocación del ser maestro; la vocación explica una serie de factores que separan a los docentes que marcan diferencia de los que se pueden categorizar como mercenarios de la educación.

Mientras que la vocación genera un compromiso ético y moral respecto al quehacer, aquel que ha llegado de manera accidental al servicio educativo no revisa críticamente los procesos de enseñanza y aprendizaje y sólo pasa los días buscando salir de los problemas básicos para formar jóvenes.

En el ideario popular existe el dogma de que, por cada maestro frente a grupo en él, existe la firme convicción de emular a aquel que considera como el mejor formador y nunca caer en los vicios o errores del que contempla como el peor de los docentes. La confrontación de estas figuras antagónicas explica por qué los docentes actúan de cierta manera y buscan omitir ciertas conductas.

En cierto sentido, la confrontación del maestro que ha dejado una huella indeleble y el otro se busca omitir explica por qué subsisten docentes con un alto grado de vocación y otros que comercian con ella.

El pretexto conduce a un atajo fácil. La respuesta obvia sería recurrir a la rotonda de los maestros ilustres jaliscienses y hablar de

cómo ayudaron a construir y mejorar el sistema educativo estatal. Pero, ¿acaso no habría otro tipo de formadores de los que se debe hablar y, por supuesto, agradecer?

La autorreflexión, por supuesto, conduce al encuentro de las figuras que han influido en nuestro ser como formadores. Pero quizá también se debe dirigir un homenaje desde otra mirada. Existe una figura que, indudablemente, marca profundamente a cada uno de los docentes: el padre.

La relación profunda entre un padre y un hijo es crucial en la formación de cualquier maestro. Mi padre, José Luis Velázquez Ramos, es un ser excepcional; contra todo pronóstico se encargó de revertir todas las variables contrarias para ser un hombre de enorme éxito.

Recuerdo, aunque en ese momento no estaba de moda el término resiliencia, su anécdota de haber empezado la primaria a los ocho años. El hecho en sí despertaba la hilaridad de todos; hasta sus hijos nos reíamos. Imaginar a un niño de ocho años compartiendo el inicio de la primaria con otros más pequeños despertaba gracia. Con el tiempo, él señaló: Ingresé a esa edad porque antes no se podía; tenía que vender gelatinas.

Su historia de éxito siempre estuvo rodeada de enormes silencios; aún no sé si por pena o por tener que conservar una imagen de firmeza ante sus hijos. Pocas veces platicó cómo pasó su adolescencia y juventud. Sabíamos cosas muy escuetas: en su barrio pagaba por ver la televisión, le fascinaba jugar fútbol, su mote era el Cañones por tener un disparo certero y con mucha fuerza, sentía un enorme placer por consumir carne, su familia en algún momento tenía como negocio una carnicería y era capaz de dar todo por su familia. Cuentan que, en su casa, las circunstancias propiciaron que sacara el temperamento para fungir muy pronto como cabeza de familia. Mi padre perteneció a esa generación que tuvo que madurar por los golpes de la vida. Era la época en donde los hermanos provenían de dos o tres matrimonios fallidos. La madre era el centro del universo y el padre fungía como un satélite, a veces cercano y la mayor parte del tiempo muy alejado.

Es verdad cuando se dice que los padres hacen todo lo posible porque sus hijos no padezcan el infierno que a ellos les tocó. Si bien no

hay una escuela para ser papá, se ejerce teniendo como objetivo dar a cada uno de los hijos aquello que faltó, todo eso que ellos quisieron y anhelaban, pero las circunstancias de la vida negaron. El padre atraviesa una crisis con su imperativo de “*dar todo*”, cómo dar sin crear la falsa imagen de que el mundo siempre estará para cumplir nuestros deseos; educar inicia con el primer cuestionamiento de encontrar el punto exacto entre proporcionar y aligerar la carga sin perjudicar.

Hoy, recuerdo que el mundo de mi padre no fue narrado, fue mostrado. Acudir religiosamente al mercado Alcalde para comer birria de horno y hacer la despensa, visitar el mercado de la Colonia del Sur por un Chocomilk o ir a probar los raspados de afuera del CUCEI representó un hecho maravilloso; enseñar todas aquellas cosas que a él lo formaron y compartirlas con aquellos que formaban a su familia.

Mostrar su mundo también implicó un acontecimiento muy importante: enseñar con el ejemplo. No recuerdo haber visto a mi padre quejarse por sus deberes y obligaciones. Siempre se despertó temprano, acudía a su trabajo religiosamente y nos hizo crecer con la certeza de que siempre se tenía lo necesario. Construyó con tesón y constancia una visión del trabajo bajo los criterios de respeto, deber y obligación. Su frase siempre fue: *hacer para merecer*.

La grandeza de la labor educativa de mi padre tenía aspectos que valoraban la diversidad porque siempre otorgó a sus hijos lo necesario, sin dar explicaciones, pero con el amor silencioso de quien ama sin esperar nada a cambio.

Por eso parece que, si hay una figura con la cual estoy profundamente agradecido por haberme enseñado con su amor y sus formas es a mi Padre. Él es la figura que, indudablemente y sin quererlo, me ayudó a comprender que mi vocación estaba en las aulas. Gracias por todo.

*Licenciado en Filosofía. Profesor de educación secundaria en la SEJ.
chris-brick@hotmail.com



Desde la utopía se vislumbra el inédito viable, la significación docente a través de las Fogatas Freireanas

Griselda Gómez de la Torre*

“Nadie educa a nadie; nadie se educa a sí mismo.
Los hombres se educan entre sí con la mediación del mundo”.

Paulo Freire

La palabra semilla se coloca en posibilidad de germinar; agradezco el espacio de la Revista Educ@rnos en conmemoración del Día del Maestro 2026: “Por eso me hice docente. Historias y narrativas del magisterio”, para resignificar el estar siendo docente, emerger en aportación nacida de la sustancia del sujeto en este tránsito del sentipensarse humano (Fals Borda: 2009).

La significación del sujeto docente representa el punto de partida con la toma de conciencia del ser, estar y hacer de la práctica educativa; implica colocar al sujeto(a) docente al centro, plantear preguntas desde el pensamiento crítico como guía de reflexión, permitirse reconocer el sistema de creencias instalado, acercarlo al pensamiento de Paulo Freire. Es precisamente la experiencia resultado de la cual un equipo de maestras de convicción idealista participamos en las Fogatas Freireanas, andanza de la cual me referiré en las siguientes líneas.

Concurrimos a la convocatoria publicada por la Dirección General de Materiales Educativos del ciclo escolar 2024-2025, a participar como equipo de Fogatas Freireanas, con el nombre de: “Fogata Comunalidad Crítica Freireana, Sector 05 E Preescolar: praxis, reflexión y acción”.

Este ejercicio permitió el despliegue de emerger en comunalidad dialógica bajo el planteamiento metodológico-epistémico de Paulo Freire, que nos permitió compartarnos en comunalidad a través de la palabra con la mediación de la filosofía freireana.

Las preguntas iniciales que nos planteamos fueron: ¿Cómo llegamos a ser docentes? ¿Cuáles son las motivaciones internas en el desempeño del ser y hacer docente? ¿Quién estoy siendo como

docente? ¿De qué compromiso ético–político–social nos hacemos cargo?

Las preguntas condujeron a la reflexión dialógica en comunidad horizontal, la reflexión acerca de las problemáticas sociales que aquejan nuestras comunidades escolares para visibilizarlas con la necesaria lectura de realidad, en la que identificamos distintos tipos de violencias que van desde lo institucional, económica, de género, física, que representan los síntomas constitutivos del sistema mundo capitalista y actúan como determinantes sociales-culturales, provocando marcas y el silenciamiento de los sujetos.

Estas marcas culturalmente se reproducen en la medida en que se siguen perpetuando las formas de silenciar desde lo dado, de ahí la urgente necesidad de hacerlos visibles, de dar voz al interior de nuestras comunidades educativas, de plantearnos a través de la escucha del otro como auténtico otro, una educación otra que considere al ser humano en su totalidad; me refiero al sujeto sentipensante.

La comunidad que te sostiene, que te arropa, que te salva, el diálogo abierto, la escucha con sentido que da apertura al otro, se convierte en coautora de su propio proceso emancipatorio. Así nació, a raíz de estas reflexiones, la necesidad de emerger en conciencia como sujetos historizados en palabras de Hugo Zemelman (2005); así se planteó la necesidad de generar espacios de reflexión que dieran vida a la palabra en acción: transformación de nuestra realidad educativa.

El inédito viable planteado como nuestra utopía se ha nombrado como: “Comunalidad dialógica CRÍA, Pedagogía crítica desde la amorosidad sentipensante en preescolar”, la misma que está dando frutos en la transformación de las prácticas educativas desde la Jefatura de Sector, Supervisoras, Directivos y Docentes del sector educativo no. 05 E.

Nuestro inédito viable, en palabras de Paulo Freire, se desarrolla en torno a los siguientes dispositivos didácticos:

- La dialogicidad Entender que nadie educa a nadie, sino que nos educamos en comunión, mediados por el mundo (Paulo Freire: 2024).

- La toma de conciencia: Identificar las estructuras de poder que habitan en nuestro lenguaje y acciones educativas. Una concientización enriquecida en comunidad, en movimiento continuo en cada sesión de CRÍA, conciencias individuales que, al formar comunidad, se enriquecen y son mediación para potenciar procesos de transformación, semillas que se esparcen tejiendo socialmente en realidades para seguir aprendiendo.
- La comunidad de sentido: Las fogatas freireanas permiten repensar una educación otra, una liberadora de lo oprimido; deja de ser una práctica aislada para transformarse en una praxis con sentido ético-social, donde la reflexión conduce inevitablemente a una acción transformadora sobre nuestros territorios educativos a través del despliegue de proyectos comunitarios y comprometidos con la justicia social. El sujeto que se trasciende en el ser y hacer con el otro en comunidad se encuentra a través del espejo del otro y, en el punto en que se encuentran, son otros a través de la fracción de luz enriquecida en multicolor de existencias.
- La escucha del otro como auténtico otro: El sujeto que se permite escuchar y comprender al otro, que se espejea en la palabra-semilla.
- La pregunta problematizadora: Que abre la posibilidad del pensamiento crítico, colocando al centro de la comunidad la reflexión sobre las problemáticas sociales y del cómo abordarlas, comprenderlas, intervenirlas. Educere significa “sacar fuera”, extraer de dentro hacia afuera, colocándonos sujetos, recuperándonos desde la conciencia histórica (Zemelman, 2011), capaces de transformar nuestra realidad educativa y que implica un posicionamiento ético en la tarea de educar.
- La palabra generadora: La que en horizontalidad permite la construcción dialógica, la que propicia una cultura de sentido de pertenencia, que sirva para la liberación del estudiante y del mismo maestro, formando como el sueño de Paulo Freire, EL HOMBRE NUEVO, LA MUJER NUEVA, sentipensar la palabra otra.

Por tanto, la Comunalidad Dialógica CRÍA da sentido a la mirada del horizonte de sentido, recuperar la conciencia de clase, la interpretación del mundo a través de la lectura de realidad y la historicidad del ser docente en la comprensión del presente.

Fruto de la participación en las Fogatas Freireanas, nuestra carta al magisterio mexicano: “Formar docentes de humanidad revolucionaria, el gran reto de la Nueva Escuela Mexicana”, fue contemplada y puede ser consultada en la página 157 del documento: “No me repitas, reinvéntame; cartas al Magisterio Mexicano”, publicación de la Dirección General de Materiales Educativos el pasado 2025.

En esta próxima fecha del Día del Maestro/Maestra, permitamos la reflexión crítica en torno a: ¿Qué significa para usted ser docente? ¿Qué tipo de docentes se necesitan? ¿Cuál es el papel del maestro como sujeto crítico ante sus circunstancias? Preguntas por demás demandantes desde la reconstrucción del significado que cada una, cada uno de nosotros, como sujetos–docentes–formadores–acompañantes–asesores, nos colocamos ante la realidad social.

Que este día en que conmemoramos la entrega a nuestra noble labor nos permita repensarnos desde la esperanza ante la realidad cada vez más demandante; caminemos sembrando la palabra como nuestra semilla de amor, nuestra contribución amorosa de legado humanitario y comunal. Continuemos emergiendo a través de la palabra liberadora de Paulo Freire como faro que guíe hacia la emancipación social, confiados en que la palabra del maestro es capaz de resonar en nuestras comunidades educativas.

Repensarnos como educadores, poner en duda y problematización si nuestro hacer diario contribuye a una educación humanista. Preguntarnos: ¿A qué intereses sirve nuestro actuar? Como la pregunta epistémica con la cual caminar (Freire, Pedagogía del oprimido, 2024).

La profesión docente es, en particular, una labor noble, sólo aquellos con este corazón noble y determinación de entrega asumen la tarea como misión social cultural de espíritu estoico. Por tanto, desde las urgencias señaladas, desde nuestra territorialidad, se envía este “grito manso”, que genere la propagación de ondas expansivas a los oídos y corazones de la sociedad, que provoque reflexión y movimien-

to, que genere una pedagogía de la esperanza. Mi reconocimiento siempre a quienes laboran en este maravilloso mundo que es la educación pública.

Referencias bibliográficas

- Fals Borda, O. (2009). Antología: *Pensamiento crítico y sentipensante*.
Freire, P. (2024). *Pedagogía del oprimido* (edición conmemorativa).
SEP. (2025). No me repitas, reinvéntame: cartas al Magisterio Mexicano.
Zemelman, H. (2005). *Voluntad de conocer: el sujeto y su pensamiento en el paradigma crítico*.

*Doctora en Ciencias de la Educación. Inspectora General de Sector Preescolar en la Secretaría de Educación Jalisco. griseldagomezdelatorre68@gmail.com



¿Por qué me convertí en docente?

Silvia Ruvalcaba Barrera*

Porque tuve una mentora, una profesora, una guía y un ejemplo que seguir; una persona que me brindó la oportunidad de dedicarme a la docencia, una de las actividades más nobles de cualquier perfil profesional. Porque, a pesar de lo que muchos afirmen, ejercer la docencia es ejercer la profesión. En mi caso, ¿quién deberá formar a los veterinarios? ¡Principalmente otros veterinarios! Además, claro está, intervienen otras profesiones afines.

En 1980, después de haber cursado el Bachillerato con Adiestramiento en Didáctica de la Biología, de las Áreas Pedagógicas, ingresé a la Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia. La Maestra (así me referiré a ella, con mayúsculas iniciales) me impartió en primer año la clase de bioquímica.

Como características generales de La Maestra, mencionaré que era impecable en su apariencia física y en su actuar profesional. Siempre llegaba puntual, vestida con sacos a la moda, en colores llamativos y combinados con sus zapatillas de tacón y un peinado perfecto. Era agradable, jovial, bromista, pero nunca de manera tal que alguien se sintiera agredido.

Bioquímica era la asignatura que todo mundo temía, pero con ella todo mundo aprendía. Lo primero que memorizamos (porque así debía ser) fue el alfabeto griego, que era necesario para comprender la nomenclatura. Nos impartió la clase con dibujos y esquemas, empleando gises de colores en los pizarrones negros para facilitar el aprendizaje. Nos compartió un manual de bioquímica con excelente información y ejercicios que nos permitieron visualizar y entender lo que era tan complejo para nosotros.

Elaboramos modelos de ácidos nucleicos uniendo esferas de unicel con palillos de madera. Explicaba de una manera que cualquiera entendía. Calificaba de forma justa, considerando todos los elementos que pudieran ayudar a los alumnos. Sus habilidades docentes eran infalibles y la consecuencia no se hizo esperar: obtuve un 100 en bioquímica.

En segundo año nos impartió la asignatura de inmunología, igual, con esquemas y modelos; realizamos prácticas de laboratorio en las que analizábamos muestras de nuestra propia sangre, identificamos grupos sanguíneos, llevamos a cabo reacciones cruzadas para establecer compatibilidad sanguínea y recuento de anticuerpos contra diversas patologías. Aprendimos sobre mecanismos de defensa y enfermedades autoinmunes, sin siquiera imaginar que en el futuro La Maestra sería víctima de una de ellas.

Fue en este año en que La Maestra me invitó a realizar mis primeras 300 horas (eran 1,200) de servicio social como asistente de los profesores que impartían prácticas de bioquímica, bromatología y genética, preparando reactivos y material. El sistema universitario permitía llevar a cabo esta actividad por etapas. Terminé esas horas y continué como voluntaria en el Departamento de Bioquímica, del cual La Maestra era la jefa. Y así empezó mi maravillosa experiencia como docente de la Universidad de Guadalajara.

En 1984, en mi último ciclo escolar, me propuso realizar mi tesis profesional; lo acepté de inmediato, primero porque sabía que sería algo interesante y segundo, ya que eso me libraría de enfrentar al “jurado de la muerte”, que estaba integrado por los profesores más exigentes de la época, ella incluida.

Mi tesis fue “Determinación de proteínas séricas en codorniz japonesa (*Coturnix coturnix japonica*) con la finalidad de establecer diferencias con la gallina doméstica” Implicaba extraer muestras sanguíneas de los diminutos animalitos, así que aprendí muy bien, porque tuve que obtener 100 muestras. Y nuevamente La Maestra estuvo presente para enseñarme el método de extracción, el manejo de las muestras, el procedimiento y el cálculo para transformar la longitud de onda del espectrofotómetro en porcentaje de proteínas totales en sangre de codorniz.

La Maestra fue una excelente guía para que yo realizara la escritura de la tesis; me enseñó cómo gestionar la información científica adecuada al tema y me hizo correcciones de sintaxis y ortografía; fui la primera de mi generación en titularse, a menos de un año de egresada.

Cuando estaba concluyendo mi tesis, La Maestra me invitó para cubrir la incapacidad por embarazo de una compañera docente que impartía prácticas de bromatología; mi respuesta de aceptación fue inmediata. En ese tiempo, el Departamento de Bioquímica ofrecía al público análisis bromatológicos de alimentos para animales y análisis clínicos preoperatorios (biometría hemática y química sanguínea) a los pacientes que iban a hacerse endodoncias en la clínica de la Facultad de Odontología.

Así que mi primer trabajo fue cubrir el turno vespertino del laboratorio de bromatología. Mi función era concluir con el análisis de las muestras que se iniciaban en el turno matutino. Nuevamente La Maestra me enseñó todo lo que había que aprender para esa importante labor: manejo de equipo y de reactivos peligrosos, técnicas y metodologías del proceso de muestras y, por supuesto, cómo realizar los cálculos e integrar el reporte definitivo. Ese reporte siempre lo revisaba La Maestra antes de firmarlo; si todo estaba dentro de los parámetros normales, no había problema, pero si algún valor se salía de lo especificado para ese tipo de muestra, me pedía que repitiera el análisis en dos ocasiones más; así se tenía la certeza de que esa muestra correspondía a los valores obtenidos.

Después de concluir ese periodo, que duró casi tres meses, en septiembre de 1985, debido a la promoción de un compañero, quedó su nombramiento vacante. La Maestra me lo ofreció y yo acepté porque ya se había despertado en mí el interés por el área de la bioquímica, los laboratorios y los alumnos.

Era un nombramiento de medio tiempo y el último en el escalafón, pero no me importó. Ya estaba trabajando en la Universidad, en el Departamento de Bioquímica, en un espacio seguro con un magnífico ambiente laboral. Pero, sobre todo, con la oportunidad de aprender de las excelentes maestras que lo integraban y que a partir de entonces fueron mis compañeras.

Poco a poco fui subiendo en el escalafón, empecé a dar clases de bioquímica, de bioestadística y terminé especializándome en calidad e inocuidad de alimentos de origen animal. Impartí materias como Ciencia de la Leche, Higiene y Tecnología de la Leche y Composición

de los alimentos, en donde siempre abordé temas de mis orígenes en química y bioquímica.

En 1994, cuando se constituyó la Red Universitaria, el Departamento de Bioquímica desapareció, nos mudamos al Centro Universitario de Ciencias Biológicas y Agropecuarias (CUCBA) y La Maestra dejó de ser mi jefa; ahora era mi compañera de cubículo y mi amiga; compartimos reuniones, comidas, festejos, eventos. A pesar de que me solicitó en reiteradas ocasiones que cambiara mi forma de dirigirme a ella, que la tuteara, me fue difícil; siempre fue La Maestra.

Aunque fue muy reservada en cuanto a su vida personal, yo conocía sus gustos musicales; José José y Raphael eran sus cantantes favoritos, su canción: “A mi manera” y disfrutaba de la música clásica e instrumental.

Cursamos un posgrado juntas; eso, además del trabajo docente que habíamos realizado por muchos años, nos valió para escalar hasta el nombramiento más alto. Ella ya empezaba a manifestar problemas de salud, aunque nunca lo expresó. Decidió jubilarse con apenas 52 años de edad y 31 años de antigüedad.

Por algún tiempo después de que se jubiló seguimos en comunicación, nos reuníamos en ocasiones especiales, pero por alguna circunstancia que nunca aclaramos, nos fuimos distanciando; su salud se fue deteriorando; asumo que esa fue una de las razones del distanciamiento. Pasaron los años y por largo tiempo dejé de comunicarme para, según yo, darle su espacio. Todavía me duele no haber estado más en contacto con ella.

Hace pocos años, recibí una llamada de su hija; me invitaba a su casa. Ahí estaba La Maestra; me dijo que estaba muy mal, que si quería visitarla y despedirme de ella. Acudí con mucho gusto y tuve la oportunidad de agradecerle todo lo que ella había influido para que yo fuera una buena docente. Le dije cuánto la quería, cuánto la respetaba y que siempre fue mi ejemplo a seguir; recordamos momentos y anécdotas, nos abrazamos y lloramos juntas; yo sabía que esa era la despedida y que sería mi última charla con ella.

A los pocos días recibí la noticia, La Maestra había trascendido, abandonó este plano, pero dejó un legado inmenso en miles de

alumnos que aprendimos bioquímica e inmunología con ella y que la recordamos con mucho cariño.

Su familia me brindó el honor de expresar unas palabras durante los servicios fúnebres. Recordé su trayectoria como la magnífica docente, la gran amiga, la excelente mentora que fue. La reconocí como uno de los pilares en la formación profesional de los médicos veterinarios y zootecnistas de Jalisco.

Entonces, porque yo poseía la formación y quizá la vocación, pero, sobre todo, porque conté con el acompañamiento y la guía de La Maestra, es que me dediqué a la docencia.

¿Y tú, alguna vez contaste con un maestro o maestra así?

*Doctora en Educación. Docente jubilada por el Cucba de la UdeG.
silviaruvalcaba@gmail.com



Razones y circunstancias por las que elegí ser maestro

Isaac Reyes Mendoza*

Entre las décadas de los años 60 y 70, en las condiciones de trabajo de los padres que junto a sus familias padecían la pobreza en las colonias marginales de la periferia de la ciudad, donde encontraban lugar para vivir después de haber emigrado de sus lugares de origen.

Entre los 6 y 12 años (etapa de educación primaria), con el antecedente de haber estado en parvulitos, era el contacto previo al ingreso formal a la educación primaria. Ahí me enseñaron a tomar el lápiz correctamente para iniciar a escribir palitos y círculos en el cuaderno; cuando se avanzaba, iniciaba un poco de caligrafía, recortar y pegar figuras, además de escuchar cuentos que pretendían desplegar la imaginación para luego entonar cantos lúdicos infantiles como “Pinpon el muñeco”.

Estos atisbos de la memoria, aparte de los recuerdos de haber sido “muy querido” en la familia, por ello me mandaban a la escuela, aunque tuviera que caminar tres kilómetros para llegar a ella, que luego, ya en la familia y en la escuela, apenas en la primera infancia, se intensificó la progresiva violencia verbal, psicológica, física y simbólica a medida que nacían más hermanos.

La pedagogía que prevalecía en la escuela era “la letra con sangre entra”, con la gran cantidad de prácticas para disciplinar y normar la conducta de los párvulos, con la complacencia y complicidad de los padres que llegaban a dejarme a la escuela y decirle a la “directora punitiva”. Escuché a mi madre decir: “Se lo entrego para que haga de él lo que más pueda, sólo le encargo los ojos”.

El maltrato y la violencia infantil normalizados en el hogar e instituciones educativas

La violencia aparece como clima de fondo del campo vital: no es un evento aislado, sino una atmósfera que impregna la casa, la escuela y el mundo afectivo. Mi experiencia de niño es la de crecer en un medio

“psicológicamente insano”, donde la pobreza material y la sobrecarga de la madre se traducen en violencia verbal, física y simbólica. La figura central es paradójica: la misma madre que alimenta y protege es también la que, con mucha confianza, entrega simbólicamente a su hijo para que haga de él una buena persona.

La figura materna siempre ha sido importante por la crianza y la educación familiar que brinda, sólo que mi madre, habiendo tenido la experiencia de haber dado clases a niños de parvulitos y de primer grado, y tener siete hijos, había consolidado la idea de que la escuela era el camino para lograr “ser alguien” en la vida, ya que ella tuvo la oportunidad de dar clases en una ranchería que se llama “El Rodeo”, muy cerca del pueblo de San Andrés Ixtlán, municipio de Gómez Farías, Jalisco.

Gracias a la expansión de la cobertura del sistema educativo, se contrataba a quien tenía los estudios más altos, aunque no tuviera título de maestro normalista. De ahí que la práctica familiar, en mi caso, sea de maltrato como expresión deformada de amor. El contacto con el amor se da a través del golpe; la ternura y la agresión se confunden en una sola figura, por lo que la información sensorial y mental queda inconclusa y confundida de amor-golpe.

Sin embargo, los métodos de la escuela de esa época correspondían a lo que las familias esperaban de ella: “educar con disciplina, obediencia y repetición de la clase”, es decir, repetirle al maestro lo que él había enseñado; de no ser así, los castigos físicos y de humillación no se hacían esperar.

La violencia institucional en la escuela (maestras punitivas, reglazos, jalones de pelo) amplifica esa misma matriz de comportamientos, actitudes y disposiciones rígidas. La institución, que podría ser espacio de amparo, repite la lógica del hogar: el error se paga con dolor, la disciplina se impone desde fuera, el cuerpo del niño es objeto de corrección más que sujeto de aprendizaje. La experiencia no es sólo física; también es simbólica. ¿Cómo se puede cambiar la realidad externa? ¿Cómo eliminar de la educación la práctica de infligir dolor?

Esta violencia normalizada, al ser institucional, también enseñó a estar atento; para sobrevivir en él, desarrolló defensas de alto costo:

endurecimiento, responsabilidad, vigilancia constante del rostro materno o de la maestra para anticipar la amenaza. El resultado es una personalidad que se organiza en torno al miedo y a la culpa. El niño aprende a leer señales mínimas (un gesto, un tono) para ajustarse y evitar el golpe. A la vez, internaliza la idea de que su propio deseo es peligroso: cualquier afirmación de autonomía puede desencadenar la violencia. De esta manera, el contacto auténtico con sus necesidades se interrumpe tempranamente.

La violencia institucional en la escuela reforzó devastadoramente el mensaje del hogar. Las maestras de primero y segundo grado me propinaban castigos corporales sistemáticos (golpes en la cabeza, reglazos, jalones de pelo), al no tener la habilidad caligráfica requerida, confirmando, sin excepción, la lógica ya conocida: los adultos golpean; el contacto con la autoridad implica riesgo; la obediencia es la única estrategia (aunque ni siquiera esa lo salva por completo).

El mundo exterior no ofrecía alternativa ni refugio: simplemente replicaba la misma matriz violenta. Todo el campo se volvió coherente en un mensaje único: eres susceptible de ser dañado y el daño es el idioma del mundo.

Surgió entonces un mecanismo de normalización defensiva particularmente destructivo. El niño no podía permitirse reconocer que estaba siendo violentado, porque hacerlo sería insoportable. En su lugar, internalizó la violencia como componente inevitable de la realidad: “Así es la vida”, “Así educan los padres”, “Así educan los maestros”, “Esto es lo que pasa”.

Pedagogía humanizante como experiencia reparadora

En contraste radical con el campo traumático del hogar, emergió una configuración pedagógica humanizante que funcionó como contrafigura reparadora de la matriz insana de violencia que había vivido en casa y en la escuela.

En tercer grado de educación primaria, el maestro de ese grado, un joven recién llegado a la escuela, inició una pedagogía que hoy considero progresista porque se basaba mucho en el cuidado humano

y la integridad de nosotros, los niños, con estrategias de aprendizaje colectivo basadas en las teorías de la construcción del conocimiento.

Para aprender suma-resta, lo que sí era que lleváramos piezas sueltas para poder trabajar con ellas agrupándolas; podrían ser frijoles, piedras, corcho, latas, lo que encontráramos, pero que fuera de un mismo campo. Después nos llevaba a la noción de conjunto y enseguida les agregábamos para poder hacer subconjuntos y luego representarlas en signos, símbolos y números. Además de que sus instrucciones eran amables, sin gritos ni golpes, era algo fantástico y opuesto a lo que había experimentado; vaya, era una revolución en mi experiencia.

En biología-nutrición, recuerdo que hicimos colectivamente un caldo de res. El maestro clasificaba a los que eran de mayor poder económico y a ellos se les encargaba traer la carne; a otros, cilantro, cebolla y tomate. Luego de cocinar en el jardín, todos disfrutamos ese día como si fuera un día de campo, pero en la clase ya después nos comenzó a explicar qué contenía cada uno de los elementos que integraban el caldo de res.

El maestro Jaime Leonardo Córdova Núñez (QEPD) había logrado impactar mi conciencia de que había maestros que educaban con calidad y calidez humana, con las nuevas teorías educativas que en ese momento se expandían, Piaget y Vygotski como padres de la pedagogía humanista practicada por este joven maestro que en la Escuela Primaria “Constitución” fue mi maestro en los demás años de toda la educación primaria. Él hizo que la educación fuera mi sueño y que emergieran en mí las ganas de estudiar para convertirme en maestro de educación primaria.

Instituciones educativas como espacio de protección y reconocimiento

Posteriormente, esa incipiente promesa infantil se fue consolidando al tener el gusto de haber empezado a tener contacto positivo con el director de la Escuela Secundaria núm. 2 para Varones, el Maestro Víctor Cadena Aguayo (QEPD), a donde ingresé en septiembre de 1974. El director... estaba de pie, muy elegante, vestido de traje negro y una corbata morada con camisa blanca; me contestó –amablemente– el

saludo con una voz baja y cordial, que me inspiró confianza y, a partir de ese pequeño gesto cordial, fue suficiente para emprender mi nueva idea de escuela.

El director Víctor Cadena representó para mí una función paterna simbólica: *sostenimiento sin invasión, reconocimiento sin condescendencia*. Él fue mucho más que un director escolar; fue un referente ético, académico y humano de la educación secundaria en Guadalajara, Jalisco. Su vida estuvo consagrada a la enseñanza pública y al desarrollo de jóvenes, a quienes nos formó no sólo como estudiantes, sino también como ciudadanos íntegros.

La influencia inconsciente del director Cadena nos sugería estar preparándonos, haciendo lectura en la gran biblioteca que teníamos, también haciendo que las secretarías nos prestaran los *cárdex* o expedientes de los egresados y buscáramos dónde trabajaban y qué cargo de funcionario o político ostentaban, e hiciéramos seguimiento de su comportamiento ético, desempeño profesional y práctica humana o filantrópica.

Reflexionando sobre la estructura de mi personalidad, me fui moldeando con la influencia de mis amigos y por el paso por las instituciones más que por la influencia familiar o de los ejemplos de mi padre, pero mi carácter fue haciéndose templado por la tormentosa infancia y adolescencia y el moldeamiento institucional, contra el que posteriormente me rebelaré de forma radical.

Para un organismo calibrado durante años, esperar la agresión de toda figura de autoridad, que había aprendido a leer la amenaza en cada gesto, esta experiencia resultó, al inicio, casi imposible de asimilar. Sin embargo, ocurrió: se reactivó un contacto genuino que había estado en suspensión defensiva. El director recibió al niño que acababa de ser aceptado en la secundaria, no con indiferencia burocrática, sino con atención verdadera, amabilidad y reconocimiento explícito de su alegría.

El niño experimentó algo que contradecía radicalmente toda su experiencia previa: un adulto con poder institucional que no lo usaba para dañar, que lo miraba con calidez, que lo invitaba al diálogo. Su sistema nervioso, habituado a la guardia permanente, se encontró ante

una presencia que no confirmaba la expectativa de amenaza. Primero reaccionó con desconcierto, pero luego, lentamente, con apertura.

La pedagogía humanizante que desplegó aquel maestro no fue simplemente una metodología “progresista” en sentido técnico; fue un acto de restitución del contacto corporal saludable. El niño que sólo había conocido su cuerpo como objeto de castigo, como instrumento de trabajo y como vehículo de cansancio convertido en deber, ahora experimentó el cuerpo como mediador de aprendizaje cooperativo y como fuente de placer ligada al descubrimiento.

El efecto de esta contención institucional fue sostener el yo fragmentado del niño. El niño violentado en casa descubrió que en la escuela podía ser reconocido, tener éxito académico, ser visto como capaz y merecedor de cuidado. Esto no reemplazó lo que faltaba en el hogar — ningún reconocimiento escolar puede sustituir la ternura materna no dada —, pero sí le proporcionó un andamiaje emocional sobre el cual pudo construir una autopercepción alternativa. Su yo comenzó a volverse multidimensional: *“Soy simultáneamente el hijo golpeado, el trabajador forzado y avergonzado de la casa de adobe, y el becado reconocido, el estudiante promisorio, el participante valorado de la escuela”*. Esta coexistencia de identidades contradictorias fue más saludable que una identidad única cristalizada en torno al trauma, lo que hizo emerger mi vocación como maestro inscrito en esta perspectiva pedagógica humanista.

El adulto que fue ese niño organiza su docencia y su militancia en torno a la protección de otros frente a formas similares de maltrato. La tristeza profunda que siente al ver a sus alumnos llegar sin tarea porque deben trabajar en el campo, o sin abrigo suficiente en invierno, no es sólo empatía abstracta: es resonancia de sus propias figuras inconclusas. Esa resonancia es la que lo impulsa a organizar a padres, a politizar el sufrimiento, a transformar la culpa en acción colectiva. En términos gestálticos, el campo de violencia internalizado se reconfigura en un campo de resistencia y cuidado.

*Maestro en Educación. Director de Educación Secundaria y Asesor académico en la UPN 141 Gdl. isaac.reyes@jaliscoedu.mx

Cuando la sangre llama y el corazón galopa

José Edgar Correa Terán

El preámbulo

Cuando en la juventud surge la pregunta “¿Te gustaría ser maestro?”, quienes responden afirmativamente se plantean un panorama donde se adquirirá la oportunidad de enseñar a niñas, niños y jóvenes; el común es tener presente la Escuela Normal como formadora por tradición de profesores en México (Constantino, 2017). Se habla de enseñanza, aprendizaje y, sobre todo, de que la docencia es un empleo noble, con posibilidad de obtener mejores condiciones de vida; y, al menos, un ingreso cómodo y seguro (Aguerrondo, 2003).

Sin embargo, al momento de preguntar a los docentes en servicio “¿Por qué elegiste ser maestro?”, las respuestas son más diversas. Unos estudiaron la Normal para dar clases en preescolar, primaria o secundaria; obtuvieron una plaza o se ganaron un espacio laboral para desempeñarse; aunque también existen profesionistas que estudiaron carreras diferentes a la docencia, como ingenieros, abogados, nutriólogos, enfermeros, economistas, que, por circunstancias de la vida, se convirtieron en profesores, especialmente en educación media superior o superior (Correa-Terán, 2002). Es decir, algunos llegaron por convicción y otros por accidente o determinadas circunstancias.

Las respuestas más rescatables se presentan al decir: “Soy maestro porque siempre quise serlo; me llena y satisface mi empleo. Cada día encuentro un nuevo motivo para ser maestro”. En contraparte, hay quienes señalan: Soy maestro, pero no me siento contento. Me hubiera gustado trabajar en una empresa o tener un negocio propio, pero llegó la oportunidad de estar en la docencia y aquí sigo, soportando a los alumnos”.

De esta forma, los motivos por ser docente cambian a través del tiempo: el joven, desde el imaginario, se plantea un panorama optimista y alentador con respecto a la docencia; el maestro activo brinda su testimonio a partir de sus experiencias, a veces positivas, otras

negativas; sobre todo, proliferan estas últimas cuando se considera un profesionalista frustrado, que se empleó como docente por conveniencia (Ducoing, 2013). Ante estos argumentos, ¿qué respondería un maestro jubilado? Dicha etapa se caracteriza por la nostalgia, por la eterna intención de recuperar pasos en aquellos escenarios donde siendo maestro brilló a través de su magia, luz propia y creatividad; mejor motivo para cerrar un ciclo largo, aunque lleno de satisfacciones y alegrías. Al menos se cubrieron los años hasta llegar a la anhelada pensión o jubilación.

Así, se ratifica que los motivos por ser maestros han cambiado no solamente al paso de los años, sino con las mismas etapas vividas por quienes ejercen una cantidad considerable de años el oficio de la docencia (Esteve, 1993). Los docentes, por convicción, sabemos que durante toda la vida seguiremos enseñando, sobre todo, compartiendo conocimientos y experiencias a nuevas generaciones, sin importar ya no estar situados en un aula física o virtual.

Los primeros acercamientos con la docencia

Desde pequeño tuve oportunidad de observar las aulas de las escuelas, tanto de educación básica como de nivel superior. En preescolar, me llamaba la atención que las educadoras adornaban el aula; había juegos, juguetes y, a veces, dulces. No podrían faltar los balones de fútbol. Para mí, aprender era jugar, no solamente dentro del salón de clases, sino en el patio, las resbaladillas, el carrusel y las canchas deportivas.

En cambio, los salones de la universidad no tenían adornos; su decoración era más seria y sombría. Había pizarrones, gises, borradores, butacas, el escritorio del maestro, y ya; prácticamente era todo. A diferencia del preescolar o primaria, cuando pasaba por esos salones no se escuchan ruidos ni gritos, si acaso la voz del profesor en turno explicando o de los estudiantes dando a conocer su opinión sobre el tema revisado.

Con respecto a las aptitudes como maestro, en lo personal el desempeño escolar siempre fue extraordinario: entre mis aficiones es-

taban la lectura, escritura, declamación, oratoria y liderazgo estudiantil. A partir de la primaria, la historia se convirtió en mi materia favorita, tanto que después la ejercí de manera profesional. Dichas vivencias ayudaron a descubrir mis verdaderos intereses vocacionales y, especialmente, a perfilarme hacia la docencia e investigación. Sin duda, la trayectoria para llegar a ser docente es algo que se labra desde temprana edad y se consolida con la formación y ejercicio profesional (Ferry, 1999).

¿Ser o no ser maestro?

En bachillerato descubrí el gusto por dos ramas fundamentales: la psicología y la computación. Cuando cursé la materia de psicología, me encantó, porque el maestro aplicaba dinámicas de integración grupal para mejorar la autoestima y conocernos más a nosotros mismos. Esta parte de desarrollo humano se complementaba con técnicas de estudio y de elaboración de organizadores gráficos. En ese tiempo pensaba que la psicología era sólo para lidiar con problemas de salud mental.

A su vez, durante el bachillerato, me inscribieron en cursos de computación e inglés en PROULEX (Universidad de Guadalajara), con lo cual nació el interés por estudiar computación a nivel profesional. Esto influyó para comenzar los estudios de Ingeniería en Sistemas Computacionales. El inicio fue alentador y optimista; sin embargo, con el paso del tiempo me di cuenta de que no era lo mío, y lejos de sentirme contento, estaba frustrado. Estos periodos de crisis son aspectos inherentes a los proyectos vocacionales (Constantino, 2017; Tenti, 2007).

El renacimiento

Haber desertado de una carrera profesional me provocó sentimientos encontrados: por un lado, dudé de mi capacidad académica, situación rara porque siempre había sacado excelentes calificaciones; aparte, bajó mi autoestima y el estado emocional andaba por los “suelos”. No obstante, estaba latente la oportunidad de enderezar el camino, al poder estudiar la carrera de mis amores: la licenciatura en psicología.

Además, se prendió otra luz en el túnel oscuro de mi vida: estudiar una carrera docente en el esquema de Normal Superior. Entre tantas especialidades, elegí la licenciatura en historia y civismo (Universidad de Colima). Una vez tomada esta elección, presenté los exámenes de ingreso a ambas licenciaturas, y para mi fortuna, fui aceptado. La licenciatura en psicología (Universidad de Guadalajara), la cursé en modalidad escolarizada durante cinco años; y, la otra, en modalidad semiescolarizada, con clases únicamente los veranos, entre julio y agosto por seis años. De aquí deriva la importancia de una toma de decisiones razonada y el pleno convencimiento por cursar una carrera profesional (Esteve, 1993).

Los estudios universitarios: ¿formación docente?

La carrera de psicología representó el trampolín perfecto para recuperar mi autoestima, dignidad y, sobre todo, el amor propio. A palabras de Tenti (2007), la vocación es una integración entre las motivaciones o pulsiones propias, con las necesidades de atención que emergen desde el contexto inmediato. Tomando en cuenta esto, las terapias grupales e individuales que nos dieron nuestros maestros durante la carrera, ayudaron a liberar miles de demonios y traumas. No obstante, lo principal fue retomar la seguridad, fuerza y energía, que me ayudaron a mostrar nuevamente un excelente desempeño. Durante la carrera de psicología, conocí tres de sus principales áreas: clínica, laboral y educativa; así, me decanté por esta última. En la universidad, descubrí otra de mis grandes pasiones: la investigación, que desde aquí comenzó a darme tantas satisfacciones.

Asimismo, a través de la licenciatura en historia y civismo, pude formarme como docente. Tengo presentes las materias de laboratorio de docencia, planeación, evaluación, diseño de materiales digitales y psicología educativa; que fueron las bases para desempeñarme como docente en los niveles de secundaria, bachillerato, licenciatura, maestría y doctorado. Estas bases pude demostrarlas en exposiciones, ponencias, presentaciones en coloquios y hasta conferencias (Ducoing, 2013). Desde aquí el complemento fue perfecto entre la psicología y la

pedagogía. Conforme a lo expresado, la formación docente la recibí desde una universidad con el esquema de Normal Superior, aunque, el conocimiento, autoestima y desarrollo del potencial como docente, lo adquirí desde la formación como psicólogo.

La iniciación en la enseñanza

Las prácticas profesionales y el servicio social (Correa-Terán, 2022), representaron los escenarios donde ejercí como docente y orientador educativo en una secundaria. Al inicio fue difícil tener al frente alumnos adolescentes, quienes se mostraban indisciplinados y poco motivados por aprender historia o formación cívica y ética. Incluso, en el área de orientación, experimenté ansiedad al momento de aplicar diagnósticos, evaluaciones o terapias. Llegó el momento en que me pregunté: *“¿Será esto para mí?, ¿siempre tendré estos nervios?, ¿cómo hacer que los alumnos pongan atención?”*. Estos cuestionamientos a la larga representaron retos y desafíos que fue necesario afrontar.

Debo confesar que los primeros años de egresado, laboré preferentemente como maestro en secundaria y bachillerato, a la trabajaba en universidades públicas y privadas. De esta forma, descubrí que me sentía mejor interactuando con adultos. En la primera oportunidad, presenté examen de oposición y conseguí una plaza definitiva-base como docente en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), institución formadora de profesionales de la educación a nivel de licenciatura y posgrado. Ahora se avecinaba otro reto: enseñar a docentes (Castañeda *et al.*, 2003).

La etapa de consolidación

Al momento, acumulo más de 23 años de servicio en educación superior. He tenido la fortuna de dar clases en cursos, talleres, diplomados, licenciaturas, maestrías, y doctorados; tanto en instituciones públicas como privadas. Por otro lado, me he desempeñado como director de la institución y en diversas coordinaciones académicas,

además, formo parte del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores (SNI). La trayectoria académica y profesional en complemento con la publicación de libros, capítulos de libros y artículos en revistas indexadas; me llevan a concluir que fue correcta la decisión de formarme para ser docente y ejercer la profesión de tiempo completo.

Los posgrados que estudié a nivel de especialidad, maestría y doctorado; son en las áreas de educación e investigación; en consecuencia, representan los cimientos con fines de construir y consolidar la trayectoria como maestro. En esta etapa, disfruto la docencia, no solamente porque permite enseñar conocimientos y experiencias a jóvenes; sino también, identificar su potencial y trabajar en su desarrollo, tomando en cuenta la creatividad, imaginación y frescura de los estudiantes (Ferry, 1999; Tenti, 2007).

Conclusión: ¿Por qué quise ser maestro?

Revisando el árbol genealógico, observo que mi abuelo paterno, mi papá y varios tíos; decidieron ser docentes; de hecho, mi abuelo fue fundador del *Centro Regional de Educación Normal (CREN)* de Ciudad Guzmán. Admito que comencé la formación como docente, no por convicción sino por conveniencia, tomando en cuenta la seguridad y prestaciones laborales que brinda el magisterio. No obstante, con el paso de los años, pude empatar la psicología con la pedagogía, además de incluir la investigación. Esta tríada me ha dado grandes satisfacciones, alegrías y retos; en los cuales sigo trabajando y apostándole a conseguir un magno impacto e influencia en otros; a través de investigaciones, publicaciones, conferencias, talleres; y, en sí, actividades de difusión y extensión universitaria.

Finalmente, la historia que comenzó con resistencias, vacilaciones y frustraciones; se convirtió en un lindo y emotivo relato, cuyas raíces están en la docencia como una profesión con un arraigo sanguíneo; desde el cual se generan el amor, pasión, ansiedad y “galopeo del corazón”; especialmente, al pararme cada día frente a un grupo y estar a punto de comenzar una clase más.

Referencias bibliográficas

- Aguerrondo, I. (2003). Formación docente: desafíos de la política educativa. *Cuadernos de discusión No. 8*. Subsecretaría de Educación Básica y Normal, SEP. (<https://educacionbasica.sep.gob.mx/multimedia/RSC/BASICA/Documento/201611/201611-3-RSC-8fVU53lwxj-cds08.pdf>).
- Castañeda S., A., Castillo R., R. y Moreno F., X. (2003). La UPN y la formación de maestros de educación básica. *Cuadernos de discusión No. 15*. Subsecretaría de Educación Básica y Normal, SEP. (<https://educacionbasica.sep.gob.mx/multimedia/RSC/BASICA/Documento/201611/201611-3-RSC-44jPGIZWjT-cds15.pdf>).
- Constantino, C. (2017). *Reconstrucción de las trayectorias en formación y los recorridos seguidos por los Estudiantes del Profesorado para la Educación Primaria* (Tesis para Especialista en Pedagogía de la Formación). Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Argentina. (<https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1377/te.1377.pdf>).
- Correa-Terán, J. E. (2022). La investigación en la formación de profesores: una necesidad emergente ante la complejidad de la realidad actual. Nuestro presente, nuestro futuro. Historias y narrativas docentes. *Revista Educ@rnos*. (<https://revistaeducarnos.com/wp-content/uploads/2022/05/25jose-edgar.pdf>).
- Ducoing W., P. (2013). *Procesos de formación 2002-2011 Vol. I. Estados del Conocimiento 2002-2011*. Consejo Mexicano de Investigación Educativa A.C. [COMIE]. (<https://www.comie.org.mx/v5/sitio/wp-content/uploads/2020/08/Procesos-de-formaci%C3%B3n-Vol.1.pdf>).
- Esteve, J. M. (1993). La aventura de ser profesor. *Cuadernos de pedagogía No. 266*. (<https://www.ugr.es/~fjirios/pce/media/6-AventuraSerProfesor.Esteve.pdf>).
- Ferry, G. (1999). *El trayecto de la formación. Los enseñantes entre la teoría y la práctica*. Paidós. (<https://escuchaloquetemuestro.wordpress.com/wp-content/uploads/2018/09/12-el-trayecto-de-la-formacion-g-ferry.pdf>).

Tenti F., E. (2007). *Consideraciones sociológicas sobre profesionalización docente. Profesión docente, oficio trabajo y vocación en el siglo XXI*. Siglo XXI Editores. (<https://formacioncontinuaedomex.wordpress.com/wp-content/uploads/2010/08/el-oficio-docente.pdf>).

*Doctor en Educación. Coordinador de Investigación y cuerpos académicos. Universidad Pedagógica Nacional 144 Ciudad Guzmán. edgar.correa@upn144cdguzman.edu.mx

La mejor profesión: Ser maestra

María del Rocío Ofelia Ruiz*

La vida como maestra es un sinfín de experiencias que nos acompañan toda la vida. En un recuento de lo que he vivido con el paso del tiempo dentro de las aulas, los recuerdos se agolpan en mi mente como una película. En ella, los protagonistas son niños tirados de panza coloreando, bailando al ritmo de la música mientras llenan ejercicios en sus libros, comiendo alguna galleta escondidas o correteando en el patio de la escuela primaria. Mi memoria revive entonces eventos que me marcaron para siempre... Así es la docencia, nos deja huellas imborrables de aquellos con quienes compartimos nuestro tiempo y espacio: compañeros en las reuniones, directores que se convirtieron en ejemplo, pero, sobre todo, alumnos que cuando hoy en día los encuentras, te abrazan y te dicen al oído: “Gracias por hacer de mí el hombre que hoy soy” (gracias a ti, Gaspar, por acordarte de mí después de tantos años). Estas palabras dichas en un susurro me hicieron recordar a mis maestros, a todos aquellos que fueron parte importante en mi vida y que dejaron el mejor de los ejemplos. Por eso me hice maestra.

Mis recuerdos me regresan a mis años de escuela primaria, a esos tiempos de estudio y recreo, de compartir tristezas y alegrías al sentirnos seguros con nuestros maestros, la satisfacción de aprender a leer, a sumar y restar, hacer manualidades y salir en bailables con canciones de Cri-Cri y bailes folklóricos o con poesías que aprendíamos de memoria, pero, sobre todo, el sentimiento de confianza y seguridad al ser parte de una familia donde nos cuidábamos unos a otros, donde en cada inicio del ciclo escolar había mucha expectación por conocer al maestro que estaría con nosotros; algunos con cara adusta, pero el corazón lleno de bondad, otras con caras alegres y una sonrisa a flor de labios, algunas más, las maestras mayores con sus rostros serios, mirada cálida y voz dulce. Todos eran lo que yo quería ser.

En ocasiones, cuando estoy leyendo algún libro o escuchando música, hago una pausa y me pregunto: “¿Por qué me hice maestra?”.

Mi respuesta va de un lado a otro, pero siempre enfocada en mi deseo de querer enseñarles a los niños lo que me habían enseñado mis maestros, además de los contenidos en los libros: que la vida puede no ser la que quieres, pero siempre con el estudio y esfuerzo, puedes lograr lo que deseas, luchando con honradez y disciplina. Gracias a ese pensamiento, hoy estoy en un lugar privilegiado. He cambiado a los infantes por adultos jóvenes, porque en algún momento pensé que si podía ayudar a mis estudiantes de primaria a mejorar su vida, si me enfocaba en guiar y enseñar a quienes serían sus futuros maestros, esa enseñanza se vería multiplicada. Por eso continué estudiando y luchando para ingresar a mi escuela Normal y convertirme en formadora de formadores.

El preguntarme continuamente sobre el papel que ahora desempeño me ha llevado a reflexionar sobre la importancia social que tiene la educación en nuestro país; puede no ser lo que muchos deseamos, pero es lo que tenemos y en nuestras manos está continuar mirando hacia adelante, donde las nuevas generaciones tendrán que hacer frente a un futuro incierto, y el peso de la enseñanza estará en manos de estudiantes que hoy en día se están preparando para apoyar a los niños que llenarán sus salones con risas, gritos, llantos, cuadernos, libros y lápices por todos lados. Su reto es grande; por ello, mi papel radica en mostrarles que la docencia es una forma de vida, y que, además de transmitir los contenidos de los libros, hay ocasiones en que se deben dejar de lado para escuchar y educar en el amor.

Ese amor que será su fortaleza ante circunstancias que actualmente viven muchos profesores, cuando además de los retos diarios que enfrentan con sus alumnos, deben solventar situaciones de conflicto y violencia hacia su persona, sin protección legal para hacer frente a lo que se ha normalizado. Es aquí donde recuerdo una frase que me decían mis maestros: “La docencia es en soledad, eres tú y tus alumnos”. Este pensamiento refuerza mi espíritu y creo firmemente que tenemos el compromiso de ayudar a los estudiantes desde su más tierna edad, ya que de ellos dependerá que nuestra labor se vea recompensada con el cambio dentro de una sociedad cada vez más

fragmentada y alejada de las relaciones afectivas, que ya empiezan a mermar también el ambiente familiar.

Mis estudiantes son jóvenes con el deseo de estar frente a un salón de clase con sus alumnos, retribuyendo de alguna manera lo que a lo largo de su vida han recibido en su formación escolar; son hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, hermanas y hermanos de maestros, llevan la docencia como herencia y han aceptado continuar con el legado en un mundo cada vez más difícil, donde la labor docente es un reto, no sólo con los alumnos que atenderán, sino con todo lo que habrán de lidiar cuando egresen de las aulas de su Escuela Normal para rediseñar sus propios salones; aquí radica mi compromiso, no sólo como académica y asesora, sino como compañera de profesión, al hacerles conciencia de que ellos serán, en muchas ocasiones, el refugio de niños que verán en su figura un lugar seguro y que la escuela puede ser mejor que estar en sus propias casas.

Por eso me hice maestra, y a lo largo de los años he sido testigo del cambio tan significativo por el que esta noble profesión ha transitado; el papel del maestro fue por mucho tiempo de respeto y ejemplo; desafortunadamente, ese rol se ha transformado en un mero transmisor de conocimientos, dejando de lado la importancia de convertirse en parte sustancial en la vida de los alumnos. Las nuevas directrices políticas que abruma con cargas administrativas han convertido su papel en excelente creador de evidencias y llenador de formatos que, la mayoría de las veces, descansan en un archivero arrinconado. Todo esto deja de lado la parte humana de la docencia, esa esencia que hace que nuestros alumnos nos recuerden con el cariño que todo maestro necesita como alimento para continuar, a pesar del cansancio físico y emocional.

¿Por qué me hice maestra? Por lo que viví con mis profesores, porque alimentaron mi vocación con sus ejemplos, actitudes y amor, porque la docencia me ha dado más de lo que yo he podido retribuir, ya que es una forma de vida llena de contradicciones, a veces con frustración e impotencia ante situaciones ajenas a nuestra acción educativa, pero también es fuente de grandes alegrías y satisfacción, porque he visto a mis alumnos convertirse en excelentes maestros y

muchos de ellos guían y apoyan a sus propios maestros como directores, porque fue gracias a mis alumnos que aprendí a enseñar, porque aún tengo confianza en las nuevas generaciones y también, porque sin maestros como pilares de la educación, estaríamos perdidos.

*Doctora en Ciencias de la Educación. Académica de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal Oficial de Guanajuato. m_rocior@bcenog.edu.mx

Docente, son tus huellas el camino y nada más

Blanca Estela Galicia Rosales*

Corría el año de 1987, estaba a punto de terminar la secundaria en la *Escuela No. 108 Sor Juana Inés de la Cruz* en Amecameca, Estado de México, justo en ese tiempo cuando Miguel de la Madrid Hurtado había emprendido políticas neoliberales modernizadoras, en medio de una gran deuda externa, una crisis inflacionaria fuera de control, un gasto público con recortes y una serie de privatizaciones que buscaban contrarrestar la caída en los precios del petróleo. Fue el tiempo en el que el sistema de formación docente en las escuelas Normales se elevó a nivel licenciatura y la novedad era la implementación de los centros de bachillerato en las escuelas que así lo requirieran.

La Preparatoria Anexa a la Normal de Amecameca había sido creada en 1985 y habían hecho amplia difusión de los estudios de bachillerato. Mis amigas y amigos a punto de egresar decían que esa escuela era para quienes deseaban seguir la docencia, y que era mejor presentar examen de admisión en la Escuela Preparatoria de Amecameca, perteneciente a la Universidad Autónoma del Estado de México, porque ahí se incorporarían quienes desearan seguir carreras universitarias. Mi padre y mi madre hablaron conmigo y me aconsejaron realizar examen de admisión a la prepa de la Normal; sin embargo, la idea de ser docente no era de mi preferencia, pues quería estudiar Derecho en la UNAM. Fue entonces que les dije que a mí me gustaría ir a hacer examen a la preparatoria de la UAEM.

Ellos accedieron a que presentara los dos exámenes y que tomáramos entre los tres la decisión del lugar para hacer la inscripción. El día de los resultados tuve la fortuna de salir seleccionada en la prepa de la UAEM y mi papá me dijo que me inscribiera y fuera a clases en el turno vespertino. Al poco tiempo también salieron los resultados de la prepa anexa a la Normal y, afortunadamente, salí en la lista de aceptación. Mi mamá insistió en que también me inscribiera en el turno matutino y así lo hice; entonces el problema era que iría a las dos escuelas, una en la mañana y otra en la tarde. Y posteriormente diría en cuál me

quedaría. Sólo duré una semana en esa situación porque en la escuela de la mañana me sentía muy bien.

Las y los docentes que nos daban clase explicaban de un modo sencillo y claro. En este contexto, tomé la decisión de darme de baja en la preparatoria del turno vespertino y quedarme en la Preparatoria Anexa a la Normal de Amecameca. Ahí conocí a compañeras y compañeros que tenían como objetivo la docencia y como que esa idea ya no me parecía tan descabellada. Fue entonces que me di cuenta de que la formación preparatoria para poder cursar la carrera docente recibía el nombre de bachillerato pedagógico. Tomamos cuatro semestres de educación física: basquetbol, voleibol, atletismo y campamento; en la formación artística: música, danza, artes plásticas y teatro. Teníamos clubes en los que se impartía: estudiantina, bastoneras, danza, rondalla, oratoria y edecanes. Y claro, también las asignaturas del plan de estudios como matemáticas, historia, filosofía, ética, lógica, inglés, artes, educación física, etcétera. Un bachillerato muy completo e interesante.

Logramos terminar el cuarto semestre 50 estudiantes, 46 mujeres y 4 hombres; sin embargo, una reunión con la directora nos llevó a un sinfín de preocupaciones. Ella dijo: —*Jóvenes, para ingresar al quinto semestre habrá un examen de selección para ver quién será aceptado para cursar el bachillerato pedagógico. Se les realizará un examen de conocimientos y quien lo acredite se quedará y quien no, podrá continuar sus estudios en cualquier otra preparatoria del sistema estatal*—.

Esto causó incertidumbre y nerviosismo porque se desdibujaba el anhelado sueño de la docencia; al saber esto, hubo quienes decidieron no presentar examen y tramitar el cambio de institución a alguna preparatoria cercana. Otros y otros decidimos presentar el examen. En mi caso, la decisión fue producto de una conversación con mi padre y mi madre, quienes me dijeron que, al ser 4 hijas, ellos no tendrían suficientes recursos económicos para que pudiera trasladarme a la Ciudad de México a estudiar Derecho. Lo comprendí y debo confesar que el diálogo con diferentes docentes de la Normal me había convencido de que ser docente representaba un compromiso personal con la sociedad, con la niñez y juventud de México.

El día de los resultados fue fatal para todas y todos los estudiantes: la lista de resultados sólo tenía trece nombres: doce de mujeres y un hombre. Mi nombre apareció junto al de una amiga; sin embargo, no aparecieron en la lista 6 entrañables amigas: fue un momento muy doloroso para todas. Las lágrimas aparecieron en la mayoría de las compañeras y compañeros. Con trece integrantes iniciamos el bachillerato pedagógico; ahí vivimos nuestras primeras prácticas de observación a todos los niveles de educación básica, vivimos nuestros primeros traslados a otros municipios aledaños. Y por fin se terminaron esos últimos dos semestres, en donde costó mucho adaptarnos.

Con anterioridad, ya se nos había dicho que nuevamente presentaríamos un examen de admisión, porque formalmente habíamos egresado del bachillerato, pero si queríamos ingresar a la Escuela Normal de Amecameca, tendríamos que solicitar el ingreso. Nuevamente, el nerviosismo se apoderó de las y los integrantes de la generación 1987-1990; pese a nuestros miedos, decidimos hacer la prueba. El resultado fue nuevamente desolador: sólo habían quedado 8 estudiantes (por lo menos mi amiga había quedado). En el segundo semestre de la carrera se incorporaron dos compañeras más: una de ellas había solicitado un cambio de adscripción y otra había solicitado la reincorporación a la Normal después de un permiso por gravedad.

El resultado fue un grupo reducido de la Licenciatura en Educación que cursaría el tronco común, es decir, tomaríamos asignaturas comunes hasta el cuarto semestre y, posteriormente, cada estudiante elegiría el nivel en el que deseaba especializarse. Cabe señalar que en la Normal de Amecameca, sólo se impartía la Licenciatura en Educación Preescolar. En esos dos años vivimos experiencias muy enriquecedoras: salimos a lugares lejanos para hacer prácticas de observación y de adjuntía en diversos niveles. Todas estas experiencias me fueron dando claridad en que no quería estudiar el nivel preescolar. Noté que me faltaba paciencia, se me dificultaba el acercamiento con niñas y niños de preescolar; por ello tomé la decisión de cambiarme a la Normal de Chalco, que impartía la Licenciatura en Nivel Medio Básico con especialidad en Ciencias Sociales. El único hombre de la generación y yo realizamos los trámites correspondientes para el cambio.

En septiembre de 1992, estaba inscrita en Chalco y nuevamente sufrí mucho porque mi amiga se había quedado en Amecameca. Tuve muchos problemas para adaptarme a las y los integrantes del grupo, extrañaba la pequeña Escuela Normal de Amecameca; poco a poco logré hacer algunas amistades. También encontré a docentes que contribuyeron en mi formación desde una mirada crítica. Ahora vivíamos las prácticas de conducción y la asunción de nuevos compromisos como la entrega de planeación de clases, la revisión de material didáctico, la vestimenta consistente en portación de traje sastre y zapatillas (este requerimiento siempre me causó problema).

Nunca entendí por qué era necesaria tanta incomodidad en el vestuario. Creo que se pensaba que, si ibas *bien* vestido, te ganarías el respeto de las y los estudiantes. Debo confesar que a veces desobedecía las normas y me llevaba mis tenis para jugar basquetbol. Cursé los últimos cuatro semestres en Chalco; en el sexto y séptimo ya combinaba el estudio con servicio social en el INEA, y en el octavo comencé a hacer el proyecto para titulación. Hoy, a casi 32 años del egreso de la Normal de Amecameca y de la Normal de Chalco (me siento egresada de las dos escuelas) porque en la primera estuve cinco años y en la segunda sólo dos, no obstante, las experiencias, vivencias y acontecimientos que fui encontrando en estas dos instituciones han contribuido en mi conformación como docente. Ante la pregunta: ¿Por qué me hice docente? He estado pensando en las huellas que me han dejado todos y todas a quienes he encontrado en el camino, comenzando por mi padre y mi madre, quienes llegaron a la jubilación como docentes de grupo, con quienes los diálogos a veces tensos y otros tersos lograron que pudiera valorar la práctica docente.

También para las y los docentes a quienes encontré en diversos momentos como estudiante, en cada paso de mi formación, su acompañamiento me permitió reconocer las complejidades del fenómeno educativo, desde una mirada crítica. Y asumir los compromisos frente a las adversidades cada vez más frecuentes a las que nos enfrentamos como docentes.

He hallado a lo largo de mi experiencia docente a compañeras y compañeros, quienes, con paciencia y afecto, fueron compartiendo

hospitalariamente sus saberes y consejos; algunos ya no están presentes, otros ya se jubilaron y otros más siguen en la práctica.

Tal vez la contestación a la pregunta “¿Por qué me hice docente?” Sigue sin respuesta; sin embargo, he generado una que me permite mirar mi devenir docente: ¿Por qué me fui haciendo docente? Y ahí están todas y todos con quienes he estado transitando este camino.

¡Docentes, son tus huellas el camino y nada más, docentes, no hay camino, se hace camino al andar!

*Doctora en Ciencias de la Educación. Docente de la Escuela Secundaria 602 “Juan Rulfo” y de la Escuela de Bellas Artes de Amecameca en el Estado de México. blanquitagalicia@yahoo.com.mx



Mi elección, mi vida, mi profesión

Gloria Angélica Barba Castañeda*

Mi historia en la docencia tiene sus raíces en mi propia trayectoria escolar, en cada uno de los maestros y maestras que dejaron una huella en mí, no sólo por los conocimientos que compartieron, sino por la forma en que entendían la educación y la vida, así como también una serie de experiencias, encuentros y aprendizajes que se han ido construyendo a lo largo de mi vida.

Recordar por qué me hice docente implica mirar hacia atrás y reconocer que esta elección no surgió de un sólo momento. Uno de ellos viene a mi memoria: cuando mi maestra de primero me preguntó ¿Qué quieres ser de grande? En ese momento, mi mayor ejemplo eran mis padres, quienes son Cirujanos Dentistas, por lo que pensaba dirigirme hacia ese ámbito profesional; sin embargo, la convivencia constante con mis tías, al ser ellas docentes, inclinó mis gustos, mis aspiraciones y mis ganas de ser maestra.

Mi decisión de ser docente también estuvo influenciada por mi entorno familiar. Dos de mis tías, hoy maestras jubiladas, fueron una fuente importante de inspiración en este proceso. A través de sus historias, su compromiso y la dedicación con la que hablaban de su labor, me permitieron conocer de cerca lo que significa ser docente. Desde su experiencia, me mostraron que trabajar con niños no sólo implica enseñar, sino también acompañar, comprender y formar desde el cariño y la responsabilidad.

Asimismo, compartían conmigo la importancia de la docencia como una profesión que permite mantener un equilibrio entre la vida personal y laboral. Me hicieron ver que ser maestra también brinda la posibilidad de organizar los tiempos, convivir con la familia y, al mismo tiempo, continuar con la formación profesional. Estas conversaciones, consejos y ejemplos fueron fortaleciendo en mí la idea de elegir este camino, no sólo como una opción laboral, sino como una vocación que me permitiría crecer en distintos ámbitos de mi vida.

Además de las experiencias familiares, hacer memoria de mi vida escolar es recordar a aquellos docentes que, con su voz, ejemplo

y dedicación, sembraron en mí algo más que aprendizajes académicos: sembraron una manera de mirar el mundo con respeto, interés y compromiso. Cada uno de ellos dejó una semilla que, con el paso del tiempo, fue creciendo hasta convertirse en una parte fundamental de mi identidad. Sin darme cuenta en ese momento, esas experiencias fueron decisivas para que hoy me encuentre ejerciendo esta profesión. Comprendí que enseñar no sólo consiste en transmitir contenidos, sino en influir de manera significativa en la vida de los alumnos.

Cuando me incorporé al servicio docente, inicié un nuevo proceso de aprendizaje, ahora desde el papel de maestra. Recuerdo con claridad mi llegada a la escuela primaria donde comencé mi trayectoria profesional. Como docente recién egresada me enfrentaba a un contexto desconocido, lleno de retos, pero también de oportunidades. Fue en ese momento donde el acompañamiento de mis compañeras maestras resultó fundamental. La bienvenida de mi directora no sólo representó un gesto de apoyo, sino la puerta de entrada a una cultura escolar con prácticas, tradiciones y formas de convivencia que daban sentido al quehacer educativo.

La escuela está conformada por un conjunto de relaciones, prácticas y significados que construyen su identidad. En mi experiencia, esto se hizo evidente al convivir con colegas que no sólo compartían conocimientos, sino que también enseñaban desde su ejemplo, como las maestras Maricela, Karina, Yolanda y la directora escolar, la maestra Cristina. A través del trabajo colaborativo y la convivencia cotidiana fui comprendiendo que la docencia también se aprende entre maestros, en los pasillos, en los recreos y en los espacios informales donde se comparten experiencias y saberes.

El acompañamiento de docentes con mayor experiencia fueron mis compañeros maestros que me recibieron desde que egresé, marcó profundamente mi formación. Aprendí aspectos que van más allá de la teoría, entre otros, cómo organizar una reunión con padres de familia, cómo atender situaciones imprevistas en el aula y cómo construir una relación cercana con los alumnos. Estas experiencias me permitieron reconocer que la práctica docente es un proceso en constante construcción, donde cada interacción representa una oportunidad de aprendizaje.

Con el paso del tiempo mi experiencia en el aula me ha permitido comprender que los alumnos son el centro y la esencia de mi labor docente. Cada grupo, cada niño y cada historia han dejado una marca en mí. Recuerdo con especial significado el periodo de confinamiento por la pandemia, un momento que transformó completamente la forma de enseñar y aprender. De un día a otro, el aula se trasladó al hogar y la interacción presencial se convirtió en comunicación a través de pantallas.

Este cambio implicó un reto tanto para los docentes como para los alumnos. En un inicio, la comunicación se limitaba al intercambio de correos electrónicos, donde los estudiantes expresaban dudas y compartían sus actividades. Sin embargo, con el paso del tiempo, estos mensajes comenzaron a reflejar también sus emociones, sus vivencias y su forma de reconfigurarse a una realidad completamente nueva. A través de estos intercambios se construyó una relación distinta, mediada por la distancia, pero igualmente significativa.

Posteriormente, el uso de plataformas digitales permitieron establecer contactos más cercanos. Las clases virtuales se convirtieron en un espacio donde, a pesar de la distancia, fue posible mantener la interacción, el aprendizaje y la convivencia. Desde sus hogares, los alumnos mostraron no sólo sus avances académicos, sino también su capacidad de compromiso y resiliencia.

Durante este periodo, los alumnos no sólo desarrollaron habilidades tecnológicas, sino también formas de organización para su aprendizaje. A pesar de las dificultades, encontraron maneras de participar, compartir y mantenerse presentes. Esta experiencia reafirmó en mí la idea de que la educación va más allá del espacio físico del aula y que el vínculo entre maestro y alumno puede construirse en distintos escenarios.

A lo largo de estos años he comprendido que ser docente implica mucho más que cumplir con un programa educativo. Significa comprometerse con la formación integral de los alumnos, acompañarlos en sus procesos y reconocer que cada uno aprende de manera diferente. También implica reflexionar sobre la propia práctica, identificar áreas de mejora y mantenerse en un proceso continuo de aprendizaje.

Después de doce años de servicio, puedo afirmar que la docencia no sólo ha sido una profesión, sino una parte esencial de mi vida. Cada experiencia, cada reto y cada logro han contribuido a construir la docente que soy. He aprendido que enseñar también es aprender, que acompañar también transforma y que cada día en el aula representa una nueva oportunidad para crecer.

Por eso me hice docente. Porque creo en la educación como una herramienta capaz de transformar vidas. Porque encuentro sentido en acompañar a mis alumnos en su proceso de aprendizaje. Porque reconozco el valor de cada experiencia vivida dentro y fuera del aula. Y porque, a pesar de los retos, sigo eligiendo esta profesión con la convicción de que educar es un acto de compromiso, sensibilidad y esperanza.

Hoy continúo mi camino en la docencia con la certeza de que cada paso ha valido la pena. Ser maestra no sólo es lo que hago, es parte de quien soy. Y es precisamente en esa construcción diaria, en esa suma de experiencias y aprendizajes, donde encuentro la razón más profunda de mi vocación, porque reconozco que mi vocación se construyó no sólo en las aulas, sino en mi familia, donde aprendí a que ser docente es una forma de vida.

*Maestría en Investigación de la Educación. Docente en la Escuela Primaria Juventino Rosas. gloria.barba@isceem.edu.mx/gloanzilla@gmail.com

¿La docencia una profesión? Más bien un llamado

Juan Fernando Abarca Reyes*

¿Ser docente? Lo cierto es que, hasta los 25 años, en ningún momento pasaba por mi mente asumir tal responsabilidad. Por ello es por lo que mi primera licenciatura fue en Derecho, una decisión que en su momento respondía más a mis aspiraciones personales que a una verdadera vocación por la enseñanza. Soñaba con ser un fiel defensor de la justicia, con litigar ante los tribunales, con construir argumentos sólidos y generar un impacto real en la vida de las personas a través de la defensa de causas justas. Lo anterior, muy a pesar de las constantes insistencias de mi madre, quien veía en la docencia una profesión noble, estable y con mayores oportunidades a largo plazo. Sin embargo, en aquel entonces mi mente se encontraba orientada hacia otros horizontes, en los que la enseñanza no figuraba como una opción viable, ni mucho menos como un proyecto de vida.

Además, al mirar hacia atrás, no podía evitar recordar los momentos difíciles que viví como estudiante. En más de una ocasión me sentí incomprendido dentro del aula, distante de muchos de mis docentes y, en algunos casos, incluso en desacuerdo con sus formas de enseñanza. De hecho, guardo una visión poco favorable de ciertas prácticas educativas que, lejos de motivar el aprendizaje, generaban desinterés, frustración y, en ocasiones, una actitud de resistencia. Pensaba que la docencia era una labor rígida, limitada a la transmisión de conocimientos y alejada de la comprensión de las realidades personales de los estudiantes. Sin embargo, con el paso del tiempo, comencé a cuestionar esas ideas, reconociendo que, más allá de esas experiencias negativas, existía una dimensión más profunda en la labor docente que, hasta ese momento, aún no lograba comprender en su totalidad.

No sería sino hasta el año 2018 cuando, de manera casi inesperada, leí la convocatoria de admisión docente publicada por el Servicio Profesional Docente, lo que despertó en mí una curiosidad que, hasta ese momento, no había considerado con seriedad. Decidí entonces probar algo de suerte, más por inquietud que por una convicción ple-

namente definida. Con mucho nerviosismo enfrenté el examen de admisión, consciente de que me encontraba incursionando en un terreno desconocido. Para mi sorpresa resulté beneficiado. A partir de ese momento, iniciaría una etapa completamente distinta en mi vida profesional, una etapa que, sin saberlo, transformaría no sólo mi forma de ver la educación, sino también mi manera de entenderme a mí mismo y mi papel dentro de la sociedad.

Poco a poco, al estar frente a grupo, mi perspectiva comenzó a cambiar de manera significativa. Aquella idea limitada que tenía de la docencia se fue desvaneciendo al enfrentar la realidad del aula, una realidad compleja, dinámica y profundamente humana. Comprendí que la docencia implica retos constantes, desafíos que exigen no sólo dominio de contenidos, sino también creatividad, sensibilidad y una gran capacidad de adaptación. Pero, sobre todo, he ido descubriendo que se trata de una labor profundamente humanista. Hay una verdad que con el tiempo he llegado a comprender con claridad: ser docente también significa reconocer que los estudiantes me necesitan, así como yo, en algún momento de mi vida, necesité de mis propios maestros. Es en ese reconocimiento donde comienza a construirse un vínculo distinto, más cercano, más consciente y, sin duda, más significativo dentro del proceso educativo.

En efecto, como mencioné anteriormente, en un inicio tenía una concepción poco favorable de varios de mis docentes, marcada por experiencias que, en su momento, no lograron generar en mí un verdadero interés por el aprendizaje. Sin embargo, también debo reconocer que hubo otros maestros que dejaron una huella profundamente significativa en mi formación. Recuerdo con especial afecto a aquellos docentes que, con entusiasmo genuino, lograban despertar mi curiosidad, quienes no se limitaban únicamente a transmitir contenidos, sino que hacían del aprendizaje una experiencia distinta, casi como la posibilidad de descubrir nuevos mundos. Esa curiosidad que me impulsaba a querer seguir comprendiendo el mundo, y el porqué de las cosas.

Con ellos, el conocimiento dejaba de ser una obligación y se transformaba en una herramienta para ampliar mis horizontes, para comprender mejor la realidad y, sobre todo, para visualizar nuevas po-

sibilidades de vida. Sin duda alguna, son esos docentes de los que más he aprendido, y cuyas estrategias, actitudes y formas de enseñar continúan presentes en mi práctica docente actual, recordándome constantemente el impacto que puede tener un maestro cuando su labor trasciende lo académico.

Pero más allá del aprendizaje académico, existe otra dimensión de la docencia que con el tiempo he comenzado a sentir como un verdadero llamado. Sobre todo, al desempeñarme en una región donde las problemáticas sociales son una realidad constante: pobreza, desigualdad, violencia, estereotipos de género, entre muchas otras. Es entonces cuando comprendo que la formación de los estudiantes no puede limitarse únicamente a la adquisición de conocimientos profesionales o disciplinares, sino que implica también atender otras necesidades igual de importantes. En este sentido, la labor docente nos coloca, de manera inevitable, frente a situaciones complejas relacionadas con aspectos emocionales, adicciones, violencia y disfunciones familiares que forman parte del entorno cotidiano de muchos estudiantes.

Si bien es cierto que los docentes no podemos solucionar por completo este tipo de problemáticas, también es una realidad que, a través de la formación socioemocional, podemos contribuir a mitigar sus efectos. Lo anterior lo comprendo con mayor claridad al recordar mi propia etapa como adolescente, en la que enfrenté diversas dificultades de este tipo. En más de una ocasión pensé en lo importante que hubiera sido contar con docentes que no sólo se enfocaran en lo académico, sino que también estuvieran presentes para orientar, escuchar y acompañar. Por ello, hoy considero que la docencia también implica asumir un compromiso con la formación integral de los estudiantes, buscando que puedan desarrollarse de manera sana en lo emocional y construir una vida en sociedad más digna y consciente.

Hoy por hoy, y pese a los nuevos retos que enfrentamos los docentes, es común escuchar entre algunos compañeros constantes quejas relacionadas con la sobrecarga de trabajo, las condiciones laborales poco favorables, así como las actitudes rebeldes y, en ocasiones, apáticas de ciertos estudiantes. Sin embargo, a partir de mi propia experiencia, he llegado a comprender que la docencia no es simple-

mente una profesión más, sino un verdadero llamado. Un llamado que no todos están dispuestos a asumir, pero que quienes lo aceptamos, lo hacemos con la convicción de que nuestra labor trasciende más allá de lo inmediato. En este sentido, ser docente implica un compromiso permanente con la mejora continua, con la generación de nuevas estrategias pedagógicas, comunicativas y educativas que permitan responder a las necesidades cambiantes de los estudiantes, con el firme propósito de contribuir a su formación integral.

Es, en cierta forma, un ciclo que se va renovando generación tras generación. Así como en su momento hubo docentes que influyeron en mi formación y que, de alguna manera, contribuyeron a que hoy sea el profesionista que soy, también reconozco que mi labor actual puede tener un impacto en la vida de mis estudiantes. Tal vez no en todos, pero sí en algunos de ellos. Estoy convencido de que, con el paso del tiempo, habrá quienes recuerden no sólo los contenidos aprendidos, sino también las experiencias vividas dentro del aula, ese despertar de la curiosidad y, sobre todo, el ejemplo que como docente procuro transmitir día con día.

Actualmente con la Nueva Escuela Mexicana y los principios de humanismo y criticismo. Me han enseñado que debo de redefinir el concepto y percepción que tengo para la educación y el trabajo con los estudiantes. Y más aun con la llegada de la Inteligencia Artificial. Con ello he tenido el reto de reinventar las estrategias de enseñanza, buscando actividades que puedan adaptarse y preparar a los estudiantes a las nuevas realidades sociales.

Por todo lo mencionado a lo largo de este escrito, he llegado a la conclusión que la docencia, más que una profesión, es una labor profundamente humana, en la que el compromiso con la formación, el humanismo y la vocación de servicio se convierten en pilares fundamentales para transformar vidas.

*Doctor psicopedagogía. Docente del Centro de Bachillerato Tecnológico Agropecuario # 191. Ayutla de los Libres, Guerrero. juanabarcar191@dgetaycm.sems.gob.mx

De cómo, por qué y para qué el magisterio me eligió

María Catalina Josefina González Pérez*

Cuando se tiene la posibilidad de estudiar, de transitar de un grado escolar a otro y de un nivel educativo a otro, pueden surgir interrogantes: ¿por qué?, ¿para qué?

Tal vez estas cuestiones asalten desde la infancia, porque cuesta esfuerzo levantarse, realizar actividades domésticas encomendadas o hacer la tarea escolar. Recuerdo a uno de mis hermanos que preguntaba por qué tenía que ir a la escuela y de ahí venía toda una serie de razones para convencerlo y luego, obligarlo.

Para mí, fue de alguna manera natural asistir a la escuela porque había una meta que cumplir: ser maestra. Desde la infancia me llegó el convencimiento de que era bonito dedicarse a enseñar a niños y niñas. Tuve el ejemplo familiar y las condiciones se fueron acomodando para que llegara hasta la Escuela Nacional de Maestros, porque vivíamos en la Ciudad de México y era la institución pública en la que se podía realizar los estudios para maestra de educación primaria.

Comencé mi trayectoria escolar en primer grado en la escuela primaria ubicada frente a la casa que habitábamos en esa época. Ya a los tres años de edad había ido a tocar la puerta con un cuaderno y un lápiz, cuando me escapé y crucé la calle, pero no me dejaron entrar y mi mamá ya estaba tras de mí. En esos años, aún no era obligatorio el preescolar, así que a los seis años me inscribieron en el turno vespertino porque el matutino sólo era para varones.

Recuerdo que la maestra nos acomodó en las bancas binarias de madera pintadas de color verde con una hoquedad para colocar el frasco de tinta, que ya no me tocó usar. Era un grupo mixto, integrado por más de 30 estudiantes, no sé cuántos estábamos en ese salón, pero ví a muchos niños y niñas.

Una gran sorpresa y un regalo excepcional me llenó de alegría. Daban libros para todos. Un día se abrió la puerta: Don Felipe, conserje de la escuela, llegó con cajas y cajas para que la maestra los repartiera. Aún recuerdo la emoción de recibir el paquete de libros que en la portada tenía a esa figura

icónica: la Patria. El aroma a libro nuevo inundaba el salón y el asombro nos invadía. La maestra fue entregando a cada quién y dio recomendaciones para forrarlos y colocarles nuestro nombre, porque ¡ya nos pertenecían! Eran nuestros libros de texto gratuitos que orgullosamente llevé a casa, los cuales maravillaron tanto a mis padres como a mis dos hermanos más pequeños.

Fuimos seis hermanos, todos asistimos a la misma escuela y aunque mi hermano empezó en el matutino, luego lo pasaron a la tarde, como le decían al turno vespertino. Todos disfrutamos de tener libros nuevos cada año, cada que se aprobaba un grado y pude ver los libros de la reforma de los setentas, con los libros por áreas y luego los libros integrados para primer y segundo grados, que se editaron por los ochentas. Es curioso cómo las familias viven los cambios curriculares a partir de los libros que llevan sus hijos e hijas a sus hogares.

Particularmente, *Mi libro de primer año*, ha ocupado un lugar especial. En ese tiempo el método onomatopéyico era el que prevalecía, así que *Ese oso se asea*, por ejemplo, estaba ubicado para aprender la letra S. La maestra tenía material didáctico en las paredes del salón que compartía con la maestra del turno matutino y en el pizarrón verde con el gis blanco, colocaba los ejercicios de caligrafía para tener bonita letra. A mí me tocó aprender la letra tipo *script* o manuscrita y los ejercicios se hacían en un cuaderno doble raya.

En realidad, antes de entrar a primero mi mamá ya me había enseñado a leer y escribir. Desde mis primeros años tuve cuaderno, lápiz, colores, libros. Mi mamá era asidua lectora; entre sus tesoros recuerdo *Sinuhé, el egipcio* y sin falta los números mensuales de la revista *Selecciones del Reader's Digest*, con variados temas, que por muchos años ella coleccionó. En casa de los abuelos, *El Tesoro de la Juventud* integraba libros de lectura para que el abuelo me tomara la lección.

La lectura y la escritura fueron prácticas constantes. Recuerdo las clases de la maestra Delia y las dificultades de algunos niños y niñas para juntar las letras, identificar las sílabas y leer palabras y frases completas. Utilizaba el libro, nos contaba historias con el material que preparaba, nos ponía canciones, a recortar y pegar figuras, a colorear y muchas otras actividades bajo el principio de que a leer se aprende leyendo y a escribir, escribiendo; es decir, aprender haciendo. A leer aprendí con el silabario de San Miguel y el cajón de las vocales en mi

casa y con mi libro de primero aprendí a contextualizar historias breves con sentido, a hacer planas y para corregir ortografía, repetir cien veces las palabras que había escrito con errores. Creo que a pesar de lo tradicional que hoy pueda parecer el método, no soy tan mala leyendo y escribiendo y no tengo el trauma de hacer planas, me gustaba.

La primaria transcurrió con maestras y maestros pacientes, dedicados, algunos enojones y estrictos. En la secundaria, mis preferidas eran las clases de Geografía con las maestras Pilar y Martha Cienfuegos, quienes con su exigencia y muchas veces intransigencia, con ciertos alumnos, me hacían pensar en el mundo, sus pobladores, paisajes, lugares e información inéditos para mí; las representaciones cartográficas y aprender la localización en el *Atlas Hammond*, se volvieron de gran interés.

Por estas influencias, soy maestra de educación primaria y de educación secundaria en Geografía.

Desde mi niñez, observé que la docencia es dar y recibir. Es estar con gente y aprender a aprender. Ví en mi familia con mis tías y mi mamá, así como en la escuela con mis maestros y maestras, que el magisterio tiene un lado humano sí, también un sentido social, ético y político.

Esto fue más claro para mí al estudiar en la Nacional de Maestros y en la Normal Superior, cuatro años en cada una y luego otros años más al cursar posgrado. Entendí, porque mi papá me lo decía también, que ser maestra es una alta responsabilidad social para la cual hay que prepararse mucho, hacer las cosas bien, conocer a las comunidades, a los estudiantes y a sus familias, conocer muy bien los materiales educativos, las propuestas pedagógicas y diversas estrategias didácticas. Todo lo que se decida hacer o no, tiene un efecto en los estudiantes, sus familias, en mí misma, no sólo en el presente sino en el futuro.

Además de bonito, como lo veía en mis años mozos, ser maestra causa satisfacciones, emociones, frustraciones, tensiones, contradicciones, amistades y enemistades. Más que eso, es un compromiso. Tiene su lado oscuro y también, con mayor fuerza, un lado intensamente luminoso.

Aprendí de mis maestras y maestros con amorosidad, honestidad e interaprendizaje, la necesidad de tener precisas tus coordenadas y saber caminar en el terreno estratégicamente, saber pensar el espacio y sus interacciones, contar con sistema de referencias sólidas

y argumentadas que te posicionen con seguridad. A veces me perdí, me cansé, me desvelé y aun así, ha valido el esfuerzo.

Soy profesora y me mantengo en esta profesión por muchas razones; sigo en ella porque en cada aula, con estudiantes chicos y grandes, de primaria, secundaria o posgrado, confirmo que educar es creer en los otros, incluso cuando el mundo invita a ya no hacerlo.

Confío en que juntos podamos contribuir a lograr una utopía que, muchas veces, me la tiraron al suelo, lo que me ha hecho necia para no cejar en la esperanza, no en la que espera, sino la que construye un mejor mundo en donde todas, todos y todes tengamos oportunidades de vida digna.

Es un reto el encuentro con el otro, verme en sus miradas, escucharle en sus palabras, reflejarme en sus temores, alegrarme con sus logros, llorar por sus duelos o sinsabores y reencontrar la senda para seguir aprendiendo más que enseñando.

Tengo muchas dudas, mucho por aprender, he cometido errores, me he desilusionado y aun así me mueve el recibir reciprocidad en mis colegas –porque ahora trabajo con docentes– y también agradezco a quien, con su mal trato o sus exigencias extremas, me han hecho fuerte. Mi sentipensar aún sigue en construcción.

Agradezco a quienes han estado en mi vida profesional y personal por coincidir en proyectos y sueños comunes, por hacerme entender que el magisterio me eligió a mí y que, a estas alturas, ya no me puedo echar para atrás o hacerme la que no vio o no supo. La vocación se construye en uno, con y para el otro y ser nosotros quienes hacemos comunidad. En la construcción del día a día hay una confianza mutua, una convicción de apuntar y caminar juntos hacia la justicia social.

Comprendo que es aquí donde puedo estar mejor, porque aparte de que no sé hacer nada, es aquí donde me encuentro con el otro, puedo dialogar, escuchar y ofrecer algo de lo que sí sé, algo de lo que soy que es inmaterial que la economía capitalista no aquilata, desdeña y desconoce, con toda la complejidad que eso entraña. Más que dar he aprendido a recibir.

Por eso, soy maestra. Elijo y decido estar aquí.

*Maestra en investigación de la Educación. Docente en el Instituto Superior de Ciencias de la Educación. cepauled@gmail.com

De la memoria al aula: mi vocación de maestra

Lucía Xóchitl Herrera Álvarez*

La decisión de ser maestra no surge como un hecho aislado, sino como un proyecto vital que se configura en la memoria, la vocación y la historicidad social. Desde la infancia, los espacios escolares —con sus símbolos, figuras y experiencias— han marcado la convicción de que la docencia es más que una profesión: es un compromiso ético y social. El ingreso a la Escuela Normal, tras un examen de selección que dejó fuera a muchos aspirantes, significó el inicio de un camino que se ha ido construyendo entre recuerdos, tensiones y reflexiones. La pregunta obligada —¿qué significa ser maestro?— se convirtió en guía y promesa, orientando mi formación inicial y mi visión de futuro.

La memoria escolar como raíz de la vocación

La infancia de esta mujer que hoy escribe fue una etapa que se construyó de manera simultánea con la asistencia a una escuela primaria dirigida por religiosas. Una construcción de la época virreinal de Texcoco, con sus muros anchos, techos altos y pasadizos sombríos. Cómo olvidar sus escaleras amplias y corredores rojos que me generaron misterio, curiosidad y reto. Ahora, sé que se convirtió para mí en un espacio simbólico que protegía y desafiaba mis anhelos. Me transmitía seguridad, cobijo y pertenencia frente a las incertidumbres de la infancia.

La figura de la Hermana Mercedes, severa y silenciosa, y la firmeza de carácter de la Hermana Josefina encarnaron un referente espiritual y ético que otorgaba peso a la vocación de una niña que se sentía ya maestra. Siempre justas y ecuanímes, fueron un referente para escuchar esa voz interior. Mientras tanto, frente a la fuente característica del patio, yo descubría que todo era posible, incluso ser maestra. Estos recuerdos no son anecdóticos, sino constitutivos de mi identidad docente, pues en ellos articulo valores, símbolos y prácticas que se proyectan en mi vida profesional.

La escuela no sólo fue un lugar de protección, sino también de exigencia: la invitación a enfrentar pruebas, a crecer, a asumir responsabilidades desde el salón de clases, ha simbolizado tensión entre tradición y cambio. La obediencia y construcción de autonomía impulsaron a esta incipiente autora a cuestionar modelos impuestos y a reconocer su vocación desde temprana edad.

Liderazgo e identidad en la infancia

La participación escolar nunca fue pasiva: guiar oraciones, organizar equipos, montar coreografías o capitanear actividades eran acciones que revelaban una identidad en formación. La frase de Los tres mosqueteros —uno para todos y todos para uno— se convirtió en principio de trabajo que orientaba mi visión docente. Estas experiencias no eran simples juegos, sino prácticas que anticipaban el papel de mediadora y formadora que más tarde asumiría como docente.

Este lema, vivido en la infancia, se transformó en fundamento pedagógico que más tarde me proyectaría en el aula, donde no sólo se enseñan contenidos, sino que se fomenta la cooperación, la empatía y la justicia social. El rechazo de modelos impuestos se ejemplifica con el “No soy princesa, soy mosquetera”, que ha sido una afirmación de independencia y voluntad de transformación permanente. Este guiño personal simboliza la resistencia frente a identidades prefabricadas por la familia o la sociedad y la decisión de construir una identidad propia, ligada al servicio y al cambio. Mi vocación docente se configuró así, como liderazgo, compromiso y deseo de cambiar el mundo.

El maestro como sujeto histórico-cultural

El reconocimiento de la propia historia implica asumirse como sujeto histórico-cultural en proceso de construcción. El maestro se forma y actúa en un contexto marcado por procesos sociales, políticos y educativos de su época. Su identidad profesional refleja las transformaciones históricas de la educación. Por ello, se le reconoce como el heredero de tradiciones y, al mismo tiempo, protagonista de cambios, mediador en-

tre la cultura escolar y la cultura social. En 1989, con 12 años de edad, me encontré envuelta con noticias de la caída del muro de Berlín; en ese momento no supe con exactitud qué implicaba, pero sí entendí que había familias separadas y niños que necesitaban más que pan y agua. Y ahí me visualicé ¡Era necesario que yo fuera maestra!

Con el paso del tiempo, mi memoria se vuelve algo difusa, pero hay años que permanecen intactos en el corazón. El año 1994 fue uno de ellos: el país era sorprendido con el TLCAN, el levantamiento del EZLN, el uso del nuevo peso mexicano y el asesinato de Colosio. Cada acontecimiento parecía abrir una lesión en mi interior y con la muerte de mi abuelo se sumó un dolor íntimo más fuerte que me hizo comprender la fragilidad de la vida y la urgencia de la esperanza. Mi abuelo vivió siempre con la esperanza de los ideales de una revolución mexicana. Y los compartió conmigo.

En ese cruce entre historia y pérdida, se fortaleció mi vocación docente. Comprendí que enseñar es acompañar a otros en la búsqueda de sentido, en la reconstrucción de lo que la historia quiebra. La educación se convirtió para mí en un acto de memoria: una forma de mantener viva la voz de quienes nos precedieron y de transformar el dolor en conciencia. El dolor por la pérdida de mi abuelo y las heridas colectivas de aquel año me enseñaron que el espacio áulico es un espacio donde la memoria se hace presente, donde lo vivido se transforma en conciencia crítica. Ser maestra es para mí acompañar a los jóvenes en la tarea de reconocer que la historia no es ajena, que nos atraviesa y nos llama a responder.

Así, mi vocación docente se nutre de la convicción de que la educación es un puente entre lo tangible y lo intangible: entre los hechos que marcan a una nación y las emociones que marcan a una vida. En cada estudiante busco sembrar la idea de que la memoria no es sólo recuerdo, sino fuerza transformadora, capaz de convertir el dolor en esperanza y la experiencia en aprendizaje compartido.

La historia como construcción abierta

La docencia se concibe como una historia incompleta, en constante configuración. Zemelman (2000) recuerda que la historia no tiene una

única dirección, sino que es compleja, indeterminada y abierta. Entonces mi manera de enseñar también debe serlo. En el aula no busco ofrecer respuestas definitivas, sino abrir caminos de reflexión. Por eso recurro a debates donde los estudiantes confrontan distintas perspectivas, a proyectos de investigación que los invitan a explorar su propia memoria familiar y comunitaria, y a relatos de vida que les permiten reconocer que la historia se escribe también desde lo íntimo.

Mi vocación docente se convierte en ese hilo que une lo personal y lo colectivo, lo objetivo y lo subjetivo, lo íntimo y lo histórico. Mi ser docente, entonces, se construye en la tensión entre teoría y práctica, vocación y exigencia institucional, tradición y cambio. Como dijera Merlín en *La espada en la piedra*: “Por cada sí existe un no, por cada contra hay un pro y es lo que al mundo da sabor”. Estas contradicciones, lejos de ser obstáculos, constituyen el terreno fértil donde se ha gestado mi identidad profesional.

La utopía como horizonte pedagógico

La experiencia docente se concibe como posibilidad de cambio, como utopía que transforma lo deseable en posible y lo posible en imposible, en el sentido de romper límites y ampliar horizontes. La vocación se convierte en acción transformadora, capaz de generar vínculos de pertenencia y reconocimiento en la comunidad escolar.

Ese llamado pedagógico se convierte entonces en acción transformadora. Ser maestra es aceptar que la docencia es un trayecto inconcluso, que se escribe día a día con las voces de quienes aprenden y enseñan. Es reconocer que cada gesto pedagógico puede abrir horizontes insospechados, que cada encuentro en el aula es una oportunidad para que la utopía se haga presente. Así, mi vocación de servicio se convierte en compromiso: enseñar como acto de esperanza, como tejido de justicia y como camino compartido hacia lo que aún no existe, pero puede llegar a ser.

La docencia no es únicamente una profesión, sino un espacio de construcción social y de transformación personal. La identidad profesional se construye en la apertura de la historia, en las contradiccio-

nes y en la voluntad de ser sujeto autónomo y transformador. En ella se conjugan la memoria de mi niñez, la diversidad de motivaciones y la posibilidad de construir un futuro más justo y humano. La formación inicial en la Escuela Normal y la memoria de mi infancia en aquella escuela virreinal me han permitido comprender que ser docente es vocación, reflexión crítica y acción transformadora. Nací para ser maestra, y esa certeza se ha reafirmado en cada recuerdo, en cada tensión y en cada reflexión.

*Doctora en Educación. Docente de la Escuela Normal de Texcoco y directora de la E.S.T.I.C. núm. 041 “Tierra y Libertad”. xochitl_maestra@yahoo.com.mx



De la resistencia a la convicción. Así me hice docente

Martha Leticia Rangel Zamora*

La profesión docente no se elige siempre desde la vocación; en muchos casos, se construye desde la historia. Yo no recuerdo haber dicho “quiero ser maestra”.

Soy resultado de lo vivido. Hija de un padre fuerte, recio, que me enseñó a no depender de nadie, a defender mis ideales y a no rendirme jamás. De él aprendí el carácter, la firmeza y la convicción. Pero también fue él quien identificó en mí algo que yo aún no reconocía. Desde joven, ayudaba a mis compañeros a prepararse para sus exámenes extraordinarios; lo hacía de manera natural, sin atribuirle un valor particular. Sin embargo, mi padre observaba con atención estas acciones. Fue él quien, con total certeza, afirmó: “Tienes talento para enseñar y serás maestra”. A mí nunca me preguntó si yo quería serlo.

De mi madre heredé el trabajo incansable, la disciplina y el perfeccionismo. Sus palabras, duras, pero profundamente formadoras, aún resuenan en mí; con ella aprendí que rendirse no era una opción. Entre esas dos influencias fui construyendo quién soy: una mujer exigente, sistemática, perseverante, fuerte y valiente; y, sin darme cuenta, también se fue configurando la maestra que soy ahora.

Mi formación escolar estuvo marcada por múltiples tensiones. Cursé la educación básica en colegios privados con ideologías religiosas; en estas instituciones, la autoridad era incuestionable y el castigo formaba parte del proceso educativo. Como estudiante, me caractericé por cuestionar, por defender lo que consideraba injusto, por inconformarme y argumentar. Estas actitudes me llevaron, de manera constante, a enfrentar sanciones y castigos. A partir de estas experiencias, comprendí algo que marcaría profundamente mi vida y que hoy se refleja en mi práctica docente: las y los maestros detentan un poder derivado de su condición de autoridad; sin embargo, ese poder puede generar afectaciones cuando se ejerce sin sensibilidad.

También viví el peso de la desigualdad. Hubo momentos en los que mi apariencia física y mi forma de vestir determinaban el trato que

recibía. A partir de estas experiencias comprendí que la escuela no siempre opera bajo principios de equidad, y que, con frecuencia, las personas son valoradas a partir de percepciones construidas desde lo externo. Aprendí, desde entonces, que la forma en que eres visto incide directamente en la manera en que eres tratado.

Por ello, cuando me convertí en maestra, tomé una decisión: ningún niño o niña en mi aula tendría menos oportunidades por su apariencia, por su contexto o por lo que tiene o no tiene. Todos participan, todos cuentan, todos valen. Decidí conducirme bajo principios de equidad e igualdad, garantizando su derecho a una educación libre de discriminación y de cualquier forma de violencia.

Como estudiante, comprendí que el conocimiento también es poder, pero no un poder para imponerse, sino para abrir caminos. Al concluir la preparatoria, mi futuro ya estaba definido: mi padre me envió a realizar los trámites correspondientes a la Normal y, para mi frustración, fui aceptada. En ese momento, ya era alumna de la Normal.

Nada de esa escuela me gustaba. No lograba sentirme parte de ese espacio: no encajaba con mis compañeras, ni con los docentes; todo me resultaba ajeno. Las dinámicas de integración, los cantos, las actividades... todo me parecía distante de mis intereses y de mis ideales. Sin embargo, por la forma en que fui educada, había algo en mí que no me permitía hacer las cosas a medias. Y entonces, en medio de esa inconformidad, tomé una decisión: si iba a ser maestra, sería la mejor. Y entonces ocurrió algo que cambió todo.

En noviembre de 1994, durante mi primera visita de observación a un preescolar, me encontré con una realidad que me marcó profundamente. No fueron las actividades ni la organización del aula lo que me impactó; fueron los niños. Niños en situación de vulnerabilidad, con carencias evidentes y con necesidades que iban más allá de lo académico.

Recuerdo, en particular, a uno de ellos: un niño de entre tres y cinco años que se acercó a mí durante el recreo, mientras yo descansaba bajo la sombra de un árbol, y, con una manzana ya mordida en la mano, me dijo: “Maestra, te la regalo, cómetela”. Quería compartirla conmigo. Ese gesto, aparentemente simple, revolucionó todo mi ser.

Lo que ese niño me generó fue una profunda ternura; sin embargo, al mirar el contexto en su conjunto, sentí una gran impotencia ante la situación de vulnerabilidad en la que se encontraban muchos de los niños y niñas de ese plantel, frente a carencias que iban mucho más allá de lo que yo, en ese momento, sabía cómo atender. No sabía qué hacer ante esa realidad. Pero, al mismo tiempo, emergió en mí una convicción que hasta entonces no había experimentado: yo podía hacer algo por ellos. Ese momento transformó mi mirada y resignificó mi presencia en ese espacio.

Ahí comprendí que ser docente no se reduce a la enseñanza de contenidos, sino que implica la posibilidad de incidir en la vida de otros: acompañar, orientar y abrir oportunidades donde, en muchos casos, parecían no existir.

El impacto de esa experiencia fue determinante, al grado de motivarme a continuar con mi formación. Ingresé a la Escuela Normal Superior de Jalisco para estudiar la Licenciatura en Pedagogía en periodos vacacionales. Para entonces, mi permanencia en ese espacio ya no respondía a una imposición, sino a una convicción que comenzaba a construirse.

Durante mi formación tuve maestros que dejaron una huella profunda. Docentes que no sólo enseñaban, sino que inspiraban. Recuerdo su forma de hablar, de vestir, de conducirse y de compartir el conocimiento. De ellos comprendí que enseñar también es un acto de presencia, de coherencia y de entrega. Aprendí la importancia de la organización, la planeación y el rigor académico, pero también el compromiso con lo que se hace y la pasión por la docencia. Y, sin darme cuenta, comencé a admirar lo que antes rechazaba.

Mi inicio en el servicio se desarrolló en una comunidad rural, atendiendo a un grupo de 45 niños de distintas edades. Contaba con referentes teóricos sobre metodología, estrategias, planeación y evaluación; incluso disponía de recursos didácticos como canciones y rimas. No obstante, la atención de un aula multigrado implicaba una complejidad que desbordaba lo aprendido. La teoría resultaba insuficiente frente a una realidad diversa y altamente demandante, para la cual no tenía aún herramientas claras de interven-

ción. La incertidumbre era constante; sin embargo, tenía una certeza inamovible: no podía fallar.

En este escenario comenzó a gestarse un proceso de aprendizaje distinto, en el que la práctica dejó de ser sólo un espacio de aplicación para convertirse en un espacio de comprensión, cuestionamiento y reconstrucción de mi quehacer docente. Fue durante mi proceso de formación de posgrado, al cursar la maestría, donde me enfrenté a mí misma y comprendí que estaba lejos de ser la maestra perfecta que creía ser. Ese momento, lejos de debilitarme, se convirtió en un punto de inflexión que transformó mi manera de entender la docencia.

Porque, si algo me define, es la disposición para reconocer mis propios límites y áreas de mejora; me impulsa, sobre todo, el deseo constante de ser mejor. A partir de entonces, mi práctica cambió de manera significativa. Aprendí a cuestionarme, a reflexionar de forma sistemática y a reconocer la experiencia como una fuente permanente de aprendizaje. Comprendí que enseñar no es imponer, sino acompañar.

A lo largo de mi trayectoria he tenido la oportunidad de asumir diversas responsabilidades en el nivel preescolar y en el nivel superior y posgrado; cada uno de estos espacios ha fortalecido mi comprensión de la educación y ha reafirmado mi compromiso con su sentido social. Hoy sé que mi forma de enseñar está profundamente marcada por mi historia.

Mi llegada a la docencia no fue un acto de elección consciente, fue un proceso de construcción. De experiencias, de heridas, de aprendizajes, de encuentros con otros que dejaron huella. En este sentido, como señalan Fierro, Fortoul y Rosas (1999), el docente es un “sujeto con ciertas cualidades, características y dificultades que le son propias; un ser no acabado, con ideales, motivos, proyectos y circunstancias de vida personal que le imprimen a la vida profesional determinada orientación” (p. 99).

Por eso me hice docente. Porque entendí lo que duele no ser visto. Porque aprendí lo que significa ser exigido sin ser comprendido. Porque viví lo que es abrirse camino desde la adversidad. Porque alguien vio en mí un talento que yo no veía y porque descubrí que desde

el aula se puede hacer algo distinto. Ser docente, para mí, no es sólo enseñar contenidos; es formar, acompañar y transformar. Es mirar a cada estudiante como posibilidad, no como límite. Me hice docente desde el corazón, porque en el fondo, es una forma de devolver al mundo lo que la vida me enseñó.

Referencias bibliográficas

Fierro, C., Fortoul, B. y Rosas, L. (1999). *Transformando la práctica docente*. México. DF: Paidós.

*Doctorante en Desarrollo Educativo con énfasis en Formación de Profesores. Supervisora zona 60 preescolar estatal y académica de la Unidad 143 Autlán de la Universidad Pedagógica Nacional. rangelzamora-marthaleticia@gmail.com



El gen inesperado: una herencia silenciosa hacia la docencia

Lourdes Contreras Arreola*

El silencio que gritaba desde la sangre

Durante años escuchaba a diferentes familiares hablar sobre alumnos, aulas, directivos, padres de familia y estudios interminables, promociones que anhelaban; pero por alguna razón no llegaban, estrategias que se compartían para desarrollar el aprendizaje de los alumnos, actividades que generaban disciplina, acciones funcionales y también fracasos; sin embargo, ante todo, mostraban una actitud positiva y de compromiso al trabajo que realizaban. Ahora que lo analizo, puedo citar a Frola (2011) quien comparte que la práctica educativa es un hecho que debe observarse, compartirse, evaluarse, aspectos que en mi familia se desarrollaban y entonces llevaban a la praxis procesos de intervención, de esta forma aspiraban a mejorar la educación que facilitaban.

Ante las situaciones mencionadas, y considerando que me encontraba en mi infancia y adolescencia; decidí que el magisterio no formaría parte de mi profesión, era la hora de romper con la tradición familiar y buscar otras formas de contribuir en el ámbito social. Esto se reafirmó, cuando a los 18 años cubrí un grupo de cuarto de primaria, con más de 40 niños, sin duda esa experiencia me hizo ver el lado oscuro de la docencia, no es sólo pararse frente al pizarrón o estar detrás de un escritorio; bien lo menciona Latapí (2009), ser docente es cosa de vocación, de inclinación interior, de proyecto de vida y en ese momento mi proyecto de vida no estaba encaminado a la docencia, no lograba escuchar mi voz interior, a pesar de que el gen por esta profesión gritaba por dentro.

Fue así como me desmotivé aún más por la docencia, sentir que era incompetente para estar frente al grupo, ver cómo la disciplina ganaba a las actividades programadas por la maestra titular y entonces me preguntaba ¿por qué no funcionan, si son actividades que me dejó la docente? Entonces recurrí al apoyo de una tía que laboraba en esa institución, recuerdo perfectamente cómo llegó al salón,

inmediatamente los niños guardaron silencio y comenzaron a hacer las actividades, mi tía me comentó la importancia de lograr la disciplina en el grupo, pues sin ella no se lograría aprendizaje, al final llegué a casa llorando y con un sentimiento de frustración y molestia, entonces juré jamás regresar a dar clases.

La herencia continúa brillando

El tiempo pasó, ingresé a la Universidad Pedagógica Nacional 144 Cd. Guzmán, a la Licenciatura en Intervención Educativa. En mi mente estaba laborar en el sector salud como trabajadora social, mis prácticas y servicio los brindé en el hospital de primer contacto de Sayula, Jalisco, donde fue una experiencia satisfactoria. Una vez que egresé de la carrera se comunicó un supervisor para ofrecerme cubrir interinato en una primaria de Jiquilpan, Jalisco, recordé la mala experiencia al cubrir grupo, pero era tentador, pues había posibilidad de transporte, así que acepté cubrir, pero sólo hasta diciembre, ¿qué podría salir mal en unos cuantos meses?

Llegó el día de ingresar a la primaria, yo tenía 21 años, cabe destacar que era una escuela de organización completa, mis compañeros con experiencia en la docencia y yo me sentía una “simple mortal”, entonces me asignan cuarto grado, la actitud de los niños fue diferente a mi experiencia anterior, jugábamos en los recesos, nos sentábamos en el piso para hacer algunas actividades, reíamos, compartíamos charlas y entonces pareciera un ambiente relajado y cálido, en donde me sentía cómoda. La autora Vergara (2016), menciona algo cierto, la práctica genera situaciones irrepetibles, singulares y concretas, esto nos lleva a conformar ámbitos de incertidumbre, de conflicto y, en mi caso, fue un conflicto conmigo misma. Entonces ¿qué pasaba? ¿Por qué ahora me sentía tan cómoda en la primaria?

Era diciembre y me ofrecieron continuar con el interinato, rápidamente accedí a terminar el ciclo escolar, en ese momento el gen de la docencia brillo dentro de mí y se reflejaba en cada planeación, en el trato con mis alumnos, en cada clase y en los juegos durante el recreo, era asombroso ver cómo sus conocimientos se ampliaban y yo era par-

típico de esto, Fierro, *et al.* (1999) comparten que la práctica docente contiene múltiples relaciones, entre personas, con los alumnos, padres de familia, maestros y la comunidad, es necesario mantener un colectivo culturalmente organizado mediante una intervención sistemática y planificada. ¡Eureka! Encontré ese contraste entre una práctica exitosa y otra debilitada. En la primera institución no tuve la oportunidad de compartir con los compañeros docentes, de contextualizar, sólo seguía la planeación de la maestra como si fuera una receta de cocina; no me quedaba claro que trataba con niños y niñas, que requieren ser escuchados, que son creativos, que tienen dentro de ellos toda la energía para aprender de formas diversificadas.

Culminó un capítulo para dar apertura a uno nuevo

Terminó el interinato, entre el llanto por dejar a mis alumnos, la escuela y la comunidad que con tanto cariño me acogieron por un año, sin duda comenzaba a pensar en que quizás la docencia no era tan fatal como lo había vivido. Al poco tiempo me invitaron a participar en la UPN virtual, para la Especialidad en Competencias Docente, impartiría clases a maestros de educación media superior, pero ¡cómo, yo! Alguien sin experiencia daría clases a maestros, era algo impensable; llegó la hora, debía confiar en mi herencia familiar. Les comparto que la experiencia fue increíblemente buena, tanto que, me invitaron a participar como evaluadora en la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES). En ese mismo espacio de tiempo me contrataron en el Colegio Cervantes en Cd. Guzmán, imaginen el reto, de no querer ser docente, ahora participaba tanto a nivel básica como superior y me sentía realizada y feliz.

Pasaron seis años de ingresar al colegio, de estar con grupo, pero sólo de tercero a sexto, pues mi perfil en ese momento no era idóneo para trabajar con pequeños de segundo y primero. En el 2015 mi esposo el Dr. José Edgar Correa Terán, me envía una convocatoria para examen de oposición en básica, yo estaba próxima a culminar la Maestría en Educación Básica, misma que estaba estudiando modalidad online en la UPN de Zitácuaro, Michoacán. Sin duda mi esposo fue

ese eslabón que me unió más a la docencia, pues él es un excelente maestro e investigador, fue una de las personas que más creyó en mí y sigue depositando su confianza en mi práctica docente, por ello le estoy muy agradecida. Me motivó a presentar el examen, el resultado fue favorable y así el 16 de agosto de 2016 obtuve mi plaza como maestra de primaria. Previo a esto, el 1 de enero de 2014, me contrataron con 10 horas en la UPN 144.

Casualmente llegué a Jiquilpan, Jalisco; justo a la comunidad que me abrió sus puertas para incursionar como docente, pero ahora mi sistema sería federal, por lo tanto, arribé a otra escuela. Mi gran sorpresa, nuevamente incursiono como docente a cuarto grado, cumplí dos ciclos escolares, y ahí me estrené como maestra de primero, el terror se apoderó de mí nuevamente y aún más cuando llega un alumno con hipoacusia, y justo con este grupo me toca ser evaluada para la permanencia en el sistema, en donde brindé una clase muestra, realicé un proyecto y un examen, ahí constate que mi destino era ser maestra y que mi profesión me llenaba de alegría, retos, crecimiento personal y profesional, gracias a esa evaluación aprendí lo que Esteve (1993) menciona, “la enseñanza no sólo abre la mente a los alumnos. También la del profesor se expande y se llena de nuevos matices y perspectivas más amplias, y funciona la relación enriquecedora con los dos sentidos”.

El destino estaba marcado por el gen

Así pasa el tiempo, feliz con mi plaza, con el compromiso de seguir estudiando, de dar lo mejor de mí tanto con alumnos de licenciatura como en primaria y en el 2018 me cambio a una comunidad rural, llego a Ojo de Agua de Apango, escuela multigrado, éramos tres maestros y yo no sabía planear para multigrado, un reto más a mi vida, con esto también llega un aumento de horas en la UPN a medio tiempo asociado “C”, muchos compromisos, muchas responsabilidades, pero también, de la mano viene el aprendizaje y entonces seguía amando más mi trabajo, los niños en la comunidad esperaban ansiosos a que llegara su maestra de primero y segundo, no teníamos tantos recursos,

pero sí había muchas ganas de aprender, salíamos a contar piedritas, participábamos en desfiles, hacíamos festivales pequeños, pero significativos y crecía el compromiso con la educación y también con la comunidad.

Desgraciadamente, sólo puedo estar un ciclo escolar, porque llegaron cambios de zona internos y me voy a la comunidad de Apan-go, Jalisco, en donde me toca estar con primer grado y ser encargada de dirección. Sin duda, redacto estos párrafos y me doy cuenta que he vivido grandes retos y gracias a ellos soy la maestra de ahora. Esteve (1993) también lo dijo: El primer problema consiste en elaborar tu propia identidad profesional, para mí implicó cambiar de mentalidad, entender a mis alumnos, entender el propio sistema, darme cuenta que ser profesor va más allá de impartir clases, es enfrentar dificultades administrativas, sociales, económicas y políticas, pero sin permitirte perder tu esencia.

Ante estos desafíos, decido estudiar el doctorado en Investigación e Innovación Educativa, posgrado que me abre una nueva perspectiva de la educación, pues me posibilita a aportar aún más en el ámbito de la docencia, realizando investigación, mostrándome crítica y exponiendo mis experiencias en publicaciones de artículos, capítulos de libros y revistas.

Hoy sigo con el medio tiempo con la categoría más alta en educación superior: titular "C" en la UPN 144, estoy encargada de la coordinación de la Maestría en Educación Básica e imparto clases en la misma, así como las licenciaturas de Pedagogía e Intervención Educativa. Laboro en la Escuela Primaria Francisco I. Madero en la comunidad de San Andrés Ixtlán, escuela tridocente, en donde imparto primero y segundo grado y estoy como encargada de dirección. Mi meta a futuro es seguir transformando mi práctica, seguir dialogando con mis colegas en pro de la educación, comprender que cada contexto es diverso y que el impacto de este influye significativamente en los procesos de enseñanza y de aprendizaje.

Aprovecho el espacio para agradecer a todas las instituciones educativas que me han acogido con tanto cariño, a todos mis alumnos, tanto de primaria como de nivel superior, a quienes fueron mis maes-

tros y me formaron como la profesional que soy ahora, a mi familia, mi madre por darme esta hermosa herencia de la docencia, a mis hijos por ser mi más grande fortaleza e inspiración para ser mejor; y, por último, pero el más importante agradecimiento a mi esposo, por confiar en mí e impulsarme en esta hermosa labor que es la docencia.

Referencias

Esteve, J. M. (1993). La aventura de ser profesor. *Cuadernos de pedagogía* No. 266. <https://www.ugr.es/~fjjrios/pce/media/6-AventuraSerProfesor.Esteve.pdf>

Fierro, C., Fortoul, B. & Rosas, L. (1999). *Transformando la práctica docente*. https://www.researchgate.net/profile/Bertha-Fortoul-2/publication/31679933_Transformando_la_practica_docente_una_propuesta_basada_en_la_investigacion-accion_C_Fierro_B_Fortoul_L_Rosas/links/5aa70832a6fdcccdc46a8dad/Transformando-la-practica-docente-una-propuesta-basada-en-la-investigacion-accion-C-Fierro-B-Fortoul-L-Rosas.pdf

Latapí, P. (2014). *Carta a un maestro*. <https://share.google/ntUE4LihYL-tWhncsN>

Vergara, M. (2016) La práctica docente. Un estudio desde los significados. *Cumbres*. 2(1), 73-99. <https://share.google/md6GzoUUko-BL35PiK>

*Doctora en investigación e innovación educativa. Docente en la Primaria Federal Francisco I. Madero de San Andrés Ixtlán y en la Universidad Pedagógica Nacional Unidad 144 Cd. Guzmán, Jalisco. lourdes.contreras@jalisco.edu.mx

¿Valió la pena?

Ruth Araceli Íñiguez García*

Mi historia no está llena de pasión ni deseo por ser docente, tal como muchos niños y niñas tienen desde pequeños.

Mi incursión en la docencia inicia en una escuela por cooperación a la que fue invitada mi mamá a cubrir clases; estando ya por salir la preparatoria, en mis tiempos libres acompañaba a mi madre a su trabajo y ahí la apoyaba a cuidar grupos. La escuela por cooperación comienza a tomar forma y se consolida como escuela secundaria; fue ahí que el director me invita a ser parte del personal. Hago trámites a la Escuela Normal Superior de Jalisco (ENSJ). Se me recomendó no inscribirme a ninguna materia que se enfocara en las ciencias sociales, así que, sin ganas, pero convencida de que era una buena oportunidad, hice el trámite. Intenté a Biología, que era lo que más se acercaba a lo que yo quería (veterinaria), pero ya no había cupo; entonces elegí inglés y me enteré de que debía dominar cierto porcentaje del idioma y no era mi caso, así que, descartando todo lo que fuera ciencias sociales, biología e inglés sólo quedaba español y matemáticas, así que elegí español.

Aun cuando no era la profesión que yo deseaba, se me daba de alguna forma con facilidad, un poco porque conocía sobre ella gracias a mi madre, que fue maestra de catecismo desde temprana edad, además de kínder, primaria y, por último, secundaria. Sabía del tiempo extraescolar que se le dedica, de los alumnos y padres de familia complicados y también tenía el “carácter” (de todo un gendarme) para serlo. He ejercido la docencia con el mayor respeto, profesionalismo y responsabilidad que como persona me caracteriza.

Me hice docente porque se me presentó la oportunidad, porque alguien vio en mí talento para ello; actualmente soy docente por elección, me he ganado el cariño de muchos alumnos y he tenido experiencias muy gratificantes que me motivan a seguir colaborando en la formación de los adolescentes.

Mi anhelo desde pequeña fue ser veterinaria y la docencia me dio lo necesario para poder estudiarla y ejercerla combinándolas. A lo largo

de mi vida como estudiante me he encontrado con docentes que han marcado mi vida; algunos aún son parte de mi vida, otros ya han partido y recuerdo sus enseñanzas con mucho cariño. Todos se han vuelto colegas y amigos, así que estoy muy agradecida por todo lo que esta bonita profesión me ha dado.

*Licenciada en Educación Secundaria y médico veterinario zootecnista.
Docente de la Escuela Secundaria Mixta núm. 65. espanol.ruth@gmail.com

Raíces de una maestra

Yeimi Esmeralda Mejía Curiel*

Mi historia comienza siendo la hija menor de trece hermanos. Crecer en una familia tan amplia no sólo significó aprender a convivir con muchas personas, sino también encontrar, desde muy temprano, un lugar dentro de una dinámica llena de vínculos, aprendizajes y responsabilidades compartidas.

Al ser la más pequeña, mi infancia estuvo acompañada no sólo por mis hermanos, sino también por mis sobrinos, hijos de ellos, algunos incluso cercanos a mi edad y otros mucho más pequeños. Esta convivencia cotidiana con niñas y niños marcó profundamente mi forma de mirar la infancia. No era una observadora externa: formaba parte de sus juegos, de sus descubrimientos y, en muchas ocasiones, también de su cuidado.

Recuerdo especialmente los juegos de roles que compartíamos. Solíamos imaginar que éramos una familia, una escuela o incluso una pequeña comunidad donde cada quien tenía un papel. En una ocasión, decidimos “jugar a la escolita” y, casi sin darme cuenta, asumí el rol de maestra. Organizaba a los niños, proponía actividades y ellos participaban con entusiasmo, imitando situaciones que habían observado en su entorno. Lo más significativo de ese momento no fue el juego en sí, sino lo que ocurrió dentro de él: comenzaron a expresar ideas, a respetar turnos, a comunicarse mejor entre ellos y a resolver pequeños conflictos. A través de ese juego simbólico, aprendieron a convivir, a escuchar y a reconocer el lugar del otro. Fue entonces cuando comprendí que el aprendizaje puede surgir de manera natural cuando los niños tienen la oportunidad de imaginar, representar y experimentar su realidad.

En otra ocasión, mientras cuidaba a varios de mis sobrinos más pequeños, uno de ellos se frustró porque no lograba armar un juguete. Su reacción inicial fue el enojo y el abandono de la actividad. En lugar de resolverlo por él, decidí acompañarlo con paciencia, animándolo a intentarlo nuevamente. Poco a poco, con apoyo y palabras de aliento, logró terminarlo. Su expresión cambió completamente: de la frustración pasó al orgullo. Ese momento me enseñó que el acompañamiento respetuoso fortalece la confianza de los niños en sí mismos y que, muchas veces, lo más importante no es el resultado, sino el proceso.

También recuerdo cómo, en los momentos cotidianos, surgían preguntas inesperadas de los niños: “¿Por qué?”, “¿Cómo?”, “¿Para qué?”. Lejos de ignorarlas, intentaba responder o buscar juntos una explicación. Esos pequeños diálogos despertaban su curiosidad y me hacían notar que enseñar no significa tener todas las respuestas, sino estar dispuesto a construirlas junto con ellos.

Estas experiencias, que en su momento parecían parte natural de la convivencia, fueron dando forma a una inquietud más profunda. Comencé a comprender el valor social de la educación, especialmente en la infancia. Descubrí que la manera en que un niño es tratado, escuchado y acompañado influye directamente en su desarrollo. Entendí que el respeto hacia los niños no es esencial, sino fundamental.

A esta construcción de mi vocación se suma una raíz aún más profunda: la historia de mis padres. Ellos no tuvieron la oportunidad de asistir a la escuela. Mi madre aprendió por sí misma a leer y escribir, impulsada por su determinación; mi padre apenas lograba escribir algunas letras o números. Sin embargo, ambos compartían una convicción firme: que sus hijos tuvieran acceso a la educación que a ellos les fue negada.

Mis hermanos mayores fueron construyendo un camino que poco a poco fue abriendo oportunidades para los que veníamos detrás. Muchos de ellos combinaron el estudio con el trabajo, haciendo esfuerzos significativos para apoyar a la familia y contribuir a que los más pequeños pudiéramos continuar nuestra formación. En ese recorrido también hubo sacrificios importantes: algunos migraron a Estados Unidos en busca de mejores condiciones, con el propósito de fortalecer ese apoyo familiar para que muchos de nosotros tuviéramos la oportunidad de asistir a la escuela y formarnos profesionalmente. Comprender esto marcó profundamente mi decisión. Ser testigo de ese esfuerzo me llevó a reflexionar sobre la importancia de la educación como una oportunidad que no debería faltar en la vida de ningún niño. Fue entonces cuando mi vocación tomó un sentido más claro: no sólo quería ser maestra, quería contribuir a que otros niños también tuvieran acceso a ese derecho.

Mi decisión de ser docente no surgió de un momento aislado, sino de la suma de experiencias personales, familiares y emocionales que, con el tiempo, se convirtieron en una convicción. Elegí el nivel pre-

escolar porque considero que en los primeros años de vida se construyen las bases más importantes del desarrollo humano.

Durante mi formación en la Escuela Normal, mi vocación no sólo se reafirmó, sino que se transformó en una convicción profundamente consciente. Fue en ese espacio donde comprendí que la docencia trasciende la transmisión de conocimientos: implica una responsabilidad ética, social y humana frente a la infancia y a la sociedad. La Escuela Normal representó para mí un punto de inflexión, un lugar donde la sensibilidad construida desde mi historia personal encontró sustento teórico, pedagógico y metodológico.

En ese proceso formativo, reconozco con gratitud a docentes que dejaron una huella significativa en mi manera de entender la educación. Más allá de sus enseñanzas académicas, me transmitieron una forma de ser docente basada en el compromiso, la reflexión y el respeto profundo por los procesos de aprendizaje de las niñas y los niños. Asimismo, la convivencia con mis compañeros fortaleció mi identidad profesional, al permitirme reconocer el valor del trabajo colaborativo, el diálogo y la construcción colectiva del conocimiento.

Sin embargo, una de las influencias más determinantes en mi trayectoria fue la presencia de una directora que se convirtió en un referente ético y profesional. Su liderazgo no se imponía, se construía desde el ejemplo. Era una mujer profundamente apasionada por su labor, con una capacidad constante para motivar, acompañar y transformar. En ella encontré la representación viva de lo que significa ejercer la docencia con vocación, congruencia y sentido humano. Su manera de dirigir, de involucrarse y de creer en su comunidad educativa dejó en mí una marca indeleble que ha orientado mi propio ejercicio profesional.

Las prácticas profesionales fueron otro momento clave en mi formación. En ellas confirmé que la teoría pedagógica cobra sentido únicamente cuando se encuentra con la realidad del aula. Cada interacción con los niños, cada reto y cada logro, representaron oportunidades de aprendizaje que fortalecieron mi capacidad de observación, reflexión y toma de decisiones. Fue ahí donde comprendí que enseñar también implica aprender constantemente.

Estas experiencias me llevaron a asumir que la formación docente no es un proceso que concluye con el egreso, sino un camino permanente de actualización, análisis y mejora. Por ello, reconozco la importancia de continuar mi preparación a través de estudios de posgrado, como la maes-

tría y el doctorado, no sólo como un logro académico, sino como un compromiso con la mejora continua de mi práctica y con la responsabilidad de contribuir de manera más significativa a la transformación educativa.

Mi historia personal no es algo que deje fuera del aula; por el contrario, es una herramienta que guía mi práctica. Haber crecido rodeada de niños me permitió desarrollar una sensibilidad especial hacia la infancia. Haber sido parte de una familia donde la educación se convirtió en una meta me enseñó a valorar profundamente el papel del docente.

Con el paso del tiempo, esa vocación que nació en la infancia se transformó en un camino profesional. Me desempeñé como docente durante once años, etapa en la que confirmé, día a día, el valor del acompañamiento cercano con los niños. Posteriormente, asumí la función directiva durante diez años, donde comprendí la importancia de construir comunidades escolares sólidas, basadas en el trabajo colaborativo y el compromiso. Actualmente, me desempeño como supervisora del nivel preescolar, responsabilidad que he ejercido durante el último año y medio, desde donde continúo impulsando prácticas educativas centradas en la infancia y en el reconocimiento de su contexto, promoviendo que las niñas y los niños desarrollen capacidades para comprender su realidad, participar en ella y transformarla de manera crítica, reflexiva y solidaria.

Cada etapa ha fortalecido mi convicción de que la educación transforma realidades. Y en cada una de ellas, reconozco la huella de mi historia familiar: el esfuerzo de mis padres, la solidaridad entre hermanos y la certeza de que la educación abre caminos que antes parecían inalcanzables.

Por eso me hice docente. Porque encontré en la educación una forma de dar continuidad a lo que mis padres iniciaron: abrir caminos. Porque creo en el poder de la infancia como etapa fundamental para el desarrollo humano. Porque estoy convencida de que cada niño merece ser escuchado, respetado y acompañado en su proceso.

Ser docente no es sólo una profesión, es una forma de contribuir a la construcción de un futuro más justo. Es sembrar, todos los días, pequeñas semillas que, con el tiempo, pueden transformarse en grandes cambios.

*Doctora. Supervisora de la Zona 96 de preescolar estatal en Tonalá, Jalisco.
yeimi.mejia@jaliscoedu.mx

Maestro del campo a la ciudad 2016–2026

Francisco Palacios Gómez*

Yo realicé trámites para ingresar a estudiar la Licenciatura en Educación Primaria, en la Escuela Normal Rural “Gral. Matías Ramos Santos”, ubicada en San Marcos, Loreto, Zacatecas, pero no resulté seleccionado.

En esos momentos yo tenía contemplado volver a intentarlo al siguiente año y mientras tanto emplearme en algún trabajo en la misma comunidad de donde soy originario, ya que a diferencia de gran porcentaje de los estudiantes egresados de preparatoria que hacen trámite en varias escuelas, yo cometí el error de solo realizar trámites para ingresar a la Escuela Normal antes mencionada.

Por sugerencia de mi padre, realicé trámites para ingresar a la Universidad Pedagógica Nacional Unidad 321, en la cual la convocatoria para nuevo ingreso en Licenciaturas todavía se encontraba vigente en esos momentos, y fue como me animé a volver a intentarlo, siendo aceptado a finales del mes de agosto del año 2011 e iniciando de manera formal mis estudios en la Licenciatura en Educación en el mes de septiembre de ese mismo año en la subsede de Loreto, Zacatecas, por ser esta la más cercana a mi domicilio.

La historia profesional de un servidor da inicio en el año 2011, cuando ingreso a estudiar la Licenciatura en Educación Plan 1994, Matrícula: 11985281, de manera presencial con plan de estudios semiescolarizado en la Universidad Pedagógica Nacional Unidad 321 C.C.T. 32DUP0001B, ubicada en Av. Barones 8, La Condesa, 98613, Guadalupe, Zacatecas, estado en el cual fui residente durante los primeros 23 años de mi vida.

En el año 2015, al término de mis estudios de Licenciatura en Educación, decido realizar examen de oposición, hoy llamado de admisión docente, para concursar por una plaza de docente de educación primaria en el mismo estado de Zacatecas, resultando no idóneo, por lo cual en ese año estuve alejado de la vida profesional, ya que en aquella época quienes resultábamos no idóneos estábamos impedidos durante un ciclo escolar para cubrir interinatos en el sector público, hasta el siguiente año en el cual lo volviéramos a intentar.

Fue en el año de 2016, en el mes de junio, que nuevamente me inscribo al proceso de nuevo ingreso para participar por una plaza docente de educación primaria, pero esta vez en el estado de Jalisco, en el cual el número de plazas que se ofertaban era cerca de 1200 aproximadamente, 750 de manera definitiva y el resto temporales, mientras que en mi estado natal, Zacatecas, no eran ni 100, por lo que me inscribí en el proceso para el estado de Jalisco, resultando idóneo en el lugar 810 de prelación en los procesos de selección.

Como dato curioso, yo nunca antes había visitado el estado de Jalisco, ni la zona metropolitana, el mes de junio de 2016, fecha en la que acudí a presentar mi examen acompañado de mi padre y del profesor José Contreras Machen (actualmente jubilado), amigo de mi papá. Fue la primera vez que yo visitaba la ciudad de Guadalajara, Jalisco.

La 2ª ocasión que visité la ciudad fue en el mes de agosto de 2016, acompañado de mi padre y del señor Raúl Ibarra, amigo de mi padre, a escoger centro de trabajo en las instalaciones de la Secretaría de Educación del Estado de Jalisco. Iba yo muy nervioso, pensativo, intranquilo. Por una parte, el sueño que tanto anhelaba ese día se estaba cumpliendo. Pero por otro, muy dentro de mí, tenía la esperanza de que me tocara trabajar en alguna de las escuelas del municipio de Ojuelos, Jalisco. Este municipio colinda con mi lugar de origen a 40 minutos de camino, lo cual me permitiría poder ir y venir de mi trabajo a mi casa.

Por coincidencias del destino o de la vida, el día que yo me presenté a elegir centro de trabajo, era el 2º día de la entrega de plazas y contratos laborales, pero a mí me tocaba presentarme a elegir el día anterior, por lo que las escuelas ubicadas en Ojuelos, Jalisco, y municipios cercanos ya habían sido elegidas desde el día anterior, en el cual yo no asistí, y me tocaba a mí presentarme. Las únicas opciones disponibles que tenía yo en esos momentos eran dentro de la zona metropolitana o en otros municipios en los cuales yo no conocía ni sabía llegar. En ese momento, mi papá me comentó que me apoyaba si yo decidía no elegir ninguna opción y volver a intentarlo el próximo año. Además, antes de salir de mi casa, mi mamá también me había sugerido que, si no encontraba cerca de Ojuelos, Jalisco, volviera a intentar sin problemas el siguiente año.

Ya estando en una de las 5 mesas de elección, antes de yo poder solicitar el formato para renunciar al presente proceso y volver a casa como me lo habían sugerido, la compañera de la Secretaría de Educación Jalisco que estaba a cargo de la mesa me pregunta si ya tengo decidido en cuál centro de trabajo deseo presentarme a laborar. Para ello, mientras nos encontrábamos formados en la fila, nos habían repartido unos papelitos en los cuales deberíamos escribir nuestras primeras 5 opciones; alrededor se encontraban hojas con los datos de las escuelas disponibles ese día para elegir.

Yo contesté que no, algo nervioso. Entonces ella, muy amable, se ofrece a orientarme, buscando en el monitor de la computadora direcciones que yo le proporcionara para hacer más fácil el que yo pudiera elegir un centro de trabajo. Pero cabe mencionar que yo desconocía todo en la ciudad, así que no tenía ni idea de si elegir algo o renunciar a todo. El miedo a lo desconocido me invadía por dentro, así que para no verme como un mal gracias a la ayuda que me estaban ofreciendo, le sugerí la colonia “Agua Marina” en el municipio de Zapopan, en la cual yo tendría la oportunidad de hospedarme si me animaba a elegir, pero no había escuelas disponibles cerca de allí, a lo cual yo le pedí escuelas cercanas a la central camionera nueva. Yo sentía que a mi llegada no me perdería y me sería más fácil ir y venir de mi lugar de origen, pero tampoco hubo centros de trabajo disponibles.

En un ejercicio de honestidad, le digo toda la verdad: ella me comenta que oportunidades como esas no se vuelven a repetir dos veces en la vida. Me anima diciéndome que, al ser yo temporal en el evento de entrega de plazas definitivas a finales del ciclo escolar 2016-2017, tenía yo oportunidad de elegir un centro de trabajo en Ojuelos e irme de manera directa hacia allá, estando solo aquí en la ciudad un solo ciclo escolar. Al escuchar sus palabras, me animé a intentarlo. Le pedí entonces que me orientara con escuelas ubicadas en la zona céntrica de Zapopan, ya que se me facilitaría más el traslado en transporte público, y yo erróneamente creía que el lugar donde me harían favor de hospedarme estaba cerca del centro de Zapopan, al tratarse de una de las colonias de este mismo municipio, y a la vez yo por dentro quería que me dijeran que no había ninguna para no sentirme culpable de renunciar a todo al volver a mi rancho, pero oh sorpresa, sí había una escuela con una vacante

disponible por una docente que se había ido por promoción vertical, en aquel tiempo llamado "Proceso por ascenso", y la institución educativa estaba en el centro del municipio de Zapopan, y sin pensarlo lo elegí.

Inicio a trabajar en la Secretaría de Educación Jalisco el 16 de agosto del 2016 en la Escuela Primaria Federal "República Mexicana" en el turno matutino, C.C.T. 14DPR1661O, perteneciente a la zona escolar 133, así como al sector educativo 025, con dirección en 16 de septiembre #661, Zapopan, Jalisco, a una cuadra del hospitalito y de las oficinas del PRI de dicho municipio; la escuela a sus espaldas colindando con la Avenida Hidalgo.

Posteriormente, cuando reparten las plazas definitivas el 31 de mayo de 2017, me voy a la Escuela Primaria Federal "Juan Rulfo", T/M C.C.T. 14DPR4193F, con dirección en Magnolias #26, Los Ángeles de Nextipac, Zapopan, Jalisco, ubicada en la Zona Escolar: 075 y al Sector Educativo: 025, estando al frente de la dirección del plantel escolar la maestra Dulce María Alcántar de León, la misma docente a la cual yo estuve cubriendo su lugar en el anterior centro de trabajo.

En el tiempo de la pandemia por COVID-19 surge en mí la inquietud por cambiarme de centro de trabajo lo más ubicado posible a mi lugar de origen, por lo que logro acercarme a trabajar en Tonalá, Jalisco, donde me encuentro laborando hasta el día de hoy en el turno matutino, así como un interinato por artículo 43 en el vespertino. Estando en esta escuela del turno matutino, para ser más claros, en las diferentes sesiones de encuentros entre grados en la misma zona escolar, me surgió el pensamiento de continuar preparándome académicamente, por lo que en el mes de mayo del año 2022 decido participar en la convocatoria para estudiar la Maestría en Educación emitida por la Universidad Pedagógica Nacional, unidad 141, C.C.T. 14DUP0004J, con dirección en Avenida Plan de San Luis #1696, Colonia Chapultepec Country, Guadalajara, Jalisco, resultando seleccionado para hacerlo en el mes de agosto del 2022 y egresando de la misma en el mes de junio de 2024.

Maestro en Educación. Docente en Escuela Primaria Federal "Francisco Villa" T/M y Escuela Primaria Federal "Niño Artillero" T/V en SEJ.
frapago150293@gmail.com

Cambio de ruta: de federal de caminos a maestro de escuela

Eric Lepe Amador*

El niño —que después sería doctor en Ciencias de la Educación, pero en ese entonces apenas sabía sumar sin usar los dedos— imaginaba la escena con lujo de detalle: él, firme como poste de luz, deteniendo el paso del abuelo y diciendo con voz grave: “Documentos, por favor”. El abuelo, seguramente, respondería con una carcajada y una historia de maíz, lluvia y caminos de terracería. Porque en San Agustín, más que autos, circulaban historias, tantas historias contadas por el padre de ese niño, el maestro Efraín, Kalin, como le decían en el rancho, como aquella vez que tenía que ir por las noches a buscar a Don Tini a la edad de 15 años con una pistola fajada, llevarle alimentos y noticias de la familia.

El niño de nombre Eric creció en un hogar donde la educación no era un discurso, sino una forma de vida. Hijo de Ma. Lucila Amador Robles, maestra de primaria ahora jubilada, y de Efraín Lepe Morán, maestro campesino también ya jubilado, el niño vivía rodeado de cuadernos, tizas, anécdotas escolares y ese extraño fenómeno que ocurre cuando los maestros llegan a casa: siguen siendo maestros. En la mesa, en la sala, en el patio... siempre había una lección escondida entre la sopa, el plato de frijoles y el café.

Sin embargo, como todo niño con espíritu rebelde (aunque moderadamente), él no quería seguir la tradición. ¿Ser maestro? No, gracias. Eso implicaba revisar tareas, levantarse temprano y, peor aún, escuchar a los padres de familia. Lo suyo era el orden vial, la autoridad, la posibilidad de detener al abuelo sin represalias familiares... o al menos eso creía.

Pero la vida, que suele tener mejor sentido narrativo que uno, le preparó un giro inesperado.

Estando en la preparatoria —esa etapa donde uno cree saberlo todo, pero no sabe ni por dónde empezar—, su padre, por necesidades personales, le pidió un favor que sonaba sencillo: “¿Puedes cuidar un grupo de quinto de primaria?”. Así, sin anestesia, sin manual de supervivencia y probablemente sin saber que eso cambiaría todo, el joven aspirante a federal de caminos aceptó.

Y ahí empezó el verdadero “retén” de su vida.

Frente a un grupo de niños inquietos, curiosos, algunos distraídos y otros demasiado atentos, descubrió algo que no venía en ningún reglamento: enseñar no era detener, era encaminar. No se trataba de multar errores, sino de entenderlos. No era imponer silencio, sino escuchar preguntas que a veces ni uno mismo sabía responder.

Al principio, claro, hubo caos. Seguramente intentó aplicar su imaginaria autoridad de tránsito: levantar la mano, pedir orden, quizá hasta imaginar que llevaba un silbato. Pero los niños no eran conductores obedientes, eran mentes en construcción. Y poco a poco, entre risas, dudas, explicaciones improvisadas y uno que otro “profe, no entendí”, algo cambió.

No fue un momento épico ni cinematográfico. No hubo música de fondo ni iluminación divina. Fue más bien una suma de efímeros instantes: una niña que logró entender una operación, un niño que se animó a leer en voz alta, una pregunta que lo hizo pensar más de lo que esperaba. Y entonces, sin darse cuenta, el joven dejó de querer detener caminos... para empezar a abrirlos.

Ahí, en ese salón improvisando una clase, nació una decisión que no venía del capricho, sino del descubrimiento: ser maestro.

Pero no cualquier maestro. Decidió formarse en la Escuela Normal Rural “Miguel Hidalgo”, en Atequiza, Jalisco. Y quien conoce Atequiza sabe que no es sólo una escuela: es una forja de oro. Ahí no sólo se aprende a enseñar, se aprende a resistir, a comprometerse, a entender que la educación en México no es un privilegio, es una lucha cotidiana y constante.

Los maestros egresados de Atequiza tienen algo peculiar: no le temen al polvo de los caminos, ni a las aulas sin recursos, ni a los contextos complejos. Llevan consigo una mezcla de vocación, conciencia social y una terquedad admirable por hacer que las cosas funcionen, aunque todo indique lo contrario. No enseñan desde la comodidad, sino desde la convicción; son la esencia viva del normalísimo rural.

Ahí, el joven de San Agustín dejó atrás definitivamente su sueño de ser federal de caminos. Cambió la libreta de infracciones por la planeación didáctica, el silbato por la voz que explica y la idea de detener por la urgencia de impulsar.

Al egresar, comenzó su andar docente en El Bramador, municipio de Talpa de Allende. Un nombre que ya de por sí suena a reto. Ahí entendió que la educación rural no es un concepto romántico, sino una realidad que exige creatividad, paciencia y una enorme capacidad de adaptación. Cruzando ríos y arroyos llegabas a una comunidad casi olvidada, donde los maestros llegaban por 3, 6 o máximo 10 meses y se cambiaban. Los niños de 13 años aún estaban en quinto de primaria. Después vino Tierras Coloradas, en Acatic, donde seguramente el nombre no sólo describía el suelo, sino también las condiciones que templaban el carácter docente, lugar de crianza de gallinas y tequila.

Luego llegó a Tacotán, en Unión de Tula, donde permaneció dos años que, como suele ocurrir en la docencia, valen por décadas en aprendizaje humano; ahí conviviendo con la comunidad, alimentándose de pescado y dejando recuerdo hasta ahora inolvidables. Posteriormente, se integró a la Escuela Primaria Federal “Ignacio Villaseñor Lazcano”, en la cabecera municipal, donde consolidó su práctica hasta el año 2016.

Para entonces, aquel niño que quería multar a su abuelo ya no existía. En su lugar había un maestro que entendía que educar no es sancionar, sino acompañar. Que los errores no se castigan, se trabajan. Que cada estudiante es una historia en construcción.

Y entonces llegó otro momento clave: la reforma educativa de ese tiempo, punitiva y destinada al olvido. Mientras algunos la veían como amenaza, él la asumió como oportunidad. Participó en promoción vertical, enfrentando evaluaciones, tareas evaluativas, procesos y desafíos que no son precisamente un paseo por el parque. Y logró ascender a director de la Escuela Primaria “Profesor Fernando A. Ramírez”, turno vespertino, en El Grullo, Jalisco.

Convertirse en director no es dejar de ser maestro, es multiplicarse. Es aprender a mirar la escuela como un todo, a tomar decisiones, a escuchar docentes, alumnos y padres, y sostener el equilibrio entre lo administrativo y lo humano.

En El Grullo, además, tuvo la fortuna —y la inteligencia— de aprender de directores experimentados. Porque si algo caracteriza a los buenos educadores, es que raras veces dejan de aprender. Paralelamente, trabajó como maestro en el Colegio Occidental, demostrando que la vocación no entiende de horarios ni de cansancio.

Más tarde asumió de forma definitiva la dirección de la Escuela Primaria “Profesor Fernando A. Ramírez”. Allí siguió construyendo ese perfil que hoy lo define: un docente que no olvida de dónde viene, que entiende la esencia de la educación rural y que ha sabido trasladar ese compromiso a cada espacio en el que ha estado.

Hoy, con el grado de doctor en Ciencias de la Educación, podría pensarse que la historia ha llegado a su punto más alto. Pero en realidad es apenas una estación más en el camino. Porque si algo ha quedado claro desde aquel día en que cuidó un grupo de quinto, es que la educación no es una meta. Es un proceso constante, procesos que también siguen aquellos que se forman en la Maestría en Educación con Intervención en la Práctica Educativa (MEIPE). Ahora es asesor en la línea teórica.

Y si uno mira hacia atrás, resulta inevitable sonreír: aquel niño que soñaba con detener a su abuelo terminó dedicando su vida a que otros avancen. Cambió la multa por la motivación, la infracción por la inspiración, el alto por el seguir adelante.

Quizá nunca pudo detener al abuelo en un retén imaginario, pero logró algo mucho más trascendente: detener, aunque sea por un momento, la inercia de la desigualdad educativa, para abrir caminos donde antes sólo había brechas.

Porque al final, ser maestro —sobre todo egresado de Atequiza— no es un oficio cualquiera, no es una profesión como cualquiera. Es una forma de estar en el mundo. Es entender que cada niño merece una oportunidad, que cada comunidad tiene una riqueza que vale la pena reconocer y que la educación, aunque a veces parezca lenta, a menudo avanza.

Y así, entre la ironía de los sueños infantiles y la seriedad del compromiso adulto, se escribe la historia de un maestro que nunca dejó de aprender... ni de enseñar, la del Doctor Eric Lepe Amador, que como maestro rural continúa en tiempos libres sembrando, fertilizando el campo, pero también el conocimiento de niños y maestros.

Doctor en Ciencias de la Educación. Director de la Escuela Primaria Ricardo Flores Magón y asesor-tutor en la Meipe, Sede El Grullo, Jalisco.
lepeamadoreric@gmail.com

Por eso me hice docente: enseñar entre la costa y la sierra

Guadalupe Zoveyda Sandoval Pérez*

El 16 de abril de 2026 cumpla 29 años de servicio. No lo pienso como una cifra, sino como una historia que se ha ido construyendo con el tiempo, entre caminos recorridos, decisiones tomadas y aprendizajes que no siempre se ven, pero permanecen. Nunca dudé de mi vocación. No fue una elección que tuviera que pensar demasiado; fue algo que siempre estuvo ahí.

Desde niña jugaba a la escolita. Siempre era la maestra. Organizaba, explicaba, imaginaba. Con el tiempo entendí que no era solo un juego, que en esa forma de estar con los otros ya había un sentido que después se volvió compromiso.

Creo que, en el fondo, me hice docente para escuchar. Para escuchar lo que los niños dicen y también lo que callan. Para poder mirarlos de frente y decirles, con honestidad, que valen la pena, que su vida importa, que los sueños sí pueden cumplirse.

No siempre supe hacerlo.

Al inicio de mi carrera hubo una niña a la que no escuché. En ese momento no entendía cómo hacerlo, no tenía las herramientas, no supe leer lo que necesitaba. Con el paso del tiempo, ella dejó la escuela y entró en el mundo de las drogas. Esa historia no se borra. Se queda. Y también enseña.

Desde entonces me hice una promesa: nunca ser yo, por omisión, por decisión o por indiferencia, quien empuje a un niño o a una niña a alejarse de la escuela. He aprendido que ningún niño abandona la escuela de un día para otro; se va cuando deja de sentirse visto, escuchado o importante.

Esa promesa ha guiado mi camino.

Mi trayectoria no ha sido lineal. He sido docente frente a grupo, asesora técnica pedagógica, directora y hoy supervisora. Cada etapa me ha enseñado algo distinto, me ha obligado a mirar más allá de lo inmediato y a comprender que la educación no ocurre en un solo espacio, sino en múltiples realidades que se entrelazan.

Actualmente, mi trabajo me permite recorrer escuelas que se ubican entre la costa y la sierra. Y con ello he aprendido

algo que ningún libro enseña del todo: que el territorio también educa.

Recorrer estas escuelas es también recorrer historias. Son lugares tan diversos como sus paisajes: la vegetación, el mar, la montaña y los caminos que conectan comunidades donde la vida se vive de otra manera.

Desde Tomatlán hasta Santa Gertrudis, pasando por Malobaco, El Limón, Terreros, El Llano y Cimarronas, cada lugar deja algo. La gente es generosa. En medio de una visita, alguien ofrece un plato de comida, un café, una conversación.

Las casas guardan historias. Como la de Andrés, un niño con síndrome de Down, cuya sonrisa franca invita a compartir. En la forma en que cuida a su mamá hay algo que conmueve profundamente.

En momentos así, todo se acomoda. Porque ser docente también es encontrarse con lo humano en su forma más sencilla y más verdadera.

Mi formación como doctora en ciencias de la educación me ha permitido comprender procesos, pero la práctica me ha enseñado que ningún conocimiento tiene sentido si no se conecta con la realidad.

Porque, aunque hoy no esté frente a grupo, el aula sigue siendo el centro de todo.

Ser docente también es cuidar, acompañar y hacer sentir a cada estudiante seguro, escuchado y respetado.

Soy docente porque me prometí ser parte de un cambio. Porque decidí que cada acción puede fortalecer en cada niño y niña las ganas de salir adelante.

Y también soy docente porque la vida me permitió ser una mujer que ama profundamente su vocación. Una mamá maestra.

Hoy no tengo todas las respuestas. Pero sigo aquí, escuchando, aprendiendo y creyendo.

Y entiendo que no me hice docente solo por enseñar, sino por todo lo que implica permanecer al lado de alguien, justo cuando más lo necesita.

*Doctora en Ciencias de la Educación. Supervisora de la Zona Escolar 124, Tomatlán, Jalisco. guadalupe.sandovalp@jalisco.edu.mx

Lo que aprendí antes de enseñar

Guadalupe de Jesús González Zul*

Me presento: mi nombre es Guadalupe de Jesús González Zul. Hoy es fácil para mí escribir mi nombre, pero hace aproximadamente 28 años no fue así. Quiero contar, a través de estas líneas, la influencia que tuvieron mi madre y mis maestros para que aquello que nació como una idea de un joven de 13 años me llevara a convertirme en docente.

Esto comienza cuando ese niño de cinco años, con un interés inmenso por conocer el mundo, quería entrar al preescolar. En febrero, mi mamá fue a preinscribirme, pero cuál fue su sorpresa cuando me negué a irme: me metí a un salón, me quedé ahí de pie y observé a los demás niños trabajar. Cuando llegó mi mamá y me dijo: “Ya vámonos, tú vas a entrar después con otros niños”, la maestra Viri intervino con unas palabras que cambiaron todo: “Si usted quiere, déjemelo”. Mi mamá aceptó y yo, feliz, me quedé a clase; salí al recreo, regresé y realicé las actividades con facilidad. Al terminar la jornada, la maestra le confirmó a mi mamá: “Se portó muy bien y realizó todas las actividades; si él quiere, puede seguir viniendo como oyente”. Así comenzó mi vida en las aulas.

Al egresar del preescolar y entrar a la primaria, sentía una emoción enorme porque la escuela era hermosa, llena de canchas y áreas verdes. Sin embargo, esa alegría se fue apagando conforme veía llegar a los demás niños: ninguno de mis compañeros del preescolar estaba ahí. Sentía un nudo en la garganta, como si estuviera tomando agua y no pudiera pasarla. La clase inició, la maestra Tere se presentó y la primera actividad fue un dictado. Yo no sabía escribir, apenas conocía las vocales y, de mi nombre, sólo sabía escribir “Jesús”, pues era muy largo para aprenderlo completo.

Cuando la maestra me entregó la libreta, comencé a llorar; las diez palabras estaban tachadas con rojo y tenían una carita triste. A partir de ahí, me bloqueé: sólo pensaba en que ya no quería ir a la escuela y que deseaba regresar a mi preescolar. Llegué a casa muy triste; mi mamá, al verme, me preguntó qué me había pasado. Tras calmar mi

llanto, le expliqué la situación. Ella, sonriendo, me dijo: “No te preocupes, eso es muy fácil de solucionar”. Tomó mi libreta y empezó a explicarme los sonidos de las letras. Por ejemplo, cuando la maestra dictó “sapo” y yo sólo escribí “ao”, mi mamá me fue guiando pacientemente todos los días. Aunado a eso, la paciencia de mi maestra y su amor por enseñar me llevaron a que, al cabo de una semana, ya sabía escribir todas las palabras cortas. Mi mamá tenía una facilidad natural para explicar y la paciencia necesaria para apoyarme. Desde ese momento, escribir dejó de ser un problema; mi nombre ya era sencillo y lo escribía en todos lados, incluso en donde no debía, las paredes de la casa.

Mi paso por la primaria fue relativamente bueno; tuve excelentes maestros que recuerdo con mucho cariño. Sin embargo, fue en la secundaria donde nació la idea de ser docente. Durante un proyecto escolar sobre el “plan de vida”, elegí tres opciones: maestro, arquitecto o ingeniero; tras pensarlo mucho, me decidí por la docencia. Ahí dije: “Quiero ser maestro”. Conservo aún los apuntes y el cartel de esa actividad.

Llegó el tercer año de bachillerato y la pregunta volvió a surgir: ¿Qué quieres hacer de tu vida? Cabe mencionar que salí de mi pueblo, Villa Hidalgo, al municipio vecino de Teocaltiche, ambos en Jalisco. Decidí estudiar ahí, porque había un CBTis, ya que veía difícil que la situación económica de mi familia permitiera costear una carrera universitaria; mi plan era obtener una carrera técnica, por lo que elegí Técnico en Informática. Pero en los pasillos, la pregunta “¿Qué vas a estudiar?” resonaba constantemente. Comencé a reflexionar por las noches, consciente de que estaba ante una decisión trascendental. Durante una feria universitaria, conocí la Licenciatura en Educación. Debo confesar mi ignorancia de aquel entonces: no sabía que para ser maestro se requería una licenciatura. Me explicaron que la carrera duraba cuatro años y me habilitaba para trabajar desde preescolar hasta bachillerato. En ese momento supe que ese era mi camino.

Cuando les dije a mis padres que ya sabía a qué quería dedicarme, me hicieron la pregunta obligatoria: “¿Por qué quieres ser maestro?” Respondí que no lo sabía con certeza, pero que me llamaba profundamente la atención. Busqué opciones, pero mis padres hicieron

cuentas y el costo de pasajes o rentas en la Normal de Aguascalientes (C.R.E.N.A.) era inalcanzable. Entonces, pensé: Me pondré a trabajar, ahorraré y después entraré. Pero el destino tenía algo extraordinario reservado para mí. Una tía me habló sobre la Escuela Normal Rural Miguel Hidalgo de Atequiza, Jalisco, que funcionaba como internado. Mi primera imagen fue la de una cárcel, pero, como dicen, “el que nada tiene, nada pierde”. Me presenté al examen en mayo de 2011 y fui aceptado.

Fue una etapa maravillosa. El contacto con los maestros, las aulas y especialmente con los niños de entornos rurales o marginados me marcó profundamente. Allí encontré la respuesta a la pregunta de mis padres: quiero ser maestro para ayudar a que los niños de comunidades alejadas se den cuenta de que pueden salir adelante y que los sueños se pueden conquistar trabajando arduamente; quiero llevar conocimiento a cada rincón y motivarlos a cumplir sus metas. Me hice docente para poner un granito de arena y construir una mejor sociedad, pero también para retribuir un poco de lo que mis maestros hicieron por mí; todos y cada uno de ellos son parte de lo que hoy soy.

Además, sin saberlo, cumplí un sueño ajeno: el de mi mamá. Esto lo supe el día que me gradué como Licenciado en Educación Primaria; ella, llorando, me dijo: “Me da mucho gusto que estés cumpliendo tus sueños; a mí también me hubiera gustado ser maestra”. No dudo que hubiera sido una excelente maestra, pues me ayudó a leer y escribir con amor, naturalidad y paciencia. Agradezco que no me lo haya dicho antes, pues así tuve la certeza de que mi decisión no estuvo influenciada por sus palabras.

Hoy, soy el “profe Lupe” para mis alumnos, a quienes siempre motivo a dar lo mejor de sí, a ser buenos ciudadanos y a luchar incansablemente por sus sueños; me sigo desempeñando en comunidades rurales después de 10 años de servicio. Con el paso del tiempo, aprendí que la docencia es mucho más que un buen deseo de ayudar; es un compromiso que exige el equilibrio perfecto entre la vocación y el profesionalismo. Creo que mi vocación nació de aquellas vivencias tempranas: la paciencia de mi madre y la necesidad de abrir caminos en entornos donde las oportunidades a veces parecen escasas, don-

de miras esas caritas tiernas, pero llenas de necesidad. Es esa chispa que me impulsa a conectar con cada niño y con cada familia. Pero mi formación en la Normal me hizo entender que la pasión, aunque necesaria, debe ir acompañada de conocimiento y rigor. Comprendí que el profesionalismo es lo que dignifica nuestra labor: es la preparación diaria, la ética con la que me presento frente al grupo y a las familias, la capacidad de planear estrategias y la responsabilidad de estar en constante actualización, para brindar una educación de excelencia. Entendí que ser docente significa ser un profesional consciente de que mi trabajo es, quizá, la herramienta más poderosa para cambiar el rumbo de un estudiante y de la sociedad. Hoy, no sólo enseño con el corazón, sino con el respaldo de una práctica reflexiva que busca que el aprendizaje sea, ante todo, una oportunidad real de crecimiento para mis alumnos. Cada día voy y realizo mi trabajo con amor, pero, sobre todo, con pasión y motivación para fomentar ese gusto por aprender; por eso me hice docente.

*Licenciado en Educación Primaria. Maestro y director encargado de la Primaria Emiliano Zapata 14DPR0997T. pilloszul@gmail.com

Soy maestra desde que ingresé a la escuela

Aida Sánchez Sención*

Quiero dedicar este texto a la persona que me dio la vida,
su amor me llevó a ser la persona que soy,
siempre me enseñó a ser responsable con su ejemplo,
mi primera maestra, te amo mamá y vives aún en mi.

Por la mañana se escuchan los cantos de pájaros ¿qué aves son? Jilgueros, ¿qué dicen? Hablan de su amor, hablan de aprender, ¿Qué aprenden? Aprenden a cantar y dicen que la vida con frecuencia se turbe, les agobia y cansa, ¿A dónde podemos ir en la vida? Vamos a una escuela, ¿Por qué a ese lugar? Ahí llegamos con alegría, ahí cantamos, bailamos y hablamos de nosotros, nos escuchan, reímos siempre y si un día, mi mirada no es la misma, es triste, se preocupan y me dan la mano para estar mejor, ¡Yo siempre quiero ir a la escuela!

Somos seres pensantes con capacidades y actitudes que podemos decidir, hacer y transformar lo que tocamos. Podemos caminar, correr, hablar y con la libertad de ser maestra. ¿Por qué soy maestra? Soy maestra por convicción, me enamore de la profesión de Educadora, desde los 21 años de mi graduación, fue de gran alegría terminar los estudios e iniciar como docente frente a grupo, surgen emociones de alegría, entusiasmo y porque no, celebración por iniciar cada día con un propósito ser y estar, ocupando un lugar en el aula en compañía de alumnos y alumnas.

Se desarrolla la motivación y entusiasmo desde dentro de mi ser, cada día en las interacciones con alumnos, con sus procesos educativos y lo describo como el trabajo amable, honesto, noble, en donde también podemos percibir estados de ánimo, actitudes, capacidades y, sobre todo, la empatía con alumnos, padres de familia y compañeros donde se dan una infinidad de procesos educativos, sociales y afectivos.

Estamos convencidos de la importancia de amar nuestra profesión, porque nos permite madurar, avanzar, imaginar, crear, disfrutar, convivir, alcanzamos sueños todos los días, siendo la razón del diario vivir, es como vamos creando un alma de un docente con la entrega incondicional hacia los demás.

A través de la motivación personal interna y por mi interés es como me hago maestra, lo decido, pero también escucho a personas que viven cerca de mí, la familia, como fue mi caso y al fin de cuentas es lo mismo, sólo esperábamos que alguien pensara igual que nosotros o dijera ¡estás bien en ese lugar que escogiste para ser profesional!

El proceso de ser docente inició desde muy temprana edad, cursando las diferentes escuelas, desde que mi madre por primera vez me llevó de la mano a un edificio llamado escuela, y días antes me había motivado de ese lugar donde aprendería muchas cosas; aun lo recuerdo y fue emocionante, caminar de casa a ese lugar, sentía el corazón con gran alegría, mi mente pensaba en ese lugar que ya había visto, lo puedo recordar aun, esta parte de mi vida desde muy temprana edad, sólo me queda agradecer a quien me dio la vida por todo su apoyo incondicional y con su gran amor me dirigió hacia el lugar que sería mi segunda casa, porque en una escuela se vive, se aprende, conviven, sueñan y en ocasiones también podemos llorar.

La edad si fue importante para mí, no sé cómo sucedió, pero siempre llevaba un año menos de edad que mis compañeros y algunos de ellos me llevaban varios por delante, quiero creer que sí le permitieron a mi mamá adelantarme un año escolar.

Y ¿qué hacemos en una escuela?, asistimos, aprendemos la nueva forma de ver el mundo y ampliamos nuestra perspectiva, entendemos y comprendemos lo que tocamos y vivimos, pero también jugamos a repetir desde muy temprana edad, lo que vamos aprendiendo, jugamos con amigas pequeñas o con nuestros juguetes. Decíamos en los juegos ¡Yo soy la maestra!, y mis juguetes son mis alumnos; podemos vivir la experiencia de ser maestra desde muy temprana edad, siendo agradable, divertida y lo que hablamos, el discurso de niños jugando hacer adultos, fue como el inicio de lo que sería la mejor experiencia para decidir mi futuro.

Cuántas profesiones existen y escojo ser maestra, describo a continuación las actitudes para ser siempre la maestra que me visualicé y logré ser, como estudiante pude tener las siguientes reflexiones a través de mi experiencia.

- Inicio siendo empática con la profesión, muestro interés en la carrera, las materias son la clave para entender lo que quiero aprender, vamos ampliando habilidades y destrezas. Estamos en proceso de ir construyendo nuestro conocimiento para fijar el objeto de estudio, el alumno.
- La importancia de darme cuenta lo que puedo hacer en un salón de clases cuando aun soy estudiante, mirar al alumno como la diversidad de autores los describen en los libros. Hay ocasiones que parece diferente a lo leído o estudiado, sin embargo yo lo veo como lo han narrado y científicamente lo dicen los libros.
- A continuación recuerdo la manera de como vamos aprendiendo la materia de Laboratorio de docencia que se cursaba en el año de 1990. Las prácticas se planean y se realizan con diferentes estrategias, con actividades que hacen marcar el camino de la creatividad que todo docente debe tener y desarrollar. Por lo regular, se hacían modificaciones acertadamente, se hacia la evaluación describiendo la manera de trabajar los alumnos, aun recuerdo los primeros textos para completar los informes, se divertieron mejor y les gustó más. Y el docente encargado del grupo, observa y no me hace comentarios, sólo observa, es posible que no esté satisfecha pero ve que me esfuerzo, y pienso seguir estudiando, ¡Quiero ser docente!
- Pasa el tiempo y vamos madurando los conocimientos de la enseñanza en la Normal de docentes, vamos haciéndonos críticos, los docentes que tienen el grupo están llenos de capacidades y cualidades, pero hay otros que se les observa cansancio y rutina en sus clases, en otra ocasión hablaré de este tema. Es bueno que vayamos observando estas situaciones, nos ayuda a lo que si quiero ser y lo que no quiero hacer cuando sea un docente. Siempre con las afirmaciones quiero ser docente con grandes

cualidades, llevando a un gran nivel a los alumnos, ser un docente donde mis alumnos desarrollen sus capacidades y lleguen a procesos de conocimiento.

A continuación describiré mi papel docente ya graduada en el aula, con toda la responsabilidad que implica, como vamos formándonos a través de la experiencia y la cotidianidad de cada ciclo escolar, es como rescatar lo mejor que sucedió para mejorar con lo que viene.

- Revalorización del papel fundamental del docente, en nuestra formación creemos completamente de nuestra importancia, el papel de la escuela y el docente en la sociedad, adquirido el amor a la profesión, sabemos lo que podemos construir en el aula, porque nos hemos fundamentado con la diversidad de bibliografía, observamos docentes comprometidos con su papel y también hemos creído que haciéndolo bien, nuestros alumnos serán personas que construyen sus aprendizajes a partir de las experiencias en el aula que se serán las bases para su formación personal.
- También quiero hablar de la parte humana que somos, lo que sentimos al llegar a la escuela, entusiasmo, alegría, disposición, interés en nuestro desempeño, pero también podemos llegar cansados, enfermos o simplemente con situaciones personales que de alguna manera nos damos cuenta que ese día no estamos completamente rindiendo como los demás, que importante es atendernos y restablecerse en nuestro papel de docente. Siempre será más importante lo que podamos dar en un salón de clases y/o escuela que lo que sentimos nosotros.
- La responsabilidad que hemos adquirido al ser docente y que lo hacemos con la ética del deber ser, transmitimos que se sienta cuando en todo momento somos el pilar en donde se dan los procesos y se adquieren aprendizajes, y en muchas ocasiones así es como nos ven y nos lo hacen saber siendo el responsable en las diferentes aspectos de los procesos educativos.

También nos gusta seguir aprendiendo, renovamos el gusto del saber cada mañana y nos apropiamos de las verda-

des que comprobamos en los logros que observamos, todos los días son importantes y diferentes, ¡Ningún día es igual!

Cada docente tiene una historia de vida, que se ha formado con los años, la experiencia nos ha valido para hablar de lo nuestro. Yo puedo decir que soy el ave que canta, ríe y habla en una escuela, siempre quiero ser docente, quiero ser como el ave Jilguero que desde la mañana canta y piensa en el árbol donde fue feliz.

¡Un docente que ama siempre tiene la mirada en una escuela!

*Licenciada en Educación Preescolar. Directora Jubilada de la SEJ.
aidasensan6@gmail.com



El camino que me llevó a ser docente

Frida Guadalupe Sotomayor Brambila*

Hablar de por qué me hice docente es, en realidad, hablar de mi vida. No es una decisión que surgió de un momento aislado, sino de una historia que se fue construyendo entre recuerdos, emociones y personas que marcaron mi camino, muchas veces sin que yo misma lo notara.

A veces, la memoria de la infancia es como un rompecabezas incompleto. De mi niñez guardo fragmentos de una realidad dual: por un lado, la ausencia de una familia convencional, con padres separados desde mi nacimiento; y por otro, el amor profundo de mis abuelos, quienes se convirtieron en mis verdaderas figuras de cuidado, en mi raíz y mi refugio. Fui una niña querida, incluso muy consentida, protegida en una burbuja que me permitió vivir mi infancia con tranquilidad.

Con el paso del tiempo, he comprendido que alrededor mío existían situaciones complejas que, como niña, no lograba dimensionar. Tal vez las ignoré, tal vez simplemente no me correspondía entenderlas. Hoy reconozco que ese “velo” fue también una forma de protección, una oportunidad para ser niña en un mundo que no siempre es sencillo. Quizá por eso ahora cuido tanto la infancia: porque sé lo valioso que es crecer sintiéndose amado.

De mi paso por la escuela no conservo demasiados recuerdos, pero hay algunos que permanecen con claridad. Más allá de momentos aislados, hubo una figura que marcó profundamente mi vida: mi maestra de primer grado, la maestra Laura. Sus clases eran alegres, cercanas, llenas de vida. No solo enseñaba contenidos, transmitía paz, seguridad y cariño. Recuerdo mirarla y pensar: *yo quiero ser eso*. Quería ser esa maestra que hace del aula un lugar seguro, esa que deja huella sin imponerla.

Desde entonces, mi respuesta nunca cambió: quería ser maestra de niños pequeños. A lo largo de mi formación conocí a muchos docentes, pero ninguno logró impactarme como ella. Incluso hoy, sigue siendo una persona carismática, amable, capaz de reconocer a sus alumnos y hacerlos sentir importantes. Ella me enseñó que ser maestra va mucho más allá de enseñar; es una forma de estar en la vida.

Cuando llegó el momento de decidir mi camino profesional, mi vocación ya estaba definida. Sin embargo, no fue una decisión libre de dudas. La posibilidad de estudiar fuera de mi entorno, lejos de mis amigos y de la vida que imaginaba, me hizo cuestionarme. Fue entonces cuando mi madre, con una mirada más amplia que la mía, me impulsó a tomar una decisión que marcaría mi futuro: ingresar a la Escuela Normal. En ese momento dudé, pero no de mi vocación, sino de lo que implicaba crecer.

Mi formación fue un proceso de constancia y adaptación. Afortunadamente, siempre conté con el apoyo de mi padre, quien estuvo presente en todo momento, brindándome lo necesario para continuar. Sin embargo, enfrentar los traslados diarios, los tiempos prolongados de viaje, las tareas en equipo y la necesidad de reorganizar mi vida no fue sencillo. Hubo momentos incómodos, situaciones que implicaron salir de mi zona de confort, pero nunca consideré rendirme. Sabía lo que quería y trabajé para lograrlo.

En ese proceso también encontré a una persona fundamental en mi vida: mi pareja. Con él he construido no solo una relación, sino un proyecto de vida. Hoy tenemos una hija, un hogar y metas que seguimos construyendo juntos. Mi historia personal y profesional se han entrelazado, dándole aún más sentido a mi vocación.

Mi inicio en la docencia marcó otro momento importante. Salir de casa para trabajar en una ciudad distinta representó un cambio profundo. Llegar a un lugar desconocido, enfrentar trayectos largos, aprender a moverme en un entorno que me generaba miedo e incertidumbre, fueron experiencias que me hicieron sentir vulnerable. Hubo momentos de tristeza, incluso de pérdida emocional, pero también de crecimiento.

Fue en ese contexto donde viví una de las experiencias que transformó mi manera de entender la educación. En mi primer grupo tenía una alumna que utilizaba una andadera. Lejos de limitarse, ella participaba, bailaba, se esforzaba por seguir el ritmo de sus compañeros con una determinación admirable. Sus compañeros la apoyaban de manera natural, sin necesidad de indicaciones.

Ese momento cambió mi mirada. Comprendí que los niños no ven limitaciones como los adultos. Ellos descubren, se adaptan, in-

cluyen. Muchas veces somos nosotros quienes imponemos barreras que no deberían existir. Ese día entendí que educar no es solo enseñar contenidos, sino también aprender a mirar de otra manera.

Desde entonces, estar frente a un grupo ha sido una experiencia profundamente significativa. He sentido emoción, miedo, orgullo, incertidumbre. Al inicio dudaba de mis decisiones, de si lo estaba haciendo bien. Hoy, cuando entro al aula, experimento algo distinto: una calma que me permite enfocarme plenamente en mis alumnos. En ese espacio, el mundo exterior se detiene.

Trabajar con niños pequeños es un privilegio. Me mueve su inocencia, su forma de ver el mundo, su capacidad de asombro. Ellos encuentran belleza en lo simple, dan sin esperar nada a cambio, confían. Ningún adulto se acercaría a ofrecer una flor sin motivo; un niño lo hace porque siente, porque quiere, porque para él tú eres importante.

Por eso me hice docente: porque creo que es una de las profesiones más nobles que existen.

Sin embargo, también hay una realidad que no se puede ignorar. Ser maestra implica enfrentarse a situaciones que van más allá de la enseñanza. Lo más difícil no es la carga administrativa ni las exigencias del sistema, sino ver la vulnerabilidad de los niños. Duele observar cómo algunos crecen en contextos donde falta el amor, la atención o el acompañamiento.

Me gustaría que los padres comprendieran la importancia de su papel, que brindaran tiempo de calidad, que educaran desde el amor y no desde el castigo. Los niños no deberían vivir situaciones que no les corresponden: violencia, abandono, miedo. Deberían llegar a la escuela con el corazón lleno, no fragmentado.

Hoy, ser docente también representa un reto. Vivimos en un contexto donde la labor del maestro es constantemente cuestionada y poco valorada. Esto genera incertidumbre y, en ocasiones, una sensación de desprotección. Aun así, sigo aquí, convencida de que mi trabajo tiene un impacto real.

No soy una maestra perfecta. Sé que tengo mucho por aprender y que tal vez nunca llegue a ser exactamente como la maestra que me inspiró. Pero cada día trabajo con la intención de acercar-

me a ese ideal: que mis alumnos se sientan seguros, escuchados y valorados.

Si algo puedo decir desde mi experiencia es esto: cuidemos a nuestra niñez. Démosles amor, tiempo y atención. Llenemos sus vidas de experiencias significativas, porque en ellos está el futuro.

Hoy entiendo que no me hice docente por casualidad. Me hice docente por mi historia, por las personas que marcaron mi camino y por cada niño que ha llegado a mi aula.

Por eso, y por todo lo que soy, me hice docente.

*Maestra en Innovación Educativa. Docente en la Secretaría de Educación Jalisco.
frida.sotomayor@jaliscoedu.com.mx

Por eso quise ser docente

Mónica Vanessa Fernández García*

¿Por qué quise ser docente? Esta pregunta llega en un momento donde realmente me cuestiono por qué sigo ejerciendo la docencia, y esta pregunta llega muy temprano en mi caminar docente, a decir verdad, pues me he cuestionado si valdrá la pena el cansancio, las alegrías y las lágrimas. Es donde tengo que iniciar mi viaje en retrospectiva, al principio, a donde inició todo.

Para dar inicio a este viaje, todo inicia en los 90, cuando Juan y Maricela se unen en matrimonio para formar una familia. Es preciso mencionar que ambos no cuentan con formación profesional; mi padre sólo terminó la secundaria. Él, deseoso de seguir estudiando y con un gran futuro como futbolista, abandona sus sueños por no tener apoyo de sus padres, quienes lo indujeron al negocio familiar desde temprana edad. Mi madre sólo con una carrera técnica de secretaria, toma la decisión de abandonar su sueño de ser contadora pública por la necesidad económica que cruzaba su familia.

En este matrimonio nace Mónica, la mediana de dos hermanas, en una familia en la cual la vida escolar fue, es y será prioridad; se podrá decir que fui privilegiada, ya que, tras las experiencias de mis padres, siempre nos brindaron la mejor educación que estaba en sus manos. Recuerdo que, durante mi infancia, mi madre nos inscribía a un sinfín de clases extracurriculares: danza, pintura, música, inglés. No en todas era buena o mostraba habilidades, pero siempre nos decía: “No sabrás si a futuro un poco o mucho de lo que aprendas te funcionará para la vida”. Hoy recuerdo esto con lágrimas en los ojos, pues se esforzaban y nos preparaban para afrontar la vida.

Muchas de estas clases las tomé en el Hospicio Cultural Cabañas, que tiene un apoyo para fomento de la cultura y sus pagos eran accesibles. Estando en ese lugar histórico y precioso, en una de sus salas, me encontraba en un ensayo del coro, preparándonos para el concierto de villancicos con más de 200 voces; se podrán imaginar el escenario, el juego de las voces, los agudos y graves que ponen la

piel de gallina al escucharlo, imponente momento. A medio ensayo, el director lo pausa y nos cuestionó lo siguiente: “Observen a su compañero de lado, ¿creen que alguien que toca un instrumento o toma su tiempo en cantar te haría daño?” Eso retumbó en mí y sigue moviendo en mí; si las personas se acercaran más a las artes, quizás habría más violines tocando que pistolas disparando, más pinceles pintando que personas drogando. Esto me acompañaría toda mi vida.

Recordando mi educación escolar, tuve experiencias buenas y malas; recuerdo mucho a mis maestros. Haciendo retrospectiva desde el lugar donde me encuentro hoy, los valoro más y los entiendo mucho, colegas. La Moni de hoy les manda un abrazo. Pero recuerdo a la maestra Laura y sus viernes de leyendas, al maestro Óscar y sus exigencias por la limpieza y la ortográfica, la directora Bertha por su acompañamiento tan cercano. Gracias, maestros, por formarme y por guiarme.

En la vida familiar, recuerdan que les conté que mi mamá apoyó desde joven a su familia; también apoyó a sus hermanos a terminar su licenciatura: su hermano Felipe, contador público; su hermana Eliana, Derecho; y Rocío, licenciada en Educación Primaria, siendo los primeros con universidad en su familia. Un orgullo y vi cómo mi familia se gozó en alegría ante este acontecimiento.

Rocío obtuvo su base en la Secretaría de Educación Pública y el destino que eligió fue “El Teponza en Cuquio, Jalisco”, una ranchería que queda a 25 minutos de la cabecera municipal. Esta aventura no sólo la vivió ella sola, sino toda la familia, puesto que no conocíamos a nadie en dicho municipio. Vimos cómo se fue adaptando en su escuela, cómo la comunidad la recibía con alegría, el respeto y la autoridad, pero, sobre todo, con el amor y admiración que la veían. Cuando iba al pueblo, me conocían como la sobrina de la maestra y me daban el mismo respeto que a ella; eso en verdad me marcó. Hoy en día sigue en esa comunidad; se estableció y formó su familia.

Llegamos al momento de la educación media superior y donde, a mi criterio, creo que tomas una de las decisiones que tomarás para tu vida, que creo que no se cuenta aún con la experiencia ni la madurez para tomarla. Llegamos al momento de la pregunta: “¿Qué carrera quie-

res estudiar?” En lo personal, lo cuestioné; no tenía definido, pero una cosa sí tenía clara: tendría que marcar una diferencia en la sociedad; por lo tanto, empecé a estudiar todas mis opciones.

Pero recordé y me cuestioné un poquito o mucho qué aprendí; se lo comparto a los demás, si le doy ese pincel a alguien para que plasme su obra de arte y nace el próximo Da Vinci; si transmito emoción por la lectura como lo hacía la maestra Laura con sus leyendas y se escribe la novela de suspenso que gane el premio de literatura; si logro impactar a una comunidad como mi tía y las herramientas para que los niños cumplan sus sueños como esa contadora pública o ese futbolista. Cuando comprendí esto, mi decisión fue tomada y por eso quise ser docente...

*Licenciatura en Educación Primaria. Docente en la Escuela Primaria Urbana núm. 206 “Rosa Carbajal” de la SEJ en Guadalajara, Jalisco.
monicavanessafernandez3@gmail.com



¿Para qué ser docente?

Eva Guzmán Guzmán*

Reflexiono, observo y propongo, con nostalgia y ahínco, carencias y potencialidades, extrañando a los distinguidos profesores, con gran sabiduría, cuyo legado quizás ya no está.

Ahora están los amigos, los cuates y los poco académicos. Ellos apoyan a EEUU, a la colonia española, a la derecha y a los saqueos de los gobiernos neoliberales. Descalifican y no entienden los cambios, los contextos, los planes, los futuros, los pasados y la geopolítica, que es el motor de la humanidad, con su dominación y maldad, sus guerras y sometimiento, así como sus causas y consecuencias.

Observo cómo los estudiantes no saben de política, menos de geopolítica. De cómo las academias no hacen nada, sólo servir al amo.

¿Y la función del profe dónde quedó? Se perdió en el camino; el pensamiento crítico no existe, ¿el desarrollo intelectual tampoco? ¿Qué será de los jóvenes? Perdidos en el sin saber, sin trabajo, sin dignidad profesional, abismo infinito entre el ser y el estar.

¿Cuál es el futuro de los estudiantes en la universidad ¿Se podrá construir un porvenir mejor? Quizás no, pero tendrán varios aprendizajes y una experiencia de vida, ya que, sin saber adecuado, sólo se limosnea un trabajo.

Sin estar en el aula tampoco, sin analizar la realidad tampoco y sin saber investigar menos.

¿Qué será, será? ¿Será lo que será? Lo que debe venir será.

En medio de guerras, de represiones, de opresión, de luchas, de resistencias, ¿qué sigue?

La solución está en la agrupación, la interacción, el colectivismo, el actuar, el buscar, el encontrar, el integrar, el luchar. ¿Por qué luchar? Por todo eso, para intentar cambiar el giro de un mundo materialista, que nos dejó en el camino, sin rumbo, ¿hacia dónde iremos? Debemos integrarnos a la sociedad, a la universidad, al aula y al conocimiento. Debemos exigir saberes al profesor que no se demandan. Debemos rechazar el conformismo, la flojera y la inutilidad. También debemos

construir contenidos, futuros saberes, historias, conciencias y transformaciones.

Desde la ciencia política hay mucho por hacer; la carrera tiene un nombre equivocado, tiene una división de conocimientos equivocada, tiene directivos y profesores limitados. Ponernos a todos en sintonía y hacer lo correspondiente, jugar un papel activo en la transformación de todo, del profe, de las materias, de los contenidos, del rol de estudiante, de todo; esa es la tarea.

¿Cuáles son los deberes de un politólogo, de un profesor, de un directivo, de un administrativo, de la propia carrera? ¿Qué necesita el país? ¿Qué necesita la gente? ¿Qué necesita la universidad? ¿Qué necesitan los estudiantes? ¿Qué necesita él saber? ¿Qué necesita la vida? ¿Qué necesita todo?

Todo se necesita: no claudicar en el camino, construir caminos, puentes, carreteras, vías, esperanzas, futuros, conocimientos, etcétera. Gran tarea de todos: dejar de ser lo que se es y construir otro ser, un ser atento, alerta, expectativo, en lucha, en acción, en mil cosas a la vez, ya que la vida es compleja, el conocimiento es complejo, el ser es complejo, la sociedad es compleja, todo es complejo.

Aprender de la carencia, de la inacción, de la falta de conciencia, de la falta de ciencia, de la historia y del camino que debemos construir.

México necesita héroes y heroínas, necesita pasos gigantes, que no abandonen la tierra, que la siembren, que hagan libros, que griten, que construyan, que la vida nos necesita, que todos nos necesitamos, que el destino nos alcanzó, que la democracia, el sentir, el hacer lo bueno se esfumaron, la comida se acabó, que el mundo se derrumbó, no existe la moral, el humanismo se pervirtió, que lo que hemos creído no sirve, que hay que empezar de nuevo, construir todo, aprender a pensar, a sentir, a ser, a servir, a reflexionar sobre el pasado, a construir el futuro, a luchar por lo que no fue, por lo que debe ser. Que las luchas sigan su camino, los colectivos corran, las asambleas hablen, los sindicatos tiemblen, los gobiernos sean, la gente sea, el profe sea, los estudiantes sean, la ciencia sea, los aparatos de Estado no sean, los neoliberales enfermos de avaricia no sean, la derecha deje

esa guerra fría, que no se siga pudriendo el mundo; ya lo está, hay que sanearlo, liberarlo, conocerlo, conformarlo, sentirlo, limpiarlo, reconstruirlo, etcétera.

Partir de ¿qué es la ciencia, para qué fue hecha, qué es el ser, para qué sirve, cómo existe, para qué existe, de dónde viene, a dónde va, quién es, qué sabe, para qué sabe, a quién sirve?

¿Qué hace falta para construir el futuro, el ser, la esencia, el amor, el humanismo, el trabajo, el saber, el sentir, la interacción, la voz? ¿Para no callar, no mentir, no engañar, hacer? Que no nos acompañe el camino del sin sentido, desintoxicarnos, limpiarnos, sentirnos; ideales que hay que darles contenido, darles forma, que la vida sea, que el presente exista, que todo sea.

El universo es, la creación es, el ser es, la vida es, pero ¿qué son?, ¿un pasado, un presente, un ausente, un despilfarro, odio, abandono del amor? ¿Qué más somos?

¿Cuántas cosas faltan por hacer?, ¿falta todo? Solo hemos construido migajas de todo: de amor, de saber, de conformar, de interactuar, de transformar, de pensar, de prever, etcétera.

Por todo esto me hice profesor, porque la nostalgia y el sin sentido me exigieron que actuara, que conociera, que fuera, y soy, soy todo esto que hay que cambiar, que hay que ser, que hay que amar, que hay que construir.

Mañana será otro día, un día consentido, con seres que piensan, que saben, que aman, que luchan, que no se conforman con el abismo del pasado, con el abismo del sinsentido, de la tierra, del agua, del aire, del sin saber, si hoy prevemos y actuamos.

Hay mucho por hacer, hay que hacerlo, hay que ser, hay que encontrar, hay que construir, hay que aprender. ¿La política es un motor que mueve el mundo, pero hacia dónde lo mueve? Se violan derechos, se deja de gobernar, se corrompen las instituciones y se provocan guerras. Pobre planeta, pobre gente, pobre sociedad, pobre ciencia. ¿Será que se fueron los que tenían que hacer? ¿Ya no están? ¿Qué sigue?

Hacer, pensar, sentir, ser, estar, construir, razonar, actuar, reflexionar, criticar, imaginar, deducir, intuir, analizar, imaginar, explicar, describir, narrar, RECONSTRUIR, CAMINAR, AVANZAR CON SENTI-

DO, CON FIRMEZA, CON ESPERANZA, HACIA EL SER SIENDO, HACIENDO, SINTIENDO, PENSANDO, ACTUANDO, AMANDO.

Cuando volteo y miro, me doy cuenta de lo que hemos hecho, de lo que no hemos hecho, de todo. Compatriotas, no sea que, por nuestra causa, por nuestra pasividad, por nuestro conformismo, pasividad, maldad, destrucción, etcétera, todo se pierda, y ¿la responsabilidad dónde queda? ¿En el futuro? ¿En el pasado? ¿En el presente? ¿En dónde? ¿Qué falta por hacer? Estudiar, analizar, pensar, ser, crear. ¿Y a qué se debe ese conformismo, esa inactividad, esa pereza, esa maldad? A que no queremos esforzarnos, no deseamos hacer lo necesario, lo que la vida nos demanda, lo que el destino exige, lo que el aula requiere, lo que los estudiantes necesitan. Lo que la sociedad necesita, lo que el mundo necesita.

Entonces actuemos, entonces seamos, entonces pensemos, entonces cambiemos el rumbo de la carrera, de la Universidad, de la Ciencia, de la Sociedad, de la podredumbre, de la amistad, de la interacción, del no ser, de la historia: Cortemos todo esto; hagamos el nuevo ser. ¿Por qué el ser? Para existir, para sentir, para construir, para exigir, para dar, para amar, para transformar.

Lo que hemos hecho es perverso, es enfermo, es mediocre, es escaso de bien, es inválido, ¿por qué? Porque el mundo se corrompió, ya que los gobiernos dejaron de gobernar, las leyes dejaron de funcionar, las sociedades dejaron de pensar, de ser, de actuar, de transformar.

Sin embargo, la vida corre, pasa el tiempo, la muerte llega, llega y se lleva todo: el sinsentido, la vida, el ser, el saber, la conciencia, la ciencia, la nostalgia, el ánimo, la energía, la acción, y con ello vienen la inacción, el conformismo, la maldad, la traición, la mentira, la desesperanza, la esencia negativa, la conciencia pervertida, la ciencia ineficiente.

Por eso me hice docente: quiero pensar, ser, sentir y actuar, y deseo que mis estudiantes también lo hagan, para que, a través de mí, del saber y de la ciencia, con conciencia, acción y esfuerzo, lleguen a ser más que lo establecido.

Viva la vida, mueran las guerras, vivan las aulas, las escuelas, las universidades, los saberes, las acciones, las sociedades, los estudiantes, los profesores, la esencia, etcétera.

Que lo que no existe deje de serlo, que lo que falta aparezca, que se vaya el conformismo, que desaparezca la moda, que no exista la maldad y que todo lo erróneo de la vida y del cosmos se retire; que deje de fingir y sea auténtico.

Un profesor de verdad es apasionante, hace vibrar a los estudiantes, les deja en la incertidumbre, en el deseo constante de ser, de buscar, de construir, de pensar, de hacer; ellos saben que lo que ellos hagan es lo que existirá, que ya hay mucho hecho, pero que no todo vale para bien, que hay cosas que apestan, que enferman, que matan.

El intelecto es parte del ser, de la existencia, de la conciencia, de la ciencia, del conocimiento; su desarrollo es indispensable. Hay que actuar para darle uso, para que actúe en nosotros y nosotras, las y los profes, porque los estudiantes nos necesitan, necesitan de esos profes comprometidos, que saben, que aman, que quieren cambiar el mundo, que quieren construir un nuevo ser, que saben leer la realidad, sus causas y consecuencias, sentidos y esencias.

*Doctora en Ciencias Políticas y Sociales. Profesora-investigadora del Departamento de Estudios Políticos del CUCSH de la UdeG. guzmaneva2@hotmail.com



Por eso me hice docente: historias y narrativas del magisterio

Clemencia Gutiérrez Camacho*

Mi historia en la docencia no comienza en un aula, sino en una inquietud más profunda: la necesidad de comprender y transformar el mundo a través de la palabra, del pensamiento y del encuentro con otros. Elegí ser docente no como un destino casual, sino como una decisión ética y vital que se ha ido reafirmando a lo largo de más de tres décadas de trabajo universitario y más de veinte años frente a grupos de la Licenciatura en Sociología y de la nivelación en Trabajo Social, ambas del CUCSH (Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara). En este trayecto, las tutorías han sido un eje fundamental de mi labor, al permitirme acompañar de manera más cercana los procesos académicos y personales de mis estudiantes.

En la primera he impartido cursos de formación básica obligatoria, como los talleres de Titulación I y II; asimismo, en el área de formación especializada selectiva, el curso Introducción a los estudios culturales y en el área optativa abierta, Estudios sobre la emisión y Sociología de la religión. En la segunda, he participado en el Módulo II: Conocimiento de la realidad, adscrito al Departamento de Desarrollo Social.

Mi formación académica a nivel de maestría en Comunicación por la Universidad de Guadalajara consolidó una mirada crítica y reflexiva sobre los procesos sociales, culturales y educativos. Desde entonces comprendí que enseñar no podía limitarse a la transmisión de contenidos, sino que debía asumirse como una práctica situada, histórica y profundamente humana. Esta formación no sólo me brindó herramientas teóricas y metodológicas, sino que también fortaleció mi conciencia sobre la responsabilidad social del conocimiento y del ejercicio docente, especialmente en el contexto de la universidad pública.

Inicié mi trayectoria en la Universidad de Guadalajara desde espacios que no estaban directamente vinculados con la docencia. Este recorrido me permitió conocer la institución desde dentro, entender su funcionamiento, sus dinámicas y sus tensiones. Fue ahí donde comprendí que la universidad no es únicamente un espacio académico, sino un entramado vivo de relaciones, decisiones y posibilidades, donde convergen trayectorias diversas.

Con el tiempo emergió con claridad mi vocación docente. Descubrí que enseñar no era sólo una actividad profesional, sino una forma de habitar el mundo. La enseñanza me ofrecía la posibilidad de dialogar, de acompañar procesos formativos, de cuestionar certezas y de abrir horizontes. También me permitió reconocermé como parte de una comunidad académica comprometida con la formación de nuevas generaciones.

Llevo más de veinte años impartiendo cursos en educación superior y cada generación ha sido distinta. He confirmado que la docencia es, ante todo, una relación humana. Como bien señala Paulo Freire (1997), “quien enseña aprende al enseñar y quien aprende enseña al aprender”. Esta idea ha marcado profundamente mi práctica: el aula no es un espacio unidireccional, sino un lugar de intercambio, construcción y transformación mutua. En este mismo sentido se ha señalado que cuando uno enseña, aprenden dos (Heinlein, 1973), lo que refuerza la idea de una relación pedagógica recíproca.

Mi práctica se ha construido desde un enfoque crítico y reflexivo. He procurado que el aula sea un espacio donde se cuestione lo dado, se problematice la realidad y se reconozca la complejidad social. En este sentido, formar estudiantes implica también formar sujetos capaces de pensar, interpretar y actuar en su contexto, con responsabilidad social y sentido ético.

Los cambios en la educación superior han sido constantes, pero particularmente la pandemia representó un punto de inflexión. Nos obligó a reinventarnos, a incorporar tecnologías digitales y a replantear nuestras formas de enseñar. Fue un periodo complejo, marcado por la incertidumbre, pero también profundamente formativo. Aprendimos a acompañar desde la distancia, a desarrollar nuevas estrategias pedagógicas y a fortalecer la comunicación con los estudiantes en contextos adversos.

En este proceso comprendí que el lado más humano del docente es fundamental: entender los periodos críticos que atraviesan los estudiantes, reconocer sus contextos y sostenerlos en momentos de incertidumbre. La enseñanza no es sólo transmisión de conocimiento; es también empatía, escucha, presencia y acompañamiento.

He incorporado herramientas tecnológicas, rediseñado actividades y aplicado estrategias inclusivas como el Diseño Universal para el Aprendizaje. Estas experiencias han enriquecido mi práctica, pero también han reafirmado que ninguna tecnología sustituye el vínculo humano que se construye en el aula.

Uno de los momentos que más disfruto es cuando mis estudiantes presentan sus trabajos finales. Es un instante de síntesis y reconocimiento, donde se materializa el esfuerzo compartido. Ahí se hacen visibles los procesos de aprendizaje, las dudas superadas y las habilidades desarrolladas. Lo he dicho muchas veces: me encanta mi trabajo, me encanta la docencia. Y lo confirmo cada vez que veo a mis estudiantes concluir sus procesos formativos.

Me llena de orgullo cuando me invitan a sus actos académicos, cuando los veo realizados y satisfechos por una meta cumplida, y cuando continúan su formación en estudios de posgrado. En esos momentos comprendo que la docencia trasciende el aula: permanece en sus trayectorias, en sus decisiones y en sus logros personales y profesionales.

Desde la investigación, he vinculado mi práctica docente al incorporar a mis estudiantes como asistentes en mis proyectos. Esta experiencia ha sido particularmente significativa, ya que permite articular la enseñanza con la producción de conocimiento. Me enorgullece verlos presentar sus trabajos en semilleros de investigación, abordando procesos sociales, simbólicos y narrativos.

En este sentido, la narrativa se convierte en una herramienta clave para comprender la experiencia educativa. Jerome Bruner (1991) plantea que el ser humano organiza su experiencia a través de relatos, mientras que Paul Ricoeur (1996) sostiene que la identidad se construye narrativamente en el tiempo. Asimismo, Donald Schön (1983) subraya la importancia de la reflexión sobre la práctica e Ivor Goodson (2004) destaca el valor de las historias de vida del profesorado para comprender los procesos educativos. Estas perspectivas dialogan directamente con mi experiencia en el aula, donde enseñar también implica narrar, dar sentido y contribuir a la construcción de identidades.

Ser docente en la universidad pública implica también enfrentar desafíos institucionales. He vivido tensiones, cambios administrativos y situaciones complejas que forman parte de la dinámica universitaria. Sin embargo, estas experiencias han fortalecido mi compromiso con una práctica ética, digna y centrada en el estudiante.

He aprendido a sostenerme desde la profesionalidad, a cuidar mi equilibrio emocional y a mantener claridad en mi propósito. Enseñar

también es resistir, pero desde una resistencia serena, consciente y firme, que permite continuar sin perder el sentido del quehacer educativo.

La docencia es un proceso inacabado. Siempre se está aprendiendo, siempre se está transformando. Cada generación interpela, cuestiona y obliga a renovarse, lo que convierte la enseñanza en una práctica dinámica y en constante evolución.

Hoy, después de treinta años en la universidad, puedo afirmar que esta elección ha sido una de las decisiones más importantes de mi vida. No solo me ha dado un camino profesional, sino un sentido profundo de vida y una forma de estar en el mundo.

La Universidad responde a formar estudiantes; para ello, está el docente, y nos debemos a ellos. Esta afirmación implica una gran responsabilidad: formar no es sólo enseñar contenidos, es acompañar procesos, abrir posibilidades y contribuir a la construcción de futuros.

En este sentido, la docencia es también una práctica narrativa. En cada clase se construyen historias, se generan sentidos y se configuran trayectorias. Enseñar implica participar activamente en la construcción de sujetos.

Mi labor no termina en el aula. Permanece en cada estudiante que continúa su camino, que decide seguir formándose y que transforma su entorno.

Por eso, cuando digo que me encanta mi trabajo, lo digo con certeza. Es la síntesis de una vida dedicada a enseñar y aprender, a acompañar procesos y a construir sentido.

Por eso me hice docente. Y por eso, volvería a elegirlo.

Referencias

- Bruner, J. (1991). *Actos de significado*. Madrid: Alianza.
- Freire, P. (1997). *Pedagogía de la autonomía*. México: Siglo XXI Editores.
- Goodson, I. (2004). *Historias de vida del profesorado*. Barcelona: Octaedro.
- Heinlein, R. A. (1973). *Time Enough for Love*. New York: G. P. Putnam's Sons.
- Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI.
- Schön, D. (1983). *The Reflective Practitioner*. New York: Basic Books.

*Maestra en comunicación. Profesora del CUCSH de la UdeG.
clemencia.gutierrez@academicos.udg.mx

Al andar se hace camino o las vueltas que da la vida

Alida Genoveva Moreno*

Mis primeras experiencias como docente ocurrieron en los últimos semestres de la licenciatura, cuando suplí a un compañero en sus clases de literatura que impartía en un colegio de monjas en el nivel de bachillerato, fue una semana que me pareció larga e interminable, era la primera vez que me tocaba estar ante un grupo de adolescentes que estaban acostumbradas a trabajar con otro profesor, el reto era cumplir con los contenidos asignados para esos días, el maestro regresó y me sentí feliz al regresarle su lista de asistencia y el material de clase. Poco después suplí a una compañera que daba clases en la Preparatoria 7, en las tardes de los viernes y sábados al grupo del último semestre, la materia era Historia de México donde debíamos analizar el periodo de la posrevolución, faltaban pocas semanas para concluir el ciclo escolar y los estudiantes estaban más interesados en preparar el evento académico y la fiesta. Debo confesar que estas dos experiencias fueron difíciles, me di cuenta lo que implica estar ante un grupo de jóvenes, exponiendo información que en ocasiones no les interesa, las clases en la licenciatura no me habían preparado para una situación de este tipo. El nerviosismo, el temor a equivocarme y, sobre todo, cómo distribuir el tiempo y las actividades a lo largo de la sesión de 120 minutos, eran algo que debía aprender sobre la marcha, no había vuelta atrás. Con el paso de los días y la experiencia de trabajo en el aula aprendí a aplicar algunas de las estrategias que se deben desarrollar para hacer que los estudiantes pongan atención, guarden silencio, participen en clase y entreguen sus trabajos.

Las clases con grupos de preparatoria fueron el inicio de mi trabajo en el aula, habrían de pasar un par de años más para enfrentar la docencia en la licenciatura, esto ocurrió al terminar la maestría, regresar a Guadalajara y reincorporarme a la Universidad de Guadalajara. Todavía recuerdo que acababa de llegar al Departamento de Sociología cuando me llamó el jefe para anunciarme que la profesora que impartía la materia de Historia de México había decidido dejarla a mitad

del semestre, me entregó una fotocopia del programa, señalando que iniciaba la actividad ante el grupo la siguiente semana. Retomar el trabajo académico de un grupo cuando han avanzado las sesiones del ciclo escolar es una actividad que requiere una planificación especial porque hay que conocer los temas abordados, la forma de trabajo y evaluación que ya se había realizado, así como llegar a acuerdos con los propios estudiantes.

La siguiente materia que me tocó impartir fue la de Epistemología sociológica, esta actividad fue un gran reto, había llevado algunas materias relacionadas con el tema durante la maestría, me fueron de gran ayuda la obra de Thomas Kuhn titulada *La estructura de las revoluciones científicas* con su propuesta de los paradigmas y la resistencia al cambio que se da en interior de las comunidades científicas, y la de Imre Lakatos con su obra *La metodología de los programas de investigación científica* donde habla de la metodología de las pruebas y las refutaciones. Todo esto relacionado con una cuestión: ¿Y cómo sabes? Algo que el Dr. Manuel Gándara nos hacia hincapié al momento de reflexionar sobre la ciencia, la epistemología y lo social.

A la fecha han transcurrido 29 años de estas primeras experiencias como docente, veo hacia atrás y puedo afirmar que he aprendido mucho de las clases impartidas en la Universidad y la convivencia con los estudiantes. Cada semestre es distinto y cada grupo es único, algunos más inquietos e interesados en el tema, otros con cierta resistencia a la lectura y las actividades académicas. Un aliciente para el profesor es cuando un estudiante te comenta que lo visto en clase le ha sido útil, que ahora aprecia más a su país, que siente más empatía por la historia, que tiene curiosidad por conocer y recorrer los espacios que hemos visto en clase, que los autores revisados en clase lo han impresionado, lo han hecho reflexionar y ver el mundo de una manera distinta, esto es algo que ocurre cuando leemos a Eduardo Galeano y su obra *Las venas abiertas de América Latina*.

Hace poco una alumna me trajo una muñeca tradicional de su pueblo, recibir este regalo fue una sorpresa agradable, otros obsequios que conservo con cariño son algunos recuerdos de los sitios arqueológicos que han visitado los estudiantes como una reproducción de la

pirámide de Pakal en Palenque y un dije de obsidiana de Teotihuacan. Todos estos detalles adornan el librero y me recuerdan que la docencia deja huella en los jóvenes, y a los docentes nos permite actualizarnos y mantenernos al día con lo que ocurre en el mundo y con las nuevas generaciones, que en ocasiones nos parecen tan distintas a la nuestra.

La docencia hoy en día afronta nuevos retos que nuestros profesores de licenciatura no habrían imaginado, las redes sociales, la información que se obtiene de internet y el acceso a la Inteligencia Artificial (IA) hace que los maestros actualicemos y cambiemos la forma de transmitir el conocimiento, hay tanta información con sólo oprimir una tecla, pero como decía mi profesor de Epistemología ¿cómo sabes cuál es verdadera?, ¿cuál es útil? Actualmente debemos saber compaginar el conocimiento que se obtiene de los autores clásicos, la búsqueda en los libros, la consulta en las redes sociales y la información que nos ofrece la IA, más el entorno de la escuela, la ciudad y la sociedad. La labor del maestro va más allá del trabajo en el aula, ahora se involucran cuestiones que implican aspectos de salud mental y física, ansiedad, depresión, irritabilidad y en ocasiones violencia. Hay que aprender y mantenerse abierto a los cambios e innovaciones, ahí está la clave para el docente del siglo XXI y su trabajo en el aula.

*Doctora en Historia y Estudios Regionales. Profesora-investigadora en el Departamento de Sociología en el CUCSH de la UdeG.
alida.moreno@academicos.udg.mx



Excelente pregunta, esa

Alicia González Romero*

¿Por qué me hice docente? Excelente pregunta esa. Decía mi abuela que cuando la pregunta era buena, seguramente la respuesta no lo sería tanto. ¿Qué implica ser docente? Ahora que la inteligencia artificial nos responde a todas las preguntas, porque si no lo sabe, lo inventa. Nos dice que ser docente es:

Una profesión de servicio y vocación dedicada a guiar, motivar y facilitar el aprendizaje de los alumnos, actuando como mediador en la construcción de conocimientos. Implica un compromiso ético para fomentar el desarrollo académico, personal y social, adaptándose a las necesidades de los estudiantes.

Significado y rol del docente:

- Guía y mediador No es sólo transmitir información, sino acompañar en la construcción de conocimiento.
- Vocación y compromiso Requiere amor por la enseñanza, dedicación y compromiso social para formar nuevas generaciones.
- Facilitador: Crea métodos y ambientes de aprendizaje que simplifican el conocimiento.
- Rol constructivista Modelar, coordinar y participar en el proceso educativo según los intereses de los estudiantes.

Buen compromiso ese que la IA transcribe en tan sólo unos segundos. La pregunta principal será. ¿Y seré todo eso?

La verdad es que cuando tomé la decisión de serlo, me aterraba, como lo sigue haciendo, la idea de pararme frente a un grupo para convencerlo de la importancia de dominar ciertos temas porque así lo marca el programa. Debo confesar que mis peores pesadillas consisten en tener un conjunto de estudiantes inquietos, esperando mis indicaciones para empezar a trabajar. Difícil entender que, teniendo tanto respeto por la profesión, me dedique a ella.

Lo cierto es que, ante tal demanda de preparación, creo haber desarrollado habilidades como la costumbre de inventar cosas nuevas para mantener el interés propio y de los escuchas.

Para contestar a la pregunta planteada inicialmente, se me ocurre recurrir un poco a la primera oportunidad que tuve, la cual se remonta al año de 1982, en el que me solicitaron sustituir a un maestro de física en una secundaria particular. Apenas si me acuerdo del lugar en donde estaba y las circunstancias por las que llegué. Lo que sí recuerdo es el contenido de la clase, en la que debía hablar de los lúmenes como medida de intensidad de luz generada por el pabito de una vela, de la refracción de la luz cuando pasa por una lente y diversos temas como conocer la distancia entre la Tierra y la Luna por medio de la luz. Como decía Donald Schön, cuando somos capaces de explicar un tema, es porque realmente lo entendemos. Espero que los alumnos de aquel entonces lo recuerden como yo.

En fin. No volví a saber nada de la docencia hasta que, en 1994, en que mi hijo más pequeño ya estaba en edad de ir al kínder, me vi en la necesidad de buscar más ingresos económicos para la casa. Es así como se me presentó la oportunidad de trabajar en el negocio, que se encontraba frente a casa, vendiendo tacos de carne. Cuando llegué a ese lugar: En “Los Pirules”, la gente creía que yo era familiar de los antiguos dueños, de tal forma que al preparar la carne o los alimentos me envolvía en largas charlas con variados temas. Sin embargo, no eran suficientes para satisfacer la necesidad de explicar asuntos que me inquietaba compartir.

Entre las pláticas generadas como comensal, se me presentó la oportunidad de ofrecer mis servicios en la preparatoria abierta denominada “Panamericana”. Fue ahí en donde comencé realmente a impartir asesorías y elaborar guías para los estudiantes que posteriormente presentaron sus exámenes en la SEP. Satisfactorio fue lograr que aquellos estudiantes prófugos de la enseñanza tradicional entendieran los contenidos de las guías, plasmando sus respuestas en los exámenes que les fueron aplicados.

En 1994 entré al Sistema de Educación Media Superior (SEMS) para hacer mi tesis de la Licenciatura en Matemáticas. En la UdeG,

nunca falta el trabajo. De esa forma me involucré en la impartición de cursos para las trabajadoras sociales y enfermeras que necesitaban regularizar sus estudios de preparatoria y convertirse en licenciadas.

A lo largo de mis 32 años dedicada a la docencia, en diversas circunstancias se me ha presentado la oportunidad de desarrollar otras actividades, como las administrativas, pero la verdad es que en la docencia se tiene la satisfacción inmediata de compartir conocimientos, que mágicamente puedes presentar ante un público seguro, a cambio de una calificación aprobatoria.

La motivación para ser docente se intensificó cuando tuve la oportunidad de entender mejor los conceptos matemáticos, como las derivadas y la integración, con ayuda de las computadoras.

Si bien, en algún momento el uso de las tecnologías fue el motor para trabajar como docente. Ahora que la IA se ha encargado de desarrollar automáticamente la solución a los problemas, se presenta la duda de la utilidad del docente frente al grupo. Sin embargo, frustrante es la situación en la que los estudiantes creen saberlo, entenderlo todo y en realidad no tienen la menor idea de la solución de problemas. Satisfactorio, en este caso y en otros, es cuestionarlos con respecto a los que ellos, como decía Sócrates en Los diálogos de Platón, ya se encuentran en mejor posición que la inicial, al revisar el contenido de la IA y cuestionar los resultados con los avances cognitivos adquiridos.

El reto actual para los profesores es utilizar la IA y revisar su contenido e interpretar el razonamiento de los estudiantes ante la información proporcionada. Después de todo, una de las satisfacciones del docente es encontrar la solución a los problemas enfrentados en el proceso de enseñanza y aprendizaje, porque la satisfacción de afrontar dificultades nuevas no tiene igualación.

*Maestra en Ciencias de la Enseñanza de la Matemática. Profesora del Departamento de Estudios Políticos y Gobierno de la UdeG.
alicia.gromero@academicos.udg.mx



No me hice docente, me fui haciendo

Reyna Janette Barba Pérez*

Hay muchas razones por las que me hice maestra, aunque durante mucho tiempo no me las cuestioné. Mi relación con la docencia no comenzó como una decisión clara, sino como un proceso silencioso, casi imperceptible, que se fue gestando dentro de mí.

Antes que docente, fui cuerpo en movimiento. La danza era mi anhelado lenguaje, mi forma de habitar el mundo. A través de ella construía espacios: ambientes llenos de luz, de estructura, de fuerza, de emoción. Cada coreografía era un diálogo con el espectador, una manera de decir sin palabras lo que el alma necesitaba expresar.

Pero en medio de ese camino, algo comenzó a transformarse. Mientras enseñaba danza, sin darme cuenta de que ya enseñaba, empecé a descubrir que no solo compartía pasos, sino formas de sentir, de interpretar, de comprender el mundo. En cada clase aprendía tanto como quienes estaban frente a mí. Aprendía a mirar al otro, a escuchar más allá de lo imperceptible, a reconocer que cada alumno llega con su propia historia, su propio ritmo, su propia manera de entender.

Y eso... eso nadie te lo enseña. No viene en los libros, no está en los programas de estudio. Es un aprendizaje que se construye en la vida, en el encuentro, en la experiencia compartida. Es algo que se va revelando poco a poco, como si la docencia eligiera a uno antes de que uno la elija a ella.

Si miro hacia atrás, aparece una presencia docente que me llena el alma: mi mamá Luz, mi abuelita, maestra incansable. “Ven, no vayas al kínder, luego te caes; mejor acompáñame a dar clases”. Y yo iba.

Recuerdo volver a casa agotadas, después de dos turnos en dos primarias distintas. Para mí, el día terminaba ahí: cenar y dormir. Para ella, no. Todavía se sentaba al borde de la cama, a revisar materiales, a preparar el día siguiente, a calificar.

Yo la observaba y pensaba: qué difícil es ser maestra. Me preguntaba cómo le hacía para no rendirse, para levantarse tan temprano, siempre bien arreglada, siempre presente, sin faltar jamás. ¿Cómo era

posible que, después de tanto, aún le quedara fuerza para seguir, para ocuparse de los suyos, para llegar a casa y ser también abuela, mamá, suegra?

Eso siempre me impresionó profundamente; sin embargo, nunca lo vi para mí. Lo sentía como algo lejano, exigente, casi inalcanzable. Pero la docencia ya estaba ahí, abriéndose paso sin que yo lo notara: entre dibujos y tareas diminutas, comenzaba a comprender lo que significa estar para otros. Sin darme cuenta, empezaba a ser maestra.

Después, la danza me llevó por distintos caminos: niños, adolescentes, adultos. Rostros distintos, historias distintas, pero una constante: el deseo de aprender y de expresarse. Recuerdo que un día alguien dijo: “Enseñar es bailar dos veces.” Y entonces lo entendí. Enseñar es desmenuzar el movimiento, hacerlo comprensible para otro. Es tomar lo complejo y volverlo cercano. Es permitir que el conocimiento no sólo se entienda, sino que se sienta, que se encarne, que se vuelva parte de quien aprende.

Caminé la educación como quien recorre un largo pasillo lleno de puertas que se abren y se cierran con el paso del tiempo. Al inicio, la enseñanza tenía bordes definidos: contenidos claros, objetivos precisos y resultados medibles. Enseñar era cumplir, avanzar, demostrar. El aula se sentía como un espacio donde el conocimiento debía llegar a una meta, y la evaluación era la evidencia de que ese trayecto había sido recorrido.

Pero pronto el lenguaje comenzó a cambiar. Los objetivos se transformaron en aprendizajes y la evaluación dejó de ser sólo un resultado para convertirse en proceso. En ese tránsito aparecieron las evaluaciones estandarizadas y con ellas una palabra que resonaba en todos los rincones: calidad. La educación se volvió un terreno de comparación, de cifras, de intentos por medir lo humano. Y en medio de ello, el arte parecía quedarse al margen, como si su esencia no pudiera ser contenida en indicadores.

Después llegaron las competencias y con ellas una nueva forma de mirar al estudiante: ya no como receptor, sino como constructor. Fue ahí donde mi vocación encontró mayor sentido. El constructivismo no sólo transformó la manera de enseñar, sino la forma de entender el

aprendizaje como un acto vivo, situado, profundamente humano. La docencia dejó de ser transmisión y se volvió encuentro.

Más adelante, la profesionalización y las evaluaciones docentes marcaron otra etapa. Ser maestra también implicaba ser evaluada, demostrar, certificarse, sostener con evidencia lo que antes se intuía desde la vocación. Fue un momento de exigencia, pero también de afirmación. Y, sin embargo, mi lucha siempre habitó otro espacio: el del arte.

Durante años observé cómo el arte era relegado, cómo se pensaba que cualquiera podía enseñarlo, como si no requiriera profundidad, sensibilidad ni formación. Vi a docentes de distintas áreas asumir su enseñanza desde la idea de que era fácil, accesorio, prescindible. Pero para mí, el arte nunca fue eso. El arte es lenguaje, es identidad, es posibilidad de nombrar lo que no siempre puede decirse con palabras.

Siempre sostuve, y sostengo, que quien enseña arte debe hacerlo desde el amor profundo, desde la experiencia sensible, desde la mirada de quien ha sido tocado por él. Porque sólo así puede transmitirse su verdadero valor: no como actividad complementaria, sino como parte esencial del desarrollo integral del ser humano.

Hoy, desde mi lugar como formadora de docentes, esa convicción se ha vuelto aún más firme. Formar a quienes formarán implica una responsabilidad mayor: sembrar no sólo conocimientos, sino miradas, sensibilidades, compromisos. Que el arte llegue a las aulas de educación primaria no como privilegio, no como lujo, no como actividad ocasional, sino como derecho. Y entonces, la educación vuelve a transformarse.

Los discursos actuales hablan de aprendizaje situado, de humanismo, de comunidad. Se reconoce al estudiante como sujeto integral, atravesado por su contexto, su historia y sus emociones. Y en este nuevo horizonte, al menos en el discurso, parece que el arte encuentra un lugar más digno, más necesario. Porque el arte dialoga con lo humano, con lo comunitario, con lo diverso. Porque el arte incluye, vincula, repara.

Hoy miro hacia atrás y entiendo que no sólo atravesé reformas educativas: fui atravesada por ellas. Cada cambio dejó una huella en

mi manera de enseñar, de sentir y de creer en la educación. Y, en medio de todas esas transformaciones, hay algo que permanece intacto: la certeza de que educar, como el arte, es un acto profundamente humano. Un acto de creación. Un acto de esperanza.

Con el tiempo también descubrí algo más: la docencia no está separada de la investigación. Van de la mano.

Hoy imparto otras asignaturas y he comprendido que enseñar también es cuestionar, es buscar, es no conformarse con lo dado. Me emociona profundamente ver cómo mis alumnos se preguntan, cómo intentan mirar el mundo de otras maneras, cómo se atreven a ir más allá. Y, como maestra de futuros maestros, ese asombro cobra un sentido aún más profundo.

Me llena de alegría ver que son capaces de cuestionarse, de construir, de imaginar nuevas formas de enseñar. Entender que la investigación educativa no es algo ajeno, sino una parte inherente del ser docente; que investigar también es una forma de cuidar la práctica, de transformarla, de hacerla más humana, más consciente, más significativa.

Hoy entiendo que no me hice docente en un solo momento. Me fui haciendo. En cada clase, en cada cansancio heredado, en cada ejemplo silencioso, en cada alumno que me enseñó algo que yo no sabía que necesitaba aprender. Ser docente, para mí, es un acto de amor constante. Es creer en el otro incluso cuando el otro aún no cree en sí mismo. Es sembrar sin saber cuándo florecerá. Es acompañar procesos invisibles.

Y si hoy alguien me pregunta cómo me hice docente, diría que no fue una elección repentina, sino una historia que se fue escribiendo con el cuerpo, con la memoria, con la vida. Porque, al final, enseñar... también es una forma de danzar.

*Doctora en Ciencias de la Educación. Docente de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco. reyna.barba@bycenj.edu.mx

Un legado que me encontré

Alma Teresa Balderas Alatorre*

Mi formación profesional inicial en el ámbito de la profesionalización comenzó con el derecho; me di cuenta de que había una inclinación que iba más allá de los juzgados y tribunales; es aquí donde comienza la historia. Una carrera que elegí con mucho entusiasmo y consciente de que mi vocación la definían las leyes y la justicia, desde pequeña me molestaban las injusticias, pero con las circunstancias que me tocaron vivir, a los 20 años aún siendo estudiante de derecho, una amiga de mi mamá que era directora me invita a ser suplente de sus maestras con licencias, comencé mi camino dando clases en una Escuela Urbana Primaria, estaba aterrada y muy entusiasmada, acudí con más miedo de lo habitual, aunque en mi vida generalmente ese sentimiento no está activo constantemente, esa ocasión me asustaba no saber transmitir conocimientos y, sobre todo, valores a unos pequeños que confiarían ciegamente en mí y pues así, en una tarde de agosto de 2006 supliendo a una maestra en proceso de jubilación comenzó esta hermosa travesía, la directora me recibió con mucho ánimo y entusiasmo, la plantilla de docentes, aunque yo era muy pequeña, me acogió y así comencé a desenvolverme con más confianza y seguridad, me asignaron el maravilloso primer grado de la escuela, niños aún muy chiquitos con ilusiones y emociones que podía ver a través de sus pupilas, fue, sin duda alguna, el trabajo más gratificante de mi historia de vida, y no lo digo por el salario, que dicho sea de paso, era muy precario, pero que sí ayudaba con los gastos, lo digo por todo el amor que recibí de esos 29 pequeños que desde que llegué a su salón clases ya no querían salir de este, que sentía un amor puro, desmedido y desinteresado, que lloraban cuando tenían que irse a casa y se me colgaban de la pierna, según ellos, para no dejarme ir.

Y así, curiosa e inesperadamente, llegué al ámbito del magisterio, lo que en un inicio parecía ser una oportunidad circunstancial; poco a poco, a lo largo de mi vida, se convirtió en un espacio donde

me sentía plenamente identificada y, a decir de los demás, al parecer me salía muy bien. Al pasar de los años la vida me llevaba de lleno al ámbito educativo, me invitaron a laborar en la Subsecretaría de Educación del Estado de Jalisco, ¡wow!, sonaba muy impactante e importante y así continué estando cerca de la educación, pasaron algunos años ahí, dando mi mejor versión y un día, regresando de mi incapacidad de maternidad me llamó el secretario de Educación del Estado, yo estaba muy angustiada, creí que me pedirían concluir mi relación laboral puesto que yo jamás tuve un nombramiento de base, acudí con el estómago revuelto y mucha angustia porque ahora dependían de mí unos pequeños en casa y no podía prescindir de mi salario, al llegar al piso siete, de la famosa Torre de Educación, me recibió con amabilidad y me invitó a colaborar en un proyecto para regularización de pagos por un déficit por el que pasaban todas las entidades educativas a nivel nacional, él estaba preocupado y ocupado en como resolver de inmediato en su estado, ya se imaginaban la desesperación de todos los colegas que no recibían su pago, nadie trabaja porque le sobren ingresos, el ambiente estatal estaba colapsado y muy tenso, y ahí comienza otra nueva aventura en el sistema educativo; me integro a las oficinas del despacho del secretario de Educación y mi función era, por indicaciones de él, recibir a todos los docentes que tuvieran problemas de pago y realizar una bitácora de la situación particular de cada uno, fue tan placentero poder conocer de manera cercana a miles de docentes y ayudar a sacar su frustración y buscar una solución. Ahí estuve un par de años, aprendiendo de su mano cosas que jamás había palpado desde donde me tocó intervenir. Al concluir el sexenio, me fui a trabajar de manera permanente a la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco (ByCENJ), con un turno pequeño y con una clave de Maestro Técnico porque los planes eran enfocarme en la abogacía, y así fue que constituí mi despacho jurídico desde 2019 y me encantó hacerlo de lleno. En este proceso de transición me di cuenta de que mi camino no era tan ajeno y circunstancial como pensaba. Mi abuelo, el Lic. J. de Jesús Ricardo Balderas Álvarez también fue abogado de formación y en su trayecto de vida profesional trascendió hacia el servicio público en el

ámbito educativo en el estado de Jalisco, tanto que aún está su legado y su huella significativa a nivel local y dos escuelas de educación básica llevan su nombre. Cuán orgullosa me siento de ser su nieta. A su vez, mi padre, aunque no es abogado, entregó su trabajo laboral a la docencia en la educación secundaria; entonces es por eso que ahora analizo que lo que tengo con la docencia y la educación es un legado sanguíneo que llevo por mis ancestros directos. Aunque en el pasar de los años no fui plenamente consciente de la influencia de su historia, hoy reconozco que existe una conexión profunda. Su ejemplo no se manifestó como imposición, pero sí como una presencia silenciosa que de alguna manera orientó mi propio destino.

Estar en la ByCENJ también me impactó de manera positiva; eso de los nombres rimbombantes me persigue en mi trayectoria. Fue en esta universidad de estudios superiores donde conocí personas maravillosas, generando una red de apoyo y estudio. Encontré amistades tan fuertes y positivas que la pasión por la docencia la tengo en la sangre, creció de nuevo, y fue por medio de ellas que fui recomendada y llamada a dar cátedra en dos instituciones privadas de educación superior donde, aunque dije que ya sólo me dedicaría a ser jurista, pues no cumplí y regresé a la docencia, ha sido una experiencia maravillosa y, aunque ya no atiendo niños con los ojos llenos de ilusiones, ahora atiendo adultos jóvenes con ilusiones en la sangre y con un proyecto de vida profesional del cual me permiten ser parte, y vaya que al parecer les gusta lo que hago. Cuando toca mi clase, jamás se ausentan y siempre recibo comentarios alentadores sobre mi trabajo y demuestran su cariño donde quiera que me encuentran. Este último año y medio me integré a la planilla de catedráticos de mi honorable institución, la ByCENJ, con el apoyo constante y aliento que siempre tiene con sus colaboradores el director de la institución, que dicho sea de paso, es el mejor que ha tenido la escuela desde que me integré a ella.

Ser catedrática no fue entonces un giro abrupto, sino un descubrimiento. Más que abandonar el Derecho, integré sus herramientas en mi práctica docente: el pensamiento crítico, la argumentación y el análisis. La enseñanza se convirtió en un espacio donde podía utilizar todo esto con un sentido más humano.

Hoy entiendo que mi vocación no surgió de la nada. Es el resultado de una historia personal, de experiencias vividas y, también, de una herencia que encontró su forma de manifestarse en mi vida. Así, el magisterio no sólo representa mi presente profesional, sino también una manera de dar continuidad a un legado que valoro y resignifico cada día.

*Maestra en Educación. Catedrática de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco. alma.balderas@bycenj.edu.mx

Piensa en grande, haz en pequeño: El dulce sabor de una vocación inquebrantable

Silvia Leticia Romo Jiménez*

Mi historia comienza en el seno de un hogar sencillo; mi madre, una mujer de una fortaleza y una visión inquebrantables, apenas contaba con la educación primaria trunca. Sin embargo, poseía una sabiduría de vida que ya quisieran muchos doctores. Ella siempre nos sentaba a mis hermanos y a mí, nos miraba a los ojos con esa convicción tan suya y nos repetía como un mantra: «Hijos, para que les vaya bien en esta vida y tengan un futuro seguro, no hay mejor carrera que ser docente». Para ella, el magisterio era el pilar del mundo, la profesión más noble y respetable a la que cualquier ser humano podía aspirar.

Por otro lado, estaba mi padre. Él sólo había llegado hasta la secundaria, pero albergaba en su interior el alma de un erudito. Le encantaba leer. Su mayor afán era contagiarnos ese amor por las letras y los números. Recuerdo como si fueran ayer las tardes en casa; él nos ponía a leer en voz alta, corrigiendo nuestra entonación, pero su táctica maestra estaba en las matemáticas. Nos ofrecía dulces con la única y estricta condición: teníamos que estudiar y memorizar las tablas de multiplicar. Cada acierto era premiado. Así, entre el azúcar de los dulces y la firmeza de sus lecciones, fui construyendo sin darme cuenta los cimientos de mi propia vocación.

Desde muy pequeña, la semilla ya estaba germinando. Yo me emocionaba muchísimo jugando con mis muñecas a que era la maestra. Las alineaba perfectamente, les pasaba lista y les explicaba lecciones imaginarias en un pizarrón que sólo yo veía. A veces, cuando se dejaban y la paciencia les alcanzaba, sustituía a las muñecas por mis hermanos. Yo era la autoridad en aquel pequeño salón de clases improvisado en nuestra habitación, y sentía una satisfacción inmensa al “enseñarles” lo que yo creía saber.

El tiempo pasó y entré a la secundaria. En medio de los cambios propios de la adolescencia, las nuevas amistades y las materias más complejas, por un momento olvidé la idea de ser maestra. La vocación

pareció adormecerse, pero en el fondo, mi esencia seguía ahí. Siempre que había oportunidad, me descubría a mí misma apoyando a mis compañeras de clase con los temas que no entendían. Sin proponérmelo, lideraba varias actividades, organizaba equipos y tomaba la batuta. En esa misma época comencé a asistir a un grupo de la Iglesia y me invitaron a dar catecismo a los niños más pequeños. Fue ahí donde la chispa volvió a encenderse con una fuerza arrolladora.

Me apasionaba preparar mis clases de catecismo. Hacía materiales didácticos coloridos, recortaba figuras, inventaba dinámicas. Para mí, aprender sobre la fe no tenía por qué ser aburrido, así que ponía a los niños a jugar, a brincar y a cantar. Sin embargo, mi metodología revolucionaria no era del agrado de todos. Las catequistas mayores, mujeres de una escuela mucho más tradicional y estricta, me llamaban la atención constantemente. Me decían con el ceño fruncido que así no se impartía el catecismo, que aquello debía ser un acto de total seriedad y solemnidad. A veces me entristecía mucho escuchar sus regaños, llegaba a dudar de mí misma y me preguntaba si estaba haciendo las cosas mal. Pero toda esa tristeza se me olvidaba en un instante al ver las caritas iluminadas de mis alumnos, quienes me rogaban que hiciéramos ese tipo de actividades.

Pasé a la preparatoria y, para entonces, la idea de la docencia no cesaba de dar vueltas en mi cabeza. En aquel entonces, en la escuela se impartían unas materias optativas cuyo objetivo principal era orientar nuestra vocación profesional. Recuerdo que en mis resultados y afinidades siempre resaltó la parte de las ciencias sociales y las humanidades. A medida que se afianzaba mi vocación, otras carreras afines llenaban mi mente y me hacían dudar: trabajo social, psicología, recursos humanos e incluso odontología. Por supuesto, todas ellas tenían cierta relación con el trato humano y el servicio. Pero pronto comprendí algo que se dice mucho en el gremio: un maestro es, en el fondo, un “todólogo”. Un docente maneja la psicología para entender a sus alumnos, el trabajo social para comprender su contexto, los recursos humanos para mediar en el aula, y hasta es un poco médico para curar las rodillas raspadas. Todo convergía en la enseñanza.

Durante la prepa, aunque ya no daba catecismo a los niños, seguí participando activamente en el grupo de jóvenes de la iglesia. Una de nuestras mayores encomiendas era preparar los temas para la SE-JUVE (Semana de la Juventud). Al principio, cuando yo era más joven, solo recibía las pláticas de los integrantes mayores. Pero conforme fui creciendo y madurando, me tocó a mí el gran reto de preparar y exponer temas para los chicos que recién se iniciaban en el grupo. Era sumamente motivante. Después, el desafío creció: me pidieron dar temas a los adultos más grandes, a los papás y abuelos de algunos integrantes de la comunidad. Pararme frente a personas con tanta experiencia de vida y lograr transmitirles un mensaje fue, la verdad, una experiencia increíble que terminó de forjar mi carácter frente a un grupo.

Se llegó el temido día en que casi me graduaba de la preparatoria y debía decidir qué estudiar. Era una tarea sumamente difícil. Como ya comenté, varias carreras llamaban mi atención, pero la que más fuerza tomaba era la de ser maestra, específicamente de nivel preescolar. Quería ser educadora. Sin embargo, mi mamá me decía: “¿Para qué te vas tan lejos? Me da mucho pendiente”. En aquel entonces, la Normal para Educadoras estaba “hasta las Águilas”. A pesar de que no era una distancia insalvable desde donde yo vivía, yo seguía insistiendo con terquedad que eso era lo que quería, pero ella, aun sin tener experiencia académica ni una carrera, me argumentaba con una seguridad aplastante: “Mejor estudia para maestra de primaria. Hay muchas escuelas; puedes trabajar en el turno matutino o en el vespertino”. Tenía toda la razón del mundo. En aquella época, los kínder solamente trabajaban por el turno matutino y muy pocos por la tarde, principalmente porque cursar el preescolar aún no era obligatorio.

Para convencerme, mi mamá me llevó a ver la escuela donde ella soñaba que estudiara no sólo yo, sino todos sus hijos: la emblemática Escuela Normal de Jalisco, hoy conocida como la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco (ByCENJ). Resultó que esta institución estaba a tan solo diez minutos de mi casa. ¡Me podía ir caminando! La verdad es que me emocioné profundamente al verla. Con sus imponentes murales que contaban la historia de la educación, tan

grande y majestuosa, y su hermoso teatro griego... ¡Wow! En ese preciso instante dije: «Aquí quiero estudiar».

Así fue como, llena de ilusiones, hice los trámites de ingreso junto con mi hermano. Pasaron los nervios de los exámenes y llegó el día de buscar nuestros nombres. ¿Y cuál va siendo mi triste resultado? No había salido en las listas de admitidos. Sentí que mi mundo entero se derrumbaba. Para entonces yo ya tenía clarísimo a lo que me quería dedicar, no había un plan B, no había vuelta atrás. Al no ver mi nombre, pensé que jamás haría realidad mi sueño. Lloré amargamente con una frustración que me quemaba el pecho, sobre todo pensando en la ironía del destino: mi hermano sí había salido en las listas, ¡y él quería ser doctor, nada que ver con la docencia! Y ahí estaba su nombre, mientras el mío brillaba por su ausencia. Yo me preguntaba: «¿Y ahora qué voy a hacer con mi vida?».

Justo al salir de la Normal, con los ojos hinchados de tanto llorar, escuché que varios chicos comentaban que se reunirían en la FEG (Federación de Estudiantes de Guadalajara). El objetivo era solicitar a las autoridades una revisión de los puntajes para obtener más lugares en la lista de prelación. Me aferré a esa esperanza. Así pasaron varias semanas de angustia, en las que íbamos a reuniones y los dirigentes de la FEG trataban de gestionar alguna solución con la directora de la institución.

Al fin se logró la revisión de los puntajes. Yo estaba histérica, muy nerviosa, pensando que si esa oportunidad también se me escapaba, querría decir que definitivamente el magisterio no era mi vocación, que la vida me estaba cerrando la puerta. Pero mi sorpresa fue mayúscula cuando, al publicarse la revisión, ¡mi nombre apareció! Yo dije: «¡Ya la hice!».

Estaba emocionadísima otra vez, una luz de esperanza volvía a iluminar mi camino.

Sin embargo, esa luz estuvo a punto de apagarse de nuevo. Nos reunieron con la directora y nos dio un balde de agua fría: nos dijo que no sería tan fácil entrar. Nos aplicarían otra prueba, un examen definitivo. Si no lo pasábamos, nos sentenció, significaría que verdaderamente no era nuestra vocación y tendríamos que irnos. Era la última oportunidad. Estudié con el alma y, ¿cuál va siendo mi sorpresa? ¡No

solo pasé el examen, sino que quedé en los primeros lugares! Yo gritaba de emoción, brincaba de alegría, confirmando que mi sueño sí se iba a cumplir a pesar de todos los obstáculos.

Ya estudiando dentro de mi amada Normal, confirmé mi vocación desde las primeras prácticas frente a grupo. El olor a gis, el ruido de las butacas, todo me fascinaba. Además, viví la experiencia normalista al máximo. Me preparé e integré en varios grupos especiales: estuve en el taller de teatro, fui porrista, ¡qué tiempos aquellos!

Pronto se acercó la graduación y, con ella, la incertidumbre. Comencé a pensar: ¿Y ahora qué sigue? Ya terminaré, pero... ¿Y mi plaza? Egresé de la Normal en una época donde, lamentablemente, había muy pocas plazas disponibles. Sin embargo, se había creado un programa llamado PEPJA (Educación de Personas Jóvenes y Adultos). Era un sistema muy similar al INEA (Instituto Nacional para la Educación de los Adultos), pero PEPJA estaba diseñado específicamente para Licenciados en Educación Primaria. Me animé y acepté trabajar de manera interina en una comunidad rural, dando clases a jóvenes y adultos que no sabían leer ni escribir. Fue una experiencia profundamente gratificante, que confirmó que mi verdadera vocación estaba en el servicio a los demás.

A la par de ese trabajo, logré conseguir una plaza municipal dando clases en una escuela primaria. Al cabo de un rato, mi tan anhelada plaza federal me llegó por correo. Fue casi un milagro; por azares del destino, una prima de mi esposo me relacionó con una persona, la cual me ayudó de manera totalmente desinteresada. Al fin, el círculo se cerraba. Estaba cumpliendo totalmente mi sueño.

A lo largo de todos estos años, estoy plenamente convencida de que el que persevera, alcanza. Hay una frase que hice mía y que me define en todos los aspectos de mi vida: «Piensa en grande, haz en pequeño».

Alguna vez, una niña soñó con ser maestra mientras jugaba con sus muñecas y anheló estudiar en la imponente ByCENJ. Lo logró. Al recorrer los pasillos de esa gran institución como alumna, soñó con algún día dar clases en la misma escuela que la formó. Lo vio como una meta a mediano o largo plazo y no se rindió. Perseveró trabajando de

manera meritoria, picando piedra, y logró convertirse en catedrática, trabajando con todo el corazón y dejando una huella imborrable en las nuevas generaciones de futuros docentes.

Esa misma mujer soñó más adelante con ser directiva de una escuela primaria. Hizo lo de siempre: pensó en grande, se preparó con disciplina, estudió y lo consiguió. En la actualidad, miro hacia atrás y me siento profundamente agradecida por cada tropiezo y cada victoria. Sigo pensando en grande y haciendo en pequeño todos los días, paso a pasito, desde mi trinchera, porque hoy sé con absoluta certeza que todo, absolutamente todo, lo podemos lograr.

*Doctora en Educación. Directora de la Escuela José Clemente Orozco y catedrática de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco.
silvia.romo@bycenj.edu.mx

Mi hija es maestra de maestros

María Guadalupe Guerrero Domínguez*

Siendo la hija mayor de cinco hermanos, mi padre, un administrador de empresas jubilado, siempre estuvo a mi lado para orientarme en la escuela, siempre me motivó a dar lo mejor y, por tanto, también esperaba recibir las máximas calificaciones de mi desempeño.

Por otro lado, una hermana de mi padre elige ser profesora, en cuerpo y alma, porque se casó con el magisterio; el preescolar lo cursé en la institución educativa donde mi tía, la maestra Esther, ejercía, Escuela Atala Apodaca, que contaba con kínder y primaria. Desde que tengo memoria, mi nombre siempre fue seguido de una instrucción: “Ayuda a tus hermanos con la tarea”, “Ponles el ejemplo”.

Mi infancia transcurrió entre juegos y ensayos para la vida adulta. Mi casa era un aula divertida, donde aprendí a leer entre líneas y el llanto de la hermana bebé menor de cinco. Algunas veces aparecía la frustración como niña de primaria frente a una operación y la crianza de mis padres con el puño de hijos que debían atender. Algunos de ustedes pensarán que, al crecer, el ruido y las preguntas constantes me harían huir; pero descubrí que mi lugar en el mundo estaba ahí precisamente, en el momento exacto en que la confusión se transforma en claridad.

Decidí ser docente porque entendí que enseñar no es mandar, sino tender puentes. Mis hermanos fueron mis primeros alumnos y, si a eso le agregamos que cuando iba a entrar al nivel de secundaria, mi padre y mentor adquirió el Libro Guía para el Examen de Admisión al Nivel, me apoyó bastante la capacitación que incluso otros primos iban a ingresar a la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco, cuando no se requería el bachillerato. Y un reto para ellos que más recuerdo eran los problemas matemáticos que implicaban operaciones con regla de tres y el tanto por ciento; considero que gracias a mi explicación pudieron entender los procesos. Con ellos aprendí que cada cabeza es un universo y que la paciencia es el lenguaje del amor. No elegí esta carrera por falta de opciones, sino porque conocía el poder transformador de una explicación dicha con calma.

Dicho sea de paso, ingresé a la secundaria que había elegido como primera opción, la 6 Mixta, turno matutino; disfruté bastante con maestros que me marcaron muchísimo con sus metodologías de enseñanza, como el maestro Hipólito, que nos impartía la clase de Biología y nos invitaba a seguir leyendo y descubriendo el misterio de la ciencia; y así puedo seguir nombrando a cada uno, también profesores cuyos métodos eran impositivos y que muchas veces no entendía el porqué de las actividades, pero que debía cumplir con eso para no perder mi promedio, que siempre fue dentro de los tres primeros lugares.

Llegó el momento de cursar el Bachillerato y la pedagogía pasó a ser una práctica esencial; opté por elegir las áreas pedagógicas. Tres días de la semana íbamos a la preparatoria y dos a las áreas; definitivamente, ese adiestramiento formó la etapa pre-científica. La divido en el cúmulo de enseñanza tradicional, estructuración de lecturas centradas en Juan Amos Comenio, considerado el padre de la pedagogía moderna, del que recuerdo que buscó separar la enseñanza de la religión.

Otro de los aspectos relevantes que daban vuelta en mi mente era la profesionalización; cada vez leíamos más sobre las ramas de la pedagogía, sus recursos y la parte científica, donde entendía poco a poco la realidad dinámica del ser. La maestra que nos impartía la materia de Didáctica nos enfrentaba a comunicar la clase de forma magistral; era un nerviosismo a dar lo mejor de nosotros, porque nos revisaba con rigor, desde el diseño de la planificación (carta descriptiva), la presentación personal, el tipo de expresión oral, los materiales didácticos, la evaluación, entre tantos aspectos más que se me escapan en este momento.

Percibí que la pedagogía dependía de otras disciplinas que la fortalecían en el sustento científico y me atraparon los hallazgos de la psicología para entender cómo el estudiante aprende y se desarrolla. Es así que, al ingresar al nivel de pregrado, me inclino por la psicopedagogía; ¿por qué lo menciono así? La Universidad de Guadalajara me apoyó con la Licenciatura de Psicología; mientras me preparaba como psicóloga, diagnosticaba conductas o problemas emocionales y, durante los veranos, la Escuela Normal Superior de Jalisco, con la Licenciatura en Pedagogía, que me terminó de formar en el diseño curricular, las estrategias de enseñanza para superar esas barreras.

Al cursar el 2.º año de la carrera de Psicología y Pedagogía, justo a mis 20 años de edad, empecé a impartir clases en el nivel de secundaria, supliendo a los docentes que por distintas circunstancias no asistían y era entonces que ingresaba al grupo. Los primeros días improvisé; los siguientes ya me di la oportunidad de combinar la teoría académica con la práctica docente, un gran reto, porque descubrí a través de la psicología educativa que el desarrollo cognitivo durante la adolescencia se atraviesa por grandes cambios en la estructura y función del sistema nervioso central (encéfalo). Aunado a esto, el contexto social: Sector Libertad del municipio de Guadalajara.

Se distinguía claramente que las conductas inadecuadas estaban a la orden del día, hijos de padres ausentes por las diversas causas del tejido social, pandillerismo, violencia intrafamiliar, abusos de todo tipo, por mencionar algunas situaciones; de esta forma, las funciones cognitivas más complejas como la toma de decisiones y la planificación de tareas se diferenciaban en las tres etapas de la adolescencia temprana (de los 10-13 años), media (de los 14-16 años) y tardía (de los 17 y más).

Por otro lado, el desarrollo socioemocional de los adolescentes, confieso que la mayor parte de la clase traté de apoyarlos con estrategias sencillas y esenciales para la salud mental. Recuerdo una experiencia que me significó bastante; vamos a nombrar al alumno Junior para proteger su identidad. Un adolescente no aceptado por sus compañeros a primera vista, recordemos que estaba como maestra suplente, con mis conocimientos apenas básicos de psicología, apliqué un sociograma (una herramienta que mapea visualmente las relaciones de un grupo); suele traducirse en dos perfiles distintos con experiencias emocionales profundas: el rechazado (con muchos votos negativos) y el aislado (sin votos, simplemente olvidado).

El sociograma reveló “la radiografía socioafectiva del grupo” y me permitió distinguir a un adolescente rechazado, con numerosas flechas rojas y pocas o ninguna azul (elecciones). Al descubrir la realidad, inicié mi función como tutora individual; en alguno de los recesos que coincidía con él, platicaba vivencias de su sentir de hostilidad. Su autoestima era aceptable, un chico con las necesidades vitales cubiertas,

incluso con ropa de marca, de mejor nivel económico que sus compañeros; a menudo desarrollaba conductas disruptivas como mecanismo de defensa al rechazo.

Transcurría el año de 1990 y cada vez descubría en mí habilidades de empatía que me permitían conectarme profundamente con las necesidades de los alumnos. Considero que, a partir de este momento, me convertí en profesora, y en 1992, titulada, en otras palabras, una profesional que combinaba el entendimiento del comportamiento humano con la práctica pedagógica. He creado un perfil único enfocado primero en la persona del alumno, hasta lograr el desarrollo integral del mismo.

Al integrar ambos mundos, la labor docente y la de psicóloga, en ese nivel donde trabajé con adolescentes por cinco años, entendí algo esencial: aunque ambas profesiones buscan el bienestar del estudiante, como docente, mi objetivo principal de lograr el aprendizaje de los contenidos curriculares y el desarrollo de las competencias, algunas veces, era rebasado por el analizar el comportamiento para superar obstáculos emocionales. La relación con mis alumnos se volvió una figura de referencia diaria y académica para detectar situaciones de alerta; era más asesora y hábil escucha de sus dificultades familiares.

Con todas esas experiencias, se presenta la oportunidad de apoyar como maestra adjunta en la Escuela Normal Superior de Jalisco (ENSJ) y comienzo a estudiar la maestría en el Instituto Superior de Investigación para el Magisterio (ISIDM). Recuerdo el curso con el que inicié a dar clases; fue el de Pedagogía Comparada. Fue algo inolvidable; la experiencia la puedo asemejar a un intercambio constante entre la teoría avanzada y la práctica docente con otro nivel de estudiantes, que algunos de ellos eran mayores a mi edad y además ya tenían alguna otra formación profesional.

El rol que desempeñé lo sentí con bastante responsabilidad, porque no sólo enseñaba la materia, sino que modelaba el comportamiento de futuros maestros. El desafío del modelaje se acrecentó cuando en 1996 ingresé como catedrática a la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco; percibía que los estudiantes no sólo escuchaban lo que les decía, sino que me observaban cómo lo decía.

Es decir, ser el ejemplo; como estudiante de maestría, mis estudiantes esperaban que les llevara las metodologías más innovadoras o las teorías más recientes.

Confieso que lo que aprendía en el posgrado los sábados, intentaba aplicarlo el lunes; desde mi visión, todo esto me ayudó a que mis sesiones de clases se mantuvieran vigentes. Recuerdo algunos debates con discusiones frescas sobre diversas teorías pedagógicas y psicológicas para convertirse en sabedores del desarrollo integral de los niños. Siento que, al mejorar la formación de los estudiantes normalistas, estoy impactando indirectamente en las tantas generaciones que atenderá en el futuro.

Gracias por la reflexión porque decidí ser docente; recurrí a mi memoria histórica. Ahora sí que recordar es vivir, y cerrando con la familia, mis padres siempre orgullosos refieren a sus conocidos: “Mi hija es maestra de maestros”.

*Licenciatura en Educación. Docente de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco. guadalupe.guerrero@bycenj.edu.mx



Cartografía de una vocación: entre el universo y la enseñanza

Gerardo Guzmán Silva*

Ésta es la historia de un niño peculiar. Aprendió a leer cuando tenía cuatro años de edad y, desde ese momento, supo que las letras marcarían su destino. Oriundo de Ayotlán, Jalisco, el sexto de ocho hermanos, creció en el seno de una familia numerosa donde la subsistencia era el motivante cotidiano y la atención de los padres debía repartirse con precisión.

Como todos los niños del pueblo –hermanos, primos y vecinos– recibió su primera instrucción escolar con la señorita Carmen Silva Hernández, profesora jubilada y que había destinado su casa a escuela particular tras su retiro. Cabe agregar que ella era también tía abuela de nuestro protagonista.

En esa casa-escuela, se asistía de dos a seis de la tarde, y los ejes formativos eran la gramática, la aritmética y la historia sagrada. Fue ahí donde, sin saberlo, ese niño encontró la profesión a la que dedicaría su vida. Aprendió a leer con prontitud, a escribir en letra cursiva y script a resolver problemas con operaciones básicas y a comprender el mundo desde la cosmovisión de la religión católica.

Los sábados eran una pequeña tortura, puesto que no había clases. Entonces le pedía a su mamá que lo dejara ir a visitar a la tía, a cambio de realizar los quehaceres asignados más veces de lo habitual. Aquella casa era un universo en sí misma: abundaban las plantas, pájaros, un gato naranja, hermoso y de carácter indomable, que le dejó algunas cicatrices en las manos, pero también un recuerdo entrañable.

Había algo más: misterio y libros. Fue ahí donde comenzó a gestarse su amor por las palabras y por su poder. La tía solía decir que la palabra era la puerta para lograr cualquier cosa y que enseñarla a otros era la mayor recompensa que podía tener un ser humano. Aquellas ideas no encontraron eco inmediato en la mente infantil del niño; sería hasta la adolescencia cuando cobrarían sentido.

Este breve contexto devela la identidad del protagonista: ese niño soy yo, Gerardo. A partir de aquí, me permito hablar en primera persona a partir de ahora.

Ingresé a la escuela primaria a los seis años, directamente a segundo grado, casi por concluir. Mis adelantos académicos, fruto de la enseñanza de mi tía Carmen, me permitieron omitir el primer grado y parte del segundo. Fue una etapa compleja: mis compañeros eran mayores y compartíamos poco en experiencias e intereses. Sin embargo, mis dos profesoras hicieron lo posible por incluirme. Durante esos años, mi fascinación por el universo y su funcionamiento se intensificó; tenía claro que mi vida estaría ligada, de una u otra forma, a la dinámica de la Tierra, sin abandonar nunca las letras.

La secundaria reforzó, paradójicamente, lo que no quería ser. Mi profesora de Geografía enseñaba desde una perspectiva memorística, desprovista de pensamiento crítico. Lejos de desalentarme, aquello despertó en mí una inquietud más profunda: comprender, cuestionar y explicar el mundo. Fue entonces cuando por primera vez pensé en ser maestro. Me decía a mí mismo: si algún día enseño Geografía, seré lo opuesto a esta profesora.

La preparatoria fue decisiva. Sabía que las ciencias sociales eran mi camino, pero aún no elegía una carrera. Una plática con profesionistas invitados marcó el rumbo: la Escuela Normal Superior de Jalisco formaba maestros de Geografía. La decisión fue inmediata.

No consulté a mis padres, quienes esperaban que estudiara medicina, arquitectura o incluso ingresara al seminario. Una tarde, en el único cibercafé del pueblo, busqué información sobre la Normal. En el proceso encontré también la licenciatura en Geografía, que formaba especialistas en la ciencia con un campo laboral que incluía la docencia. A mis padres les dije que estudiaría relaciones internacionales; en realidad, inicié los trámites para Geografía.

Ingresé, confesé la verdad y, tras una discusión ríspida, aceptaron apoyarme, aun cuando implicaba mudarme a la ciudad. Durante los años de formación me apasioné por la investigación social, pero el destino ya estaba trazado: la docencia me esperaba.

Al egresar, exploré diversas opciones laborales sin encontrar convicción. Fue un compañero quien me sugirió dar clases. Lo intenté y la respuesta fue inmediata. Elegí una pequeña escuela privada que ofrecía bachillerato intensivo para adultos y programas

de alfabetización inicial. Yo buscaba impartir bachillerato, pero las clases de alfabetización eran mejor remuneradas. Acepté sin dimensionar el reto: enseñar a leer y escribir a diez adultos mayores de cuarenta años.

Fueron meses de estudio, de lecturas intensas y de diálogo con otros docentes. No seguí un método único; me guie por la intuición y por la literatura que llegaba a mis manos. La combinación de estrategias dio resultado: en menos de ocho meses, aquellos adultos lograron decodificar, escribir sus nombres, los de sus seres queridos y construir enunciados completos.

Ese momento transformó mi vida. Comprendí, por fin, las palabras de mi tía Carmen: la palabra puede cambiarlo todo, pero enseñar a alguien a usarla es el mayor privilegio. En esa pequeña sala decidí que a eso dedicaría mi existencia.

Desde entonces presenté el examen de oposición y, a lo largo de casi diecisiete años, he enseñado arte, inglés, español, historia, geografía e incluso francés como lengua extranjera. He tenido la oportunidad de asumir cargos directivos en dos ocasiones, pero los he rechazado. Mi lugar está ahí, en la trinchera que llamamos aula.

Hoy, la vida me ha llevado a formar nuevos docentes. Y, curiosamente, mis áreas de enseñanza son la alfabetización inicial y la didáctica de la Geografía en educación primaria. Desde ahí, contribuyo —con convicción— a la formación de profesores críticos, capaces de orientar en medio de la compleja topografía social contemporánea.

Es profundamente emocionante caminar por la calle y que antiguos alumnos, ahora jóvenes, se acerquen y recuerden con afecto aquellas clases de Geografía. En esos encuentros breves, en esas palabras que regresan, confirmo que enseñar no es sólo transmitir contenidos: es dejar huellas invisibles, es sembrar preguntas, es abrir horizontes.

Porque, al final, mi historia no es otra cosa que eso: una cartografía. Un mapa tejido con palabras, con territorios y con encuentros humanos. Un mapa que comenzó en una casa llena de libros y misterio, y que hoy se sigue trazando en cada aula.

Por eso soy maestro: porque encontré en el universo un motivo para asombrarme, en la geografía una forma de comprender el mundo y en la enseñanza la manera más profunda de habitarlo y transformarlo.

*Doctor en Investigación Educativa Aplicada. Catedrático de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco y profesor de la Escuela Secundaria Mixta núm. 57. gerardo.guzman@bycemj.edu.mx

La magia de ser docente

Anabel Godoy Padilla*

Cuando hago una retrospectiva de mi historia y las decisiones que han cambiado el rumbo de mi vida, encuentro magia. El docente actual debe tener unas características muy especiales, aparte de los pedagógicos y académicos. Me refiero a características que tienen que ver con la responsabilidad social, la capacidad de adaptarse a los cambios, identidad y amor a la profesión. Lo anterior lo menciono porque es fácil que cualquier persona estudie en una Normal, se titule y logre ser docente, pero convertirse en un docente con vocación, pero ser docentes de corazón, es otro tema distinto, es lo que quiero explicar en este relato “somos magia”.

En mis inicios para escoger la profesión, cuando terminé mi bachillerato, nunca pasó por mi mente ser docente de primaria, mi ilusión en ese momento era estudiar la carrera de diseñador gráfico en la Universidad de Guadalajara (UdeG), después de intentar dos veces ingresar a dicha carrera y no lograrlo el desánimo me invadió. Mi madre me comentó que su compañera de trabajo tenía a una hija estudiando en la Normal para maestra y le platicó que era lo máximo y que tendría trabajo seguro. Así fue, preparé papelería, tramitologías, ¡presenté el examen de conocimientos y una entrevista con un psicólogo de la institución y... que salen las listas! Logré ingresar a la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco (ByCENJ), yo dije, vaya que nombre tan potente y largo, comienza la magia.

Llegué al aula y transcurrieron algunas semanas, pero yo no me sentía satisfecha, me sentía que no encajaba, no entendía muchos términos, escuchaba temas que decían eran muy importantes en clases del primer semestre, como las narrativas, la docencia, el trabajo en el aula, la organización de las actividades, la disciplina con los niños, pero yo sólo pensaba en darme de baja porque seguía sin tomarle sentido a nada. Entonces recibí una propuesta de un vecino maestro de primaria, requería a un estudiante normalista para cubrir grupos en la escuela donde él estaba encargado de dirección.

Acepté y me dan un listado de páginas y temas que tenía que desarrollar con un grupo de tercer grado de primaria. Pues no supe ni

qué hacer, cómo empezar, cómo hablarles, era un desorden, corrían, gritaban, se arrastraban y no me hacían caso, entonces recordé una clase en la Normal, donde decían que el canto y el juego, empecé a aplaudir con ritmo y logré atención de algunos, luego usé mis pies y logré atrapar a otros, por fin me pusieron atención y logré organizar algunas actividades. Así logré terminar una semana en ese grupo y cuando me despedí de los niños, me dieron abrazos, me escribieron cartitas y me dijeron cosas tan lindas, que algo en mí cambió. Fue mi primera decisión importante, quedarme y titularme.

Comencé a buscar oportunidades en varias escuelas como interina, porque en ese tiempo no existían los exámenes para el ingreso al servicio y como no tenía conocidos o parientes que me ayudaran a conseguir una plaza. Cubrí interinatos en grupos de primarias lejanas a mi domicilio, pedía raites con el lechero, caminaba distancias largas de donde me dejaban los camiones. También cubrí interinatos en PEP-JA que era un programa de alfabetización comunitaria para jóvenes y adultos, que tenían convenio con INEA y fue aquí donde conseguí mi plaza de base, después de tres años de cubrir interinatos.

La clave de la plaza era en el municipio de Cabo Corrientes, Jalisco, mi papá me acompañó en el recorrido que fue: tomar un camión de la central de Guadalajara a la central de Puerto Vallarta, de la central de ahí tomamos un camión a una colonia llamada el túnel, ahí esperamos un camión que salía cada hora al Tuito, llegamos a esperar otro camión que salía a las dos la tarde, éste nos llevaría a las comunidades que me tocaba atender: Ipala, Naranjitos y Aquiles Serdán, todos cerca de la playa.

Entre el polvo, la terracería y tres horas, llegamos a Ipala, donde nos recibió una familia con mucho cariño y nos dieron de cenar frijolitos con tortillas recién hechas en el fogón. Me presentaron a mis alumnos en las tres comunidades, el comisario ejidal y las escuelas donde daría clases. Mí papá regresó a Guadalajara y me dejó encargada con todos los pobladores de las comunidades, pero antes de irse me dijo unas palabras mágicas que atesoro en mi corazón y con orgullo ¡hija estoy orgulloso de ti, eres muy valiente! Ahí duré tres años y medio, me tocó pelear con un sapo por el agua de una pila para bañarme, no había luz, me levantaba a mojarme la cara y los pies para mitigar el calor,

mi baño era un bote de plástico porque no había drenaje ni baños, las casas eran de palitos y tejas, tuve miedo por estar lejos de mi familia y no contar con los servicios a los que estaba a usar comúnmente en una ciudad, me quemé los dedos de mis manos aprendiendo a hacer tortillas, me enseñaron a pescar con trasmallo en el estero, me prestaron un catre para dormir, pasaba ríos con mi maleta en la cabeza, daba clases a jóvenes con los módulos y materiales del INEA y adultos de tres niveles preescolar, primaria y secundaria.

Duré tres años y medio en esas comunidades, la gente me adoptó como parte de sus familias y yo me involucré en proyectos comunitarios de sustentabilidad, como reciclado, pasto hidropónico, abastecimiento de agua potable, forestación de maderas finas y la nomenclatura de las calles, todo esto me hizo crecer como persona y profesional valiente, resiliente y aprendiendo constantemente.

Llegó una fecha en que mi plaza del programa PEPJA dejó de existir porque el gobierno ya no la financió, entonces me reubicaron en Zapopan, en Santa Cruz de las Flores, esta comunidad en un cerro y con una población de 10 familias algo alejadas de la escuela. La escuela era unitaria, con 17 niños de primero a sexto grado de primaria y dos aulas, aquí tuve que realizar funciones de director y docente de todos los grados, organizar el aseo con la comunidad, festivales y proyectos yo sola. Contaba con luz, agua potable, baño, una cuarto para quedarme a dormir, una familia se turnaba cada semana para ofrecerme desayuno, comida y cena, aquí probé gorditas de nata en hojas de roble. Hacía dos horas y media para llegar a Guadalajara, ya contaba con una camioneta, así que los lunes citaba a los niños a clases a medio día, de martes a jueves les daba clases en la mañana y por la tarde teníamos taller de lectura y manualidades, los viernes regresaba a Guadalajara. Más aprendizajes y desafíos en este espacio, pues tuve que planear propuesta Multigrado y no fue nada sencillo.

Terminé el ciclo escolar y tramité mi cambio a un espacio más cerca de Guadalajara, me tocó en la colonia Monumental, muy cerca del Estadio Jalisco, a quince minutos de mi casa. Llegué a una primaria de organización completa, con todos los servicios, muchos compañeros que cada quién atendía sólo un grado. Me asignaron cuarto grado

y traigo conmigo algunos regalos mágicos que me había dado mi profesión: resiliencia, valentía, experiencia y seguridad.

Aquí me enfrenté a un desafío importante, porque el director preguntó a quién le gustaría atender primer grado, levanté la mano y le dije ¡A mí démelos! Me apoyé de una compañera de USAER y ella me apoyó todo el ciclo escolar con el método alfabético, hizo modelaje de clase, me dio recomendaciones para hacer dictado, registros, uso de material didáctico, cómo dialogar y explicarles a los padres de familia la forma de trabajo, en fin, fue una verdadera conformación de lo que ahora llamamos Comunidad de Aprendizaje Profesional (CAP). Me gustaba tanto mi trabajo y me sentía bendecida por todo el crecimiento personal y profesional, duré diez años y me hice de un prestigio entre la comunidad y los niños. En este periodo se me presentó la oportunidad de trabajar en la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco, como catedrática en mi Alma máter.

Un día, entró en vigor la Ley del Servicio profesional Docente (LSPD), una reforma laboral en donde obligó al magisterio a evaluarse y capacitarse constantemente. En este periodo de mi vida laboral me enfrenté a varios desafíos y los convertí en oportunidades de crecimiento y expansión, uno de ellos fue concursar en mi plaza de primaria para Asesor Técnico Pedagógico (ATP) y lo logré, esta función me ofrecía la oportunidad de compartir mis experiencias con otros compañeros docentes y capacitación constante. Otro desafío importante fue estudiar un posgrado, se requería para dar cátedra en la ByCENJ, logré terminar maestría y doctorado.

Hoy, con 23 años en el servicio, puedo decir que soy otra persona totalmente distinta y me encanta. Trabajo en mi Alma mater como catedrática, me siento plena y feliz, porque comparto toda la información relevante de mi función de ATP, mi experiencia como maestra rural, maestra de primer grado de primaria con mis alumnos que serán futuros docentes, les doy consejos, los guío, los motivo a ser los mejores maestros, a amar su profesión, trato de que descubran la magia que tiene ser docente. Me reconstruí y descubrí que la mejor decisión es escoger este hermoso camino, Por eso, me hice docente.

*Doctora en Ciencias de la Educación. Catedrática de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco y Asesor Técnico Pedagógico en educación primaria. anabel.godoy@bycenj.edu.mx

Ser docente, la mejor decisión

María Elodia Díaz Quezada*

Quien enseña, aprende dos veces

Siempre he pensado que servir al otro es lo más gratificante que un ser humano puede experimentar.

Soy María Elodia Díaz Quezada, Licenciada en Educación Primaria; actualmente desempeño la función directiva en una escuela primaria federal perteneciente al municipio de Guadalajara, Jalisco, en el turno matutino, y catedrática de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco en el turno vespertino.

Tener a personas que te inspiren es la manera más fácil para convertirte en una versión mejorada de cada una de ellas, porque al conjugarse en uno mismo, se combinan de formas inesperadas que transforman tu vida completa, tu forma de ser, tu manera de pensar y de actuar.

Este es un homenaje a todas las personas que han transitado un mi tren de vida académica y personal, porque contribuyeron a crear el ser humano en el que me he convertido, porque con su presencia en mi vida, han dejado muchos aprendizajes y experiencias que me hicieron crecer física, mental y emocionalmente; porque con su ejemplo de entrega y compromiso, contagiaron en mí las ganas y el deseo de ser un poco como cada uno de ellos.

Ocupo el lugar número ocho de mis hermanos, así que me tocó convivir con mi familia de una manera muy especial, porque al ser la más pequeña, tuve la oportunidad de aprender de todos ellos, especialmente de mis dos hermanas mayores, que estudiaban para maestras cuando yo cursaba la primaria, y me gustaba verlas preparar material didáctico para llevar a sus prácticas intensivas, o cuando tenían algún festejo en el colegio donde fueron formadas como docentes (la Normal Nueva Galicia), y se veían muy contentas con lo que ahí aprendían.

A menudo me invitaban a sus actividades extra escolares y veía que la docencia era muy bella, que tenían un ambiente de respeto y

colaboración, por lo que yo quería convertirme en maestra también, por aquella admiración y respeto que veía en mis queridas hermanas Lidia y Leticia.

Al paso de los años, esa idea se disipó un poco, pues me llamaba la atención convertirme en psicóloga, porque servir al otro estaba presente, y me ilusionaba tener mi propio consultorio, en el que, según yo, podría ayudar a muchas personas, sin embargo, la idea de ser docente no había desaparecido del todo, menos aún cuando veía a mis hermanas ya convertidas en maestras y visitarlas en sus escuelas, porque me invitaban a ayudarlas en las festividades navideñas, del Día del Niño o del cierre de ciclo, y ese contacto con los pequeños, me agradaba mucho, porque me sentía muy feliz observando sus caritas inocentes, pícaras, de alegría y sus sonrisas sinceras.

En algunas ocasiones, cuando estaba cursando la preparatoria en el Instituto Nueva Galicia, fui a cubrir el grupo de una de mis hermanas, porque tuvo la necesidad de ausentarse unos días, y yo fui a darles clases a sus alumnos de primaria, lo que provocó el despertar nuevamente ese pensamiento de querer convertirme en docente. Así que sin más, cuando cursaba el tercer semestre de la preparatoria debía tomar una decisión muy importante, que era decidirme a continuar en el bachillerato general, o tomar el rumbo hacia el bachillerato pedagógico. No fue difícil hacerlo, pues estaba segura de que la docencia era lo que más anhelaba.

Y así comenzó mi carrera docente, desde un bachillerato pedagógico en el ING (Instituto Nueva Galicia), y posteriormente pasé a mi formación inicial docente en la Escuela Normal Nueva Galicia, lugar donde viví experiencias inolvidables que marcaron el amor a la docencia, la entrega y el entusiasmo hacia la labor docente, los valores universales aplicados en la educación, la creatividad, la innovación, la responsabilidad y muchas situaciones más que se quedaron presentes en mi formación, porque ahora la docencia se ha convertido en mi estilo de vida.

Inicié mi labor docente en un colegio ubicado en Ciudad Granja, con 2º grado; posteriormente me trasladé al colegio San Rafael del parque, en donde estuve 2 ciclos escolares y en los que aprendí mucho; luego hice solicitud para trabajar en el Colegio Antonio Caso, per-

teneciente a la Universidad Autónoma de Guadalajara, y ahí duré 7 ciclos escolares, porque era a lo que tenía acceso por ser egresada de una escuela Normal particular. Hasta que me atreví a iniciar en el sector público cubriendo interinatos, y como era inexperta en este sistema, me daban los que otros no querían, por ser sólo de tres meses, así que los tomaba con la ilusión de que algún día me quedaría con la plaza (si era de prejubilación), sin saber que eso no era posible...

Hasta que por fin se promueve la adquisición de plazas a través de un examen, y al enterarme de eso (2006) me inscribo, presento el examen, y obtengo el número de prelación 58. Sólo dieron 60 lugares, así que me dieron mi plaza en un lugar a 3 horas de Guadalajara, en el municipio de Zapopan, en el rancho “Cerca Morada” (Ni cerca, ni morada), y a pesar de que mis condiciones personales no eran muy buenas en ese momento, acepté irme y vivir la experiencia de ser maestra unitaria. Al inicio fue muy difícil entender cómo dar clases a 14 alumnos que pertenecían a los 6 grados escolares, en una comunidad con costumbres y raíces muy características del lugar, y desempeñar todas las funciones (docente, maestra, intendente y demás), era un escenario muy complicado para mí que estaba acostumbrada a atender un sólo grupo y con alumnos que asistían a colegios, donde sus condiciones socioeconómicas eran altas.

Pese a las precariedades existentes, las carencias, las necesidades urgentes de mis alumnos, las condiciones geográficas de la escuela, hoy por hoy puedo asegurar que ese ciclo escolar fue el más hermoso de mi carrera como maestra frente a grupo. Los aprendizajes se multiplicaban cada día, las muestras de cariño no cesaban, la alegría de las familias se contagiaba, los proyectos escolares tenían impacto en otras comunidades.... Ser maestra unitaria provocó en mí ver a mis estudiantes desde otra mirada, pues logré entender que mi labor no quedaba en un horario de 8:00 a 12:30, y que las acciones realizadas no sólo quedaban entre esos 14 niños, ni entre esas 9 familias, porque la escuela se convirtió en un lugar donde convergían otras comunidades vecinas, nos visitaban los tíos, primos, abuelitos y compadres, entre otros, durante las festividades llevadas a cabo ahí, como la posada, el Día de las Madres y la clausura.

Ser docente ha sido la mejor decisión que tomé en la vida, porque en ella me siento plena, soy capaz de tocar el corazón de mis alumnos y verlos crecer. Esta carrera es la más hermosa que alguien puede elegir, porque te permite ser y estar con el otro, aprender de ellos y crecer juntos, porque un maestro nunca deja de aprender; cada día, cada momento es una oportunidad para seguir avanzando y retomar caminos.

Ahora, que tengo la fortuna de ser formadora de formadores me siento con un compromiso mayor de dar lo mejor de mí, porque estoy convencida de que un buen docente debe inspirar al otro a ser mejor cada día, porque somos ejemplo y porque trabajamos con seres humanos, que piensan y sienten, que te contagian de sus energías y se fortalecen lazos de amistad, no sólo se queda en el aspecto académico.

Esta combinación de trabajar en una escuela primaria y en una escuela Normal, me permite aterrizar los contenidos de ésta en una realidad cercana, cotidiana y coherente.

Por eso me hice docente, porque hubo maestras que me inspiraron, porque el contacto con los niños confirmó mi gusto por esa carrera y ahora la disfruto al máximo. Con 29 años en el nivel primaria y con 13 años en escuelas Normales, puedo sentirme orgullosa de ser la docente en la que me convertí y sigo aprendiendo.

Así, esta narrativa es un homenaje a todos aquellos maestros que tocaron mi corazón durante mi formación académica, por haber dejado una huella imborrable en mi vida, y a todos aquellos alumnos que tuve la fortuna de ser su maestra, tanto en la primaria, como a mis queridos colegas que, en su momento fueron mis alumnos normalistas en su formación inicial. Gracias a todos y cada uno de ellos.

*Doctora en Educación. Catedrática de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco. maria.diazq@bycenj.edu.mx

Un camino que elegí y me eligió

Zuleyma Estefanía González Lozoya*

Mi trayecto hacia la docencia se remonta a mi infancia, aproximadamente a los seis años, que es lo que más recuerdo. Solía jugar con mis primos a la escuelita, siendo yo la maestra; me gustaba enseñarles con mis libros y libretas. Esto coincide con muchas historias de personas cercanas a mí, donde la inquietud por enseñar surge desde pequeños mediante este tipo de juegos.

Con el paso de los años me acerqué más a la Iglesia y surgió la oportunidad de ser catequista. Durante mi adolescencia trabajé con niños en la catequesis, sin duda fue uno de los ejercicios que me hizo reflexionar sobre mi vocación. Disfrutaba mucho convivir con los niños, explicarles los temas, platicar con ellos y hacer materiales para sus actividades. El tiempo se me pasaba muy rápido y eso me hacía sentir que estaba en el lugar correcto.

Sin embargo, en el último año de preparatoria estaba muy confundida sobre lo que quería estudiar. Mis papás siempre me decían que era una profesión mal pagada y muy demandante. Cabe mencionar que mi papá también es maestro, por lo que hablaba desde su experiencia. Esto hizo que por un tiempo descartara esa idea y pensara en otras opciones como comunicación o psicología. Al no concretarse esos planes, decidí tomarme un año sabático para pensar mejor las cosas.

Durante ese año reflexioné mucho. Tenía miedo de equivocarme y de no encontrar algo que realmente me gustara. Recordaba mucho la frase: “que te paguen por hacer lo que te gusta”, pero aun así no lograba decidirme. Hasta que en un momento de lucidez me rebelé ante mis papás y les dije que quería ser maestra de primaria, como mi papá. Supongo que mi papá al verme lo frustrada que estaba, me dijo algo muy sabio: “ser maestro es muy cansado y tienes que ser consciente que la paga no es muy buena, pero sí te puedo decir que es una profesión muy noble, porque la mayor recompensa es cuando los niños y padres te lo agradecen”. Sus palabras, junto con lo que yo ya había vivido, me ayudaron a tomar la decisión.

Uno de mis mayores retos fue prepararme para ingresar a la Normal, ya que no tenía otra opción; era mi única oportunidad. Me preparé con mucho esfuerzo y, el día del examen, mis papás me acompañaron muy emocionados. Un mes después salieron los resultados y logré ingresar. Sin duda, fue una de las mejores etapas de mi vida, donde aprendí mucho y conocí personas muy valiosas.

Al egresar tenía muchas ganas de seguir preparándome, de querer comerme el mundo. Así que me inscribí en el diplomado para poder iniciar con la maestría, ya que ese siempre fue uno de mis objetivos. Sin embargo, me di cuenta de que las cosas no siempre salen como uno las planea. Considero que uno de los mayores retos en mi camino fue mi ingreso al servicio, porque ahí realmente confirmé si quería ser maestra.

Cuando me presenté para obtener la plaza quede en el lugar 324, veía tan lejos poder obtener un lugar cerca de mi lugar de origen, pero me mantuve siempre firme y pidiéndole a Dios que me mandara donde los niños me necesitaran. Finalmente se me dio aquellas súplicas qué tanto pedía, en la primera plenaria tomé una temporal en una comunidad aproximadamente 1 hora de dónde vivía, para mí fue muy significativa porque fue la comunidad en donde mi papá también inició trabajando.

Llegué con muchas ganas de trabajar con alumnos, compañeros y padres de familia. Sin embargo, la experiencia no fue como esperaba. Aunque el recibimiento en la zona fue bueno, la relación con mi compañero de trabajo no lo fue desde el inicio. Cabe mencionar que la escuela era multigrado, por lo que pensaba que habría más unidad al ser sólo tres compañeros.

Durante las primeras semanas tuve que buscar cómo trasladarme, ya que no había transporte accesible. Logré organizarme con otro docente. Con el tiempo, fui notando problemas entre él y mi otra compañera, por lo que decidí no involucrarme, pero aun así la situación me empezó a afectar.

Desafortunadamente empaticé más con mi compañera, en un principio lo veía como un error, pero sabía que no estaba siendo fiel a mis valores y principios. Porque era consciente que las cosas no esta-

ban bien, pero yo seguía firme en no meterme y al final de cuentas eso repercutió de manera muy negativa en la forma en la que me comenzaron a tratar. Curiosamente compartía más tiempo con mi compañera porque teníamos un tema de interés que era el diplomado. Siento que esto fue una señal divina que Dios puso en mi camino, porque coincidir en el mismo diplomado con mi compañera era algo de no creerse ya que la conocí antes que a los demás.

Poco a poco el ambiente se volvió incómodo. Mi compañero realizaba acciones que me perjudicaban, como hacer reuniones en horarios que afectaban mi traslado. También invadía mi espacio en el aula y cuestionaba mi trabajo frente a los alumnos, lo cual me quitaba autoridad. Incluso llegué a sentirme vigilada, lo que me generó delirios de persecución. Fue tanto mi estrés que no pude continuar con el diplomado, dejé de hacer muchas cosas porque no podía con la carga administrativa y las comisiones.

Hubo momentos en los que pensé renunciar. Me sentía incapaz y dudaba de mí como maestra. Llegó un momento en el que tuve que hablar con mis papás y decirles que quería renunciar, y la respuesta de mis papás fue muy clara “renuncia”, “pero sí tengo claro que ese tipo de personas donde quiera las vas a encontrar, y no puedes estar huyendo siempre, tienes que enfrentarla porque es la única manera en la que te van a dejar de molestar”.

Afortunadamente seguía en la lista de la plenaria, liberaron espacios y pude lograr cambiarme. Como agradecimiento les llevé un pastel a mis alumnos, quería regresales un poquito de todo lo que me dieron y me hicieron sentir, porque ellos fueron de un pilar fundamental para poder también seguir adelante esos días.

Ese día a la entrada dieron el toque y ningún alumno estaba dentro en el salón, esa situación me comenzó a dar mucho miedo y preocupación porque pensé que las mamás me iban a hacer algo. Pero cuando me asomé a la puerta estaban todas las madres de familia con los alumnos, traían regalos en sus manos, todas me agradecieron por el apoyo que les brindé a sus niños, me hicieron saber que era muy buena maestra y las puertas de la escuela siempre estarían abiertas para cuando quisiera regresar.

Ver esta situación fue un choque para mí. Me sentí muy bendecida porque no me fui con la idea de que no hice las cosas mal. En cuanto a mi compañero me dio una despedida muy cálida, me dijo algo que hasta la fecha me sigue dando vueltas en la cabeza “tú no tienes, ni tendrás la experiencia y preparación que yo tengo” y probablemente no, pero hay algo que si tengo, soy humana y si alguien es nuevo siempre le voy a tender la mano.

Actualmente trabajo en una escuela más cercana a mi casa donde me traslado en bicicleta y el ambiente es mucho mejor. Tengo compañeros que apoyan, alumnos comprometidos y padres de familia participativos. Aunque esa experiencia fue difícil, hoy la veo como un aprendizaje.

Y si me preguntaran si estoy en el lugar correcto, rotundamente diría que sí, el maestro es de las mejores cosas que me han pasado en la vida. Estoy infinitamente agradecido por el apoyo que mis papás me han dado y, sobre todo, por la resiliencia que he tenido ante todas estas adversidades. Hoy mi dolor lo transformo en aprendizaje, aprendizaje que me ha ayudado a crecer y mejorar día con día.

*Licenciada en Educación Primaria. Docente en la Escuela “Ignacio Ramírez”, Romita, Guanajuato. ze_gonzalezl@bcenog.edu.mx

Mi camino hacia la docencia. Una vocación que se construye desde lo humano

Gresia Yrazú Torres Chagolla*

Hablar de mi historia como docente es, en realidad, hablar de un proceso profundamente humano, lleno de dudas, descubrimientos, retos y momentos que han marcado mi vida de manera irreversible. No siempre supe que quería ser maestra. De hecho, mi camino comenzó en otro lugar.

En un inicio, decidí estudiar psicología. Pensaba que ese era el rumbo que debía seguir; sin embargo, algo dentro de mí no terminaba de encajar. A pesar de reconocer el valor de esa disciplina, no lograba conectar con ella de la forma en la que esperaba. Fue entonces cuando casi sin tenerlo completamente claro, me acerqué a la docencia. La elegí más desde la intuición que desde la certeza, guiada por la idea de que era una profesión profundamente humana.

Al principio dudé mucho. Me cuestionaba si realmente ese era mi lugar, si tenía lo necesario para estar frente a un grupo, para enseñar, para guiar. Pero todo cambió cuando inicié las prácticas. Recuerdo con claridad la primera vez que estuve frente a un grupo de niños: sus miradas atentas, su curiosidad, la forma en la que depositaban en mí una especie de confianza implícita. En ese momento entendí la magnitud de la responsabilidad que tenía enfrente, pero también descubrí algo aún más importante: me gustaba.

Aunque mis prácticas fueron mayormente de observación y tuve pocas oportunidades de intervenir directamente, cada experiencia dentro de una escuela despertaba en mí una emoción distinta. Ir, conocer contextos diversos, ver la dinámica de un aula y, sobre todo, sentir que podía aportar algo, fue lo que terminó por enamorarme de la carrera.

Mi verdadero encuentro con la docencia ocurrió al ingresar formalmente al sistema educativo. Inicié con un interinato en una escuela rural en Purísima del Rincón. Fue ahí donde entendí, de forma mucho más clara, lo que significaba ser maestra en contextos donde los recursos son limitados, pero la esperanza es enorme.

La escuela contaba con muy pocos recursos, al igual que las familias de los alumnos. Recuerdo niños que llegaban con zapatos rotos, sin uniforme, pero con una disposición admirable por aprender. Sus padres trabajaban arduamente para poder llevar alimento a casa, y aun así hacían el esfuerzo por enviar a sus hijos a la escuela.

En ese contexto, decidí dar lo mejor de mí. Me propuse hacer clases dinámicas, divertidas, significativas. Muchas veces esto implicaba ir más allá de lo que el sistema me ofrecía, pero lo hacía con gusto, porque entendía que para esos niños la escuela representaba mucho más que un espacio de aprendizaje académico: era un espacio de oportunidad.

Uno de los momentos más significativos de esa etapa fue cuando algunos padres de familia me llevaron un almuerzo en señal de agradecimiento. Ese gesto, sencillo, pero profundamente simbólico, reafirmó en mí el valor de mi labor. Me hizo sentir vista, reconocida y, sobre todo, necesaria.

Tiempo después, a finales de ese mismo año, recibí mi plaza. Este acontecimiento marcó un antes y un después en mi trayectoria, pues me asignaron a una comunidad aún más lejana y compleja: El Banco, en el municipio de Atarjea.

Llegar a esa comunidad implicaba un reto físico considerable. No había acceso para vehículos, por lo que debía subir aproximadamente tres horas caminando por un cerro empinado y empedrado. Ese trayecto, que realizaba con frecuencia, se convirtió en una metáfora de lo que significaba ejercer la docencia en contextos rurales: esfuerzo constante, resistencia y compromiso.

Al llegar, me encontré con una realidad aún más dura. Las viviendas eran sumamente humildes y ante la falta de condiciones para hospedarme, tuve que quedarme a dormir dentro de la escuela, en un salón que funcionaba como bodega. Ahí coloqué un colchón inflable y comencé una etapa que, aunque breve, fue profundamente transformadora.

Era maestra unitaria, lo que significaba que tenía a mi cargo a 16 alumnos de primero a sexto grado. La diversidad de edades y niveles representaba un gran desafío, especialmente considerando que la

mayoría no sabía leer y muy pocos sabían escribir. Ante esta realidad, tomé una decisión que marcó mi práctica: priorizar la alfabetización.

Dejé de lado, en muchas ocasiones, los contenidos formales para enfocarme en algo que consideraba esencial: enseñarles a leer y escribir. Sabía que, si lograban eso, tendrían una herramienta que podría transformar sus vidas.

Sin embargo, uno de los mayores retos no era pedagógico, sino social. La asistencia de los alumnos era irregular. Había semanas completas en las que ningún niño acudía a la escuela, ya que preferían o necesitaban trabajar con sus familias en el campo. Esto generaba en mí una constante sensación de frustración y cuestionamiento. Me preguntaba si mi esfuerzo estaba dando frutos, si valía la pena el sacrificio de estar tan lejos de casa, en condiciones tan demandantes.

A todo esto se sumó una situación profundamente dolorosa en mi vida personal: estaba embarazada y perdí a mi bebé durante ese periodo. Al estar en una comunidad tan aislada, el acceso a atención médica fue limitado, lo que complicó aún más la situación tanto física como emocional.

Ese momento marcó un punto de quiebre. Me vi obligada a renunciar en el mes de febrero. Fue una decisión difícil, cargada de emociones, dudas y un profundo sentimiento de “¿qué hubiera pasado si...?”. Hasta el día de hoy me cuestiono cómo habría sido mi historia si las condiciones hubieran sido distintas.

Tras esa experiencia, regresé a casa y permanecí algunos meses sin trabajo. Fue un tiempo de pausa, de duelo, pero también de reconstrucción.

En agosto se presentó una nueva oportunidad: ingresé a una escuela particular en León, Guanajuato, ciudad donde actualmente resido. Desde entonces he continuado mi labor docente en este contexto, que si bien es distinto al rural, también presenta sus propios retos.

Reconozco que ahora trabajo en un entorno con mayores recursos y privilegios, pero mi esencia como docente no ha cambiado. Sigo siendo la misma persona que encontré en la educación una forma de conectar, de transformar y de acompañar.

Hoy entiendo que mi vocación no nació de la certeza, sino del encuentro. Se fue construyendo en cada aula, en cada niño, en cada dificultad y en cada logro. La docencia me ha enseñado que educar va mucho más allá de transmitir conocimientos: es tocar vidas, es sembrar posibilidades, es estar presente incluso cuando las condiciones no son ideales.

Ser maestra, para mí, es un acto de entrega constante. Es elegir todos los días creer en el otro, incluso cuando el otro aún no cree en sí mismo. Y aunque mi camino ha tenido pausas, rupturas y momentos difíciles, también ha estado lleno de sentido.

Hoy puedo decir, con certeza, que encontré mi lugar.

*Licenciada en Educación Primaria. Docente en Escuela La Salle Américas de León, Gto. yrazugr.t@gmail.com

Todo un legado

Alejandra Espino Sanjuán*

Hay historias que no comienzan con uno mismo, sino que se gestan mucho antes, en voces que nos anteceden, en pasos que abrieron camino sin saber que alguien más los seguiría. La mía nace entre montañas, caminos de tierra y aulas sencillas donde la enseñanza no era sólo un oficio, sino un acto de fe en los otros. Ser maestra, en mi vida, no fue una elección repentina; fue un llamado silencioso que creció conmigo, alimentado por el ejemplo de quienes me enseñaron, aún sin proponérselo, el verdadero sentido de educar.

Mi abuelo, Vicente Espino Landaverde, fue uno de esos maestros que enseñaban mucho más que letras y números. En la década de los años 60, desempeñó su labor docente en una pequeña escuelita en Atarjea, Guanajuato. En aquel tiempo, enseñar implicaba enfrentar grandes desafíos: no había agua potable, las condiciones eran precarias y los recursos escasos. Sin embargo, eso nunca fue impedimento para cumplir con su misión.

El no tenía títulos ni un currículum extenso de preparación, sólo había sido invitado a ser docente por saber leer y escribir y que había aprendido no sé de dónde, tenía un conocimiento amplio sobre la gramática y la ortografía, destacado por conocer la historia, fechas y personajes, tener una memoria extraordinaria, saber tocar el piano y amenizar todos los domingos la misa con unas melodías excepcionales.

De él nació no sólo una vocación, sino una forma de entender la enseñanza como un acto de entrega, compromiso y amor por los demás.

Años después, esa misma pasión fue heredada por uno de sus hijos, mi padre, Reyes Espino García. En 1983, comenzó su camino en la docencia en el municipio de Xichú, Guanajuato. Desde el inicio, su preparación y su labor implicó sacrificios y determinación. Cada semana se trasladaba a su comunidad llamada “La Zábila” en donde le asignaron su plaza, a la cual llegaba caminando durante horas entre veredas por el cerro, ya que no había acceso para vehículos y sólo existían caminos de terracería.

Atendía aproximadamente a 45 alumnos de distintos grados, organizando su enseñanza en turnos de mañana y tarde. Más que un maestro, era un guía comunitario. Enseñaba a leer y escribir, pero también impulsaba a las personas a superarse, alfabetizando a quienes lo necesitaban. Dormía en las bancas de madera del salón de clases y, en muchas ocasiones, su alimento era un delicioso plato de frijoles. La comunidad se dedicaba entre otras actividades a la elaboración de productos de ixtle como ayates, morrales y reatas, vivían en condiciones de pobreza, pero con una riqueza invaluable: el deseo de aprender.

Durante un año completo, trabajaba toda la semana en la comunidad y regresaba los fines de semana a Xichú. Fue un periodo de esfuerzo constante, en el que su compromiso con la educación superaba cualquier dificultad.

Posteriormente, en 1984, logró cambiarse a la primaria urbana de Xichú, donde continuó su trayectoria, desempeñándose también en el nivel de secundaria, consolidando así su vocación docente.

Ambos, mi abuelo y mi padre no sólo ejercieron la docencia, sino que dejaron huella en cada uno de sus alumnos. Sus historias no están escritas en libros, pero viven en las comunidades que ayudaron a transformar, en las generaciones que aprendieron a leer, escribir y soñar gracias a ellos.

Crecí escuchando estas historias, observando de cerca lo que significaba ser maestro. Vi el compromiso, el esfuerzo diario, la responsabilidad, pero también la satisfacción profunda que brinda esta profesión. Ser testigo de su entrega despertó en mí algo más que admiración: sembró una semilla que con el tiempo se convirtió en vocación.

Hay recuerdos que, aunque pequeños en apariencia, contienen en sí mismos el germen de lo que seremos. Yo tenía apenas siete años cuando, sin saberlo, ya ensayaba mi destino. En casa, convertía cualquier espacio en un aula improvisada: sentaba a mis hermanos y primos sobre botes de leche vacíos, alineados como si fueran pupitres y, frente a ellos, con una lámina que hacía las veces de pizarrón, comenzaba a escribir.

Había en ese juego una seriedad que sólo la infancia puede otorgar. Recuerdo entrar sigilosamente al cuarto de mi padre, como quien

resguarda un pequeño secreto, para abrir una caja de cartón donde guardaba trozos de gises blancos y de colores. Tomaba algunos con cuidado y regresaba a mi “salón de clases”, lista para comenzar. Así, entre risas, trazos torcidos y palabras a medio construir, jugaba a la escuelita... o quizá, sin saberlo, ya empezaba a ser maestra.

Desde entonces, algo en mí encontraba sentido en ayudar a otros a aprender. No era sólo el juego, era la satisfacción de explicar, de repetir, de ver en el otro un destello de comprensión. Ese impulso creció conmigo, acompañándome en cada etapa, hasta convertirse en una certeza.

Por eso, cuando llegó el momento de elegir una carrera, no hubo duda alguna. Ser maestra no era una opción entre muchas, era el camino natural de mi historia. Así, de Xichú partí hacia Guanajuato capital, para formarme en la Benemérita y Centenaria Escuela Normal Oficial de Guanajuato, un espacio que no sólo me brindó conocimientos, sino que fortaleció la vocación que ya habitaba en mí.

A diferencia de mi abuelo y de mi padre, cuyos inicios estuvieron marcados por caminos largos y condiciones adversas, mi ingreso al servicio docente fue distinto. Presenté mi examen de oposición y obtuve mi plaza como maestra en la Escuela Primaria Urbana No. 1 de San Diego de la Unión. Fue un logro que recibí con orgullo, pero también con la conciencia de que detrás de esa oportunidad existía una historia de esfuerzo que me precedía.

Al año, la vida me ofreció la posibilidad de trasladarme a Dolores, Hidalgo, lugar donde actualmente radico y continúo ejerciendo esta profesión que tanto amo. Sin embargo, mis raíces permanecen intactas. De vez en cuando regreso a Xichú y a Atarjea, pueblos llenos de magia y tradición, donde el tiempo parece detenerse entre relatos y memorias.

Ahí, entre voces que aún recuerdan, escucho historias de quienes conocieron a mi padre y a mi abuelo. Narraciones que hablan de sus andanzas, de su entrega, de las huellas que dejaron en cada rincón. Y en cada palabra, en cada anécdota, confirmo que su legado no sólo vive en mí, sino también en la memoria de esas comunidades que los vieron enseñar.

Hoy, después de 19 años de servicio, puedo decir que el tiempo ha pasado muy rápido. Cada ciclo escolar, cada generación, cada experiencia en el aula ha dejado una huella en mi vida. No hay día en el que no exista la alegría de ir a trabajar, de encontrarme con mis alumnos, de compartir con ellos el proceso de aprendizaje y de ser parte de su crecimiento y prepararme continuamente para enfrentar los retos de la actualidad.

Ser maestra es, para mí, un privilegio. Es continuar un legado que comenzó con mi abuelo, que fortaleció mi padre y que hoy vive en mí. Es honrar su memoria y su esfuerzo, llevando en cada clase un poco de su esencia, de su dedicación y de su amor por la enseñanza.

Porque al final, al crecer viendo cómo mi abuelo y mi padre fueron maestros, despertaron en mí ese gusto por la enseñanza, el trabajo en el aula y la convivencia con los alumnos, así como la satisfacción de ver cómo construyen sus aprendizajes día con día.

*Licenciatura en Educación Primaria. Maestra en la Escuela Primaria Urbana núm. 1 Cocomacan en Dolores Hidalgo, Gto. ale.josuecaleb@gmail.com

De aprendiz a docente: mi historia

Mayra Alejandra Casillas Hernández*

Cuando intento recordar en qué momento comenzó mi interés por la docencia, inevitablemente regreso a mi infancia. Desde pequeña me caracterizaba por ser una niña observadora y curiosa. En el kínder, más que concentrarme únicamente en las actividades, solía fijarme en cómo mi maestra organizaba el salón, cómo lograba que todos participáramos y, sobre todo, cómo mostraba paciencia cuando algún compañero lloraba o tenía dificultades. Aquellas escenas que parecían cotidianas comenzaron a despertar en mí una inquietud que con el paso del tiempo se transformaría en vocación.

En casa solía jugar a ser maestra. Acomodaba cuadernos, simulaba pasar lista y explicaba lecciones imaginarias a mis muñecas o a mis primos. Ese momento lo vivía como un juego, sin imaginar que años más tarde esa representación infantil terminaría convirtiéndose en una decisión profesional.

Durante la primaria tuve docentes que influyeron significativamente en mi formación, pero hubo una en particular que dejó una huella profunda en mi manera de entender la enseñanza: la maestra Alejandra. Ella fue mi maestra en tercero, quinto y sexto grado. Se distinguía por ser una docente estricta, comprometida y profundamente exigente con nuestro aprendizaje. En aquel entonces, siendo estudiante, sus llamados de atención podían parecer duros; sin embargo, siempre repetía una frase que con el tiempo adquiriría un significado especial: “Algún día me van a agradecer todos estos regaños”.

Con los años comprendí que detrás de aquella exigencia existía un profundo compromiso con nuestra formación. La maestra Alejandra no se limitaba a transmitir contenidos; buscaba que comprendiéramos, reflexionáramos y participáramos activamente en las clases. Su manera de enseñar me permitió entender que la docencia no consiste únicamente en explicar temas, sino en generar procesos de aprendizaje significativos. Hoy, desde mi propia experiencia frente a grupo, reconozco que parte de mi identidad docente se inspira en su ejemplo.

Al llegar a la preparatoria, surgió en mí una etapa de cuestionamientos sobre el futuro profesional. En ese periodo se ofrecía un curso relacionado con el área de enfermería, lo cual despertó una gran curiosidad en mí. Siempre me había sentido atraída por las profesiones con un fuerte sentido humano, aquellas que implican acompañar, cuidar o ayudar a otras personas. Por ello, durante un tiempo estuve en duda entre estudiar enfermería o dedicarme a la docencia.

Ambas opciones representaban para mí caminos valiosos de servicio a los demás. No obstante, al finalizar la preparatoria en el año 2020, ocurrió un acontecimiento que transformó profundamente mi manera de ver la vida. En medio del contexto de la pandemia, mi novio sufrió un accidente de motocicleta que lo llevó a debatirse entre la vida y la muerte.

Los días que pasé en el hospital fueron una experiencia profundamente impactante. Presencié de cerca el trabajo del personal de salud, particularmente de las enfermeras, quienes no sólo atendían las necesidades médicas de los pacientes, sino que también cargaban con el peso emocional de situaciones dolorosas. Recuerdo que algunas de ellas nos conocían y se percibía en sus miradas la dificultad de acompañar a una familia en medio de la incertidumbre.

El hospital se llenó de familiares, amigos y conocidos que llegaban con esperanza. Había oraciones, rosarios y muestras de apoyo que reflejaban el cariño que muchas personas sentían. A pesar de ello, después de varios paros, falleció.

Esa experiencia marcó profundamente mi proceso de toma de decisiones. Me enfrenté a una reflexión personal sobre la fortaleza emocional que exige una profesión como la enfermería. Comprendí que, aunque admiraba profundamente esa labor, no estaba segura de poder sostener emocionalmente situaciones similares de manera constante.

Fue entonces cuando comencé a reflexionar nuevamente sobre la docencia. Recordé a la maestra Alejandra y la manera en que su enseñanza había influido en mi formación. Comprendí que, desde el ámbito educativo, también es posible contribuir significativamente en la vida de las personas. La educación tiene la capacidad de transformar trayectorias, ampliar horizontes y sembrar en los estudiantes herramientas para comprender y transformar su realidad.

Con esa convicción decidí iniciar el proceso para ingresar a la Escuela Normal. Apenas habían transcurrido cinco meses desde aquella pérdida cuando presenté el examen de admisión. Las clases se desarrollaban en modalidad virtual debido a la pandemia, lo cual representaba un reto adicional. Sin embargo, cuando recibí la noticia de que había sido aceptada, experimenté una profunda sensación de gratitud y esperanza.

Existe un detalle que siempre me ha parecido simbólico en este proceso: desde mi casa es posible observar el edificio de la Escuela Normal. Durante mis años de formación, muchas veces miraba hacia ese lugar y pensaba en la oportunidad que representaba estar estudiando ahí. Con el tiempo logré concluir la licenciatura y hoy continuo fortaleciendo mi formación a través de la maestría.

Durante ese trayecto también enfrenté desafíos personales. En una ocasión estuve internada en la clínica del ISSSTE, situación que pocos conocían en el ámbito académico. A pesar de ello, continué realizando tareas y participando en las clases desde la cama del hospital cuando era posible. Aquella experiencia reafirmó el compromiso con mi formación profesional.

Uno de mis primeros acercamientos significativos a la práctica docente ocurrió en la escuela Constitución, ubicada en la comunidad de Aguas Buenas, en Silao. Llegué con la incertidumbre propia de quien comienza a observar la realidad escolar desde una nueva perspectiva. En ese espacio tuve la oportunidad de aprender de docentes que contribuyeron de manera importante a mi formación.

La maestra Karina fue especialmente empática conmigo y solía compartirme recomendaciones muy reales sobre cómo interactuar con los padres de familia y cómo enfrentar situaciones cotidianas dentro del aula. Sus orientaciones me permitieron comprender que la práctica docente se construye tanto desde el conocimiento pedagógico como desde la experiencia.

Asimismo, el director Gilberto desempeñó un papel importante en mi proceso de aprendizaje. Fue uno de los primeros en enseñarme de manera práctica cómo elaborar una planeación vinculando contenidos entre sí. En la Normal aún trabajábamos planeaciones organizadas por asignaturas, pero él ya promovía una mirada más integrada del

aprendizaje, anticipándose a enfoques que hoy se reconocen dentro de la Nueva Escuela Mexicana.

Su paciencia y disposición para explicar fueron clave en ese proceso. Curiosamente, hoy el maestro Gilberto también participa en este programa de maestría. Para mí resulta significativo recordar que fue uno de los primeros docentes que me mostró cómo pensar la enseñanza de manera más articulada y contextualizada.

Posteriormente, llegó mi primer año como maestra titular en una comunidad. Aquella experiencia se convirtió en uno de los momentos más significativos de mi trayectoria profesional. Las madres de familia mostraron una gran empatía hacia mi proceso como docente joven; con frecuencia me ofrecían almuerzos o me invitaban a convivencias, generando un ambiente de cercanía y confianza.

Sin embargo, quienes realmente marcaron ese primer año fueron mis estudiantes. Con ellos aprendí que la docencia también se construye desde el afecto, la escucha y el acompañamiento. Compartíamos momentos de aprendizaje, juegos y conversaciones que iban más allá de los contenidos escolares. En varias ocasiones me decían que yo era como una mamá para ellos, porque los cuidaba, los escuchaba y procuraba su bienestar. Ese grupo me permitió comprender que la educación es, ante todo, una relación humana.

Hoy, al mirar hacia atrás, reconozco que mi camino hacia la docencia ha estado marcado por experiencias diversas: la curiosidad de la infancia, el ejemplo de maestros significativos y momentos personales que transformaron mi manera de entender la vida.

Cada una de estas experiencias ha contribuido a construir mi identidad como docente. Elegí ser maestra porque creo profundamente en el poder transformador de la educación y en la posibilidad de acompañar a otros en su proceso de crecimiento.

Con profunda gratitud hacia Dios, quien me dio la fuerza para aceptar su voluntad incluso en los momentos más difíciles de mi vida. También me dio la valentía para enfrentar retos como trabajar lejos de casa, adaptarme a nuevos lugares y resistir situaciones complejas dentro del camino profesional. Cada experiencia me ha fortalecido y ha reafirmado mi vocación.

Por ello, ser maestra, más que una profesión, es para mí una bendición. Es la oportunidad de sembrar esperanza, de acompañar a otros en su crecimiento y de dejar una pequeña huella en la vida de mis estudiantes. Por eso, con humildad y gratitud, puedo decir que me siento profundamente agradecida por el camino recorrido y por la oportunidad de ejercer una de las profesiones más humanas: la de educar.

Como señala Paulo Freire: “La educación no cambia el mundo, cambia a las personas que van a cambiar el mundo”.

*Licenciada en Educación Primaria. Docente en la Escuela Primaria “Eliza Baz de Armida” de Guanajuato, Gto. ma_casillash@bcenog.edu.mx



Mi sueño logrado

Alondra Monserrat Vazquez Orduña*

¿Por qué quise ser maestra?

Fácil de responder desde niña yo lo soñaba, yo lo deseaba y veme aquí haciendo lo que soñaba, recuerdo cuando jugaba con mis muñecas a que yo era su maestra, cuando jugaba con mi hermana y mis vecinas a la maestra y yo siempre peleaba por ser su maestra escribiendo en mi pizarrón verde usando mis cajas de gises, adaptando un rinconcito de mi casa, calle o donde fuera para jugar. Ahora esto se convirtió en grande, escribo en pizarrón blanco, ya no tengo gises ahora son plumones y de colores y sigo adaptando a cualquier espacio llamado contexto para dar clases.

De niña no sabía que era una gran responsabilidad esta profesión, el mundo es tan cambiante, así como la mentalidad de las personas, como dicen los tiempos ya no son los mismos el respeto a esta bella profesión se ha perdido, pero llegó una pandemia que hizo reflexionar a algunos padres de familia sobre la responsabilidad y compromiso que tenemos los maestros ahora a ellos les tocó ser maestros de sus propios hijos, aunque no de la misma manera. En ese tiempo de pandemia yo seguía estudiando, pero estaba en mis prácticas dando clase detrás de una cámara a niños que tal vez tenían a un lado a su mamá, papá, incluso abuelos porque hasta ellos aprendieron con nosotros.

Yo estudie en la Benemérita y Centenaria Escuela Normal Oficial de Guanajuato (BCENOG), durante cuatro años, no fue mi primera opción porque yo no me sentía capaz de entrar a esa escuela por el reconocimiento que se le tiene, apliqué en otras Normales pero no obtuve un espacio sino que en la BCENOG tuve mi lugar, y sigue siendo mi lugar seguro.

Desde que tengo memoria, la escuela no era solo un lugar al que iba por obligación, sino un espacio donde algo dentro de mí se encendía. No siempre supe que quería ser docente, pero sí recuerdo

con claridad esa sensación: observar a mis maestros, escuchar sus explicaciones, ver cómo lograban que algo aparentemente difícil se volviera comprensible. Había algo en ese acto de enseñar que me parecía casi mágico.

Sin embargo, mi camino hacia la docencia no fue una línea recta. Como muchos, crecí entre dudas, expectativas familiares y la incertidumbre de elegir un futuro. En algún momento consideré otras opciones, profesiones que parecían más seguras o más conocidas, pero siempre había algo que me hacía volver al mismo punto: la enseñanza.

Recuerdo especialmente a un maestro que marcó profundamente mi vida. No era solo su conocimiento, sino su forma de mirar a sus alumnos, de escuchar, de tener paciencia incluso cuando parecía que nadie entendía. Él no solo enseñaba contenidos, enseñaba confianza. Fue en ese momento cuando comencé a preguntarme si yo también podría generar ese impacto en alguien más. Aun así, no todo fue claridad. Hubo momentos de duda, de miedo, de pensar si realmente tenía lo necesario para estar frente a un grupo. Porque ser docente no es solo saber, es saber compartir, conectar, motivar, y muchas veces sostener emocionalmente a otros. Y eso impone.

Cuando finalmente tomé la decisión de formarme como docente, entendí que no se trataba solo de adquirir herramientas pedagógicas, sino de transformarme a mí mismo. La formación docente no solo me enseñó a planear clases o evaluar aprendizajes, sino a mirar la educación como un acto profundamente humano. Durante mis prácticas, enfrenté la realidad del aula. Ahí ya no había teoría suficiente: había alumnos con distintas historias, ritmos y necesidades. Algunos aprendían rápido, otros requerían más tiempo; algunos mostraban interés, otros parecían desconectados. Y fue justo ahí donde comprendí el verdadero sentido de ser docente.

Recuerdo una ocasión en la que un alumno, que constantemente parecía distraído, logró resolver una actividad que antes no comprendía. Su expresión cambió por completo: de la frustración a

la satisfacción. Ese momento, aparentemente pequeño, tuvo un gran impacto en mí. Entendí que enseñar no es solo transmitir conocimientos, sino acompañar procesos, celebrar avances y no rendirse ante las dificultades. También hubo momentos complicados. Días en los que sentía que nada salía como lo planeado, en los que dudaba de mi capacidad, en los que el cansancio parecía ganar. Pero incluso en esos momentos, algo me impulsaba a continuar. Tal vez era la convicción de que lo que estaba haciendo tenía sentido, o tal vez eran esos pequeños logros diarios que, aunque silenciosos, eran profundamente significativos.

Con el tiempo, fui entendiendo que ser docente implica una responsabilidad enorme, pero también un privilegio. No todos tienen la oportunidad de influir en la vida de otros de una manera tan directa. Cada palabra, cada gesto, cada decisión en el aula puede dejar huella.

La docencia me ha enseñado a ser paciente, a escuchar, a adaptarme. Me ha obligado a cuestionarse constantemente, a aprender de mis errores y a reconocer que nunca se deja de aprender. Porque, aunque el rol sea enseñar, en realidad el aprendizaje es mutuo.

Hoy puedo decir que no me equivoqué al elegir este camino. No porque sea fácil, sino precisamente porque es un reto constante. Ser docente es reinventarse todos los días, es buscar nuevas formas de enseñar, es conectar con nuevas generaciones que ven el mundo de manera distinta. En un contexto donde la educación enfrenta múltiples desafíos, ser maestro también es un acto de resistencia. Es creer que el conocimiento sigue siendo una herramienta poderosa, que la escuela sigue siendo un espacio de transformación y que cada alumno tiene un potencial que merece ser descubierto.

“Por eso me hice docente”: no por casualidad, sino por convicción. Porque encontré en la enseñanza una forma de aportar, de trascender, de construir algo más allá de mí mismo. Porque entendí que educar no es llenar mentes, sino formar personas. Y aunque el camino sigue, y seguramente vendrán más retos, más dudas y más aprendiza-

jes, hay algo que permanece firme: la certeza de que elegí una profesión que tiene sentido. Una profesión que, más allá de los contenidos, se construye con humanidad.

Ser docente no es solo un trabajo. Es una forma de estar en el mundo.

*Licenciatura en Educación Primaria. Docente de educación primaria en Mineral de la Luz, Guanajuato. am_vazquez@bcenog.edu.mx

La herencia del gis y el camino rural

Marina Bravo Núñez*

“Mi vocación no nació en un aula, sino en el aroma a gis (tiza), a madera de lápiz y a pizarra vieja no sólo describo un lugar, describo una herencia”. Todavía hoy, si cierro los ojos, puedo volver a casa de mi abuela. Al cruzar el umbral, el aire cambiaba: olía a pizarra, a madera de lápices recién teja-dos y a ese polvillo de gis que parecía flotar bajo la luz de la tarde.

Ella, una de las maestras más antiguas de mi pueblo, no sólo enseñaba; ella transformaba. Verla ahí, regularizando niños con la misma destreza con la que recorrió los caminos como maestra rural, desafiando la época me llenaba de orgullo silencioso. Yo no sólo veía a mi abuela, veía a una pionera que había llevado el saber a dónde había estudiantes. En ese pequeño salón de regulari-zación, entre cuadernos y el eco de las lecciones, comprendí que ser docente no era un trabajo, sino un linaje que yo estaba destinada a continuar”.

La prueba de fuego: Maestra antes de tiempo

“Con apenas 16 años, la vida me puso frente al pizarrón, pero no en las condiciones que yo imaginaba. Me integré al Consejo Nacional del Fomen-to Educativo (CONAFE) y de repente, la niña que jugaba a enseñar se con-virtió en la maestra de una comunidad tan alejada donde el mundo parecía terminar ahí. Fue un choque de realidades. Yo todavía era una muchacha, casi una niña, cargando con la responsabilidad de guiar a otros niños.

Me mandaron a lugares donde la distancia no se media en ki-lómetros, sino en horas de camino y en el silencio de los cerros. Ahí lejos de la comodidad de mi hogar y del refugio de mi pueblo, tuve que aprender a convivir, a comer y a sentir con la gente de la comunidad. Ellos abrieron sus puertas y yo le abrí mis cuadernos. En esa conviven-cia diaria entendí lo que mi abuela vivió como maestra rural:

La soledad del maestro, que se convierte en fortaleza al caer la no-che, la madurez forzada en el momento exacto en que dejé de se-
una joven para convertirme en la maestra, la figura en la que la co-

munidad depositaba sus esperanzas, la enseñanza mutua, yo le enseñaba a leer y escribir, pero ellos me enseñaban a sobrevivir, a ser resiliente y a valorar la esencia humana por encima de las carencias.

De las aulas al camino: Formando futuro

Apenas cumplía los 17 años cuando mi papel cambio. El CONAFE confió en mi para ser capacitadora, una responsabilidad que me llevó de un aula fija a los caminos polvorientos de varias comunidades. Ya no sólo tenía a mi cargo el aprendizaje de los niños, ahora era la responsable de formar a otros jóvenes, de transmitirles la chispa de la enseñanza y de asegurar que en el rincón más apartado, la educación no se detuviera.

Mi vida se convirtió en una travesía constante. Me iba por tres días a una comunidad, dormía donde el destino y la hospitalidad de la gente me daban cobijo y luego partía hacia la siguiente. Esas noches, lejos de mi verdadera escuela de vida. En esas visitas de observación, mi labor era total, el acompañamiento viviendo su realidad para entender sus retos, la mirada crítica y amorosa, los observaba dar clases, no para jugarlos, sino para pulir en ellos ese arte que yo misma seguía descubriendo, la templanza con 17 años debía proyectar la seguridad de una experta, mientras por dentro seguía asombrándome de la fuerza que tiene un maestro cuando decide cambiar el mundo, comunidad por comunidad.

Pero si hubo una experiencia que terminó de forjar mi carácter y mi visión del magisterio, fue adentrarme en el municipio de Xichú, allí en las comunidades más remotas de la sierra, la labor docente adquiere una dimensión casi sagrada, acompañé a otros tutores a caminar por esas veredas que parecen no tener fin. No eran sólo caminatas de observación; eran lecciones de vida en cada paso: Al recorrer esos senderos escarpados, bajo el sol o la neblina, comprendí lo que significa realmente ser un maestro rural.

Experimente en carne propia el cansancio de los pies, pero también la determinación del espíritu de quien sabe que, al final del camino, hay un grupo de niños esperando para aprender, al vivir la experiencia junto a ellos, entendí que no puedes evaluar a un maestro sino has caminado sus mismos pasos, si no has sentido la soledad de la sierra y la calidez de la comunidad que te recibe, Xichú me enseñó que la educación no se detiene ante la geografía. Ver a los

maestros llegar a sus escuelas tras horas de camino me hizo reafirmar que yo quería ser parte de ese ejercicio de esperanza que llega a donde nadie más llega.

El sacrificio que alimenta el sueño: “Al terminar mi etapa en el CONAFE, el horizonte parecía trazado: tenía en mis manos una beca de cinco años, el fruto de mis caminatas, esfuerzos en la sierra y los caminos. Sin embargo, la vida me tenía preparado un reto mayor y un cambio de rumbo personal: me casé y pronto llegó la bendición de mi hijo”.

Muchas habrían pensado que ahí terminaba mi historia docente, pero para mí apenas era el combustible para demostrar de qué estaba hecha. Con la responsabilidad de un hogar y un niño en brazos, no solté mi meta. Terminé la preparatoria y con el corazón lleno de nervios, ingresé a la Escuela Normal Oficial de Irapuato, esos cuatro años fueron una verdadera carrera de resistencia.

El cansancio del camino estudiaba en el turno de la tarde lo que significaba viajar a diario, ver pasar los kilómetros mientras repasaba lecciones en la mente y regresaba a casa ya entrada la noche, llegar a oscuras no significaba descansar; significaba empezar la jornada de madre y, al mismo tiempo, sentarme a estudiar bajo la lámpara cuando el silencio de la casa por fin me lo permitía, pero recordaba por qué estaba ahí. No era sólo por mí, era por honrar esa herencia de mi abuela y por demostrar que la vocación cuando es verdadera, no conoce de imposibles, sabía que estaba construyendo el puente hacia el aula que tanto soñé de niña.

La consolidación, el título de la Normal no fue el final, sino el inicio de una nueva travesía. Mis primeros pasos como docente titulada me llevaron por las aulas de Salamanca y Valle de Santiago, donde cada grupo de alumnos me recordaba por qué había decidido no rendirme. Finalmente llegó el momento tan esperado y a la vez tan retador, mi base. El destino fue Romita, recibirla fue una alegría inmensa, pero también un nuevo sacrificio, pues significaba estar lejos de mi familia, reviviendo de alguna forma aquella soledad que conocí entre cerros y caminos, pero ahora con la madurez de los años.

Sin embargo, la vida y mi perseverancia me trajeron a un lugar que nunca imaginé. Hoy, mi labor se desarrolla en San Miguel de Allende, Guanajuato, aquí mi compromiso con la educación se ha multiplicado: trabajé en doble turno, entregando mi energía de sol a sol. La mañana en una escuela rural en el camino para llegar al salón de clases y la tarde dos turnos, dos grupos diferentes, pero una misma pasión, cuando entro al

salón y percibo de nuevo ese olor a lápiz y a trabajo diario, no puedo evitar sonreír. Soy la nieta de aquella maestra rural, soy la joven que caminó los cerros de Xichú y soy la madre que viajaba de noche desde Irapuato.

Hoy, ser docente en San Miguel de Allende no es sólo mi trabajo; es el lugar donde todas esas historias se encuentran. Por eso me hice docente: porque entendí que un maestro nunca deja de caminar, nunca deja de aprender y, sobre todo, nunca deja de creer en el futuro de sus alumnos.

La preparación nunca termina hoy, mi historia ha dado un giro hermoso y lleno de esperanza. Gracias a mi becomisión, hoy tengo la oportunidad de dedicarme de lleno a mi preparación profesional. Este tiempo de estudio no es un descanso, es una siembra. Me preparo con la misma ilusión de aquella primera vez, pero con la sabiduría que me han dado los años frente a grupo. Mi meta es clara: quiero regresar con mis alumnos de San Miguel mejor preparada, con herramientas nuevas y con la expectativa de seguir transformando vidas.

Aunque los tiempos han cambiado y la tecnología nos rodea, la esencia del niño que busca ser escuchado y valorado sigue siendo la misma. Mis alumnos son mi motor diario; sus dudas me obligan a investigar más y sus logros son mi mayor recompensa. Me doy cuenta de que, aunque yo soy la guía, ellos me enseñan cada día lecciones de resiliencia, alegría y curiosidad que no se encuentran en ningún libro de texto. Son ellos quienes dan sentido a cada kilómetro recorrido en mi historia.

- **Porque ser docente es eso:** Un ciclo eterno de aprendizaje. Ayer fui la niña que olía el gis de su abuela; hoy soy la maestra que busca la excelencia para sus alumnos. Y mañana seré el reflejo de que, cuando se ama lo que se hace, el camino nunca termina, sólo se hace más ancho y brillante.
- **Por eso me hice docente:** Porque creo que la educación es la única herramienta capaz de mover montañas, incluso las más altas de la sierra.
- **Por eso me hice docente:** Para ser ese puente de esperanza que mi abuela me enseñó a construir.

*Licenciada en Educación Primaria. Docente de la Escuela Primaria Urbana “5 de mayo” en San Miguel de Allende, Gto. marinabravonu.44@gmail.com

La formación de un docente

Carlos Alfredo Gutiérrez Meléndez*

Mi historia comienza en la Ciudad de México a través de la educación primaria, más específicamente el sexto y último año. Mi maestra demostraba un enorme compromiso, vocación, respeto y dedicación. La admiración que yo sentía por esta maestra era muy evidente. Por desgracia para mí, tendría que cursar la secundaria en la ciudad de Salamanca, Gto., por motivos de empleo de mis padres, dejando atrás a mis demás familiares (en especial a mis abuelos maternos, con quienes me crié en esa primera etapa de mi vida) y amistades. Recuerdo que me costó muchísimo trabajo entablar amistades y relaciones significativas en la secundaria. Sumado a esto, al término de esta etapa, comenzaban a rondar por mi mente los mismos pensamientos y dudas que cualquier adolescente de mi edad, sobre qué quiero ser cuando sea mayor, qué estudiar, a qué dedicarme.

La mayoría de compañeros e incluso familiares cercanos a mi rango de edad se veían sumamente interesados por estudiar alguna ingeniería, considerando que Salamanca, Gto. es una ciudad que apuesta bastante al sector industrial, al tener una refinería de PEMEX, una planta de Mazda, una planta de General Motors cercana, etcétera, y sí, debo ser sincero, a mí me llamaba la atención la ingeniería química. Sin embargo, nunca me consideré a mí mismo competente en lo que a matemáticas avanzadas se refiere (álgebra, geometría analítica y trigonometría, cálculo), lo cual me fue más fácil percibir cuando cursaba los primeros semestres de preparatoria y sería un obstáculo fuerte para el estudio de esta u otra ingeniería.

Es así como esta preocupación por una elección para mi futuro se veía más y más presente en mi día a día, pero es ahí donde entablé amistad con una compañera de la misma preparatoria y me contó sobre sus deseos de pertenecer a la docencia, sus motivaciones por contribuir con la educación del país y participar en la formación del futuro de México. De alguna manera, estas ideas se hicieron notar en mi persona y estaba convencido de que podría funcionar también para mí.

Si bien, era por mí sabido que la docencia no era una de las profesiones mejor pagadas o más valoradas, sabía que se trataba de una profesión estable, con oportunidades laborales seguras y que llevaría a mi persona a una autorrealización vasta por desempeñar una labor tan noble y significativa. También vi una oportunidad de honrar a mis maestros más importantes (mi maestra de sexto año de primaria y un profesor de una escuela de inglés a la que acudí durante la segunda mitad de mi paso por la preparatoria).

En el último año del bachillerato, con el apoyo de mi familia y de mi amistad que se encontraba ya estudiando en la Benemérita y Centenaria Escuela Normal Oficial de Guanajuato (BCENOG), me informé sobre el proceso de ingreso, presenté las diversas evaluaciones y obtuve ficha, obteniendo el puntaje más alto de los aspirantes que presentaron en el verano de 2019 y reclamé mi lugar al inicio de ese ciclo escolar.

Cosas muy interesantes surgieron en mi experiencia, como mis primeras observaciones en una escuela ubicada en la comunidad de Capulín de Bustos, donde una compañera asignada a la misma escuela, de nombre Amparo, se convertiría en una amistad inseparable y fundamental a lo largo de este proceso.

Estas primeras observaciones me dieron un panorama más amplio y completo sobre el desempeño de esta labor y su importancia para la comunidad, dando a los jóvenes las herramientas necesarias para desenvolverse tanto en la misma, como fuera de ella. También vi la puesta en práctica de teorías, enfoques pedagógicos y autores que estudiamos a lo largo de la carrera. Ese año, también pertenecí al Consejo Estudiantil de la institución, al lado de un compañero llamado Ernesto, lo cual fomentó habilidades de liderazgo y gestión.

Sin embargo, en 2020, todo cambió para todos, tras el inicio de una pandemia global que nos obligó a confinarnos en casa durante casi 2 años. Lo ocurrido en ese tiempo, las clases recibidas e impartidas a distancia y los cambios realizados para adaptarse a una nueva realidad me hicieron cuestionar muchas cosas, entre ellas, que la vida puede ser frágil y corta. Cabe mencionar que hasta ese momento no me había tocado experimentar ninguna pérdida,

al menos hasta 2021, donde un tío de mi familia paterna murió por complicaciones derivadas de la diabetes, reforzando en mí esta idea, la cual se manifestó en el estudio de mi futura profesión como un recordatorio de que lo material, el estatus, todo eso es superficial, pero los conocimientos, los valores y la identidad de una persona son sus rasgos más característicos y trascendentales, así que estos ideales fueron los que más experimenté y fomenté durante mis primeras prácticas profesionales, que se desarrollaron en mi segundo año de la carrera, en línea.

Mis primeras prácticas presenciales se llevaron a cabo en una escuela primaria urbana, llamada Lic. Euquerio Guerrero. Trabajé con un grupo de tercer grado, sin embargo, se presentaron varias situaciones poco favorables, tales como inconformidades con los padres de familia, por diversas situaciones donde se tuvo que llamar la atención a alumnos por conductas disruptivas en el aula. Es en esta etapa donde entendí que a veces no importa cuánto empeño demuestres en tu profesión, a veces no será suficiente, y que existen padres de familia que creen erróneamente que la disciplina demostrada a sus hijos es innecesaria, y que es labor del docente inculcar los valores que no están dispuestos a enseñar y predicar con el ejemplo en casa, cuando la realidad es que en la escuela se demuestran los valores adquiridos en casa además de conocimientos y habilidades.

Aún así, la situación escaló tanto que mi maestra a cargo de las prácticas docentes en la Normal consideró necesario un cambio de plantel en el último año de la carrera, a una escuela que se encuentra en la comunidad de Aguas Buenas, Silao., cambio que en un principio me pareció una injusticia en toda la extensión de la palabra, sin embargo en esa escuela conocería al director de dicha institución, el Mtro. Gilberto, uno de los mejores directores que existen o existirán, quien fomentó en mi persona el amor hacia mi profesión, la dedicación e iniciativa para realizar mi labor y aportar en la comunidad donde me encuentre, el amor por la tecnología y su uso con fines educativos. Los padres de familia del grupo que tuve (5° grado) estaban asombrados con mi desempeño, y todas estas características y experiencia me va-

lieron un examen recepcional que pasé con mención honorífica, asegurando mi titulación en julio de 2023.

*Licenciado en Educación Primaria. Docente en la Escuela Primaria Urbana “Raquel Contreras Cachú” CCT:11EPR05031 en Guanajuato, Gto.
ca_gutierrezmc@enog.edu.mx

El aula: mi lugar en el mundo

Montserrat del Carmen Medrano Ruiz*

Mi historia comienza en un rincón discreto, casi susurrado entre árboles y caminos que conducen a ciudades más grandes, esas que, con su prisa y su brillo, parecían opacar la esencia de mi origen. Sin embargo, quien se detiene lo suficiente descubre que ahí, en ese lugar llamado Jaral del Progreso, Guanajuato, habita una riqueza distinta: la de las tradiciones, la de los sabores que cuentan historias, como el dulce artesanal y la entrañable fruta de horno, que guardan en cada bocado la memoria de generaciones.

Provengo de una familia pequeña, pero profundamente significativa. Mis padres, ambos docentes, han sido el pilar de lo que soy. Mi madre, maestra de primaria y mi padre, formado también en la docencia a nivel secundaria, aunque hoy no la ejerza, sembraron en mí —y en mi hermano menor, con quien comparto apenas un año de diferencia— una vocación que no se aprende en los libros, sino que se hereda en el ejemplo cotidiano. La docencia, en mi familia, no es sólo una profesión: es una forma de mirar el mundo.

Si hay una figura que ha marcado profundamente mi camino, es mi madre. Su compromiso incansable, su disciplina y su deseo constante de superación la han llevado a destacar hasta convertirse en directora. Pero, más allá de sus logros profesionales, ha sido su calidad humana y su entrega lo que la ha convertido en mi mayor referente. En ella aprendí que enseñar no es sólo transmitir conocimientos, sino tocar vidas.

Antes de llegar a mi trayectoria profesional, hubo una historia que comenzó mucho antes de que yo pudiera comprenderla. Mis padres recuerdan con emoción el día en que supieron que yo venía en camino; una noticia que llenó su vida de ilusión y sentido. Mi llegada no fue sencilla: mis primeros meses estuvieron marcados por noches largas y llanto constante, un reto que ellos enfrentaron con paciencia y amor. Pero la calma no tardó en transformarse en una nueva aventura, pues poco tiempo después nació mi hermano. Si por separado éramos

un desafío, juntos nos convertimos en un torbellino de energía que redefinió la dinámica familiar.

La infancia estuvo acompañada de cambios constantes. Nos mudábamos con frecuencia, y aunque para mi hermano cada nuevo lugar era una oportunidad emocionante, para mí representaba un desafío emocional. Me costaba adaptarme, encontrar mi lugar, sentirme parte de algo. Esa dificultad para socializar dejó huellas que, de alguna forma, aún me acompañan, pero también me han permitido desarrollar una sensibilidad especial hacia quienes se sienten fuera de lugar.

Con el paso del tiempo, una nueva ilusión comenzó a tomar forma en mi interior: la medicina. Durante un periodo creí que ese sería mi camino. Sin embargo, la vida, con su sabiduría a veces incomprensible, me mostró otra dirección. No logré obtener un lugar en mi intento de ingreso en Morelia, en parte por las limitaciones que implica ser foránea. Curiosamente, mi hermano vivió una experiencia similar; como si, de alguna manera, nuestras historias siguieran un mismo compás.

Lejos de rendirme, encontré en esa experiencia una oportunidad para replantear mi rumbo. Fue entonces cuando la docencia, esa semilla sembrada desde la infancia, floreció con fuerza. Decidí intentar ingresar a la Benemérita y Centenaria Escuela Normal Oficial de Guanajuato. La primera vez, mi hermano logró ser aceptado, mientras que yo tuve que enfrentar la frustración de no conseguirlo. Sin embargo, ese momento no me definió; al contrario, despertó en mí una determinación más firme. Me preparé con disciplina y esperanza, y al año siguiente logré ingresar, cumpliendo así uno de los anhelos más significativos de mi vida.

Mi formación fue un proceso transformador. Entre más aprendía, más sentido encontraba en estar frente a un grupo. Aquella barrera que durante años me dificultó socializar comenzó a desvanecerse. Poco a poco, el aula se convirtió en ese espacio donde no sólo encajaba, sino donde podía ser yo misma y, al mismo tiempo, contribuir a que otros encontraran su lugar. Comprendí que ser docente va más allá de enseñar contenidos: implica crear un ambiente seguro, un segundo hogar donde los niños puedan aprender a su ritmo, desde su propia esencia, sintiéndose valorados y felices.

Hoy, en mi primer año de interinato, regreso a mi lugar de origen con una mirada distinta. Cada día representa un reto, una oportunidad de aprender y de reafirmar mi vocación. En medio de las exigencias y responsabilidades, he descubierto que el mayor desafío no es académico, sino humano: comprender, acompañar y no perder de vista la empatía que da sentido a nuestra labor.

No sé con certeza qué caminos me depara el futuro, pero sí tengo la convicción profunda de aquello que da sentido a mi presente. Cada día frente al aula reafirma mi elección, no como una decisión pasajera, sino como un compromiso que se construye y se renueva en cada mirada, en cada pregunta y en cada logro de mis alumnos. En ellos encuentro una razón constante para avanzar, una chispa de alegría que transforma incluso los días más ordinarios en experiencias profundamente significativas.

Ser testigo de sus aprendizajes, tanto de aquellos que se evidencian en lo académico como de los que se reflejan en su crecimiento personal, me permite comprender la magnitud de mi labor. Cada pequeño avance —una palabra leída con seguridad, un problema resuelto con esfuerzo, un gesto de compañerismo sincero— representa una victoria compartida. En esos momentos descubro que no sólo estoy enseñando, sino que formo parte de algo más grande: la construcción de vidas, de sueños y de futuros posibles.

Mi mayor aspiración no se limita a la adquisición de conocimientos, sino a la formación integral de seres humanos. Aspiro a que cada alumno encuentre su voz, reconozca su valor y aprenda a ser auténtico en un mundo que constantemente exige adaptación. Deseo que en el aula descubran un espacio donde se fomente el respeto, la justicia y la empatía; donde aprendan a convivir, a comprender al otro y a construir relaciones basadas en la dignidad y la solidaridad. Más allá de los contenidos, anhelo que se lleven herramientas para la vida: principios, valores y una mirada esperanzadora hacia su entorno.

Porque al final, enseñar trasciende la transmisión de saberes. Enseñar es un acto profundamente humano, es sembrar semillas que tal vez florezcan mucho tiempo después, es confiar en el potencial de cada niño incluso cuando ellos mismos aún no lo reconocen. Es, tam-

bién, un proceso recíproco: mientras dejo una huella en ellos, ellos, sin saberlo, transforman mi manera de entender la vida, la vocación y el sentido de servir a los demás. En ese intercambio silencioso y genuino, encuentro la verdadera esencia de ser docente.

*Licenciada en Educación Primaria. Docente en la Primaria Urbana Estatal núm.1 “Fulgencio Vargas” en Guanajuato, Gto. mc_medranor@bcenog.edu.mx

Cartografía de una mente en formación

Christofer Esaú Díaz Morales*

Esta historia comienza en un lugar que, en apariencia, era tranquilo. Un sitio donde el silencio parecía ordenado, casi dócil, hasta que el tiempo lo fue descomponiendo en algo distinto: torbellino, caos, ilusión que se agrieta, desilusión que respira en la nuca y una narración que, incluso ahora, continúa redactándose hasta que mi corazón deje de latir. Nací en un hospital frente a la catedral del municipio de Guanajuato, una estructura que, con su presencia imponente, parecía observarlo todo, como si fuera testigo de cada inicio y de cada quiebre. Era marzo de 1999, el noveno día. Ahí, bajo luces blancas que no parpadeaban, abrí los ojos por primera vez, recibido por mis progenitores y una familia materna que, sin saberlo, también daba la bienvenida a una historia que nunca sería del todo apacible.

Con el tiempo, lo que parecía estabilidad comenzó a fragmentarse. Mis padres, arrastrados por malentendidos que hoy mi mente adulta intenta ordenar, como quien recompone un espejo roto sin lograr borrar las grietas, separaron sus caminos. Yo me quedé con mi madre, en esa ciudad cargada de leyendas, donde cada calle parece susurrar historias que no siempre quieren ser escuchadas. Mi padre regresó a su lugar de origen, y así, sin comprenderlo del todo, aprendí que las ausencias también educan.

Mi madre recuerda a un niño de cabello rizado, indomable, con una mirada que parecía adelantarse a lo que aún no ocurría. Dice que era inteligente. Yo creo que, más que eso, era un niño que observaba demasiado, que absorbía el mundo como si temiera que en cualquier momento este desapareciera. A los tres años leía; a los seis, mi mente ya no se conformaba con lo que encontraba y comenzaba a fabricar historias propias, pequeños universos donde podía reorganizar aquello que en la realidad parecía no tener sentido. Sin saberlo, ahí germinaba algo que más adelante cobraría forma, o tal vez, me cobraría a mí.

El tiempo avanzaba, pero no de forma amable. En la escuela, cada ciclo se sentía como una repetición sin matices. No era desa-

tención lo que me alejaba, sino una inquietud constante, una especie de vacío que aparecía cuando todo resultaba demasiado sencillo. Terminaba las actividades con rapidez y entonces elegía: refugiarme en libros, en viejas historias que, a veces, eran más reales que la realidad misma; o ayudar a mis compañeros, especialmente a aquellos que luchaban en silencio por comprender. Me convertí, sin nombrarlo, en un tutor. Tal vez porque, en el fondo, ya intuía que enseñar era una forma de no perderse del todo.

Pero la vida tiene una forma peculiar de torcerse. Es un suspiro que, cuando creemos dominarlo, se convierte en un abismo. A los dieciséis años, frente a la puerta de la adultez, decidí no cruzarla de la manera esperada. Abandoné la preparatoria con una convicción que hoy reconozco como una mezcla de rebeldía y extravío. Creí que oponerme al sistema era una forma de existir con mayor intensidad. Cambié: la música, la vestimenta, las lecturas. Dejé de leer por placer, pero no de escribir. En mis noches se acumulaban relatos que cuestionaban todo, incluso aquello que aún no entendía.

A los dieciocho, la realidad dejó de ser una idea abstracta y tomó forma concreta: jornadas largas, un sueldo insuficiente y la sensación de estar atrapado en una rutina que no prometía nada. Fue entonces cuando apareció una figura que, sin proponérselo, alteró mi rumbo. Un hombre mayor, con la mirada cansada y el cuerpo vencido por el tiempo, me ofreció un consejo que no sonó a advertencia, sino a sentencia: “Invierte en ti. Estudia. No te conviertas en este reflejo”.

Aquella frase no fue un consejo: fue un espejo oscuro en el que no quise reconocerme. Y, por primera vez en mucho tiempo, algo dentro de mí despertó.

Regresé a estudiar. La preparatoria dejó de ser un obstáculo y se convirtió en un puente. El tiempo, que antes pesaba, comenzó a diluirse hasta que, sin darme cuenta, había llegado al final de ese tramo. Pero entonces apareció otra forma de incertidumbre: elegir. Mi mente era un ruido constante, una sobreposición de posibilidades que no terminaban de encajar.

Reducí el caos a dos condiciones: debía ser un reto, algo que no me permitiera caer en el tedio; y debía elegirse desde el gusto, no

desde la imposición. Criminología y literatura aparecieron como opciones, casi como dos caras de una misma obsesión: comprender al ser humano. Sin embargo, ambas estaban fuera de mi alcance. Y entonces, como si el mundo decidiera intervenir, llegó la pandemia. Con ella, la pérdida del empleo, la inestabilidad, el silencio incierto de los días.

Busqué trabajo, pero cada intento parecía disolverse antes de concretarse. Fue en ese vacío donde surgió una posibilidad inesperada. Mi padrastro me ofreció apoyo para estudiar. No sabía qué elegir, hasta que una idea, casi como un susurro que llevaba años esperando, emergió con claridad: maestro.

No era un terreno desconocido. Había crecido rodeado de esa profesión, y, sin notarlo, ya la había practicado. Ingresé en mi primer intento. Y entonces, algo curioso ocurrió: los días comenzaron a morir, pero los años a florecer. Académicamente, destacaba. Pero en la práctica, algo no encajaba. Había en mí una resistencia, una incomodidad con las reglas, con lo establecido, con aquello que parecía inamovible. Cuestionaba todo: desde lo estructural hasta lo aparentemente insignificante. ¿Qué es realmente educar? ¿Qué significa cambiar algo? ¿Hasta dónde llega la libertad dentro de un aula?

Y en medio de ese conflicto, comenzó a formarse algo que no supe nombrar al inicio. Una vocación. No una dócil y obediente, sino una inquieta, casi subversiva: la necesidad de hacer pensar, de provocar preguntas, de incomodar lo suficiente como para despertar.

Entonces, la literatura regresó, pero no como refugio, sino como herramienta. Mis clases comenzaron a adquirir un tono distinto, una atmósfera propia. Los alumnos pedían más: otro cuento, otra historia, un poco más de tiempo. Y sin darme cuenta, esos minutos se convertían en fragmentos que quedaban adheridos a su memoria y a la mía.

Mi carácter cambió. O quizá, por primera vez, dejé de resistirme a quien era. Comencé a abrir espacios, a escuchar, a permitir que los alumnos se mostraran. Entendí que muchos no necesitaban más contenidos, sino ser vistos. Porque, en un mundo que insiste en uniformarnos, enseñar también puede ser un acto de resistencia: formar individuos que piensen, que cuestionen, que no acepten todo sin antes mirarlo de frente.

Hoy, en mi primer año de interinato, me encuentro frente a un grupo que late con fuerza propia. Un grupo donde cada alumno es distinto, donde los talentos emergen de formas inesperadas. Donde los que no encajan encuentran un lugar. Donde la inclusión no es discurso, sino práctica cotidiana. Un espacio donde los sueños, aunque frágiles, comienzan a tomar forma.

Y en medio de todo esto, entiendo algo que antes me era ajeno: enseñar no es sólo dar, es recibir de formas que ningún libro puede anticipar.

Sueño, quizá de manera ingenua, quizá necesaria, con alcanzar a aquellos que aún no logran leer, con contagiarles el fuego de las palabras, con convertir sus historias en relatos que los devuelvan a sí mismos. Sueño con escuchar a quienes sólo saben gritar a través de la conducta, con transformar ese ruido en lenguaje. Sueño con que mis alumnos aprendan del pasado, no para repetirlo, sino para superarlo. Sueño con un mundo donde cada individuo encuentre su lugar sin tener que diluirse para encajar.

Quisiera nombrarme maestro, pronunciarlo con la firmeza de quien ha llegado a un destino claro; pero, hacerlo sería precipitado, casi vacío. Sería asumir una identidad que se encuentra en construcción. Hoy me reconozco como docente: alguien que transita, que aprende, que se equivoca y se reconstruye en el intento. Un ser en proceso, moldeado por la experiencia cotidiana, por los aciertos que iluminan y por los errores que, como sombras persistentes, también enseñan.

He comprendido que convertirse en maestro no es un punto de llegada, sino una transformación constante, un ejercicio de conciencia y de humanidad que exige más de lo que cualquier formación inicial puede ofrecer. Es un camino que no se hereda del todo, ni se adquiere únicamente en las aulas de formación, sino que se forja en el encuentro genuino con los otros, en la capacidad de escuchar, de mirar más allá de lo evidente y de sostener incluso aquello que incomoda.

Y aun con la certeza de que no podré cambiarlo todo, porque sería ingenuo y, quizá, arrogante pensarlo, me aferro a una convicción silenciosa, casi visceral: basta una grieta para que, entre la luz, o para que algo más comience a emerger desde lo profundo. Esa grieta, a ve-

ces imperceptible, puede ser una palabra, un gesto, una oportunidad; algo mínimo que, sin hacer ruido, transforma.

Por ahora, permanezco en este umbral incierto, en ese punto intermedio donde no se es lo que se era, pero tampoco aquello que se anhela ser. Un espacio donde escribo mi historia al mismo tiempo que ella me escribe, donde cada experiencia deja una marca indeleble en quien estoy llegando a ser.

En el trayecto he descubierto algo que no estaba al inicio. No nació como una certeza temprana ni como un llamado evidente; emergió, más bien, como una construcción lenta, casi silenciosa, alimentada por cada encuentro, cada desafío y cada instante compartido en el aula. Hoy sé que esa vocación crece conmigo, se transforma y se fortalece en paralelo al proceso de convertirme, algún día, en aquello que aún no me atrevo a nombrar del todo: maestro.

*Licenciatura en Educación Primaria. Docente en la Escuela Primaria Urbana Estatal núm. 5 “Benito Juárez” en Guanajuato, Gto.
ce_diazm@bcenog.edu.mx



Ser maestra: una historia que se construye día a día

Fernanda Juárez Domínguez*

Hay historias que no comienzan con una decisión, sino con una presencia constante que se instala en la vida sin pedir permiso. En mi caso, la docencia no llegó como una elección repentina, sino como una herencia silenciosa que se fue tejiendo desde la infancia. En mi familia materna, ser maestro no era una excepción, era casi una forma de vida. Recuerdo escuchar conversaciones sobre alumnos, planeaciones, reuniones escolares, avances y dificultades, como si fueran parte de lo cotidiano, como si enseñar fuera tan natural como respirar. Mi abuelita, directora durante muchos años, representaba ese ideal de autoridad cercana, firme, pero humana. Sin proponérselo directamente, ella sembró en mí una idea: la de que ser docente implicaba compromiso, paciencia y, sobre todo, una profunda responsabilidad con otros.

Sin embargo, crecer rodeada de maestros no significaba tener el camino completamente definido. Llegó un momento en el que tuve que preguntarme si ese destino también me pertenecía o si simplemente estaba repitiendo una historia familiar. Fue entonces cuando decidí ingresar a la Benemérita y Centenaria Escuela Normal Oficial de Guanajuato. Más que una decisión automática, fue un acto de apropiación: quería entender qué significaba ser docente desde mi propia experiencia.

La Normal fue un espacio de transformación. Ahí comprendí que la docencia no se sostiene únicamente en la vocación, como muchas veces se cree, sino en la preparación constante, en la reflexión crítica y en la capacidad de reinventarse. Aprendí que planear no es llenar formatos por cumplir, sino pensar en los niños, en sus necesidades, en sus contextos, en las posibilidades reales de aprendizaje que se pueden generar dentro del aula.

Mis primeras prácticas en un preescolar del estado de Guanajuato marcaron un antes y un después. Llegué con nervios, con inseguridades, con esa sensación de estar entrando a un mundo que apenas

comenzaba a comprender. Pero también llegué con una disposición genuina por aprender. La directora de esa institución fue una figura clave en mi formación. No se limitaba a dirigir, acompañaba, orientaba y, sobre todo, enseñaba con el ejemplo. Con ella entendí que cada actividad tiene una intención, que cada decisión dentro del aula debe tener un sentido, que enseñar implica observar, escuchar y ajustar constantemente.

Recuerdo que en esos días cada pequeño logro se sentía enorme: que un niño participara, que otro lograra expresarse, que poco a poco comenzaran a involucrarse en las actividades. Fue ahí donde entendí algo fundamental: el aprendizaje no es inmediato ni uniforme, es un proceso lleno de matices, de ritmos distintos, de avances que muchas veces sólo se perciben cuando uno aprende a mirar con atención.

Pero si hubo un momento que realmente transformó mi forma de ver la docencia, fue cuando dejé de ser practicante y asumí, por primera vez, la responsabilidad completa de un grupo. Al presentar el examen de USICAMM y obtener un interinato de un año, llegué a una comunidad del municipio de San Felipe con una mezcla de emoción y temor. Sabía que ese era el inicio real de mi camino como maestra, pero también era consciente de que ya no habría alguien supervisando cada paso que daba.

El primer día frente a grupo es algo que no se olvida. La mirada de los niños, curiosa, expectante; el silencio inicial; la sensación de que todo lo aprendido debía cobrar sentido en ese instante. Pero más allá del aula, había otro reto igual de importante: la relación con las familias. Llegar a una comunidad implica integrarse a una dinámica ya establecida, ganarse la confianza, demostrar con acciones que el trabajo que se realiza tiene un impacto real.

Fue en ese contexto donde comencé a entender la dimensión humana de la docencia. Las mamás que en ocasiones me llevaban un lonche no lo hacían sólo por cortesía; era un gesto cargado de significado. Era una manera de decir “te vemos”, “valoramos lo que haces”, “confiamos en ti”. Recibir ese tipo de muestras de cariño y reconocimiento fue profundamente significativo para mí, especialmente en una etapa donde aún estaba construyendo mi identidad como docente.

Más allá de esos gestos, lo que realmente marcó esa experiencia fue escuchar a las familias hablar de los avances de sus hijos. Co-

mentarios sencillos, pero poderosos: que ahora participaban más, que intentaban escribir su nombre, que hablaban de lo que hacían en la escuela. Esos pequeños cambios eran, en realidad, grandes logros. Y fue ahí donde encontré una de las motivaciones más fuertes para seguir: saber que mi trabajo tenía un impacto real en la vida de los niños.

A partir de eso, comencé a involucrar más a las familias en las actividades escolares. Diseñé proyectos donde no sólo los alumnos participaban, sino también sus madres y padres. Poco a poco, la relación escuela-comunidad se fue fortaleciendo. La escuela dejó de ser un espacio cerrado para convertirse en un lugar de encuentro, de colaboración, de aprendizaje compartido.

Esa etapa no sólo me permitió poner en práctica lo aprendido, también me enseñó a tomar decisiones, a resolver imprevistos, a adaptarme a contextos reales que muchas veces no coinciden con lo que dicen los libros. Aprendí que la docencia no es perfecta, que hay días buenos y otros no tanto, pero que cada experiencia deja una enseñanza.

Al siguiente año volví a presentar el examen con una perspectiva distinta. Ya no era sólo una aspirante, era una maestra con experiencia, con aprendizajes, con una historia que comenzaba a tomar forma. Obtener mi plaza y quedar dentro de los primeros cien lugares fue un logro importante, pero también significó asumir nuevos retos.

Actualmente me encuentro en un municipio diferente, viviendo por primera vez la experiencia de ser maestra unitaria. Este contexto implica una complejidad particular: atender a distintos grados, planear considerando niveles diversos, adaptar actividades para responder a las necesidades de todos los alumnos. Es un reto constante que exige organización, creatividad y, sobre todo, disposición para aprender todos los días.

Ser maestra unitaria me ha enseñado a mirar la docencia desde otra perspectiva. Aquí no hay una sola forma de enseñar, no existen recetas universales. Cada día es distinto, cada grupo tiene su propia dinámica, cada niño representa un mundo diferente. Esto, lejos de ser una limitante, se convierte en una oportunidad para innovar, para probar, para ajustar.

En este proceso, el acompañamiento ha sido fundamental. Ir de la mano con mi supervisora me ha permitido reflexionar sobre mi

práctica, reconocer áreas de mejora y fortalecer lo que ya hago bien. He aprendido que la docencia no se construye en solitario, sino en colectivo, a través del diálogo, del intercambio de experiencias y del apoyo mutuo.

Si algo he comprendido a lo largo de este camino es que ser docente no se trata de tener todas las respuestas, sino de estar dispuesto a buscarlas. Se trata de observar, de escuchar, de entender que cada niño aprende de manera distinta y que nuestro papel es generar las condiciones para que ese aprendizaje ocurra.

También he aprendido que los logros no siempre son evidentes. A veces se encuentran en pequeños gestos: en un niño que levanta la mano por primera vez, en otro que se atreve a participar, en quien comienza a reconocer su nombre o a utilizar los números en su vida cotidiana. Son avances que no siempre se reflejan en evaluaciones formales, pero que tienen un valor enorme.

Por eso me hice docente. No sólo por la influencia de mi familia, ni únicamente por la formación académica que recibí, sino por todo lo que he vivido en el proceso. Por las dudas que me hicieron crecer, por las personas que confiaron en mí, por los niños que me enseñan todos los días, por las familias que acompañan, por los retos que obligan a reinventarse.

Ser maestra es construir una historia diaria, una historia que no siempre es fácil, pero que siempre tiene sentido. Es entender que cada día en el aula es una oportunidad para transformar, no sólo a los alumnos, sino también a uno mismo.

Y quizá eso es lo más valioso de esta profesión: que mientras enseñamos, también aprendemos; mientras guiamos, también nos descubrimos. Porque al final, ser docente no es sólo una elección... es una forma de vida que se construye paso a paso, experiencia tras experiencia, historia tras historia.

*Licenciada en Educación Primaria. Docente unitaria en el Jardín de Niños “Rosaura Zapata” C.C.T. 11DJN4546D, Guanajuato, Gto.
fernandajuarezdom0210@gmail.com

El sueño que me llevó a la docencia

Juana Paola González Zavala*

Como niños podemos tener muchos sueños, algunos efímeros y otros persistentes que nos acompañan toda la vida, y que, con trabajo y dedicación, podemos hacer realidad, en mi caso, he sido una persona super soñadora y eso me ha llevado a ser quien soy, mi nombre es Paola González, docente de primaria, ésta es mi historia.

El principal sueño que recuerdo tener siendo niña, es el de ser maestra, desde el preescolar cuando me preguntaban qué quería ser cuando fuera grande, yo mencionaba que quería ser maestra, las respuestas que damos en nuestra infancia ante esta pregunta pueden ser, justamente basadas en sueños, no sabemos bien lo que implican las profesiones probablemente, pero hablamos desde lo que conocemos y nos mueve, en este caso, yo veía que mis maestras eran personas activas que cantaban, bailaban y jugaban con nosotros, eso para mí era algo maravilloso, verlas felices haciendo esto me hacía querer hacerlo un día yo también.

Conforme fui creciendo, aparecieron nuevos sueños relacionados con lo que quería ser cuando fuera grande, como por ejemplo, licenciada en derecho, bailarina, actriz, psicóloga e incluso monja, pero siempre que aparecían estos sueños, seguía presente mi mayor sueño, el de ser maestra, yo buscaba la manera de relacionar todo con la docencia, yo tendría esas profesiones, pero daría clases que se relacionaran con ello y en el caso de ser religiosa, sería de las que se dedican a ser maestras en los colegios.

Cursé la primaria en el municipio en el que crecí, Yuriria, Gto., un Pueblo Mágico ubicado al sur del estado, mis maestros de la primaria fueron personas que ayudaron a que mi sueño de ser maestra creciera, el entusiasmo de la maestra Lucy, la espontaneidad del maestro Alejandro, el talento y creatividad del maestro Delfino, la dedicación del maestro Miguel y la alegría de la maestra Ana Berta, cada una de estas características que destacaba yo en ellos, y muchas más, me reafirmaban que yo quería ser maestra y que, además, quería tomar de ellos el buen ejemplo.

Tercer grado de primaria fue mi grado favorito, el maestro Delfino hacía que fuera muy feliz de estar en la escuela, además, era un

promotor de la cultura, nos contaba muchos cuentos e historias, cantaba y también, como extra, fue mi maestro de danza folklórica y teatro. Con él hicimos una excursión a la ciudad de Guanajuato capital y ahí pasamos por el majestuoso edificio de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal Oficial de Guanajuato, y me comentó el maestro que ahí fue donde él estudió, ahora aparecía otro sueño, el de ingresar a esa Normal para poder ser maestra.

Cuando yo estaba en la secundaria, mi mamá, Angélica González, se dedicaba a ser intendente en una escuela primaria y simultáneamente ingresó a estudiar la Licenciatura en Educación Primaria, yo seguía con mi sueño de ser maestra, pero hasta este momento era un sueño desde lo bonito que observaba, sin saber mucho más de lo que esto implicaba. Cuando tenía 15 años empecé a ir de oyente a la Normal donde estudiaba mi mamá, a algunas de sus clases los viernes y como solía leer sus tareas, fui conociendo un poco de lo que se veía en la Normal, algunos maestros me tomaban en consideración para participar y a mi eso se me hacía super interesante.

Posteriormente fui a estudiar a la Escuela de Nivel Medio Superior en Moreleón, Gto., a los 16 años tuve una cirugía, por lo que no iba a poder estar durante los exámenes finales, ante esta situación me acerqué a mis maestros para buscar una solución y poder ser evaluada, mi maestro de álgebra me propuso dar asesorías a mis compañeros para recuperar mi calificación, a lo que yo accedí.

Estuve dando asesorías de álgebra, y posteriormente, de geometría y trigonometría cinco semestres de la preparatoria, lo cual me llevó a formar parte del programa de tutores-pares de la Universidad de Guanajuato. Dentro de este programa, me pedían entregar plan de trabajo con los temas y actividades y posteriormente registrar avances de los asesorados, con esto fui conociendo más sobre el trabajo del docente, que puede ser exhaustivo, pero cuando mis compañeros llegaban con gran felicidad a agradecerme el apoyo para comprender algo, o, en algunos casos, para pasar un examen extraordinario, mi corazón se llenaba de alegría.

Asimismo, durante la preparatoria se da un servicio social, y opté por darlo en escuelas primarias, el primer curso que di fue de manualidades y reciclaje a un grupo de diez niños de cuarto de primaria, los

sábados, este curso lo pude dar en la primaria donde estudié, lo cual me causó mucha ilusión, pues regresaba a mi primaria, pero ahora, ya no como alumna. Aquí fue cuando pude pasar más tiempo con niños, puesto que el curso era de 9 a 12 horas, con recreo incluido en la jornada, aquí, creció mi ilusión de ser maestra, porque me sentía realmente feliz de estar laborando con los niños, pero también, ese sueño de la infancia ahora iba siendo más consciente, pues este curso me permitió ver también la gran responsabilidad que implica trabajar con infantes.

Posteriormente di otro curso de manualidades a otro grupo de niños, en otra escuela, esta vez, por las tardes, con alumnos de edades más diversificadas, pero todo esto me iba dando la certeza de qué quería continuar. Hubo una ocasión en la cual no llegaron a abrirnos la primaria, a lo que una abuelita de uno de los alumnos ofreció un espacio en su casa para poder dar el taller y los niños no se quedaran sin la sesión, fuimos, y al terminar me ofreció de cenar con una actitud maravillosa, lo cual me hizo sentir muy feliz, pues la señora estaba contenta con el trabajo que estaba realizando.

Al terminar la preparatoria y con gran felicidad, pude ingresar a la Benemérita y Centenaria Escuela Normal Oficial de Guanajuato, aquella escuela que conocí un día siendo niña, de la cual yo sólo sabía que era el lugar donde mi gran maestro había estudiado. El ingresar a la Normal y empezar a ir a observaciones y prácticas te abre el panorama de lo que es la docencia, pero yo seguía feliz y decidida a seguir trabajando para cumplir ese sueño de ser maestra.

Desde primer semestre, la maestra Acaxochic, nos guió a iniciar con procesos de alfabetización y ser voluntarios de la Fundación Zorro Rojo, lo cual, en un inicio me dio miedo la verdad, recuerdo mucho el proceso con un alumno de nueve años que se encontraba en nivel presilábico, el ver sus avances poco a poco, dentro del nivel y esa transición a otros niveles, era muy satisfactorio, el día que escribió alfabéticamente me dieron ganas de llorar y me llené de orgullo con él, asimismo, el sentir el agradecimiento de los padres de familia y que me llevaran regalos, que en muchas ocasiones decían eran por parte del alumno, causaban un sentimiento agradable en mí, de saber que algo estaba haciendo bien para tener su respuesta positiva.

Mi servicio social durante la Normal fue un club de tareas en mi casa con los niños de la colonia, pues fue en tiempos de pandemia; las mamás de esos niños me expresaban estar agradecidas por apoyarles y acercar a ellos el tener un maestro presencial cuando solamente tenían comunicación por teléfono con sus maestros.

La pandemia vino a cambiarnos la vida, y en la educación no fue la excepción, mi último año de prácticas me confirmó que realmente quería dedicarme a ser maestra, al estar ya gran parte del ciclo frente a grupo y tener buena respuesta de alumnos y padres de familia, comentarios de la maestra titular de que lo estaba haciendo bien y que estaba contribuyendo al avance, y también de algunas mamás que se acercaban a hacerme comentarios favorables sobre mi práctica. El último día de mis prácticas salí llorando, con un sentimiento de satisfacción y nostalgia por todas las cartas, regalos y muestras de cariño de alumnos y padres de familia que me hicieron pensar en que había tomado una buena elección.

Gracias al trabajo y dedicación de años, pude obtener mi plaza docente al salir de la Normal, laboré en la comunidad de Irámuco, donde pude aprender más sobre la docencia y donde conocí a una gran directora llamada Jessi, quien reconoció mi labor y me motivó a continuar trabajando con entusiasmo al moverme a ejercer en la Ciudad de Guanajuato, y donde ahora, estando en mi cuarto año de servicio puedo decir que no es una profesión sencilla y que, desde fuera, a veces no podemos apreciar todo el trabajo que implica, los retos que tendrás que afrontar y lo desgastante que puede ser, pero que realmente, lo que inició como un sueño, ahora es una realidad que me brinda felicidad y satisfacción en muchos momentos y que me hace querer seguir preparándome para ser una mejor maestra cada día.

En estos momentos soy una docente de primaria que quiere promover la confianza en sus alumnos, para que cada uno de ellos se atreva a soñar y sepa, que con dedicación puede llevar a la realidad cada uno de sus sueños, porque todo puede ser posible.

*Licenciatura en Educación Primaria. Docente en la Escuela Primaria “Mtro. Juan B. Diosdado” de Guanajuato, Gto. jp.gonzalezavala@gmail.com

Pequeños gestos, grandes huellas

Ana Cinthya Rodríguez Delgado*

No siempre supe que quería ser docente, pero sí recuerdo con claridad lo que sentía cuando lograba explicar algo y alguien más lo entendía.

Desde muy joven sentía una sensación de satisfacción difícil de describir cuando un tema que para otros resultaba complicado, para mí se volvía claro... y podía compartirlo. Ahí, sin darme cuenta del todo, algo comenzaba a tomar forma.

Sí, claro que hubo dudas al inicio. Pensé en otros caminos, como la psicología o incluso la enfermería, pero siempre regresaba al mismo punto: a la admiración por aquellos docentes que habían dejado huella en mí. No sólo enseñaban contenidos, enseñaban cercanía, con humanidad. Yo quería ser como ellos.

Sin embargo, desear ser docente y vivir la docencia son experiencias muy distintas.

Mis primeras veces frente a grupo como practicante estuvieron llenas de miedos e inseguridades. Me costaba mantener la atención, mi voz no transmitía firmeza y, muchas veces, terminaba una clase sintiendo que nada había salido como lo esperaba. Había momentos en los que el aula y los niños se sentían más grandes que yo.

Recibí entonces consejos que marcaron un antes y un después. Me dijeron que nadie estaba ahí para juzgarme, que el aula también podía ser un espacio donde yo construyera mi propia forma de enseñar, que podía permitirme ser auténtica y, sobre todo, que debía convertirme en la docente que mis alumnos necesitaban.

Poco a poco, algo cambió. Mi voz se volvió más segura, mi presencia más firme y mi forma de enseñar más cercana. Dejé de intentar encajar en una idea rígida de lo que debía ser una maestra y comencé a disfrutar lo que sucedía dentro del aula.

Pero ese proceso no estuvo exento de tropiezos. Hubo clases que no funcionaron, estrategias que no dieron resultado y días en los que la frustración me rebasó. Recuerdo haber terminado algunas jornadas con lágrimas, en las que incluso me cuestionaba si realmente

ese era mi lugar. Dudaba de mí, de mis capacidades, de mi decisión y vocación.

Hasta que entendí algo fundamental: si me importaba tanto como para sentirlo de esa manera, entonces estaba en el camino correcto. Cuestionar, incomodarse, buscar mejorar... también es parte de ser docente.

Y entonces llegó uno de esos momentos que dan sentido a todo. Un alumno no lograba seguir el ritmo de la clase de inglés. Poco a poco fue quedándose al margen. No era evidente para todos, pero ahí estaba: la exclusión silenciosa. Me acerqué, me senté a su lado y comenzamos desde lo más sencillo. No hice nada extraordinario, sólo estuve ahí, acompañando su proceso. Cuando terminó, revisaron su trabajo. Él se acercó, me miró con una sonrisa que no olvidaré y me dijo: “muchas gracias por ayudarme, maestra, eres muy buena persona”. Después me abrazó. En ese instante comprendí algo que ninguna teoría puede explicar por completo. Entendí que muchos niños no sólo llegan al aula para aprender, sino también buscando ser vistos, escuchados y valorados. Que, en ocasiones, la escuela se convierte en el único espacio donde encuentran atención genuina, donde alguien se detiene a acompañarlos. Ese día confirmé que la docencia va mucho más allá de enseñar sólo contenidos curriculares.

Con el tiempo, esa idea se ha hecho más fuerte. Aprendo de mis alumnos todos los días. Son niños que, a pesar de las dificultades que enfrentan fuera de la escuela, llegan con la capacidad de sonreír, de confiar, de crear vínculos. Transforman el aula en un espacio seguro, en un lugar donde pueden ser ellos mismos.

Me han enseñado a mirar lo esencial, a valorar los pequeños logros, a entender que no somos figuras distantes ni perfectas. No somos “robots”. Somos personas que sienten, que acompañan, que también aprenden.

En esa convivencia diaria se construyen mucho más que aprendizajes académicos: se construyen relaciones, confianza y sentido.

Aunque no todo es color de rosa. También he enfrentado retos fuera del aula. Recuerdo que, en mi primer grupo, me generaba enojo la forma en que algunos padres de familia se relacionaban con sus hijos. Me frustraba pensar en todo lo que no podía cambiar.

Pero con el tiempo comprendí algo que transformó mi perspectiva: no está en mis manos resolver todo lo que ocurre fuera, pero sí puedo hacer una diferencia en el tiempo que comparto con ellos dentro del aula.

Y ese tiempo importa. Importa escuchar, acompañar, enseñar con empatía. Importa ofrecer un espacio donde, aunque sea por unas horas, los niños puedan sentirse seguros, valorados y capaces.

Hoy entiendo que ser docente no es una labor monótona. Cada día es distinto, impredecible. Siempre hay un reto nuevo, una historia distinta, una oportunidad de aprender y de enseñar.

Pero, sobre todo, es una profesión profundamente humana.

Ser docente me ha enseñado a ser mejor persona, por muy cliché que esto suene. Me ha obligado a mirar con empatía, a reconocer la vulnerabilidad en los otros y en mí misma, a no olvidar que cada estudiante es más que un resultado o un contenido aprendido.

Si tuviera que elegir de nuevo, elegiría este camino sin dudarlo.

Porque, aunque el mundo no siempre sea como sea como quisiéramos, dentro del aula existe la posibilidad de transformarlo, aunque sea poco a poco. De sembrar respeto, comprensión, humanidad.

Y, a veces, ese cambio comienza con algo tan “simple” como detenerse, acompañar... y no dejar a nadie atrás.

Por eso me hice docente. Y por eso, todos los días, elijo seguir siéndolo.

*Licenciada en Educación Primaria. Docente de educación primaria en el Instituto Ignacio Montes de Oca de Guanajuato, Gto.

ac_rodriguez@bcenog.edu.mx



¿En qué momento una simple intuición se convierte en destino?

Karen Rubí Valdez Vázquez*

Hay lugares que no solo se recorren con los pies, sino también con el corazón. Lugares que, sin saberlo, comienzan a escribir nuestra historia mucho antes de que entendamos su significado. A veces, la vocación no se elige: se revela en los momentos más inesperados y se construye, silenciosamente, a partir de recuerdos que con el tiempo cobran un sentido profundo. Desde pequeña nunca tuve completamente claro qué quería ser, pero siempre hubo algo en mí que me acercaba a los demás: la necesidad de escuchar, de acompañar, de explicar y de hacer sentir a otros que eran capaces. Con el paso del tiempo comprendí que ese impulso constante no era casualidad, sino el inicio de una vocación que, sin darme cuenta, ya comenzaba a abrirse camino en mi vida.

Al mirar hacia atrás, reconozco que mi vocación comenzó a manifestarse mucho antes de que yo pudiera nombrarla. En mi entorno familiar viví una de las experiencias más significativas: mis abuelos, personas llenas de sabiduría de vida, no habían tenido la oportunidad de aprender a leer y escribir. Junto con algunas de mis primas, comenzamos a enseñarles con paciencia, repitiendo letras, formando palabras y celebrando cada pequeño avance. Más allá del aprendizaje, lo que permaneció fue la emoción compartida, la cercanía y el descubrimiento de que enseñar es un acto profundamente humano. En esos momentos entendí, sin saberlo del todo, que acompañar a otros en su proceso tiene un valor que trasciende cualquier contenido.

Uno de los recuerdos más significativos de mi infancia está profundamente ligado a los viajes que realizaba a Guanajuato, lugar de origen de mi papá. Durante las vacaciones visitábamos a su familia, y en esos recorridos había un sitio que siempre capturaba mi atención. Era un lugar que, aunque en ese momento no comprendía del todo, despertaba en mí una emoción especial.

Se trataba de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal Oficial de Guanajuato. Cada vez que pasábamos frente a ella, algo dentro de mí se detenía. Observaba su arquitectura, su presencia, su historia implícita, y sentía una conexión difícil de explicar. Recuerdo que le decía a

mi familia, con una seguridad que solo la infancia puede sostener, que algún día yo estudiaría ahí. Ellos me respondían que era una escuela Normal, pero yo no comprendía realmente lo que eso significaba. Sin embargo, había una certeza en mí que no necesitaba explicación.

Con el tiempo, esa intuición comenzó a cobrar sentido. Entendí que ese lugar no solo representaba un espacio físico, sino una posibilidad, una forma de vida. Descubrí que ser docente implicaba mucho más que enseñar contenidos: significaba acompañar procesos, formar personas y dejar huella en la vida de otros. Mi decisión de ser maestra no surgió de un momento único, sino de la suma de experiencias que fueron dando forma a mi vocación. También influyeron profundamente las personas cercanas a mi familia que se dedicaban a la docencia. Escuchar sus historias, sus retos y sus logros despertaba en mí una admiración genuina.

Recuerdo especialmente una ocasión en la que, durante una reunión familiar, uno de ellos compartía la experiencia de un alumno que, después de mucho esfuerzo, había logrado comprender un tema que antes le parecía imposible. Lo que más me marcó no fue el contenido en sí, sino la emoción con la que lo contaba. Hablaba del proceso, del acompañamiento, de la paciencia. En ese momento entendí que ser docente es formar parte de la historia de alguien más.

Años después, en un contexto completamente distinto, viví una experiencia que reafirmó profundamente mi decisión. Durante la pandemia, cuando la educación tuvo que transformarse de manera repentina, yo aún me encontraba en formación. Sin embargo, lejos de darme por vencido, sentí una responsabilidad muy clara: la de no dejar de aprender, pero también la de no dejar de compartir.

Ese momento representó un reto importante, pero también una oportunidad. Me di cuenta de la importancia de desarrollar habilidades tecnológicas que me permitieran mantener el vínculo con el aprendizaje. Aprendí a utilizar herramientas digitales, a adaptarme a nuevas formas de enseñanza y a comprender que la educación no se limita a un espacio físico. Más allá de lo académico, entendí que enseñar también implica estar presente, incluso en la distancia, y generar conexión en medio de la incertidumbre.

Esa experiencia fortaleció no solo mis competencias, sino también mi convicción. Confirmé que quería ser docente, que quería estar

ahí, acompañando procesos, buscando alternativas, encontrando caminos incluso en los momentos más complejos.

Hoy, después de casi cuatro años ejerciendo como docente, puedo decir que esta profesión me ha regalado algunos de los momentos más significativos de mi vida. Ver el progreso de mis alumnos es, sin duda, una de las mayores satisfacciones. Observar cómo crecen, cómo aprenden, cómo desarrollan confianza en sí mismos, me recuerda todos los días por qué elegí este camino.

He sido testigo de transformaciones profundas: alumnos que al inicio dudaban en participar y que, con el tiempo, logran expresarse con seguridad; estudiantes que enfrentaban dificultades y que, con acompañamiento, descubren que sí pueden. Cada uno de esos avances, por pequeño que parezca, representa un logro enorme. También están los detalles que no se miden, pero que se sienten. Un “gracias”, una sonrisa, una nota, un dibujo. Son esos gestos los que confirman que el vínculo que se construye en el aula va más allá de lo académico.

Años después, en mis primeros acercamientos a la docencia, esa intuición encontró sentido en contextos rurales y multigrado. Ahí comprendí que la enseñanza no se limita al aula: llevé a mis alumnos a recorrer su comunidad, a caminar hacia el río, a observar su entorno y a convivir con el ganado, convirtiendo cada experiencia en un aprendizaje vivencial y significativo. En ese proceso, el conocimiento dejó de ser abstracto y se volvió parte de su realidad. Pero lo que más me marcó fue ver cómo, aun con recursos limitados, el aprendizaje sucedía de manera genuina: en su curiosidad, en sus preguntas, en su forma de relacionar lo que vivían con lo que descubríamos juntos. Ahí entendí que enseñar no depende de lo que se tiene, sino de lo que se construye con sentido.

Recuerdo con especial claridad el momento en que algunos padres de familia se acercaron para agradecerme y, con una generosidad profundamente significativa, me ofrecieron productos de su propia cosecha. Aquel gesto, sencillo pero lleno de valor, me permitió comprender que la docencia también construye vínculos con la comunidad. Fue en ese tipo de experiencias donde confirmé que el camino que había elegido —y que en algún momento prometí alcanzar— tenía un sentido más profundo. Cada logro, incluso aquellos que no pudieron ser com-

partidos con quienes creyeron en mí desde el inicio, se convirtió en una forma de honrar esa confianza y reafirmar la docente que soy hoy.

He aprendido que el aula es un espacio donde no solo se transmiten conocimientos, sino donde se construyen relaciones, se fortalece la confianza y se aprende a trabajar en equipo. Esto se refleja en experiencias que trascienden el salón de clases, como los viajes escolares. Recuerdo con especial cariño una visita a KidZania, donde los alumnos tuvieron la oportunidad de experimentar distintos roles y comprender la importancia de cada profesión. Más allá de la actividad, lo valioso fue observar cómo se organizaban, cómo colaboraban y cómo descubrían nuevas formas de aprender.

Asimismo, reconozco la importancia de mantenerme en constante formación. A lo largo de mi trayectoria he buscado prepararme mediante diplomados, especialidades y actualmente a través de mi formación en una maestría en innovación e investigación educativa. Este proceso no solo responde a una exigencia profesional, sino a una convicción personal: la de ser cada día una mejor docente.

Para mí, enseñar implica estar en constante actualización, adaptarse a los cambios, comprender las necesidades de los estudiantes y construir aprendizajes que realmente les sean útiles. No se trata solo de enseñar contenidos, sino de formar personas capaces de enfrentar su realidad, de pensar críticamente y de desenvolverse en su entorno. Ser docente me ha enseñado que no se trata de la perfección, sino de la intención. De estar presente, de escuchar, de comprender y de acompañar. De reconocer que cada estudiante es único y que cada proceso es distinto.

Lo que siento por mi profesión ha evolucionado con el tiempo. Lo que comenzó como una intuición en la infancia, hoy es una convicción profunda. Es compromiso, es responsabilidad, pero también es amor. Un amor que se refleja en cada esfuerzo, en cada logro compartido y en cada historia construida. Por eso me hice docente: porque creo en la educación como una herramienta capaz de transformar vidas, porque encontré en este camino un propósito y porque, al final, enseñar no es solo una profesión... es la forma más genuina de dejar huella en la vida de otros.

*Licenciada en Educación Primaria. Docente de la Escuela Primaria “Mtro. Juan B. Diosdado”. kr_valdezv@bcenog.edu.mx

Vivir para enseñar: una historia desde el aula

Cinthia Yasmin Vallejo Cortés*

Siempre he considerado que cada persona transita por un camino en el que sus habilidades, capacidades e intereses se entrelazan, orientando la toma de decisiones a lo largo de la vida. En mi caso, desde temprana edad identifiqué una inclinación hacia la enseñanza; actividades como compartir conocimientos, brindar orientaciones, así como mi facilidad de expresión y seguridad al comunicarme, fueron elementos que favorecieron el desarrollo de mi vocación docente.

En mis primeras experiencias, a mis doce años tuve la oportunidad de estar a cargo de un grupo de niños pequeños de tres a cinco años, en la doctrina, lo que representó un acercamiento significativo al ejercicio profesional y fortaleció mi decisión de continuar en este ámbito. Así cada vez que avanzaba en mi trayecto formativo, mis servicios escolares siempre iban enfocados en lo educativo, con tareas muy sencillas pero que siempre tenían que ver con el contacto con estudiantes de nivel básica. Otro aspecto fundamental en mi decisión fue haber crecido en un entorno magisterial, ya que mis padres y mi hermana mayor se desempeñan como docentes. Desde pequeña, tuve la oportunidad de acompañarlos a la escuela, donde observaba de cerca su labor en el aula y la relación que establecían con sus estudiantes, caracterizada por un genuino respeto y afecto.

Con el paso del tiempo, comprendí la complejidad de su trabajo, el cual no se limita a la planificación de actividades para favorecer aprendizajes y el desarrollo de habilidades, sino que también implica una constante organización de su vida personal: traslados, responsabilidades del hogar, atención a la familia y diversas situaciones cotidianas. A pesar de ello, siempre fueron ejemplo de compromiso y dedicación, mostrando un esfuerzo constante por cumplir con cada una de sus responsabilidades.

Durante la preparatoria, al momento de elegir el bachillerato, tenía claro que deseaba ser docente; sin embargo, en esa etapa surgieron nuevas decisiones por tomar: definir el nivel educativo en el que quería formarme, la institución donde continuaría mis estudios y la ciudad a

la que tendría que trasladarme, ya que en mi lugar de origen no existía una escuela normal que me permitiera alcanzar esta meta. A pesar de ello, mantuve firme mi propósito y enfoqué mis esfuerzos en lograrlo.

Este objetivo se concretó al consultar los resultados de la Escuela Normal Oficial de Guanajuato, donde fui aceptada en la Licenciatura en Educación Preescolar. Recibir esta noticia, en compañía de mi madre, representó un momento profundamente significativo, ya que acercaba mi anhelo de convertirme en maestra. En gran medida, la elección de este nivel educativo estuvo influenciada por su ejemplo: su dedicación, compromiso y vocación al trabajar con sus estudiantes fueron una fuente constante de inspiración.

A lo largo de mi formación en la escuela normal, viví un proceso constante de descubrimiento personal en una ciudad que siempre había llamado mi atención. Esta etapa implicó adaptarme a una nueva forma de vida: aprender a vivir de manera independiente, organizar mis tiempos, preparar mis alimentos, trasladarme por la ciudad y asumir con responsabilidad mi formación académica. Así mismo, este periodo estuvo acompañado de experiencias significativas que disfruté junto a mis compañeros, quienes con el tiempo se convirtieron en grandes amistades y dejaron una huella importante en mi trayectoria como normalista.

Al concluir la licenciatura, uno de los principales anhelos de todo egresado de una escuela normal es incorporarse de manera inmediata al servicio docente mediante la obtención de una plaza. Sin embargo, no siempre lo esperado coincide con la realidad. En mi caso, en un inicio pensé que este proceso se daría de forma sencilla; no obstante, pronto comprendí que requería esfuerzo, constancia y perseverancia.

Fue entonces cuando decidí seguir adelante y buscar oportunidades por mi cuenta. Acudí directamente a la Secretaría de Educación de Guanajuato con la intención de obtener un interinato y, para mi sorpresa, la única opción disponible era en el nivel preescolar. Sin dudarlo, acepté el reto. En un primer momento predominaba la emoción por integrarme al ámbito laboral; sin embargo, esta experiencia representó también un desafío que me permitió adquirir valiosos aprendizajes profesionales dentro del contexto escolar.

Durante cinco años continué en la búsqueda de una plaza docente, enfrentando momentos de incertidumbre que incluso me llevaron a considerar la posibilidad de estudiar otra carrera. No obstante, en ese último in-

tento, el impulso de mi hermana mayor fue determinante para no desistir. Decidí prepararme nuevamente y participar en el proceso de admisión al servicio profesional docente, esta vez con mayor seguridad y convicción.

Al llegar el día de los resultados, la espera estuvo acompañada de nerviosismo y expectativas moderadas. Sin embargo, una noche, tras recibir un mensaje de una amiga, decidí consultarlos. Al observar mi posición en la lista de prelación, la emoción fue indescriptible: la probabilidad de obtener mi plaza era prácticamente segura. De inmediato compartí la noticia con mi familia, quienes han sido parte fundamental en este camino.

Aquello que en algún momento consideré lejano finalmente se concretó, incluso en un periodo en el que mis expectativas eran menores. Con el paso del tiempo, esta experiencia se ha convertido en una fuente de orgullo personal y profesional, así como en un recordatorio del valor del acompañamiento familiar. En mis primeros años como docente, enfrenté también el desafío de desempeñarme como maestra foránea, lo que implicó adaptarme a un nuevo entorno y construir un sentido de pertenencia. Hoy, la ciudad en la que laboro se ha transformado en mi segundo hogar, consolidando no solo mi desarrollo profesional, sino también mi crecimiento personal.

Actualmente, logro comprender con mayor profundidad el amor y esfuerzo que mis padres han dedicado a la docencia durante más de treinta años. Su pasión y compromiso en cada ciclo escolar, al acompañar la formación de cientos de estudiantes, me han permitido reconocer el verdadero alcance de esta profesión. Ser docente implica convertirse en un referente para niñas y niños: una figura que inspira respeto, afecto y confianza.

En este sentido, el tiempo compartido en el aula trasciende la enseñanza de contenidos, ya que también brinda la oportunidad de formar personas con valores, empatía y sentido humano, capaces de integrarse de manera consciente a la sociedad. Asimismo, la labor educativa permite que los estudiantes creen en sí mismos y proyecten su futuro más allá de las condiciones familiares o económicas en las que se desenvuelven.

Me han preguntado: si no hubiera sido maestra, ¿qué hubiera hecho? en mi caso, siempre respondo: el ser maestra siempre fue mi primera y única opción. Siempre supe que estaba destinada a vivir en

las aulas, caminar entre las bancas, escribir y limpiar una y otra vez los pizarrones, aprender los nombres de mis alumnos en cada inicio de ciclo escolar, repetir las instrucciones más de una vez, limpiar las lágrimas de los alumnos cuando se caen o llegan tristes a clase, compartir mis alimentos con algunos niños cansados de su refrigerio o que no les guste lo que les envían, ver orgullosa sus logros y avances a lo largo del ciclo escolar, dedicarles unas palabras al final del ciclo escolar y, sobre todo, reencontrarlos después de varios años y que aún me recuerden con cariño y me digan: “¿Cómo ha estado, maestra Cinthia?”.

Si estas ideas no resultan suficientes para responder la pregunta, sería necesario adentrarse en un salón de clases y descubrir la magia que ocurre en tan solo tres horas con hasta cuarenta alumnos. Es ahí donde puede apreciarse, en su verdadera dimensión, el arte de enseñar. En este espacio, el docente se transforma en un profesional capaz de asumir múltiples roles; no porque lo sepa todo, sino porque investiga, indaga y se prepara constantemente para dar respuesta a las dudas y enfrentar los diversos imprevistos que surgen en la dinámica escolar.

A veces nos cuesta dificultad escribir nuestras propias experiencias docentes por pena en nuestra manera de redactar, pero si lo pienso, cada día escribimos historias únicas que serían un deleite para los lectores, en dónde podrán imaginar lo que pasa en las clases, que puedan comprobar que aun existen esos docentes que damos nuestro tiempo, alma y amor por enseñar, que nuestro trabajo se vuelve nuestro lugar seguro en dónde olvidamos dolores físicos, de la mente y poéticamente del corazón.

Con mis casi doce años prestando mi servicio docente, puedo afirmar que cada año que pasa mi enseñanza se transforma con sabiduría, mis experiencias y ambiciones son más profundas para poder apoyar a los alumnos, alentarlos y formar ciudadanos críticos; es eso lo que me llena de motivación para seguir trabajando con las nuevas generaciones que año con año recibiré en mi aula escolar, recordando siempre a esa niña que soñó con ser maestra.

*Licenciada en Educación Preescolar. Educadora en el Jardín de Niños “Ma. Enriqueta Camarillo de Pereyra, en Guanajuato, Gto.
cinvallejo92@gmail.com

Cuando enseñar se volvió mi sentido

Jorge Armando Buendía Juárez*

Desde muy temprano, en mi vida comencé a sentir que el mundo no era algo que simplemente se vivía, sino algo que se intentaba comprender, recuerdo que mientras otros niños jugaban, yo me quedaba pensando en lo que los maestros decían, y en cómo algunas palabras parecían quedarse resonando dentro de mí, sin que nadie se diera cuenta, no era el mejor estudiante, ni el más destacado, pero sí alguien que observaba con atención y que, poco a poco, iba encontrando en la escuela un lugar distinto, no sólo para aprender, sino para sentir y cuestionar lo que parecía evidente.

En aquellos años hubo maestros que dejaron una huella profunda, no por lo que enseñaban en los libros, sino por la forma en que lo hacían, había algo en su manera de hablar, en su forma de mirar, en la paciencia con la que explicaban, que me hacía sentir que yo importaba y lo que pensaba tenía valor, esas experiencias, aunque parecían pequeñas, fueron construyendo poco a poco una idea que en ese momento no lograba nombrar, pero que con el paso del tiempo se volvió más clara y más fuerte. Durante mi adolescencia todo se volvió incierto, como suele suceder comencé a pensar en distintos caminos, en otras profesiones, en otras posibilidades que parecían más atractivas o mejor valoradas por los demás, la idea de ser profesor no aparecía como una prioridad, incluso en algunos momentos la descartaba, porque sentía que debía aspirar a algo diferente, algo que respondiera a las expectativas del entorno, sin embargo, cada vez que intentaba proyectarme en otro lugar, había una sensación de incomodidad, como si algo faltara, como si ninguna de esas opciones lograra llenarme por completo.

Fue entonces cuando ocurrió un momento que, aunque parecía sencillo, terminó marcando un cambio importante, ayudé a un compañero a entender un tema que no lograba comprender, pasamos tiempo revisando, explicando, intentando diferentes formas, hasta que finalmente lo entendió, en ese instante, observé su reacción, una mezcla

de alivio y alegría, que me hizo sentir algo distinto, algo que no había experimentado antes, no era sólo satisfacción, era una sensación profunda de sentido, como si por un momento todo encajara.

A partir de ese momento, la idea de enseñar comenzó a tener más fuerza, aunque no fue una decisión inmediata, hubo dudas, miedo y muchas voces externas que cuestionaban esa elección, se decía que no era una profesión bien valorada, que implicaba sacrificios que no siempre eran reconocidos, pero con el tiempo comprendí que no se trataba de elegir lo que otros consideraban mejor, sino aquello que realmente le daba sentido a mi vida, así fue como decidí formarme como profesor, no como una opción secundaria, sino como una elección consciente.

El proceso de formación fue mucho más que adquirir conocimientos teóricos, fue un camino de transformación personal, aprendí que enseñar no es transmitir información, sino acompañar procesos, que cada estudiante tiene su propio ritmo, su propia historia y su propia manera de entender el mundo, también entendí que ser profesor implica mirarse a uno mismo, cuestionar las propias ideas, reconocer errores y estar dispuesto a cambiar constantemente. Cuando tuve mi primer acercamiento real al aula como docente, la experiencia fue muy distinta a lo que había imaginado, nada salió exactamente como lo había planeado, sentí nervios, incertidumbre e incluso frustración, porque la realidad es mucho más compleja que cualquier teoría, sin embargo, también sentí algo que reafirmó mi decisión, ese espacio lleno de miradas distintas, de pensamientos diversos, de historias únicas, era el lugar donde quería estar, no porque fuera fácil, sino porque era auténtico.

Con el paso del tiempo fui comprendiendo que enseñar no es tener el control, sino construir un vínculo, no es imponer conocimientos, sino generar confianza, no es tener todas las respuestas, sino aprender a formular mejores preguntas, cada grupo, cada estudiante, cada experiencia, me fue transformando, algunos me enseñaron paciencia, otros me enseñaron a no rendirme, otros me hicieron ver la importancia de escuchar más allá de las palabras y de comprender que detrás de cada actitud hay una historia que merece ser entendida.

Hubo momentos difíciles, momentos en los que dudé de mi capacidad y en los que sentí que no estaba logrando el impacto que esperaba, pero fueron precisamente esos momentos los que me permitieron crecer, porque entendí que la docencia no es un camino perfecto, sino un proceso en constante construcción, donde cada error también es una oportunidad de aprendizaje.

Con el tiempo, también aprendí a valorar los pequeños logros, esos momentos en los que un estudiante comprende algo que antes parecía imposible, cuando alguien se atreve a participar, cuando se genera un espacio de confianza; esos instantes, aunque parecen simples, tienen un significado profundo, porque reflejan que el proceso de enseñanza y aprendizaje va más allá de los contenidos y se convierte en una experiencia humana.

Hoy, al mirar hacia atrás, puedo ver que mi camino hacia la docencia no fue algo repentino, sino el resultado de múltiples experiencias, de encuentros significativos, de decisiones que poco a poco fueron dando forma a lo que soy, convertirme en profesor no fue alcanzar una meta, sino iniciar un proceso que sigue en movimiento, porque cada día representa una nueva oportunidad de aprender y de crecer.

Ser profesor ha significado entender que el conocimiento no es algo estático, sino algo que se construye de manera colectiva, que enseñar es también escuchar, que guiar es también acompañar y que aprender es un proceso que nunca termina, porque, incluso en el aula, uno sigue descubriendo nuevas formas de ver el mundo.

Y si algo puedo afirmar, es que no elegí esta profesión sólo para enseñar contenidos, sino para formar historias, para estar presente en procesos que pueden transformar vidas y que, al mismo tiempo, me transforman a mí, porque al final, ser profesor no es sólo una ocupación, es una manera de estar en el mundo, de relacionarse con los demás y de encontrar sentido en cada experiencia compartida.

A lo largo de este camino, también he comprendido que la educación no ocurre únicamente dentro de un aula, sino en cada interacción, en cada palabra, en cada gesto que puede marcar la diferencia, ser profesor implica una responsabilidad que va más allá de lo académico, implica reconocer la importancia de cada estudiante como

persona, y la necesidad de generar espacios donde puedan sentirse escuchados, valorados y capaces de construir su propio aprendizaje.

Cada día, frente a un grupo, representa un reto distinto, porque nunca hay dos clases iguales, ni dos estudiantes idénticos, esa diversidad, lejos de ser un obstáculo, se convierte en una riqueza que permite replantear constantemente la práctica docente, adaptarse, innovar, buscar nuevas formas de enseñar y de aprender.

Con el paso del tiempo, la vocación se fortalece, no porque desaparezcan las dificultades, sino porque se aprende a enfrentarlas con mayor claridad, entendiendo que cada desafío forma parte del proceso y que cada experiencia contribuye a construir una identidad docente más sólida y más consciente.

Hoy sigo aprendiendo, sigo cuestionando, sigo buscando nuevas maneras de enseñar, porque ser profesor no es un estado definitivo, sino un proceso continuo que se alimenta de la experiencia, de la reflexión y del compromiso con los demás, y es precisamente en ese proceso donde encuentro el verdadero sentido de esta profesión.

Porque al final, enseñar no es sólo transmitir conocimientos, es acompañar procesos, es creer en las posibilidades de otros, incluso cuando ellos mismos dudan, es construir caminos donde antes parecía no haberlos y es también reconocer que en cada historia compartida hay una oportunidad de transformación, tanto para quien aprende, como para quien enseña.

*Licenciado en Pedagogía. Auxiliar en servicios escolares de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal Oficial de Guanajuato.
armandobjuarez024@gmail.com

La voz que me enseñó a enseñar: historia de una vocación construida

Laura Francisca Mata Reyes*

Hay historias que comienzan con una fecha. La mía comienza con una voz. Una voz que, sin saberlo, ya enseñaba.

Nací el 15 de febrero de 1990 en León, Guanajuato, en una casa donde la vida no era sencilla, pero sí profundamente digna. Fui la cuarta de seis hijas, creciendo en un entorno donde compartir no era una opción, sino una forma de vida. En ese hogar, el esfuerzo tenía rostro: el de mi madre, quien sostenía con firmeza el equilibrio familiar entre el trabajo doméstico y el comercio, y el de mi padre, quien regresaba cada día con el cansancio en los hombros, pero con la convicción inquebrantable de que sus hijas tendrían oportunidades distintas.

No crecí rodeada de lujos materiales, pero sí de algo más trascendente: la certeza de que el aprendizaje era el camino para transformar la vida. En casa, estudiar no era una obligación impuesta, sino un valor profundamente arraigado. Sin darme cuenta, fui comprendiendo que el conocimiento no sólo abría puertas, sino que también dignificaba.

Desde muy pequeña comencé a manifestar una inclinación particular hacia la enseñanza. No sabía nombrarla, pero estaba ahí, insistente y clara. Jugaba a ser maestra como otras niñas jugaban a la casita. Organizaba cuadernos, asignaba tareas imaginarias y explicaba con seriedad contenidos que yo misma inventaba. Y tenía la fortuna de contar con alumnas reales: mis hermanas. Ellas fueron mi primer grupo, mi primer desafío y también mi primer espacio de aprendizaje.

Mis recuerdos del preescolar son escasos, casi difusos. Es como si esa etapa hubiera sido sólo un breve umbral antes de ingresar a un proceso más significativo. Sin embargo, mi paso por la primaria marcó profundamente mi historia. Llegué a primer grado casi sabiendo leer, gracias al acompañamiento cercano de una de mis hermanas mayores, quien con paciencia y dedicación me introdujo al mundo de las palabras.

Pero, más allá del aprendizaje académico, hay una imagen que permanece intacta en mi memoria: la de mi padre escuchándome leer. Llegaba del trabajo, se sentaba a la mesa y me pedía que leyera en voz alta mientras él comía. Aquello no era sólo un ejercicio; era un acto de reconocimiento. Era su forma de decirme, sin palabras, que lo que yo hacía tenía valor.

Fue en la primaria donde algo dentro de mí comenzó a tomar forma con mayor claridad. No fue un instante específico, sino un proceso paulatino construido a partir de la observación. Mis maestros no sólo transmitían conocimientos; enseñaban con su actitud, con su presencia y con la manera en que se relacionaban con nosotros. Había en ellos compromiso, organización y respeto, pero también cercanía y humanidad. Fue ahí donde comenzó a consolidarse en mí la idea de ser docente.

La secundaria representó mi primer encuentro con las limitaciones del sistema educativo. Fui asignada a una telesecundaria que no correspondía a las expectativas de mi papás. Preocupados, buscaron alternativas y finalmente lograron inscribirme en una institución particular que implicó un cambio importante en mi formación.

El inicio no fue sencillo. La carga académica y las actividades adicionales me parecían exigentes. Sin embargo, con el tiempo aprendí a adaptarme y a encontrar sentido en cada espacio. Participé en actividades culturales, en la banda de guerra y en el club de historia. Fue también en esta etapa donde descubrí una nueva área de interés: la contabilidad.

Los números comenzaron a tener significado para mí. Mientras para muchos representaban dificultad, para mí eran orden, lógica y estructura. Me gustaba resolver, organizar y comprender. Incluso dedicaba tiempo extra para ayudar a mis compañeros, explicándoles aquello que a mí me resultaba natural. De alguna manera, la enseñanza seguía presente, incluso en contextos distintos.

Este interés se vio fortalecido por la influencia de una de mis hermanas, quien se desempeñaba como contadora pública. A su lado, conocí el mundo administrativo desde una perspectiva práctica: inventarios, nóminas y registros. Estas experiencias ampliaron mi visión

y generaron en mí una dualidad importante: por un lado, la docencia como vocación y, por otro, la contabilidad como una posibilidad profesional concreta.

La preparatoria profundizó esta tensión. Aunque aspiraba ingresar a una institución orientada a las humanidades, fui aceptada en un Centro de Estudios Tecnológicos. Lejos de ser un obstáculo, esta etapa resultó altamente significativa. Ahí construí amistades duraderas, asumí responsabilidades importantes y desarrollé habilidades administrativas. Fui tesorera de la generación, trabajé como auxiliar contable y comencé a experimentar lo que implicaba tener responsabilidades reales a una edad temprana.

Sin embargo, la indecisión persistía. A pesar de mis logros en el ámbito administrativo, había algo en mí que no terminaba de resolverse.

Entonces, la vida cambió de manera abrupta. A un mes de concluir la preparatoria, mi padre enfermó gravemente. Permaneció en coma durante quince días. Quince días marcados por la incertidumbre, el miedo y la esperanza suspendida. Y después, el silencio definitivo. Su fallecimiento representó una ruptura profunda. No sólo fue la pérdida de una figura fundamental, sino también el inicio de una etapa de mayor complejidad en mi vida. En ese momento no comprendía del todo lo que significaba, pero con el tiempo entendí el impacto que tendría en mis decisiones y en mi forma de enfrentar la vida. En medio del duelo, tuve que tomar una decisión. Dos caminos estaban frente a mí: la contabilidad o la docencia. Y elegí. Elegí ingresar a la Escuela Normal Oficial de León. No porque fuera el camino más sencillo, sino porque, incluso en medio del dolor, había una certeza que no desaparecía: mi vocación.

Mi paso por la Escuela Normal estuvo marcado por múltiples desafíos. A diferencia de la mayoría de mis compañeras, tuve que trabajar para poder sostener mis estudios. Conseguí empleo en una empresa de productos químicos, desempeñándome como auxiliar de ventas. Las jornadas eran largas, el cansancio constante, pero la motivación de estar formándome como docente me sostenía.

Un momento clave en mi trayectoria ocurrió cuando tuve la oportunidad de estar frente a grupo por primera vez. Cubrí a una de

mis hermanas en un grupo de sexto grado. Recuerdo con claridad el nerviosismo inicial, la inseguridad y el miedo a no estar a la altura. Sin embargo, esa experiencia se transformó rápidamente en una confirmación: ahí pertenecía. Descubrí que enseñar no sólo era algo que deseaba, sino algo que podía hacer. A partir de entonces, las oportunidades comenzaron a presentarse. Trabajé como suplente y posteriormente como docente frente a grupo. Mi vida se convirtió en un equilibrio constante entre el trabajo, las prácticas profesionales y la formación académica. Hubo momentos de agotamiento, pero también de profunda satisfacción.

En el año 2011 concluí mi formación profesional, dando inicio a una nueva etapa. Sin embargo, el camino hacia la estabilidad laboral no fue inmediato. El proceso para ingresar al sistema educativo implicó diversos intentos, interrupciones y desafíos.

Durante varios años trabajé en instituciones educativas particulares, donde adquirí experiencia, fortalecí mis habilidades pedagógicas y consolidé mi identidad como docente. No obstante, con el tiempo comencé a percibir tensiones entre mi concepción de la enseñanza y las dinámicas institucionales, que en ocasiones resultaban rígidas y poco acordes con una práctica educativa más humana y reflexiva.

Mi vida personal también atravesó cambios significativos. En 2015 contraí matrimonio y, en 2018, me convertí en madre. Estos acontecimientos transformaron profundamente mis prioridades y reforzaron mi deseo de buscar mejores condiciones laborales y mayor estabilidad.

Decidí entonces retomar con mayor determinación el objetivo de obtener una plaza en el sistema educativo público. La oportunidad llegó en San Luis de la Paz. Aceptar esa vacante temporal implicó enfrentar múltiples desafíos: la distancia, la separación familiar y la incertidumbre. Sin embargo, también representó una experiencia profundamente enriquecedora. En ese contexto, volví a conectar con el sentido de mi labor docente.

Posteriormente, la pandemia por COVID-19 transformó radicalmente las condiciones de enseñanza. La educación a distancia, especialmente en contextos con limitaciones tecnológicas, exigió crea-

tividad, compromiso y resiliencia. Fue una etapa que reafirmó en mí la convicción de que la docencia no depende exclusivamente de un espacio físico, sino de la capacidad de acompañar, orientar y sostener a los estudiantes, incluso en condiciones adversas.

Después de múltiples intentos, procesos complejos y momentos de incertidumbre, regrese a estudiar para especializarme en el nivel primaria y al estar cursando el posgrado, finalmente logré obtener mi plaza docente en preescolar. Más adelante, continué participando en los procesos de admisión, lo que me permitió acceder también a una plaza en el nivel primaria.

Al mirar en retrospectiva, comprendo que mi trayectoria no ha sido lineal. Ha estado marcada por decisiones difíciles, pérdidas, aprendizajes y constantes reconstrucciones. Cada etapa ha contribuido a la construcción de mi identidad profesional.

Por ello, afirmar que me hice docente implica reconocer un proceso largo, complejo y profundamente humano. No fue una decisión aislada, sino el resultado de una historia de vida en la que la enseñanza estuvo presente desde el inicio.

La docencia no fue sólo una elección. Fue un camino que se fue revelando en cada juego de infancia, en cada lectura compartida, en cada explicación ofrecida y en cada dificultad superada.

Por eso me hice docente. Porque enseñar, para mí, no es únicamente una profesión. Es una forma de comprender el mundo, de habitarlo y de transformarlo.

*Licenciada en Educación Preescolar. Docente en la Escuela Primaria “Centenario de la Constitución de 1917” C.C.T. 11DPR3515U y en el Jardín de Niños “Vicente Riva Palacio” C.T.T.11DJN0598I. f_matar@bcenog.edu.mx



La semilla que dejó la conciencia

Diego de Jesús Juárez Esquivel*

¿Qué hago aquí? Esta pregunta no es sólo un eco persistente que rebota en las paredes de adobe o concreto de mi aula, sino una de las incógnitas más introspectivas a las cuales me he enfrentado en mi trayectoria profesional. A menudo, en ese silencio sagrado de las mañanas en el campo, justo antes de que el primer alumno cruce el umbral con los zapatos empolvados por el camino, el viento me devuelve ese cuestionamiento. ¿Cuál es el sentido de mi presencia en esta coordenada específica del mapa?

Entiendo ahora, que nuestro presente no es un accidente aislado, sino la manifestación viva de la historia: una red compleja tejida con decisiones, acciones y fortunas aprovechadas en un tiempo pasado. Hablar de mi “hoy” como docente frente a un grupo multigrade implica, necesariamente, realizar un ejercicio de memoria y reconocer mi propio pretérito. Significa aceptar que para entender la planeación que tengo hoy sobre el escritorio, debo primero entender el camino que me trajo hasta este pupitre.

Inicialmente, debo ser honesto: consideraba mi llegada a la Escuela Normal como un acto del azar, casi una jugada caprichosa del destino o una inercia de las circunstancias juveniles. Entré a la docencia como quien entra a una habitación a oscuras, tanteando las paredes. Sin embargo, lo que sucedió después de cruzar esa puerta no fue obra de la suerte. Fue una decisión consciente y, eventualmente, la construcción de un propósito de vida que hoy me define.

Al principio, me causaba un profundo conflicto la idea de trabajar en contextos rurales. Mi mente, moldeada por las dinámicas del centro urbano, temía la falta de comodidades, el aislamiento geográfico y la distancia de lo que la sociedad occidental llama “progreso”. Veía la ruralidad como una carencia, como un vacío que debía ser llenado, sin comprender que la ruralidad es, en realidad, una abundancia de significados, saberes y resistencias que yo aún no sabía leer.

Ese miedo al aislamiento cambió de forma radical en el momento exacto en que la comunidad me otorgó un lugar. Y no me refiero a un lugar físico, hablo de un lugar en su tejido social, en su confianza y en su mesa. Ser recibido con un agradecimiento sincero por el simple hecho de estar presente en lugares ubicados en las lejanías transformó por completo mi perspectiva.

En estas zonas, donde persisten necesidades económicas, sociales y culturales que históricamente han limitado el potencial de los niños, comprendí que mi labor no era sólo la de un instructor que deposita datos en mentes pasivas. Mi labor era, y es, la de resistir junto a ellos. Resistir al olvido institucional, resistir a la idea de que la pobreza es destino y resistir a un sistema que a veces pretende que todos los niños aprendan de la misma forma, ignorando el contexto de quien siembra, quien cuida el ganado o quien habla una lengua que el libro de texto no siempre reconoce.

Ser docente rural es habitar la frontera. Es una posición ambivalente y poderosa: por un lado, soy un agente educativo, representante de una institución y de un currículo nacional; por el otro, soy el aliado íntimo de una comunidad que lucha día a día por no ser borrada del mapa de las prioridades nacionales. Esta dualidad nos exige dejar de ser simples ejecutores de programas para convertirnos en docentes investigadores.

En el aula multigrado la receta pedagógica estándar fracasa estrepitosamente. Aquí, los desafíos actuales nos obligan a indagar en la red de saberes locales para que la escuela tenga sentido. ¿De qué sirve la lectoescritura si no es para que el alumno pueda narrar su propia historia y la de sus ancestros? Hoy, aquel viejo conflicto mío con la falta de comodidades urbanas ha sido sustituido por una preocupación mucho más trascendental: el temor a no ser lo suficientemente audaz, creativo o sensible para despertar el genio que habita en cada uno de mis estudiantes.

En medio de este escenario de carencias estructurales, donde a veces falta el material didáctico o la conexión a la red, surge una fuerza que funciona como un motor de alta potencia: la gratitud de la comunidad. Es una sensación profunda, casi eléctrica, que se

manifiesta cuando un padre de familia se acerca para agradecer los avances de su hijo.

Estos agradecimientos, que a menudo son acompañados de un gesto sencillo, los interpreto como un: “lo estás haciendo bien”. Ese reconocimiento es el que me permite seguir adelante cuando nace la incertidumbre. Me hace entender que para ellos, mi presencia no es un trámite, sino una oportunidad de apertura al mundo. Es en ese intercambio de humanidad donde la educación cobra su verdadero rango de excelencia.

Sin embargo, no puedo permitir que el romanticismo de la vocación me nuble el juicio, aunque es el motor indispensable, no reemplaza la necesidad de una actualización constante. En la soledad del aula rural, la formación continua se convierte en mi mejor herramienta de defensa. No podemos responder a los desafíos de un mundo en cambio permanente con las herramientas de ayer.

Estudiar nuevas metodologías, profundizar en el análisis de los Procesos de Desarrollo de Aprendizaje (PDA) dentro de la Nueva Escuela Mexicana y mantenerme al tanto de las vanguardias pedagógicas es lo que me permite ofrecer una educación de verdadera calidad y no sólo una educación de “emergencia” o de “segunda clase”. No se trata simplemente de acumular diplomas para la vanidad personal o el escalafón; se trata de honrar el derecho de mis alumnos a tener un maestro que investiga, que lee, que se cuestiona y que se atreve a innovar.

Sólo a través de este rigor intelectual puedo transformar la realidad del aula en un espacio de excelencia. Mi preparación es el respeto más grande que puedo ofrecerle a mi profesión y, sobre todo, a mis alumnos. Ellos merecen una formación tan competitiva, profunda y digna como la de cualquier centro urbano del país. La calidad educativa en el medio rural no debe ser un privilegio, sino un estándar que yo, como docente, estoy obligado a garantizar mediante mi propio estudio.

Acepto, finalmente, que mi presente es el resultado de aquellas decisiones que alguna vez me parecieron azarosas. Aquella llegada a la Normal fue, en realidad, el primer paso de un largo camino hacia el encuentro conmigo mismo a través del otro. Ser docente rural es un

ejercicio de humildad y de fe constante en el poder transformador de la palabra compartida. Bajo este techo, estamos en el centro mismo de lo que significa ser humano: el aprendizaje como un acto de libertad.

Hoy, mi actuar docente se vuelve cada vez más consciente. Me permito cuestionarme constantemente: ¿Qué hago? ¿Por qué lo hago? Al hacerlo, rompo con la idea de que somos figuras finitas o limitadas por las circunstancias. En realidad, nuestro potencial es el infinito, porque cada semilla de curiosidad que siembro hoy en un niño tiene el poder de germinar en formas que yo nunca llegaré a ver, pero que transformarán su realidad.

Aquellos sujetos que hoy corren por el patio de tierra, que ríen en su lengua materna y que descubren el mundo a través de mis ojos, son los que llevarán las riendas de nuestra sociedad. Y yo, desde mi pequeña, pero inquebrantable trinchera, tengo el privilegio máximo de caminar a su lado. Mi tarea es asegurar que esas manos que hoy sostienen un lápiz aprendan mañana a sostener las riendas del mundo con dignidad, con pensamiento crítico y, sobre todo, con una esperanza inagotable.

*Licenciado en Educación Primaria. Docente Rural Multigrado de la Escuela Primaria Valentín Gómez Farías de Dolores Hidalgo, Guanajuato.
juaresdiegoje12@gmail.com

Entre la práctica y el sentido: Construir la docencia desde mi perspectiva docente

Ricardo Alberto Valdez Vázquez*

La primera vez que estuve frente a un grupo comprendí que la docencia no se reduce a lo que había aprendido en la formación inicial. Tenía una planeación clara, actividades organizadas y la intención de desarrollar una clase estructurada, pero bastaron unos minutos para notar que el aula no funciona como un esquema predecible. Los estudiantes reaccionan de manera distinta, los tiempos cambian y las situaciones surgen sin previo aviso. En ese momento entendí que enseñar implica interpretar lo que sucede en el entorno inmediato y tomar decisiones constantes.

Ese primer acercamiento no fue perfecto, pero sí determinante. Más allá de los errores, me permitió reconocer que la práctica docente se construye en la experiencia. Con el paso de los días comencé a observar con mayor atención a los alumnos. Noté que algunos participaban con facilidad, mientras que otros evitaban hacerlo, no por falta de interés, sino por inseguridad. Esta diferencia me llevó a comprender que enseñar no es únicamente explicar, sino generar condiciones que favorezcan la participación.

Mi formación en la BCENOG representó una base importante para comprender los fundamentos de la enseñanza. Sin embargo, fue durante las prácticas profesionales donde realmente entendí la complejidad del trabajo docente. A lo largo de ese proceso tuve la oportunidad de integrarme a distintos contextos escolares, cada uno con características particulares que exigían formas de intervención diferentes.

En algunos espacios, los alumnos mostraban mayor disposición para participar, lo que facilitaba el desarrollo de las actividades. En otros casos, el ambiente era más reservado, lo que implicaba generar estrategias distintas para involucrarlos. Estas experiencias me permitieron reconocer que no existe una forma única de enseñar y que cada contexto demanda sensibilidad para comprenderlo. Fue ahí donde entendí que el docente no llega a imponer una forma de trabajo, sino a construirla junto con sus estudiantes.

Durante esas primeras prácticas, mi atención estaba centrada en cumplir con la planeación. Consideraba que una clase exitosa era aquella en la que

lograba desarrollar todas las actividades previstas. Con el tiempo, esa idea fue cambiando. Empecé a entender que el valor de una clase no radica en seguir un plan al pie de la letra, sino en el aprendizaje que los estudiantes logran construir. Esta transición no fue inmediata, pero fue fundamental para mi formación.

Uno de los aspectos que más influyó en mi proceso formativo fue la enseñanza de la lectura. En diferentes contextos observé una situación constante: los alumnos podían leer en voz alta, pero presentaban dificultades para comprender el contenido. Esta realidad llamó mi atención, ya que evidenciaba una brecha entre la decodificación y la comprensión.

Fue en mi último año de prácticas cuando esta problemática adquirió mayor relevancia. Al tener mayor responsabilidad frente al grupo, pude analizar con más profundidad las dificultades de los estudiantes. Comprendí que la lectura no debía limitarse a la repetición, sino que debía abordarse como un proceso que implica interpretar, reflexionar y construir significado.

Recuerdo una sesión en la que trabajábamos un texto con el grupo. La lectura se desarrolló sin mayores dificultades, pero al momento de analizar el contenido, las respuestas eran limitadas. En lugar de continuar con preguntas cerradas, decidí modificar la dinámica. Les pedí que relacionaran el texto con experiencias cercanas. A partir de ese momento, la participación cambió. Los alumnos comenzaron a compartir ideas y a construir una comprensión más profunda.

Ese tipo de situaciones fueron determinantes para consolidar mi interés por la docencia. No se trataba únicamente de enseñar contenidos, sino de generar procesos que permitieran a los estudiantes comprender.

Al concluir mi formación e incorporarme al servicio docente, esta visión se fortaleció. Llevo cuatro años en el ejercicio profesional, y cada ciclo escolar ha representado un aprendizaje distinto. La diversidad de los grupos, las condiciones del contexto y las características de los estudiantes han sido factores que han influido en mi práctica.

Actualmente desempeño mi labor en la Escuela Primaria Benito Juárez, ubicada en un contexto rural. Esta experiencia ha sido fundamental para comprender la relación entre la educación y el entorno social. Los estudiantes llegan con experiencias diversas, muchas veces con limitaciones en el acceso a recursos educativos, lo que influye directamente en su proceso de aprendizaje.

En este contexto, la enseñanza adquiere un sentido particular. No basta con transmitir contenidos; es necesario adaptarlos para que resulten significativos. La lectura, nuevamente, se presenta como un desafío constante. Aunque los alumnos logran leer, la comprensión sigue siendo un aspecto que requiere atención.

Esta situación me ha llevado a replantear continuamente mis estrategias. He buscado integrar actividades que permitan a los estudiantes relacionar lo que leen con su entorno, fomentando así una comprensión más profunda. A través de estas acciones he observado cambios en su participación y en la forma en que interpretan los textos.

Uno de los momentos más significativos en mi experiencia ocurrió cuando algunos padres de familia se acercaron para expresar su agradecimiento. No se trató de un reconocimiento formal, sino de un acercamiento directo en el que compartieron que habían notado avances en sus hijos. Este hecho me permitió dimensionar el impacto de la labor docente más allá del aula.

A partir de esa experiencia, comprendí que la enseñanza no se limita al espacio escolar, sino que influye en la vida cotidiana de los estudiantes y sus familias. Este entendimiento fortaleció mi compromiso con la profesión, ya que me permitió reconocer que cada acción dentro del aula puede tener repercusiones fuera de ella.

Con el tiempo, he consolidado la idea de que la docencia implica un proceso constante de reflexión. No todas las estrategias funcionan de la misma manera, ni todos los grupos responden igual. Por ello, analizar lo que ocurre en el aula se ha convertido en una práctica necesaria para mejorar. Esta reflexión no sólo se da después de una clase, sino durante el desarrollo de ésta, en la toma de decisiones inmediatas.

La teoría ha sido un apoyo en este proceso, ya que proporciona herramientas para comprender fenómenos como la comprensión lectora. Sin embargo, es la práctica la que permite adaptar estos conocimientos a la realidad del aula. Esta combinación ha sido clave en mi desarrollo profesional, ya que me ha permitido construir una práctica más consciente.

Otro elemento que considero fundamental es el ambiente de aprendizaje. La confianza y el respeto influyen directamente en la participación de los estudiantes. Cuando se sienten seguros, se atreven

a expresar sus ideas y a involucrarse en las actividades. Por ello, he procurado construir un espacio donde se valore la opinión de cada alumno y donde el error sea visto como parte del aprendizaje.

A lo largo de mi trayectoria, he enfrentado diversos retos. La diversidad de ritmos de aprendizaje y las condiciones del contexto representan desafíos constantes. No obstante, estas situaciones también han impulsado la búsqueda de alternativas que favorezcan el aprendizaje. Cada dificultad ha sido una oportunidad para replantear mi práctica y fortalecerla.

He aprendido que la docencia no consiste en esperar condiciones ideales, sino en generar oportunidades a partir de los recursos disponibles. Esta perspectiva me ha permitido mantener una actitud propositiva ante las dificultades, entendiendo que el cambio comienza desde el aula.

Con el paso del tiempo he reafirmado la importancia de la educación en la formación de los estudiantes. No se trata únicamente de adquirir conocimientos, sino de desarrollar habilidades que les permitan comprender su entorno. En este sentido, la lectura desempeña un papel central.

Mirando hacia atrás, puedo identificar una serie de experiencias que han contribuido a mi formación. Desde mis primeros acercamientos en la Normal, pasando por las prácticas en distintos contextos, hasta mi ejercicio profesional actual, todo ha sido parte de un proceso continuo que sigue en construcción.

Hoy comprendo que ser docente implica más que transmitir contenidos. Significa acompañar procesos, fomentar el pensamiento y generar oportunidades de aprendizaje. Es una profesión que exige compromiso y disposición para mejorar constantemente.

Finalmente, puedo afirmar que me hice docente porque encontré en la educación un propósito. Porque en cada estudiante existe una posibilidad de desarrollo y en cada clase una oportunidad para generar cambios reales.

Y, sobre todo, porque entendí que enseñar a leer no es sólo enseñar a comprender textos, sino formar personas capaces de comprender el mundo en el que viven.

*Licenciado en Educación Primaria. Docente en la Escuela Primaria Federal Benito Juárez, La Saucedá, Guanajuato. ra_valdezv@bcenog.edu.mx

¿Quieres ser maestra? Piénsalo bien

Jacqueline Medina Flores*

En un primer momento, al leer el título de esta narrativa, comencé a identificar algunas ideas sobre las razones por las que elegí esta profesión y, haciendo un ejercicio profundo sobre qué es lo que realmente me llevó por el camino de la docencia, fue inevitable remontarme a mis apenas 14 años. Sé que a esa edad aún es muy pronto para saber qué es lo que estudiaremos en la universidad y, hablando a largo plazo, a qué nos dedicaremos de por vida; creo que a esa edad el futuro no es algo en lo que se piense con mucha claridad. Sin embargo, retomo esta edad en especial por una razón: mi maestro de Historia.

A los 14 años, una de las materias de las que menos queremos recordar es precisamente la Historia y no sólo eso, la clase era Historia Universal, es decir, aspectos que ni siquiera estaban relacionados con mi entorno inmediato y, para colmo, un hombre de aproximadamente 45 años entra al aula con nada más que una libreta y una pluma dentro de ella, comienza a escribir su nombre en la pizarra y el nombre de la materia. Aún lo recuerdo bien, su primera pregunta: —¿Les gusta la historia?

La respuesta del grupo en general fue: “Casi no”. El maestro sólo encogió los hombros y preguntó: —¿Les gustan las novelas?

Y, como era de esperarse, la respuesta fue diferente; la mayoría respondimos que sí.

Acto seguido, con un sólo marcador en mano, el maestro comienza a contarnos con un lenguaje sencillo, un tono intrigante y hasta cierto punto a manera de chisme cómo fue que se conocieron los reyes de Francia, María Antonieta y Luis XVI, apoyándose en algunos dibujos, un poco deformes ahora que lo recuerdo, pero en esos momentos la forma con la que lo estaba contando me mantenía atenta, interesada y, como en las novelas, en capítulo de viernes nos dejó intrigados con la historia y dijo: “Lo seguimos en la próxima clase”. Yo no podía creer que había pasado una hora en la que me mantuve interesada, me reí y disfruté de una clase de Historia y definitivamente yo no me podía quedar con la duda de qué le iba a pasar a María Antonieta después de todo lo que había hecho,

cómo iba a terminar y, sin pensarlo, llegando a mi casa, utilicé la fuente de información con la que contábamos en ese tiempo, la enciclopedia en la computadora, y comencé a leer. Así fue la primera vez que sentí interés por una materia; quería saber más y todo gracias a un maestro.

Conforme continué con mis estudios, no volví a toparme con un maestro que me transmitiera ese interés y gusto por una materia y llegó entonces el momento en el nivel preparatoria de elegir el bachillerato para ir definiendo el camino profesional que tomaría. Aun en ese entonces, no sabía que quería ser maestra; sin embargo, recuerdo muy bien que tomé una clase de psicología y me parecía fascinante ver cómo podíamos aprender tanto sobre las personas por su postura, su actitud ante algún problema, sus relaciones personales y todo observando cómo fueron sus vínculos en la infancia. Me impactó cómo la niñez es esa etapa en la que los niños van desarrollando más aspectos de su vida de lo que podemos imaginar y a partir de ahí fue cuando surgió mi interés por trabajar con niños.

A los 17 años llegó el momento de elegir la universidad y, por ende, la profesión que se espera ejercer. Ahora que lo veo, 17 años no es la mejor edad para saber qué quieres hacer para vivir; no dimensionamos si salió ni el impacto que tiene una profesión en la sociedad y recuerdo muy bien que me encontraba entre 2 carreras: psicología infantil o maestra. Después de meditarlo, elegí la carrera de la docencia e investigando descubrí la licenciatura en educación preescolar. Aún recuerdo bien la reacción de una tía, quien en ese momento era educadora. Me dijo: —¿Quieres ser maestra? Piénsalo bien, porque es mucho trabajo y no pagan tan bien, pero eso sí, es muy satisfactorio.

Y creo que mi espíritu juvenil sólo escuchó la parte de satisfactorio porque, sin pensarlo, dije sí; ese fue mi primer sí a la docencia.

Uno de los acontecimientos durante mi formación docente, que me marcó durante un tiempo, fue cuando estuve pasando por una mala racha como practicante en mi último semestre. Recuerdo perfectamente que me mandaron llamar y, aunque habían sido situaciones que tenían una solución sencilla (ahora que lo veo con mayor madurez), recuerdo bien que la maestra me dijo: “Por cómo te va, tal vez debas pensar en cambiar de profesión”. Al escuchar estas palabras, algo dentro de mí se fracturó; en ese momento pensaba: “Si alguien profesional no estaba viendo potencial en

mí, tal vez era necesario abandonar una carrera que amaba” y buscar algo en lo que fuera buena. Recuerdo que por muchos días lloraba y lo pensaba, pero afortunadamente hubo alguien que se sentó conmigo a hablar sobre la situación, me hizo creer en mi potencial y no rendirme tan fácilmente; esa persona fue una maestra. Es aquí donde comenzaba a identificar de qué manera un maestro puede influenciar y marcar la vida de una persona.

Aun con miedos e inseguridades, después de terminar mis estudios, acepté mi primer trabajo en un nivel que no correspondía a mi preparación, pero que, de acuerdo con compañeras, me ayudaría a generar antigüedad en el sistema. Realmente no tenía mucho conocimiento de esos temas, pero acepté: 2.º grado de un nivel primaria en una comunidad, 14 alumnos que continuamente pasaban de un salón a otro sin maestro fijo porque no cubría el mínimo para tener un docente titular. Recuerdo ver el enorme salón casi vacío y sólo unas poquitas bancas ocupadas; cada uno de los niños estaba pasando por un proceso de aprendizaje diferente, al igual que su nueva maestra.

Recuerdo muy bien a una alumna de tez muy blanca y ojos color miel, siempre tímida, no cumplía con tareas, su situación en casa era complicada por lo que ella estaba a cargo de su abuela, una mujer mayor de aproximadamente 70 años, que no sabía leer ni escribir, en la primera reunión se acerco y me dijo que la niña era “burrita”, pero la mandaba para ver que se le pegaba y que ella no la podía ayudar con sus tareas. En mi nula experiencia y para no generarme un problema sólo acepté el comentario de su abuela. Durante algunos meses solicitaba su participación continuamente, le pedía pasar al pizarrón a resolver algún problema o intentaba dialogar con ella, pero nada parecía tener resultados. Hasta que un día paso algo que no me esperaba.

En el libro de Español había una lección sobre los murciélagos y recuerdo que les mencioné que ese día no la podríamos trabajar porque yo no tenía ningún conocimiento sobre murciélagos, pero que se llevarían de tarea hacer la investigación; podían buscar en libros o revistas y, si alguno encontraba algo, les llevaría una película sobre los animales. En ese momento, el aula sólo tenía un DVD y me implicaba descargar la información en discos compatibles con el equipo. Como la comunidad estaba muy alejada, no tenían acceso a internet y, al saber esto, sabía que ninguno de los alumnos llevaría la tarea de investigación, así que preparé mi material para la clase.

Cuando llegué a la escuela y pregunté por la tarea, vi lo que ya esperaba: nadie había realizado la tarea y algunos respondieron lo que sabían sus papás. Fue entonces cuando la alumna que no participaba levantó la mano. Al acercarme a su libro, había respondido todas las preguntas de investigación correctamente. Al preguntarle cómo la hizo, me dijo: —Fui a la biblioteca del rancho y encontré un libro de animales.

Sentí una emoción muy especial. A la hora de la salida, su abuela entró al salón y me dijo: —Maestra, esta niña andaba terca que tenía que ir a la biblioteca a buscar una información para ayudarle a usted a dar la clase, porque usted no sabía, y que a ella le gusta que usted sepa para que le explique.

En ese momento supe que algo estaba generando en la alumna, no sé si interés en aprender como lo hizo mi entonces maestro de historia, o tal vez la capacidad de confiar en ella como lo hizo mi entonces maestra de la Normal; lo que sí sabía es que quería seguir haciendo por mucho tiempo más y es así como actualmente me encuentro como docente frente a grupo en el nivel preescolar y, afortunadamente, no cambié de carrera porque de haberlo hecho nunca hubiera experimentado la emoción de ver a los niños aprender, crecer, asombrarse, interesarse y es ahora que pienso que razón tenía mi tía cuando me dijo: “Es una profesión muy satisfactoria”, porque definitivamente nada puede generar más satisfacción que ver la carita de un niño cuando sabe que genuinamente crees en él.

Ahora, cuando estoy frente a mi grupo, no puedo evitar recordar a ese maestro de Historia que convirtió una clase en una historia que quería seguir escuchando, y a esa maestra que decidió confiar en mí cuando yo estaba a punto de rendirme. Comprendo que, sin darse cuenta, ellos marcaron mi camino y me enseñaron el verdadero sentido de esta profesión.

Por eso me hice docente: porque creo en el poder que tiene una palabra, una mirada, una oportunidad. Porque sé que, así como alguien cambió mi historia, yo también puedo formar parte de la historia de mis alumnos.

*Licenciada en Educación Preescolar. Docente en el Jardín de Niños “Esperanza López López” en Guanajuato, Gto. jmedinafs36@gmail.com

Nací para enseñar: mi historia entre dos mundos y un mismo corazón docente

Amelia Flores Urbano*

Cuando era niña, a veces reunía a varios amiguitos de ocho años, de la misma edad que yo, y jugaba a darles clases escribiendo sobre un pedazo viejo de lata color café que se encontraba clavado en un corral. Así empezó a nacer, en mi mente y en mi corazón, ese deseo de hablar con niños y sentir que podía darles algo de mí.

Los años pasaron y, de pronto, aquello que era un juego se convirtió en una oportunidad para hacer realidad mi nombre acompañado de la palabra maestra. No quise desaprovecharla, así que viajé a la ciudad para estudiar y convertirme en esa maestra que soñaba ser. Además, me fascinaba aprender cómo los niños aprendían, cómo se relacionaban y, cada vez que abría un libro, lo hacía con un profundo disfrute. Me nutría descubrir todo lo relacionado con la educación y sus procesos. Cuando llegó el momento de dar mis primeras clases como maestra practicante, me sentía importante, como si pudiera hacer pequeñas maravillas. A veces no sabía cuál era la forma correcta de hablarles a mis alumnos y comencé por descubrir que había niños con pocas ganas de aprender y desmotivados. Quise saber por qué; pero cuál fue mi asombro al darme cuenta de que había niños que lo único que deseaban era tener una mamá dedicada a ellos, recibir amor y atención. Entendí que el reto era grande, pero que para enfrentarlo se necesitaban dedicación y vocación.

Recuerdo que suavizaba mi voz, casi en susurro, para no asustar a los niños. Todos los días cargaba un paquete de libros; por si algo olvidaba, de inmediato buscaba entre mis cosas y encontraba la respuesta correcta, procurando siempre que mis clases fueran lo mejor posible.

Cuando por fin recibí mi primer grupo como maestra titular, era muy jovencita. Sentía un poco de miedo; era la primera vez que algo era mío y que debía cuidarlo con tanto esmero.

En aquel primer ciclo escolar me asignaron la comisión de Rincón de Lectura, y además sería su inauguración, por lo que preparé mi

primera obra de teatro, inspirada en un libro titulado *El caballo volador*, de princesas y reyes que surcaban el cielo. Les pedí a mis alumnos que leyéramos e interpretáramos a los personajes. Entre ellos y yo elaboramos los vestuarios con papel crepé y llevaron sus mejores ropas de fiesta. Llegó el día y, a pesar de ser la maestra, me sentía tan nerviosa como mis alumnos de cuarto grado. Mi primera gran satisfacción llegó cuando la obra terminó: en sus rostros brillaba la alegría y los aplausos llenaron la escuela. Algunos maestros me felicitaron y, en especial, la maestra Ángela, mirándome a los ojos, me dijo: “Felicidades, serás una gran maestra”. Sentí entonces que mis ojos se llenaban de lágrimas y reflexioné que ser maestra no era sólo enseñar lecciones, sino conectar con los niños, escucharlos y caminar a su lado. Fue un inicio que marcó mi vida profesional: supe que no sería fácil, pero también que lo amaba.

Después tuve que dejar esa primera escuela, ya que mi lugar debía ser ofertado en el proceso de cambios de los maestros con más antigüedad, y entonces comenzó mi andar por comunidades alejadas de la ciudad. Sin embargo, tuve la fortuna de encontrar maestras y maestros de quienes aprendí profundamente. Comprendí que no sólo se aprende de los libros, sino también de quienes ya han recorrido este camino. Los respetaba y aprendía mucho de ellos, especialmente de mi directora, la maestra Emma, una mujer de fortaleza admirable e inteligencia para guiar siempre en favor de los niños. En aquella comunidad escondida, donde muchos alumnos no tenían útiles escolares, ella gestionaba material gratuito para todos. Eso me llenaba de alegría.

Cada año cambiaba de comunidad con la esperanza de acercarme a casa, hasta que finalmente llegué a una escuela en un barrio de Guanajuato capital. Ya no caminaba largas distancias, pero aprendí a mediar conflictos, a recurrir al diálogo para evitar peleas entre los alumnos. Cada contexto me ofrecía nuevas lecciones y me permitía crecer.

Tiempo después, logré llegar a una escuela a cinco minutos de mi casa. Inicié el ciclo escolar con un grupo de quinto grado en un contexto muy distinto: niños abiertos al diálogo, sin pena al expresarse, con desayunos en casa y dinero para gastar. Era una realidad a la que no estaba acostumbrada.

Sin embargo, en la segunda semana del ciclo escolar, mi salud se quebró. A mediados de septiembre caí en cama, imposibilitada para trabajar. El especialista me dio una incapacidad por 28 días y, al entregarla, sentí que todo se derrumbaba: las mamás reclamaban mi ausencia, entrevistaban a mis superiores y exigían mi presencia, mientras yo apenas podía levantarme. Leía los mensajes desde dirección y lloraba, angustiada por no poder cumplir con mi labor. Cuando la incapacidad terminó, algunas mamás dijeron que no regresara o cerrarían la escuela. Me dolía no comprender la falta de empatía ante la vulnerabilidad del ser humano e incluso la de los maestros.

En ese momento difícil, mamás de mi grupo promovieron que las autoridades escolares solicitaran a mis alumnos que describieran mis clases, que apenas habían durado unas semanas. Cuando leí sus respuestas, lloré profundamente: “Mi maestra es la mejor”, “me trató con amor y respeto”, “me enseñó con paciencia”, “me hablaba bonito”... palabras que sanaron mi corazón. Comprendí entonces que los niños hablan desde su verdad, sin juicios, y que lo que sembramos en ellos permanece. Aprendí que los alumnos llevan a sus maestros en el corazón, para bien o para mal, y que nosotros decidimos cómo queremos ser recordados.

Me vi obligada a cambiar de centro de trabajo y llegué a una escuela reconocida en Guanajuato capital. Nuevamente sentí que empezaba desde cero, en un contexto con familias más estables económicamente y alumnos con mayores oportunidades.

Ahí comencé a trabajar con grupos de primaria alta. En una ocasión, junto con mi grupo de cuarto grado, fuimos invitados por Fabiola Colmenero a participar en *Reconéctate con tu Cultura*, presentando una obra que se transmitió internacionalmente en vivo a varios países del mundo. La escribí bajo el título “Donde los hombres se hacen dioses”, inspirada en lecturas de antropología y arqueología.

Mis alumnos se entregaron por completo. Recuerdo especialmente a un niño con problemas neurológicos que no podía hablar; un día, con gran esfuerzo, me dijo que quería ser un guerrero. Le pregunté cuál, apenas logré entenderle: un tigre. Aquel momento fue un regalo. El día de la presentación todos lucían impecables, llenos de emoción.

Verlos tan comprometidos, investigando, leyendo, actuando con pasión, fue una de las mayores satisfacciones de mi vida docente. Incluso fuimos invitados a una televisora y entrevistados en la revista digital *Equis Gente*.

Pero lo más valioso llegó cuando la mamá de aquel niño me dijo: “Maestra, gracias por creer en mi hijo; él creyó tanto que ahora habla mejor y ha empezado a leer”. Ese logro fue uno de los mayores regalos que la docencia me ha dado.

Hoy trabajo con niños de primer grado y acompaño su proceso de alfabetización. Sigo aprendiendo de ellos cada día.

Me gusta ser maestra. Soy una maestra feliz y creo profundamente que el humanismo es el centro de todo.

Por todo esto, y aunque a veces no sea fácil, soy maestra de corazón y desde mi convicción.

*Licenciada en Educación Primaria. Maestra en la Escuela Primaria “Ignacio Allende” 11DPR1769I de Guanajuato. Gto.

a.floresu@bcenog.edu.mx

La docencia: entre la vocación y la realidad

María Sariela Rodríguez López*

Durante varios años me hicieron la misma pregunta que hoy en día se le formula a casi cualquier adolescente, tenga más o menos de catorce años: ¿qué quieres ser de grande? Con el paso del tiempo, esa interrogante se transforma en una aún más concreta y, quizá, más intimidante: ¿qué vas a estudiar al salir de la preparatoria? No se trata de una pregunta aislada, sino de una presencia constante que aparece en distintos momentos de la vida cotidiana. Surge en conversaciones casuales, en reuniones familiares o incluso en comentarios aparentemente inofensivos, pero que llevan consigo un peso importante. Poco a poco, esa duda deja de ser una simple curiosidad y se convierte en una exigencia implícita de tomar una decisión. Elegir una profesión comienza a percibirse como un paso definitivo, como si en ello se jugara el rumbo completo de la vida. Así, lo que al inicio parece una pregunta sencilla, termina por convertirse en una fuente de presión constante.

En ese contexto, se espera que elijamos una profesión que no sólo nos apasione, sino que también nos garantice estabilidad y bienestar. Sin embargo, pocas veces se reconoce lo complejo que resulta tomar una decisión de tal magnitud a una edad en la que aún estamos en proceso de descubrir quiénes somos. La presión social y las expectativas externas influyen más de lo que se admite y, muchas veces, terminamos pensando más en lo que “deberíamos” elegir que en lo que realmente queremos. Así, la elección deja de ser un acto libre y se convierte en una respuesta a múltiples voces externas.

Mi nombre es María y tenía diecisiete años cuando esa pregunta resonaba una y otra vez en mi cabeza, sin darme tregua. Para ser honesta, no sabía qué responder y esa incertidumbre me generaba más inquietud que claridad. Más que pensar en una carrera que despertara una vocación profunda en mí, me preocupaba encontrar algo que me garantizara estabilidad económica y un trabajo seguro. En ese momento, mi prioridad no era la pasión, sino la seguridad. Fue en una de esas noches llenas de pensamientos interminables cuando surgió una idea que, en ese

instante, parecía completamente lógica: la docencia. No fue una decisión impulsada por un sueño de infancia, sino por una necesidad de encontrar un camino que ofreciera certidumbre. Así, poco a poco, fui construyendo una idea que me permitió sentir que al fin tenía una respuesta.

Imaginé que ser docente era una profesión estable, con oportunidades laborales seguras, bien remunerada y, además, tranquila en comparación con otras opciones. Pensé que se trataba de un camino claro, en el que el esfuerzo se vería recompensado con cierta estabilidad a largo plazo. Incluso llegué a creer que, con suficiente disposición, podría contribuir a transformar el sistema educativo desde dentro. Esa idea resultaba motivadora y, de alguna forma, le daba un sentido más profundo a mi elección. No sólo se trataba de encontrar un trabajo, sino de participar en algo que tuviera impacto. Con el tiempo, esa imagen idealizada de la docencia fue tomando fuerza en mi mente, hasta convertirse en una convicción. Así, decidí avanzar en esa dirección con la seguridad de estar tomando la mejor decisión posible en ese momento.

Con esa convicción, me informé sobre el proceso de ingreso y obtuve ficha en la Benemérita y Centenaria Escuela Normal Oficial de Guanajuato. Presenté el examen de admisión, fui aceptada en el ciclo escolar 2021–2025 y, llena de entusiasmo, sentí que había superado uno de los mayores obstáculos. Ingresar a la institución representó para mí un logro significativo y el inicio de una nueva etapa. Me incorporé a la vida normalista como cualquier estudiante, con expectativas, nervios y motivación. Durante los primeros meses, todo parecía marchar bien y conforme a lo que había imaginado. Me sentía parte de un proceso formativo importante y creía estar en el camino correcto. Esa sensación de seguridad reforzaba la idea de que había tomado una buena decisión.

A través de las clases, mi panorama sobre la educación y el desarrollo de los alumnos cambió de manera drástica. Descubrí teorías, enfoques pedagógicos y autores que proponían nuevas formas de entender la enseñanza. Cada concepto aprendido ampliaba mi perspectiva y me hacía cuestionar lo que antes daba por hecho. Comencé a ver la educación no como una transmisión de conocimientos, sino como un proceso complejo y dinámico. Por un momento, creí firmemente

que era posible transformar el sistema educativo y lograr resultados verdaderamente significativos. Esa visión alimentó mi motivación y fortaleció mi compromiso con la formación docente. Sin embargo, esa idea aún estaba construida desde un enfoque principalmente teórico.

La realidad comenzó a mostrarse con mayor claridad durante mis primeras prácticas en una escuela rural de Guanajuato, ubicada a las orillas de la carretera hacia Carboneras. Fue en ese contexto donde experimenté por primera vez el contraste entre la teoría y la práctica. Allí, un docente con varios años de experiencia hizo un comentario que nunca había escuchado de forma tan directa y que sembró en mí una profunda duda: “La educación es como el amor al arte”. Aquella frase, aunque breve, tenía un peso que no comprendí de inmediato. Intrigada, le pregunté a qué se refería, esperando una explicación más amplia. Sin embargo, su respuesta fue simple y contundente: “Cuando termines, lo vas a entender”. En ese momento, no supe cómo interpretar sus palabras, pero algo en ellas quedó resonando en mi interior.

Aquellas palabras se quedaron conmigo y me llevaron a cuestionar todo lo que hasta ese momento había aprendido. Por un lado, estaba la narrativa optimista de la formación normalista; por otro, la experiencia de alguien que ya vivía la realidad del sistema educativo. Esa contradicción despertó en mí una nueva forma de mirar la docencia. Comprendí que muchos conocemos la educación desde una perspectiva limitada, como participantes secundarios, sin dimensionar realmente lo que implica estar al frente de un grupo. La práctica docente no sólo exige conocimientos, sino también habilidades que no siempre se desarrollan en el aula universitaria. Fue entonces cuando empecé a entender que la enseñanza va mucho más allá de lo aprendido en los libros. Esa reflexión marcó un punto de inflexión en mi proceso formativo.

Mis segundas prácticas se llevaron a cabo en una escuela primaria urbana, ubicada en el entronque de Silao, donde trabajé con un grupo de tercer grado. A diferencia de lo que esperaba, la experiencia no fue favorable y representó un reto importante para mí. Llegué con una planeación cuidadosamente elaborada, que incluía actividades, materiales y propósitos que, en el papel, parecían perfectamente estructurados. Confiaba en que todo funcionaría tal como lo había di-

señado. Sin embargo, pronto me enfrenté a una realidad distinta, en la que mis expectativas no coincidían con las condiciones del aula. A pesar de mi preparación, las actividades no generaron los resultados esperados. Esa situación me hizo cuestionar la forma en que estaba entendiendo la enseñanza.

El problema fundamental era que nada de lo que había planeado correspondía al contexto real de mis alumnos. Sus necesidades, intereses y condiciones eran muy distintos a lo que yo había considerado al momento de diseñar mi intervención. Fue entonces cuando entendí que enseñar no es sólo aplicar teorías ni seguir planes estructurados al pie de la letra. La docencia exige sensibilidad, capacidad de adaptación y, sobre todo, una profunda comprensión del entorno en el que se trabaja. Ese momento marcó un cambio significativo en mi manera de concebir la profesión. Mi idea inicial comenzó a transformarse, dando paso a una visión más realista. Sin darme cuenta, también empezó a surgir una nueva razón para permanecer en ese camino.

Actualmente, soy docente de un grupo de primer grado en una escuela ubicada en el estado de Guanajuato, donde atiendo a 22 alumnos de quienes aprendo todos los días. Esta experiencia me ha permitido reafirmar que, en muchas ocasiones, no nacemos con una vocación definida como comúnmente se cree. Más bien, es en el ejercicio de la profesión donde descubrimos nuevas capacidades y aspectos de nosotros mismos. La docencia me ha llevado a desarrollarme en múltiples sentidos, tanto profesionales como personales. He comprendido que esta profesión está conectada con un sinnúmero de áreas que permiten un crecimiento constante. A través de esta narrativa, concluyo que la docencia no define quién soy, sino que representa un conjunto de habilidades que he ido construyendo con el tiempo. La vocación no siempre existe antes de iniciar, sino que se desarrolla a lo largo del proceso, no necesariamente en lo que imaginamos, sino en aquello que, sin saberlo, nuestra mente y nuestra experiencia necesitan.

*Licenciada en Educación Primaria. Docente de la Escuela Primaria “Delfina Quiñones” de Guanajuato, Gto. maryrodriguezlp19@gmail.com

De juegos a vocación: la historia que me llevó al aula

Arlen Ramírez Freyre*

Desde muy pequeña supe que quería ser maestra, aunque en ese momento no comprendía del todo la profundidad de esa decisión. Lo que sí sabía con certeza era que la escuela representaba para mí un espacio seguro, un lugar donde me sentía feliz, valorada y acompañada. Mis primeras experiencias en la educación primaria marcaron profundamente mi vida: tuve maestras que no sólo enseñaban contenidos, sino que también brindaban afecto, confianza y motivación.

Durante primero, segundo y tercer grado, recuerdo haber tenido docentes que me hacían sentir capaz y segura de mí misma. Aunque en cuarto grado mi experiencia no fue tan positiva, en quinto y sexto nuevamente encontré maestras que dejaron huella en mí por su vocación y entrega. Fue en esos años cuando comencé a decir con firmeza que quería ser maestra. Jugaba a enseñar con mis primos y hermanos, replicando aquello que tanto admiraba.

Al ingresar a la secundaria, esa inclinación no sólo se mantuvo, sino que se fortaleció. Me percibía como una alumna competente, lo cual me permitió apoyar a mis compañeros mediante tutorías. Esta experiencia fue clave, ya que descubrí el gusto por ayudar a otros a aprender. Además, conté con maestras que me motivaban constantemente, que reconocían mis capacidades y me impulsaban a seguir creciendo. La escuela seguía siendo mi lugar favorito.

En la preparatoria cursé la especialidad en contabilidad en el CBTis, etapa en la que desarrollé habilidades de liderazgo al ser elegida jefa de grupo. Esta experiencia me permitió fortalecer competencias organizativas, de comunicación y empatía. Sin embargo, también fue un momento de incertidumbre vocacional, ya que consideré opciones como la contabilidad y la psicología. Fue gracias al acompañamiento de mi tutora, el apoyo de la psicóloga de la institución y el respaldo de mi familia, especialmente de mi padre y madre, que logré tomar una decisión más consciente.

Recuerdo con claridad la primera vez que visité la Escuela Normal de Guanajuato. Ese momento fue determinante: al conocer ese espacio,

confirmé que la docencia era el camino que deseaba seguir. Aunque en ese entonces aún dudaba entre preescolar y primaria, finalmente opté por esta última, decisión que trazaría el camino de mi vida profesional.

Mis primeras experiencias como docente comenzaron durante las prácticas profesionales. Una de las más significativas fue en la comunidad de Cuevas, donde tuve la oportunidad de trabajar con estudiantes que, además de ser muy agradecidos, me permitieron comprender el verdadero impacto de la labor docente. Ver cómo mis intervenciones influían en su aprendizaje fue profundamente gratificante y reafirmó mi vocación.

En mi último año de formación conté con el acompañamiento de una maestra titular que influyó significativamente en mi desarrollo profesional. Su paciencia, orientación y apertura me permitieron mejorar y reflexionar sobre mi práctica y fortalecer mis habilidades pedagógicas. Su ejemplo me enseñó la importancia del acompañamiento docente y del aprendizaje continuo.

Al incorporarme al servicio profesional, enfrenté nuevos retos. Haber realizado mis prácticas en grados superiores y comenzar trabajando con primaria baja implicó un proceso de adaptación. Sin embargo, esta experiencia resultó ser profundamente enriquecedora. Trabajar con niños pequeños me permitió observar de manera más cercana cómo construyen sus aprendizajes desde las bases, cómo descubren el mundo y cómo se apropian del conocimiento.

Fue en ese proceso donde recordé el origen de mi vocación: la escuela como un espacio significativo. Comprendí que mi propósito como docente es contribuir a que mis alumnos encuentren en la escuela un lugar donde se sientan felices, seguros y motivados para aprender, tal como lo fue para mí en su momento. Ser maestra no sólo implica enseñar contenidos, sino también acompañar, inspirar y formar seres humanos.

Hoy, reafirmo que elegí ser docente porque creo en el poder de la educación para transformar vidas. Mi historia no sólo habla de una elección profesional, sino de un compromiso con la formación de nuevas generaciones y con la construcción de un mundo mejor desde el aula.

*Licenciada en Educación Primaria. Docente en la Escuela Primaria Urbana núm. 4 “Ignacio Allende”. Guanajuato, Gto. aramirezfreyre@gmail.com

Narrativa: Andanzas hacia la docencia

Karina de la Luz Ramírez Lira*

Desde muy pequeña, sin saberlo con claridad, ya habitaba en mí una inclinación natural hacia la docencia. Recuerdo jugar a ser maestra, organizar cuadernos imaginarios, explicar temas que quizá ni comprendía del todo, pero que ya me emocionaban profundamente. Aquellos juegos, que en su momento parecían simples, eran en realidad los primeros indicios de una vocación que con el tiempo tomaría forma.

Sin embargo, el camino hacia la docencia no fue completamente lineal. Hubo un momento en el que consideré estudiar nutrición; parecía una opción viable, estructurada, incluso lógica. Pero el destino —o tal vez algo más profundo— intervino de manera inesperada. Un día, casi por coincidencia, llegué a la Universidad La Salle para solicitar información. Entre los folletos disponibles, tomé también el de la licenciatura en educación. Bastó leer el perfil de egreso para reconocermé en esas palabras: ahí estaba lo que yo quería ser, lo que yo podía construir. No fue una decisión impulsiva, fue un encuentro conmigo misma.

Elegí la educación porque en ella encontré un espacio donde convergen mis ideales más profundos: el respeto a los derechos humanos, la atención a grupos vulnerables y la construcción de una cultura de paz. Más que una carrera, la educación representaba una posibilidad de incidir en la vida de otros, de acompañar procesos, de generar cambios reales, aunque fueran pequeños.

Durante mi formación, las prácticas profesionales marcaron un antes y un después en mi manera de entender la enseñanza. Tuve la oportunidad de trabajar con personas en situación de calle y con problemas de adicciones, en un proyecto enfocado en la reinserción social a través de la terapia ocupacional. Fue una experiencia profundamente confrontante. Escuchar sus historias de vida, conocer sus luchas, sus pérdidas y sus intentos por reconstruirse, me permitió dimensionar el verdadero alcance de la educación.

Había días en los que compartíamos espacios de trabajo, diálogo y aprendizaje, y otros en los que volvía a ver a esas mismas personas en

la calle, consumidas nuevamente por sus circunstancias. Esa dualidad me impactó profundamente. Comprendí que educar no siempre implica resultados inmediatos ni visibles, pero sí deja huellas, siembra posibilidades, abre caminos que en algún momento pueden ser retomados.

Más adelante, ya en mi práctica docente, viví uno de los momentos más significativos de mi trayectoria. En mi primer año como maestra, en un grupo de tercero de preescolar, recibí a un niño proveniente de un contexto familiar altamente violento. Su punto de partida era complejo: no reconocía vocales, no tenía bases académicas y, más allá de lo cognitivo, cargaba con una historia que se reflejaba en su forma de relacionarse con el mundo.

Sin embargo, había en él algo inquebrantable: sus ganas de aprender. Día con día, con esfuerzo, constancia y una determinación admirable, fue apropiándose del conocimiento. En poco tiempo logró avances que parecían improbables. Aprendió a leer, a escribir y, sobre todo, a confiar en sí mismo. Acompañar ese proceso no sólo fue un logro profesional, fue una experiencia profundamente humana que reafirmó mi convicción de estar en el lugar correcto.

Hoy, al mirar mi camino, reconozco que ser maestra es mucho más que una profesión. Es una responsabilidad que asumo con orgullo, pero también con plena conciencia de los retos que implica en la actualidad. Las nuevas generaciones demandan sensibilidad, innovación y, sobre todo, una presencia auténtica.

Me defino como una maestra amorosa, no por ingenuidad, sino por convicción. Creo firmemente que el amor, la seguridad y la confianza son la base para cualquier aprendizaje significativo. Son también los cimientos para formar ciudadanos capaces de convivir, de respetar y de transformar su entorno.

Ser docente, para mí, es un acto de compromiso constante, una construcción diaria que se nutre de cada experiencia, de cada estudiante y de cada historia compartida. Y aunque el camino no siempre es sencillo, tengo la certeza de que elegí el lugar donde mi vocación encuentra sentido y donde mi pasión puede convertirse, día a día, en una posibilidad para otros.

*Maestra en Investigación y Desarrollo de Innovaciones Educativas. Docente en el Colegio La Salle Américas de León, Guanajuato. karinarali837@gmail.com

Historia de vida. “El Maeto Cristian; un sueño hecho realidad”

Cristian Omar Garcia Vidal*

Mi nombre es Cristian Omar García Vidal, nací en el municipio de valle de Santiago, Guanajuato un 8 de agosto de 1993 . Mi nombre es poco largo, aunque en realidad, desde niño siempre me llamaban Cristian, el nombre que gusta más, sólo que para escribirlo me costaba mucho porque está algo largo.

Vengo de una familia de clase media, mi papá siempre se dedicó a trabajar de mecánico y mi mamá ha sido ama de casa; aunque también se dedica a las ventas, esto para apoyar más en casa, tengo 3 hermanos, los cuales son varones.

Cuando pienso en mi historia de vida, no puedo evitar darme cuenta de que cada paso que he dado me ha ido acercando a lo que hoy considero no sólo una profesión, sino una verdadera vocación: ser docente.

Desde pequeño la escuela fue un lugar especial para mí. Mientras muchos la veían únicamente como una obligación, yo la veía como un espacio lleno de posibilidades. Era el lugar donde podía aprender cosas nuevas, convivir con otros y descubrir poco a poco el mundo que me rodeaba. Sin embargo, lo que más llamaba mi atención no eran sólo los libros o las actividades, sino las personas que estaban frente al grupo: los maestros.

Recuerdo que observaba con admiración la manera en que explicaban, cómo lograban que todos entendiéramos, cómo tenían la paciencia para repetir una y otra vez hasta que quedara claro. Pero lo que más me marcó fue darme cuenta de que no sólo enseñaban contenidos, sino que también se preocupaban por nosotros como personas. Nos escuchaban, nos motivaban y, en muchos momentos, nos hacían sentir capaces cuando nosotros mismos dudábamos.

Con el paso del tiempo, sin darme cuenta, comencé a imitar algunas de esas actitudes. Cuando algún compañero no entendía un tema, yo trataba de explicárselo. Me gustaba ayudar, compartir lo que

sabía y ver cómo poco a poco los demás comprendían mejor. Ese sentimiento, esa satisfacción de apoyar a otros, fue sembrando en mí algo más grande: el deseo de enseñar.

Durante mi etapa en la primaria y secundaria, viví momentos que fortalecieron ese sueño. Hubo maestros que dejaron una huella profunda en mí, no necesariamente por ser perfectos, sino por su entrega y su forma de trabajar. Algunos eran estrictos, otros más comprensivos, pero todos me enseñaron algo importante. Aprendí que ser docente implica mucho más que saber un tema; implica tener vocación, compromiso y, sobre todo, amor por lo que se hace.

También enfrenté dificultades, como cualquier estudiante. Hubo momentos en los que me sentí inseguro, en los que pensé que tal vez no sería capaz de lograr lo que quería. Sin embargo, cada uno de esos momentos me ayudó a crecer, a ser más fuerte y a entender que el esfuerzo siempre tiene recompensa.

Al llegar a la preparatoria, mi decisión comenzaba a tomar forma. Ya no era sólo una idea, era un objetivo claro: quería ser maestro. No porque fuera fácil, sino porque sabía que era un camino que valía la pena recorrer.

Cuando seguí el camino hacia la universidad, me fue algo difícil porque en realidad no podían solventar mis padres la carrera, por lo cual tuve que trabajar y a su vez estudiar; como en todo es algo pesado, en ocasiones se siente ese cansancio y la duda de seguir, pero cuando se tiene claro el objetivo se logra con el esfuerzo que se debe tener.

Tuve la oportunidad de acercarme al ámbito educativo a través del trabajo en preescolar alternativo, y fue ahí donde mi vida cambió por completo. Estar frente a un grupo de niños fue una experiencia que no se puede explicar fácilmente, se tiene que vivir. Al principio sentí miedo, nervios e incertidumbre. Me preguntaba si sería capaz, si lo haría bien, si realmente estaba preparado.

Pero poco a poco, día con día, fui descubriendo algo que no había sentido antes: una conexión especial con la enseñanza. Cada sonrisa, cada palabra nueva aprendida por un niño, cada pequeño logro se convertía en una gran satisfacción para mí. Fue entonces cuando

comprendí que ser docente no se trata de ser perfecto, sino de estar dispuesto a dar lo mejor de uno mismo.

El aula se convirtió en un espacio donde todo cobraba sentido. Podía llegar con preocupaciones, con problemas personales, pero al estar con mis alumnos, todo cambiaba. Ellos necesitaban de mí, de mi energía, de mi entusiasmo, y eso me motivaba a seguir adelante.

Aprendí que cada alumno es único, que cada uno tiene su propio ritmo, sus propias emociones y su propia forma de aprender. Entendí que ser maestro implica ser paciente, creativo, empático y flexible. Implica adaptarse, innovar y nunca dejar de aprender.

Pero, sobre todo, comprendí que ser docente es un acto de amor. Amor por enseñar, amor por ayudar, amor por ver crecer a los demás. Es creer en los alumnos incluso cuando ellos mismos no lo hacen. Es acompañarlos en su proceso, guiarlos y darles herramientas para enfrentar la vida.

A lo largo de mi experiencia he tenido momentos difíciles. Días en los que el cansancio pesa, en los que las cosas no salen como uno espera, en los que surgen dudas. Sin embargo, también he tenido momentos que llenan el alma: cuando un alumno logra algo que parecía imposible, cuando te agradecen, cuando ves el impacto que tienes en sus vidas.

Eso es lo que me impulsa a seguir adelante. Saber que, aunque sea de una manera pequeña, estoy contribuyendo a formar personas, a construir sueños, a abrir caminos.

Elegir ser docente ha sido una de las decisiones más importantes de mi vida. No es un camino fácil, pero sí uno profundamente significativo. Es una profesión que exige mucho, pero que también da mucho más de lo que uno imagina.

Hoy tengo claro que quiero seguir preparándome, aprendiendo y creciendo. Quiero ser un maestro que deje huella, que inspire, que motive y que transforme. Un maestro que no sólo enseñe conocimientos, sino que también forme seres humanos con valores, con sueños y con esperanza.

Porque al final, ser docente no es sólo pararse frente a un grupo:

- Es creer en el futuro.
- Es sembrar esperanza.
- Es transformar vidas.

Y, sobre todo... es amar lo que se hace con el corazón

*Licenciado en Pedagogía. Docente de grupo multigrado de preescolar en la comunidad de Rancho Viejo de Torres de Valle de Santiago, Gto.
cristianomargarcia930@gmail.com

Mi motivo para ser docente

Berenice Campos Ascencio*

Desde una temprana edad, la figura del docente en mi familia formaba parte intrínseca dentro de mi rutina diaria. Al observar la dedicación que mi padre, un docente de tiempo completo, realizaba en cada una de sus actividades en casa y nos hacía partícipes de ello, el pasar tiempo con mis hermanas revisando exámenes y realizando las manualidades del Día del Niño, Navidad, Día de las Madres fue algo que marcó mi infancia.

Las tardes jugando a la maestra en el patio de mi casa con mis hermanas y primas sin duda llenaron cada centímetro de mi alma, comenzando desde ese momento mi sueño de ser maestra cuando fuese mayor.

Tomando la decisión más importante de mi vida, elegir entre seguir mi sueño de ser maestra o de seguir el mercado de empleo de mi estado Aguascalientes, donde las empresas automotrices estaban y están en su mayor auge y ser ingeniera podría asegurarse un puesto exitoso donde, incluso, podría viajar a otro país. Estos comentarios se escuchaban en mi familia donde mi padre siendo un maestro de tiempo completo y según él, de acuerdo a su criterio las nuevas reformas educativas en las que el docente ahora pierde cada día más su valor en la sociedad.

No podía conciliar el sueño pensando en que tenía que seguir mis sueños, condicionarme y adaptarme a mi contexto. Llegó la hora de presentar solicitudes para estudiar en la universidad y, por fin, tomé la decisión que definirá mi futuro.

Decidí estudiar para ser ingeniera industrial, apliqué mi examen para el Instituto Tecnológico de Aguascalientes en la carrera de Ingeniería Industrial y la Universidad Autónoma de Aguascalientes para la ingeniería en Robótica, pero para ser sincera, muy en el fondo seguía pensando en que podía ser maestra.

Fui aceptada en el ITA (Instituto Tecnológico de Aguascalientes), Ingeniería Industrial; estudié durante un semestre, todo ocurrió con normalidad, asistí a mis materias con puntualidad, hice amigos que conservo hasta la fecha, fui la mejor en todas las materias: Dibujo industrial, Química, etcétera. Fue una etapa de mucho aprendizaje donde me di cuenta de

muchas habilidades, actitudes y aptitudes que no creí tener; se desarrollaron de manera excepcional gracias a esta increíble institución.

Enero de 2016, mi segundo semestre como estudiante de ingeniería industrial, tuve la fortuna de encontrarme con un maestro que cambió el rumbo de mi vida para siempre. Esa materia respondía al área humanista, donde nuestro docente nos habló de cómo nuestra profesión podría definir nuestra vida, una frase célebre que siempre nos mencionaba y que hasta la fecha aún no puedo olvidar: “Si ustedes trabajan en lo que más aman, nunca sentirán que están trabajando”. Esta frase se quedó conmigo hasta la actualidad y agradezco que mi maestro pudiera ordenar mis ideas y centrar mi camino.

Durante un trabajo de fin de semestre, nos evaluó con un test profesional y, donde era de esperarse para mí y quienes me rodeaban, los resultados se inclinaron a ser maestra, educadora, psicóloga.

En ese momento volvió el conflicto interno: ¿hice lo correcto al elegir una carrera que se adaptara al contexto en el que se desarrollaría en mi vida adulta y para el cual considero que era bastante buena, o dejar todo lo logrado atrás para seguir mi sueño de niña?

En fin, decidí abandonar mi carrera de ingeniería industrial para seguir mi sueño; lo que haría sería platicar con mis padres, lo cual me daba mucho miedo y vergüenza, hacerlos perder todo lo que me dieron durante ese año de estudio. Después de platicar con ellos y después de un gran regaño, me apoyaron a seguir mis sueños.

Después de un año sin estudiar, logré entrar a CREENA (Centro Regional de Educación Normal de Aguascalientes), donde sin dudar pasé los mejores 4 años de mi vida; aprendí, conocí y terminé de enamorarme de mi profesión.

Cada uno de los eventos que hacemos con los niños, cada baile en el Día del Niño, cada etapa de prácticas profesionales que hacía en diferentes escuelas, diferentes contextos, diferentes grados, diferentes alumnos me hacían sentir que por fin me encontraba en el camino correcto.

Me encontré con maestros titulares que me enseñaron la verdadera vocación docente, donde los ajustes a la planeación eran tan necesarios como asistir a dar clases. Aprendí a comprender a

alumnos con necesidades especiales, aprendí con otra de las maestras titulares a contextualizar los contenidos para que los alumnos se interesen en el tema.

Comprendí con un maestro titular que en algunos casos los maestros son un refugio para nuestros alumnos; con él comprendí el poder de la palabra empatía.

Mi primera experiencia como docente fue una experiencia similar a un sueño: escuela multigrado en medio de la nada, cerca de un municipio de Jalisco llamado Yahualica de González Gallo, a más de 3 horas de mi pueblo natal, donde con el dolor de mi corazón dejé atrás a mi familia durante un interinato que en un principio duraría tres meses.

Esa experiencia llenó mi mundo de nuevos conocimientos; darme cuenta de la importancia de un docente en una comunidad rural cambió mi paradigma de la verdadera vocación.

Después de un mes de trabajar el interinato, llegó mi plaza definitiva, en Lagos de Moreno, Jalisco, donde me atreví a viajar durante casi 2 horas desde mi lugar de origen, cerca de mi familia, hasta mi nueva escuela, donde mi directora me recibió y me enseñó con su propia experiencia a organizar mis evaluaciones en el aula y forma de trabajo.

Volví a cruzar mi camino con la misma directora, pero en diferente escuela, donde terminé a asentar mi experiencia docente, el volver a hacer festivales con bailables, jugar con mis alumnos, trabajar bajo mi propio ritmo y darme cuenta del avance individual de cada uno de ellos.

El ciclo escolar 2024-2025 me dejó el mayor aprendizaje de mi vida: tener primer grado, sentirme preparada y al mismo tiempo estudiar maestría en innovación educativa y, además de eso, aplicar todos mis nuevos conocimientos en mi grupo, hacer innovaciones en cada actividad, tener un grupo lleno de adaptabilidad, lleno de diversidad, me ayudó a tener mi verdadero sentido de ser maestra.

Ahora me doy cuenta de que todo lo descrito anteriormente contribuyó a formar la maestra que ahora soy, una maestra empática, comprensiva, organizada, trabajadora, que realiza ajustes en su planificación innovadora. Que siempre se encuentra buscando el avance en el aprendizaje de mis alumnos como principal objetivo.

Me doy cuenta de que mi madurez como maestra ha dependido de mi experiencia a través de los años y de los conocimientos que he logrado aprender a lo largo de este poco tiempo dentro del grupo y dentro de un colectivo escolar.

He aprendido a conocer a mis alumnos y con ellos me he dado cuenta de que cada uno de ellos, fuera de la escuela, tiene una vida, que puede llegar a favorecer o perjudicar en gran medida su aprendizaje dentro del aula.

He aprendido que algunas veces, como maestro, eres el refugio o el lugar seguro de los alumnos que enfrentan una vida difícil y debes saber identificar ese momento y aprovecharlo para poder potenciar los aprendizajes y habilidades de esos alumnos.

He aprendido la importancia de realizar ajustes para adecuar la educación a cada estilo de aprendizaje que mis alumnos presentan y esto de acuerdo al contexto en el que pueda encontrarme, además de la importancia de realizar esto en cada grupo en el que me encuentro.

Hoy en día puedo decir que mi motivo para ser maestra es ser un refugio para mis alumnos; mi motivo para ser maestra es principalmente la transformación de la educación, hacer sentir a mis alumnos que nuestra aula de clases es un lugar seguro donde se pueden equivocar y aprender de sus errores y con base en ello aprender y modificar su futuro, y en este ciclo en especial acompañar a mis alumnos en esta etapa tan crucial para su vida futura y ser un apoyo para ellos.

Educar desde la comprensión de los aprendizajes y en especial desde la comprensión de sus errores y apoyarlos en su corrección de los mismos es mi principal enfoque.

Mi motivo para ser docente se basa en cambiar los paradigmas de una maestra que, en palabras coloquiales, se describe como enojona, estricta y gritona. Mi motivo para ser docente es ser una maestra que enseñe desde su propia reflexión, identificar los errores y cambiar el pensamiento para formar una generación de alumnos que permitan tener errores y corregirlos, tener dudas y resolverlas.

*Licenciada en Educación Primaria. Maestra en la Escuela Primaria Urbana “Héroes de Chapultepec” ascecam@gmail.com

Enseñar es aprender

Rodolfo Fernández Báez*

Nunca fui un estudiante destacado; podría considerarme dentro del promedio. Mi madre fue docente toda su vida y una de las mejores, por lo que se preocupaba mucho por mis calificaciones y evaluaciones, aunque no siempre lograba el resultado esperado. Durante toda mi educación básica me costaba trabajar en equipo con mis compañeros. Veía a mis maestros a veces frustrados, a veces animados, pero siempre dando lo mejor de sí, esforzándose cada día no sólo por lograr nuestro aprendizaje, sino por ayudarnos a dar lo mejor de nosotros mismos.

Al crecer, opté por el camino de la arquitectura, profesión que me llevó a conocer el país, su belleza, su gente y sus contextos tan particulares. Sin embargo, a pesar de haber participado en diversas obras construidas, algo en mí no se sentía completamente satisfecho. En 2013 recibí una invitación por parte de mi alma máter para impartir algunos cursos de especialización en distintas áreas de la arquitectura. Durante dos años aprendí que un buen porcentaje del trabajo docente no ocurre frente al alumno en el aula; detrás de cada hora de clase hay lecturas, práctica, preparación de materiales, ensayos y hasta pruebas frente al espejo. Y aunque uno esté lo mejor preparado posible, siempre existe la posibilidad de improvisar, porque estar frente a tantas personas con necesidades y dudas distintas lo exige.

Después de algunos años frente al aula y por recomendación de mi madre sobre lo que significaba ejercer en la educación básica, decidí presentar el examen de oposición, en el cual tuve la fortuna de ser seleccionado. Mis primeros dos años frente a grupo estuvieron llenos de incertidumbre: intentaba replicar lo que hacían otros docentes que amablemente me asesoraban y compartían sus estrategias. Si bien agradezco cada uno de sus consejos, aún no encontraba mi propia voz en la enseñanza. Me sentía perdido y frustrado, llegando incluso a pensar en renunciar, pues no entendía cómo podía desempeñarme bien con estudiantes universitarios y obtener resultados tan distintos en secundaria, un nivel que percibía mucho más complejo.

Fue después de la pandemia, al regresar de manera presencial al aula, cuando comencé a comprender mejor la verdadera responsabilidad de la docencia. No se trataba únicamente de resultados, sino de favorecer el desarrollo integral de mis alumnos. Empecé a dialogar más con ellos, a aprender de sus dudas y a reconocer que cada estudiante es distinto, con intereses y necesidades propias. Entendí que en esa diversidad estaba la oportunidad de impulsar su desarrollo y, en consecuencia, su aprendizaje. A partir de entonces, cada día en el aula dejó de ser una rutina para convertirse en una experiencia de aprendizaje compartido.

Por eso hoy, aun con dudas e incertidumbres, sé que estoy dando lo mejor de mí en el aula, honrando a los docentes que nunca se rindieron conmigo y a mi madre, quien durante más de 40 años ejerció esta noble profesión. Hoy puedo decir que ser maestro es lo mejor que me ha pasado y me llena de alegría cada día que veo a mis alumnos.

*Maestro en Innovación. Docente de la Escuela Secundaria Técnica núm. 37 “Miguel de Cervantes Saavedra”. rodolfofdz@hotmail.com

Mi motivación para ser docente

Fabiola Susana Beltrán Olivares*

Fabiola Susana Beltrán Olivares nació en la ciudad de Aguascalientes; desde su infancia ha vivido en el municipio de Encarnación de Díaz, perteneciente al estado de Jalisco.

A la edad de cinco años ingresó al preescolar, en el cual sólo estuvo unos meses debido a que su mamá había quedado como presidenta de la asociación de padres de familia. Por problemas que surgieron entre los papás, su mamá renunció al cargo y con ello también tomó la decisión de sacarla del kínder. Fue entonces que su tía Rosa, hermana de su madre, comenzó a llevársela con ella a la Escuela Gustavo Díaz Ordaz en el turno vespertino, pues la tía era docente y en aquel año daba clases a primer grado. Fue entonces donde comenzó su primer interés por ser maestra, pues aprendió muy rápido a escribir su nombre completo, a leer letreros y a escribir palabras cortas. Le gustaba mucho asistir a las clases, ya que su tía no la trataba en la escuela como familia, sino como a una alumna más y a la que le exigía más disciplina y mejor hechura en sus trabajos. Pronto se terminó el ciclo y, al comenzar el siguiente, ya estaba inscrita en la escuela Amando J. de Alba para comenzar a cursar la primaria. Se sentía feliz por estar ahí; la escuela era enorme, con unos árboles grandísimos que parecían que tocaban el cielo, y qué decir de su maestra Esthela, que era como un ángel. En la primaria sólo tuvo tres maestras: Esthela, Silvia y Rosa, las tres eran muy lindas, pues su paciencia y la dedicación que tenían por su labor eran inspiradoras. En muchas ocasiones que se trataban los temas de qué se quería ser de grande, Fabiola decía que quería ser costurera como su madre, pues admiraba mucho su oficio. Pasaron los años y con ellos su formación básica. Una vez que cursaba la preparatoria, sabía que tenía que estudiar; era confuso decir alguna carrera, ya que le agradaba demasiado la idea de estudiar enfermería; a su vez, le gustaba compartir y jugar con los niños. Su mamá siempre le decía que estudiara para maestra, que era un trabajo bueno y “que tenía finta para ser maestra”; al fin se decidió por la carrera de enfermería. Al contárselo a sus padres, le dijeron que no podían costearle la carrera, pues no estaba dentro de sus posibili-

dades, ya que su hermano menor apenas iba a entrar a la secundaria. Esta respuesta le causó un tanto de frustración y pensaba por qué sus amigas, que no tenían problemas económicos, no aprovechaban la oportunidad de estudiar y ella, que sí quería, no podía. En diversas ocasiones le dijo a sus padres que se conseguiría otro trabajo en cuanto terminara la preparatoria para ahorrar y en el siguiente año haría examen en la Universidad Autónoma de Aguascalientes a la carrera de enfermería; esto no le hacía ninguna gracia a su mamá y fue muy tajante en su respuesta: “No vas a dejar pasar un año, vas a estudiar; ya te había dicho que estudiaras para maestra”. Al concluir la preparatoria y después de recibir orientación vocacional y haber hecho un test, el cual arrojó como resultado que la carrera que podía estudiar era pedagogía, y con las pláticas que tuvo con sus papás, decidió ir a la Normal del estado de Aguascalientes para ver si aún tenía oportunidad de ingresar. Ya habían pasado los exámenes de admisión, pero ahí mismo le informaron de la Universidad Pedagógica Nacional, resultando ser su mejor opción debido a que las clases eran sabatinas y podía seguir trabajando durante la semana, sólo que había un detalle: para poder estar en dicha institución, tenía que estar frente a grupo y presentar cada semestre una constancia emitida por el supervisor de la zona y firmada por el director de la escuela, resultando esto un conflicto, pues no estaba frente a grupo y nunca lo había estado. Por azares del destino coincidieron ella y su madre con la maestra Cuca Lara. La mamá le comentó a la maestra lo que sucedía y ella les dio información de dónde podían encontrar al supervisor para que resolvieran su problema. Al día siguiente fueron a la oficina de la zona 049 en busca del supervisor Varela (así se le conoce en el municipio), el cual mostró empatía y decidió darle la constancia de que se desempeñaba como maestra. Para esto se hizo el trato de que en cuanto comenzara el ciclo escolar 2003-2004 debía presentarse en la Escuela Venustiano Carranza en el turno vespertino para comenzar a hacer su servicio como auxiliar.

Las clases en la universidad comenzaron antes que las clases de la primaria. Estar en la UPN iba a resultar un reto, ya que la mayoría de los compañeros eran maestros normalistas y ellos alegaban siempre que tenían oportunidad, que la Universidad actualizaba maestros y la Normal formaba maestros, esto con el afán de hacer sentir mal a los bachilleres que

trabajaban para CONAFE, pero Fabiola resultaba ser la más inexperta, pues no trabajaba para CONAFE, ni siquiera había tenido su primera experiencia frente a un grupo. Esto, sin duda, resultaría un reto, reto que con el paso de los días resultaba ser muy interesante; el simple hecho de escuchar la palabra “maestra” ya era satisfactorio y más si la escuchaba al ir por la calle.

Mientras cursaba el tercer semestre de la universidad, tomó la decisión de salirse de trabajar de la oficina donde se desempeñaba como secretaria. Fueron dos semanas angustiosas, pues no tenía trabajo y tenía que cubrir algunos gastos de inicio de semestre; sin embargo, al acudir a la oficina del supervisor a recoger su constancia de servicio, le comentó un profesor que la madre-directora del Colegio Felipe Ramírez estaba necesitando una maestra, que si no le interesaba el trabajo. Obviamente, dijo que sí, fue a su casa a cambiarse de ropa para ir a entrevistarse con la directora del colegio. El colegio quedaba a tres cuadas de su casa. Al entrevistarla, la directora le dio el trabajo, pues vio la constancia que decía que estaba prestando su servicio en la Escuela Venustiano Carranza. Una nueva aventura estaba por comenzar, pues trabajar en el colegio, siendo ya la maestra titular del grupo, no sólo era una oportunidad de aprendizaje, sino una responsabilidad. Le asignaron el grupo de segundo grado, un grupo numeroso de 37 alumnos. Comparando el ambiente del colegio con el de la escuela, era totalmente diferente, pues eran dos contextos muy diversos. Así transcurrió el tiempo. Mientras estudiaba, trabajaba por la mañana en el colegio y por las tardes seguía asistiendo a la escuela dos horas y media para apoyar al maestro de primer grado o para lo que le encargaran en dirección.

Era el mes de julio del 2007; por fin se llegó el día de concluir su carrera universitaria. Fue hasta el 3 de diciembre del 2008 que presentó su examen profesional.

En 2009 presentó su primer examen de admisión y los resultados no fueron muy favorables.

En 2010 presentó por segunda vez el examen de admisión, en el cual su nombre aparecía en la lista y decía: Requiere actualización. Después de pedir información con algunas compañeras del mismo colegio y de hacer algunas llamadas a la oficina de la SEP de Guadalajara, fue como obtuvo su plaza. La mandaron a una comunidad llamada San Marcos de Arriba; no tenía

ni idea de con lo que se iba a encontrar. Era una ranchería que acababa de verse afectada por una inundación; la escuela no tenía malla y estaba totalmente a la intemperie. Los borregos andaban en el patio de la escuela como si nada; por primera vez se encontraba frente a un grupo multigrado donde tendría que atender primero, segundo y tercero. Era un grupo numeroso y no tenía idea de cómo iba a comenzar a desarrollar las actividades que llevaba planeadas, sólo fueron dos semanas en dicha escuela, de la cual no recuerda el nombre, pero sí recuerda lo maravilloso que fue recibir el apapacho de las familias, la calidez con que los alumnos la recibían cada mañana, el sentir cómo esos niños veían en ella a alguien especial. De ahí le asignaron otra comunidad llamada Santa María de Enmedio; la escuela era tridocente, por primera vez daría clase a quinto y sexto; aquí se sintió más segura. Cabe mencionar que su plaza aún no era definitiva, pues como requería actualización, tuvo que recibir capacitación todos los sábados durante cuatro meses en la ciudad de Lagos de Moreno y el 2 de abril de 2011 hizo nuevamente un examen, con el cual le darían su nombramiento definitivo.

En el ciclo escolar 2011-2012, por medio de una permuta, cambió de escuela y de comunidad, en la cual se quedaría laborando ocho años y de los cuales, los últimos cinco, estaría también a cargo de la dirección. Aquí aprendió bastante de cada alumno y de cada padre de familia; no fue fácil, pero tampoco imposible. Con gran nostalgia se despidió al concluir el ciclo escolar 2018-2019 para integrarse a la comunidad denominada la “Lomita”; esta era una escuela bidocente. Allí trabajaría con una vieja amiga. Fueron sólo cuatro ciclos los que estaría en dicha comunidad, pues solicitó su cambio nuevamente para por fin llegar a la cabecera municipal en donde actualmente labora, en la Escuela Héroes de Chapultepec. Es de organización completa, pero es justo ahí donde más se añoran esos días helados, lluviosos y soleados que se encuentran en las comunidades rurales. Sin duda, los mejores años de maestra los ha pasado en esas comunidades rurales, las cuales seguirá recordando con gran cariño y añorando cada día.

*Maestra en Innovación Educativa. Docente en la Escuela Primaria “Héroes de Chapultepec”, municipio de Encarnación de Díaz, Jalisco.
susanitabel.85@gmail.com

Créditos de fotografías

Portada Abraham González Sánchez.
P. 28 Rubén Zatarain Mendoza.
P. 36 Abelardo Carro Nava.
P. 52 Luis Christian Velázquez Magallanes.
P. 58 Griselda Gómez de la Torre.
P. 64 Silvia Ruvalcaba Barrera.
P. 88 Blanca Estela Galicia Rosales.
P. 106 Lucía Xóchitl Herrera Álvarez.
P. 112 Familia Navarro Saras.
P. 144 Aída Sánchez Sención.
P. 152 Mónica Vanessa Fernández García.
P. 158 Eva Guzmán Guzmán.
P. 166 Familia Navarro Saras.
P. 170 Alicia González Romero.
P. 190 María Elodia Díaz Quezada.
P. 220 Escuelas Normales Rurales.
P. 242. María Elodia Díaz Quezada.
P. 254 Aída Sánchez Sención.
P. 272 Laura Francisca Mata Reyes.

Sabedores de que cada Día del Maestro se llena de festejos y regalos, ojalá que este año venga acompañado de un incremento salarial justo y un proyecto educativo serio que recupere los esfuerzos y nos ubique en un escenario donde la profesión sea recompensada social y culturalmente. Vaya pues, un abrazo para todos nuestros amigos, lectores, críticos y quienes de cuando en cuando envían un saludo y una sonrisa por el festejo de este 15 de mayo.